

ERNESTINA A. LÓPEZ DE NELSON

Nuestra tierra

Cuarto Libro de Lectura



Casa editora «CONI»

Precio 2.00\$ m/n

Nuestra Tierra

CUARTO LIBRO DE LECTURA

POR

ERNESTINA A. LÓPEZ DE NELSON



BUENOS AIRES

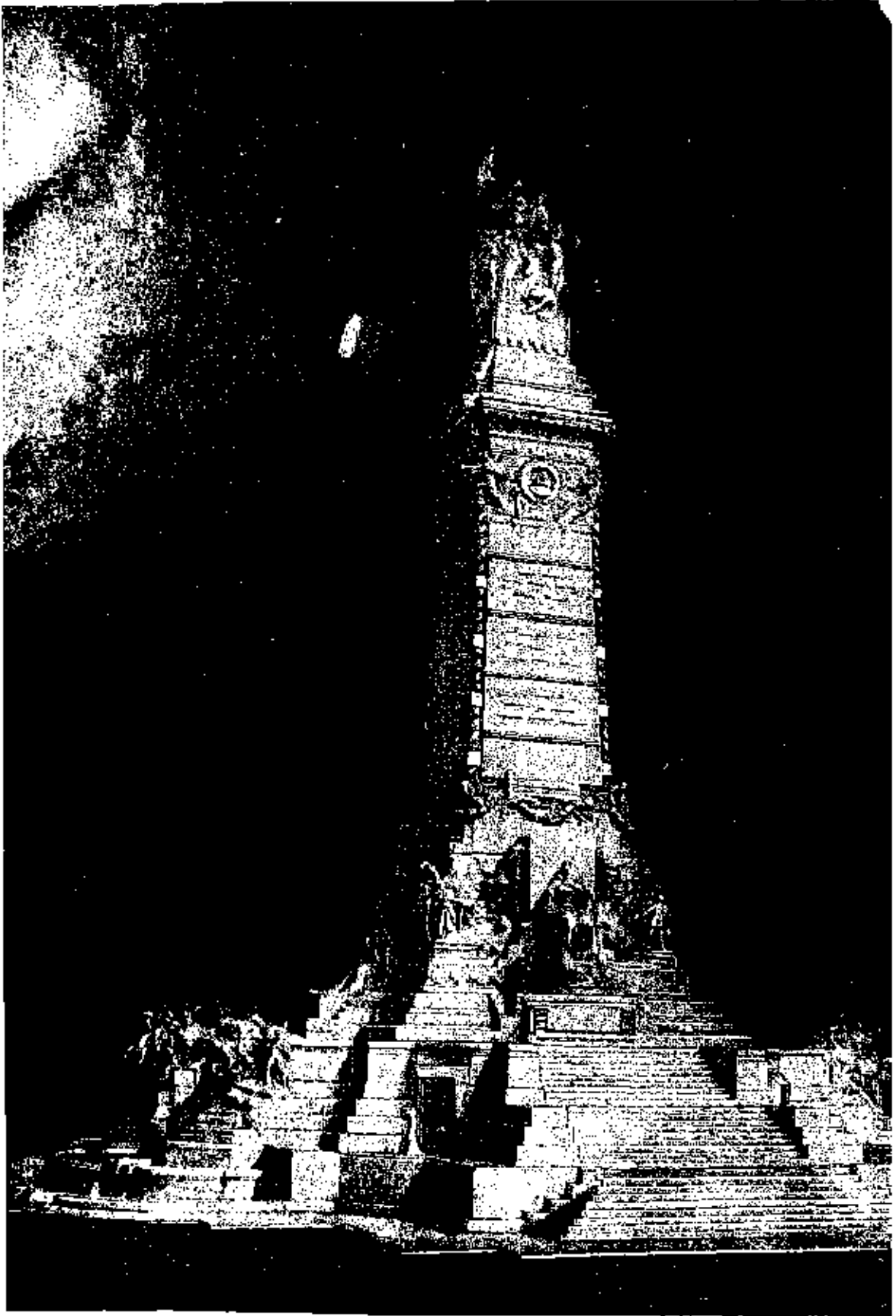
IMPRESA Y CASA EDITORA «CONI»

684 — CALLE PERÚ — 684

(Es propiedad de la autora)

De esta obra se ha hecho el depósito que prescribe la ley.

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Lily Sosa Newton'.



Monumento a la Revolución de Mayo e Independencia argentina.





Nuestra Tierra

A LOS NIÑOS

Permítanme, mis queridos amiguitos, que los invite a pensar un momento en algo que podrá parecerles curioso y sin embargo es muy evidente. Cada uno de ustedes, niño de pocos años, posee un tesoro tan grande que la vida entera no le bastaría para contarlo; un tesoro que, a pesar de pertenecerle, pertenece también por igual a muchos millares de hermanos, y del cual disfrutamos todos sin quitarnos nada unos a otros. Esto, que a primera vista parece una charada, es de lo más claro, como ustedes van a verlo.

El tesoro a que me refiero es la tierra en que vivimos, a la cual, con el mismo derecho, todos cuantos hemos nacido en ella llamamos *nuestra tierra*.

Pero he aquí algo no menos curioso, sobre lo que deseo también llamarles la atención. Nada de extraño tendría, mis amiguitos, que hasta ahora hubieran ustedes considerado a sus padres, hermanitos, abuelos y tíos como su única familia; pues bien, no; éstos sólo son una pequeña parte de la gran familia que constituyen todos los que, habiendo nacido en esta tierra, son hijos, como ustedes mismos, de la buena y cariñosa madre a la que damos el

nombre familiar de *patria*, y que, en el conjunto de las demás familias humanas que componen el mundo, es conocida con el de *República Argentina*.

Así, pues, *nuestra tierra*, *nuestro territorio*, *nuestra familia*, *nuestra patria*, responden al calificativo de *argentino*, nombre glorioso ya, no obstante el breve tiempo transcurrido desde su creación.

¿Cómo ha conseguido tal gloria? He ahí lo que propongo llevar al conocimiento de ustedes si, como espero, tienen la constancia de leer este libro hasta el fin.

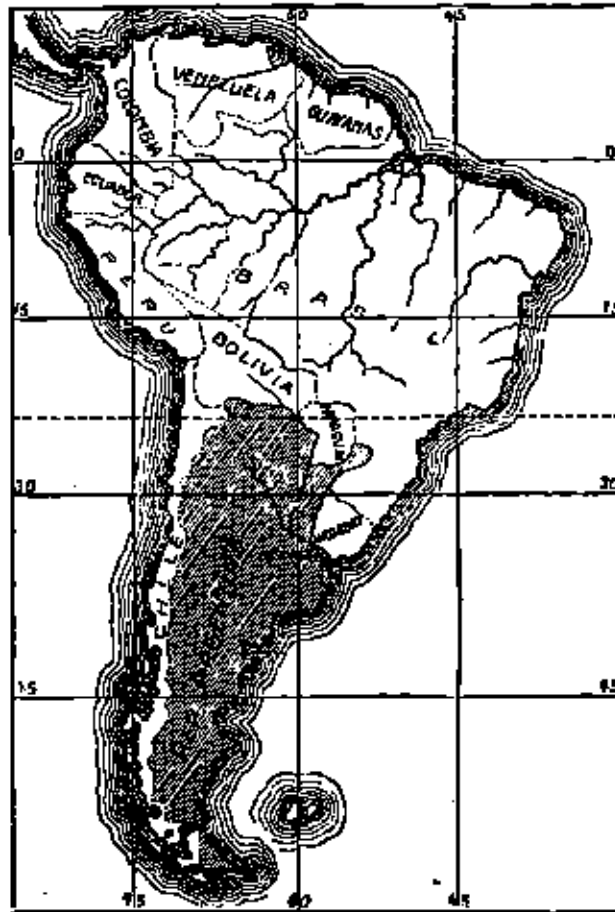
Si honroso es el nombre de *argentino*, no por eso tengamos la pretensión de creer que *nuestra tierra* es superior a las demás, ni que los argentinos reunimos mejores condiciones que los extranjeros. Esto último sería imperdonable en nosotros, pues tenemos ocasión de tratar diariamente a muchos hombres de otros países que viven en el nuestro y contribuyen, con su trabajo y talento, a la prosperidad de nuestra patria.

Al hablar de *nuestra tierra* no quiero referirme solamente a su territorio, sino también a su historia, a los hechos pasados y a los hombres que los llevaron a cabo, a sus leyes, a su gobierno, a sus costumbres, a su ejército, a sus industrias, a su comercio, a las obras de sus hijos y, en una palabra, a todo cuanto tiene relación con su vida y adelanto.

De todo eso, pues, me propongo hablarles en este libro. Pienso contar a mis amiguitos y amiguitas, cuanto pueda interesarles respecto de la tierra en que han nacido. Les relataré mis conversaciones con otros niños, o las que he escuchado entre éstos y sus papás o maestros; les repe-

tiré los cuentos que me han referido o he hallado en los libros; les mostraré grabados que reproducen hermosos paisajes de nuestra tierra y retratos de sus hijos más célebres, así como mapas y dibujos en los que verán claramente la naturaleza del territorio y los adelantos que nuestra patria realiza; y, por último, les haré conocer poesías escritas por argentinos y cuadros debidos al pincel de artistas nacidos en nuestro suelo.

Pero les prevengo que todo ello será una mínima parte, pues se necesitarían muchísimos volúmenes como éste para contener la infinidad de cosas que habría que decir de *nuestra tierra*.





BOLIVIA

PARAGUAY

URUGUAY

Gob. del Chaco

La Rioja

Santa Fe

Mendoza

Buenos Aires

Buenos Aires

Gob. del Chubut

Gob. de San Juan

NUESTRA TIERRA

REPÚBLICA ARGENTINA

OCEANO ATLANTICO

Islas Malvinas

Este de Magallanes

Gob. de la Tierra del Fuego

Sal Harapos

PACIFIC

75

70

65

60

55

20

25

30

35

40

45

50

55

20

25

30

35

40

45

50

55

80

75

70

65

60

55

50

45

SU RETRATO

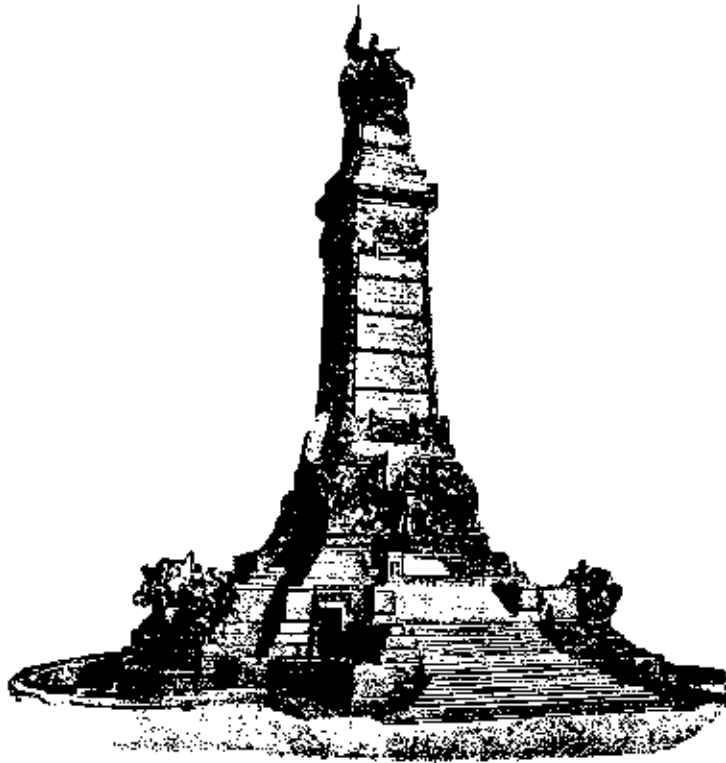
Les he explicado ya lo que significa la expresión *nuestra tierra*, y quiero presentarles ahora su retrato: es el que tienen ante la vista, en la página de enfrente.

Mientras ustedes lo contemplaban; he estado observándolos y me ha parecido que todos me hacían con la mirada la misma pregunta: «Y ¿es ésa la cariñosa madre de que acabas de hablarnos?»

Pues bien, sí; sólo que no es una madre de carne y huesos parecida a mamá. Es, por cierto, mucho más grande, tan grande que no podemos verla por entero de un solo golpe de vista. Por eso debemos contentarnos con trazar sus líneas principales, a fin de que pueda caber en el reducido espacio de una página de este libro. Así, pues, sólo con la imaginación podemos formarnos una idea de lo que es y de lo que encierra nuestra patria.

Tan reducido es el mapa que acaban de ver, que en él nuestra ciudad ocupa un espacio pequeñísimo. ¿Ven ese circulito no mayor que la cabeza de un alfiler? Pues con él ha querido representarse el pueblo en que nos encontramos en este momento, con sus casas, sus edificios públicos y su movimiento comercial y social, cosas que, por cierto, no pueden expresarse en tan mezquino puntito.

Y como este pueblo, cientos y cientos de otros, más grandes o más chicos, hay en nuestra patria, dignos de ser conocidos y que sería imposible representar gráficamente; por lo cual tenemos que contentarnos con describirlos.



PATRIA

Patria es la tierra donde se ha sufrido,
Patria es la tierra donde se ha soñado,
Patria es la tierra donde se ha luchado,
Patria es la tierra donde se ha vencido.

Patria es la selva, es el obscuro nido,
La cruz del cementerio abandonado,
La voz de los clarines, que ha rasgado
Con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino
Que en el enorme piélago sonoro
Deja una blanca estela en su camino.

Y patria es el airón de la bandera
Que ciñe con relámpagos de oro
El sol, como una virgen cabellera.

LEOPOLDO DÍAZ.
(Argentino.)

ARCILLA, ARENA Y HUMUS

Las alumnas de la señorita Matilde entraban a clase muy contentas aquella mañana. Además de sus útiles, casi todas llevaban en la mano un paquete que parecían cuidar como si se tratara de algo muy frágil y precioso.

Minutos después, sobre cada banco se veía ya un tarrito de lata, ya una bolsa de papel, ya un frasco de boca ancha, pero todos esos recipientes contenían una misma cosa: *tierra*, pues el encargo de la maestra consistía en que cada niña se procurase y llevara a clase un poco de tierra.

— La mía es del jardín de enfrente — dijo Cecilia.

— La mía es de la calle, que aún no tiene empedrado — agregó Elena.

— Yo he recogido ésta de la orilla del arroyo — continuó Sofía.

— Ésta es la que emplean los albañiles para hacer las mezclas, en una casa en construcción — concluyó Susanita.

Sonrieron las otras niñas, y una le dijo por lo bajo:

— Esa no es tierra, sino arena, Susana.

— ¿Quién tiene tierra húmeda? — preguntó la señorita.

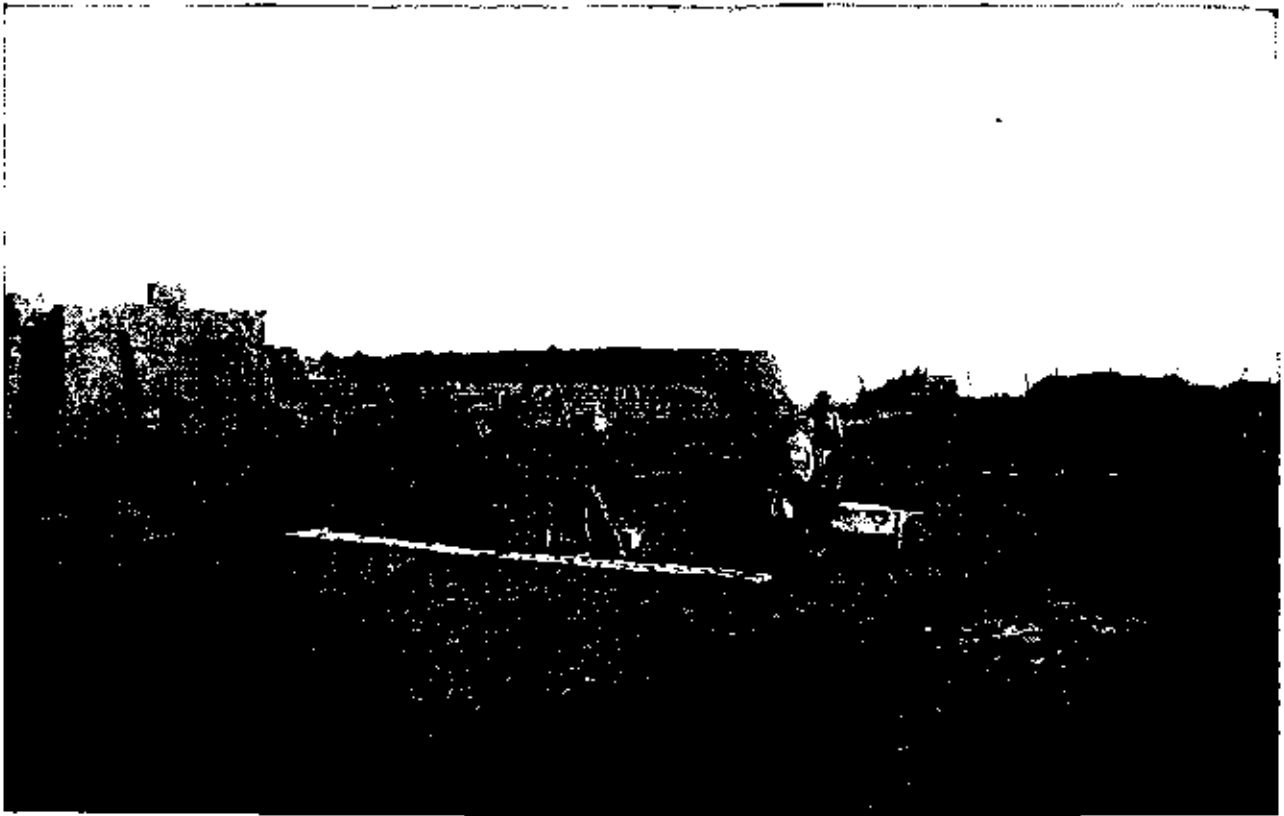
— Yo — contestó Noemí.

— Colócala sobre mi escritorio. Y prosiguió preguntando: — ¿Quién ha conseguido tierra muy seca y finita como polvo?

Varias niñas levantaron sus frascos, y la maestra tomó uno, poniéndolo junto al anterior. De este modo fué eligiendo diversas clases de tierra: negra, grisácea, rojiza, mezclada con piedritas o bien con arena. Al pasar delante

de la mesa, las niñas pudieron darse cuenta de que, si a simple vista parecen iguales las tierras de los campos, calles, jardines y casas, hay, sin embargo, muchas variedades.

— Yo tenía entendido — dijo Carlota — que la tierra era siempre negra, y aquí no encuentro sino una que lo es realmente: ésta; — y señaló un papel que contenía algunos terrones.



Terreno arcilloso adecuado para fabricar ladrillos.

— Es del jardincito de casa — dijo Amelia; — papá la compró a un señor que tiene una chacra donde cultiva papas y otras verduras.

— Luego — dijo la maestra — esta tierra tiene que ser muy adecuada para los cultivos, y las plantas de tu jardincito prosperarán sin duda. . . Pero, ¿qué haces? Eugenia.

— Nada, señorita, quisiera sacarle todas estas basu-

ritas que contiene: tronquitos, hojitas secas... ramitas...

— Tales basuras, como tú las llamas, hija mía, son precisamente las que dan ese color negro a la tierra y la hacen buena para el cultivo. Ahora lo verás.

Y colocando la maestra unos terrones de dicha tierra en una cuchara, púsola sobre la llama de un calentador. Al poco rato la tierra empezó a quemarse, despidiendo vapo-



Las playas de mar y las llanuras al pie de las montañas son arenosas.

res espesos, con gran sorpresa de las niñas, que la creían *incombustible*. Pasados algunos minutos, la combustión cesó. La señorita retiró entonces la cuchara y, después de dejarla enfriar, mostró a las niñas su contenido. De los terrones ligeramente húmedos y negros sólo quedaba un montoncito de tierra suelta y liviana, de color grisáceo y más parecida a ceniza que a tierra.

— La tierra común, dijo, en la que se crían más o menos bien los vegetales, se compone de varias substancias: la arena, que puede estar en mayor o menor cantidad; la arcilla, polvo que, humedecido, se convierte en barro...

— ¿Como el con que modelamos? — interrogó Susana.

— Precisamente — respondió la maestra. — Hay en las tierras muchas variedades de arcilla de distintos colores,



Llanura inculta pero fértil.

rojo, blanco, amarillo y pardo obscuro, que se emplean para modelar vasos, baldosas y estatuas. Además de arena y arcilla, la tierra de cultivo contiene substancias orgánicas en descomposición.

— ¡Ah! sí — dijo Elvira, — son las raíces, hojas y demás partes de las plantas que al morir se desmenuzan y desparraman sobre la tierra; huesos y carne de animales que mueren en el campo, estiércol, cáscaras, desperdicios y

todo, en fin, lo que procede de los animales o los vegetales, es decir, de los *seres orgánicos*.

— Muy bien — dijo la señorita, — esas eran precisamente las *basuritas* que Eugenia veía en esta rica tierra negra, llamada *humus* o *tierra vegetal*, la mejor para las



Llanura cultivada.

plantas. Esas substancias son las que se quemaron, dejando en la cuchara la arcilla y la arena.

Así se explica que la tierra sea más rica en los campos cultivados y donde hay muchos animales, mientras que en los despoblados es pobre.

Tomó entonces el tarrito con arena que Susana había llevado y echóle agua de un florero. La arena parecía sorber el agua. La señorita hizo observar que introduciendo el

dedo se notaba más humedad en la arena del fondo, mientras que la de arriba estaba casi seca.

— Esto sucede — continuó — porque la arena presenta *poros*, o sea espacios entre grano y grano, por los que el agua se escurre sin dejar rastro.

Dióles luego un vidrio de aumento para que observaran algunos granos de arena puestos sobre un papel, y las niñas estuvieron de acuerdo en que eran piedritas pequeñísimas.

Entonces les explicó que la arena procede de las piedras o rocas desmenuzadas por el roce, tal como la tiza se convierte en polvo al frotarla sobre el pizarrón.

— Pero observen ahora — continuó — esta tierra grisácea y pegajosa. ¿De dónde la sacaste? Estela.

— Es un poco de barro de la calle — contestó la niña.

— Hace por lo menos cuatro días que no llueve — observó la maestra; — y sin embargo esta tierra se conserva húmeda. Tal es la condición de los suelos arcillosos.

La señorita hizo un pequeño hueco en el montoncito de tierra traída por Estela y echó agua en él. Al cabo de unos minutos el agua permanecía todavía en la superficie.

— Pasa exactamente lo contrario de lo que ocurre con la arena — observó Manuela.

— Tú lo has dicho — dijo la señorita; — por eso los terrenos arcillosos no son favorables para los cultivos. Su consistencia es tal que apenas dejan penetrar el agua, y así no es extraño que en la superficie presenten un charco y a pocos centímetros de profundidad la tierra esté dura y seca como cascote. Echando arena a esos terrenos se los mejora, porque se les hace más sueltos y *permeables*.

Sin embargo, un poco de arcilla conviene a los terrenos; si fueran puramente arenosos, las plantas no podrían arraigar y mantenerse derechas, pues la arena es en extremo movediza; además, debido a la porosidad de ésta, el agua de riego se escurre rápidamente hacia el fondo y por lo tanto las pobres raíces recibirían poco alimento.



Las altas cumbres de los Andes son generalmente de piedra desnuda.

La mezcla de los tres elementos: arena, arcilla y materias orgánicas en descomposición, en proporciones convenientes, da la tierra apropiada para el cultivo, y cuanto mejor distribuidos están esos elementos tanto más rica es. Pero conviene no olvidar que hay plantas que requieren suelos en los que predomine la arena o la arcilla.

Esas variedades de tierras se presentan ya aisladas, ya diferentemente combinadas en las distintas regiones de

nuestro territorio, lo cual explica las diferencias de aspecto que éstas presentan en cuanto a su vegetación. El suelo es arenoso al pie de las altas montañas, en las costas de los ríos y del océano; en otros parajes el suelo es tan arcilloso, que con facilidad se forman pantanos; y, por último, grandes extensiones están cubiertas de rica tierra vegetal, que hace la fortuna de quienes la cultivan.

Sin embargo, tengan presente que aun bajo los suelos más ricos en humus, cuando se les excava, siempre se encuentra piedra o tosca, las que forman, por decir así, el fondo de todo terreno, si bien algunas veces se presentan desnudas a flor de tierra, como acontece en las regiones montañosas.

En épocas remotísimas, la superficie del suelo era de roca, y ésta, con la acción del tiempo y del agua, se fué desgastando para formar la arena y la arcilla, substancias que, mezcladas luego a las orgánicas, rellenaron y cubrieron poco a poco las partes antes bajas del suelo.

De la provechosa y entretenida lección que aquel día recibieron las alumnas de la señorita Matilde, éstas sacaron varias conclusiones que quiero proponer a ustedes en forma de problemas, para que vean si pueden resolverlos.

PROBLEMAS. — *¿ Por qué, cuando se echa agua sobre una piedra de afilar cuchillos o tijeras, se forma barro al frotarlos contra ella ?*

¿ Por qué el hecho de arar un terreno que antes ha producido vegetales lo hace más rico ?

¿ Por qué no son aptas para el cultivo las montañas escarpadas ?

¿ Qué plantas prosperan bien en las tierras arenosas ? ¿ Cuáles son propias de los pantanos o lugares fangosos ?

¿ Cómo es la vegetación a orillas del mar ? ¿ Cómo en las montañas ?
¿ Por qué ?

UNA FAMILIA NUMEROSA

A semejanza de lo que ocurre en los hogares, donde cada miembro desempeña su parte de labor, en la *familia argentina* cada miembro desempeña también determinada tarea. Unos se ocupan de criar los animales; otros de sembrar, cultivar y cosechar cereales, legumbres y frutas; otros, de transportar, transformar o elaborar esos productos; otros, de venderlos e introducir de otras partes las *materias primas* o elaboradas que no se producen en la localidad; y otros, en fin, de velar porque cada cual pueda libremente desempeñar su respectiva labor. Esta *división del trabajo* es muy necesaria; ustedes comprenderán que no sería posible que cada uno de nosotros sembrara, cosechara y transformara los productos para uso propio, tejiera la tela de sus vestidos, hiciera el traje, el calzado, los muebles y demás objetos que necesita para vivir.

Tal es la razón por qué el hombre debe vivir en *sociedad*, y formar agrupaciones más o menos grandes, según la labor elegida. Los que crían animales o cultivan la tierra necesitan mayor extensión de suelo para sus faenas, y tienen que vivir diseminados en pleno campo, formando *poblaciones rurales*. Los que elaboran los productos naturales del suelo, los que *manufacturan* para nuestro uso las diferentes materias provenientes de la naturaleza, deben constituir agrupaciones *urbanas*, llamadas *pueblos* o *ciudades*.

Prosiguiendo nuestra comparación, podemos decir que,

así como en toda familia hay hijos, luego hijos de éstos y así sucesivamente, lo mismo sucede en lo que se refiere al suelo de la Argentina. Los hijos *mayores* de éste fueron y son catorce, a los que se les da el nombre común de *provincias*. A éstos catorce hijos mayores siguen diez menores llamados *territorios*.

Si consideramos cada uno de éstos, veremos que a su



Vivienda de agricultores.

vez tiene gran número de hijos menores a los que da el nombre, según su importancia, de *ciudades*, *pueblos* o *poblaciones*, acompañado de un *patronímico* que los particularice. De este modo, las *ciudades* son, por su mayor importancia y mayor número de habitantes, como los hijos mayores de las respectivas provincias; y los *pueblos* y *poblaciones*, como los hijos menores de las mismas. Así, la ciudad del *Paraná* es una de las hijas mayores de la

provincia de Entre Ríos, y el pueblo de *Nogoyá* uno de sus hijos menores.

No hay que creer que cada provincia tenga una sola hija que merezca el nombre de ciudad; en todas hay buen número de ellas: una mayor, llamada *ciudad capital*, por ser



Población ganadera.

la residencia de las autoridades superiores de la provincia, y varias otras de menor importancia.

En las provincias todas, salvo Buenos Aires y Entre Ríos, se ha puesto su mismo nombre a la hija mayor o ciudad capital. Así, Santiago del Estero se llama la de la provincia de este nombre, y otro tanto ocurre con las demás, como pueden ustedes verlo en el mapa.

Ya comprenderán que al hablar en este caso de *hijos*,

me valgo de una comparación familiar, pues en realidad no se trata de personas sino de pedazos del territorio argentino.

Considérase *provincia* a cada subdivisión del suelo argentino que tenga cuando menos treinta mil habitantes; si tiene menos es un *territorio*. Hay provincias y territorios más grandes, más ricos, más poblados que otros; pero en

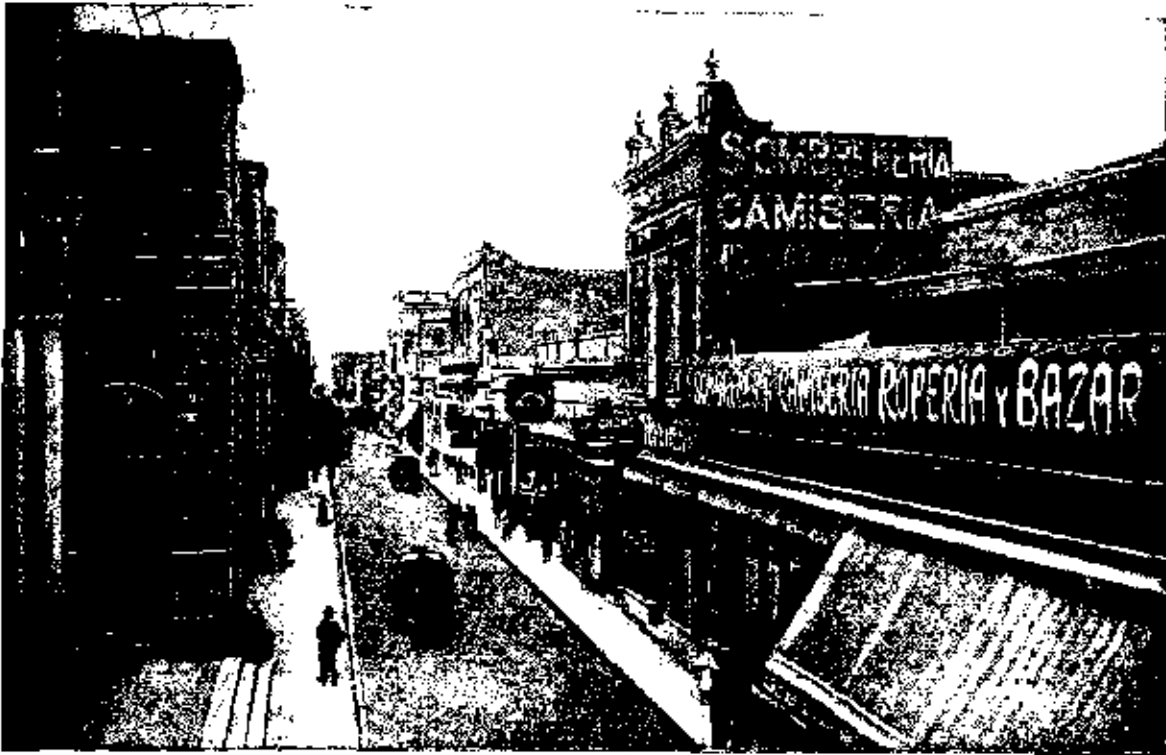


Pueblo de campaña.

una cosa son todos iguales: en cuanto a la nacionalidad; tan argentino es quien nace en Misiones, como quien nace en San Luis, en Ushuaia o en Santa Fe.

Procediendo como buenas hermanas, las provincias han elegido una ciudad que sirva de cabeza a la familia argentina, en la cual residen las autoridades superiores de todo el país; esa ciudad es la de *Buenos Aires*, y se explica esta distinción, porque ella fué la cuna de la nación Argentina.

La ciudad de *Buenos Aires* viene a ser, pues, respecto de la república toda, lo que la ciudad principal respecto de cada provincia. Dije antes que a ésta se la llama *capital de provincia*; pues bien, Buenos Aires es la *capital* no



Población urbana.

de una provincia solamente sino de todas; es la *capital de la Nación*. Tal es la gran familia argentina.

TEMAS DE CONVERSACIÓN. — ¿Viven ustedes en una ciudad, pueblo o población de campaña? Si en una ciudad o población urbana, ¿podrían describir el aspecto de sus calles y decir cuáles son las principales ocupaciones de sus habitantes? Si en una población de campaña, ¿es su suelo llano o montañoso? ¿qué clase de tierra, plantas y pastos predominan? ¿qué especies de animales se crían allí? ¿qué cereales o plantas son más cultivadas? ¿qué productos de la localidad son objeto de mayor comercio? ¿qué medios de transportes tiene?



LA PAMPA

(FRAGMENTO)

Esa llanura extendida,
Inmenso *pielago* verde
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar,
Es la Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que a una raza da su nombre,
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas,
Pero lagos y *espadañas*
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan a los corceles
Y guarida a la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz;

El *bibí*, los *macachines*,
El *trébol*, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni aves canoras en ellos; ,
Pero sí pájaros bellos
Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.

No hay allí bosques frondosos;
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza a divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

LUIS DOMÍNGUEZ. (Argentino.)

TEMA PARA UN EJERCICIO. — ¿Serían ustedes capaces, después de leer varias veces esta poesía, de pintar con los colores adecuados un pedazo de la Pampa, tal como aquella nos la hace ver en la imaginación?



Ñandú, guanaco, vizcachas, armadillo, lechuzas y carancho, animales peculiares de las pampas argentinas.

NUESTROS ABUELOS PATRIOS

Seguramente en los hogares de ustedes se recordará a menudo con cariño la memoria de los abuelos o tatarabuelos, es decir de los *antepasados* que crearon y dieron nombre a la respectiva familia. Como ustedes son niños, es muy natural que no hayan conocido a sus antepasados, pero sin duda sabrán particularidades de ellos y habrán visto en sus casas fotografías o cuadros que los representan y que, aunque desteñidos por el tiempo, son de gran valor para ustedes, así como las anécdotas que de la vida de esos antepasados les relatan sus papás. ¿Por qué? Porque esas venerables personas vienen a ser los padres o abuelos de los de ustedes, de aquéllos que — si aún tienen esa dicha — les rodean con su amor y sus cuidados.

Las naciones, como los individuos, tienen también sus antepasados, fundadores de la nacionalidad, unos más próximos, otros más remotos, tanto que de muchos de éstos apenas se conoce el nombre; pero no importa, se les recuerda asimismo y se les tributa igual respeto y cariño. Por consiguiente, como miembros de la familia argentina, tenemos también padres y abuelos fundadores de ella.

De los primeros les hablaré después; por el momento deseo hacerles conocer los segundos, en homenaje a su mayor ancianidad.

Nuestros abuelos patrios no fueron unos cuantos individuos, como ocurre en las familias, sino muchísimos, toda una nación: España.

Cuando la Argentina no figuraba aún en el mapa, senci-

llamente porque todavía no había nacido, España era ya un país muy importante, con siglos de existencia.

En esa época, el *hemisferio occidental*, en el que está situada la Argentina, no era conocido aún de los europeos, y creíase que lo constituían sólo vastos y solitarios mares. Cristóbal Colón, ilustrado navegante genovés, no participaba de esa creencia, y con tal *convicción* la *rebatió* que,



Desembarco de Colón en el nuevo mundo.

tras muchas negativas, consiguió por fin que los reyes de España, y especialmente la reina Isabel la Católica, le prestaran su ayuda y pusieran a sus órdenes una *flotilla* compuesta de tres *carabelas* debidamente equipadas, con las que se lanzó a ese inmenso y desconocido mar.

Después de setenta días de navegación, el 12 de octubre de 1492 descubrió la primera tierra de lo que resultó ser un *nuevo mundo*. Muchos marinos y navegantes

siguieron las huellas de Colón en busca de tierras nuevas, entre ellos Sebastián Caboto y Pedro de Mendoza, primeros fundadores de poblaciones en lo que es hoy suelo argentino.

Esas poblaciones fueron la de Espiritu Santo (1526), levantada cerca de la actual ciudad de Santa Fe, y la de



Fundación de la ciudad de Santa Fe.

Buenos Aires (1536), en el mismo sitio que ocupa hoy la capital de la nación; pero la escasez de recursos y la resistencia opuesta por los indios que habitaban estas comarcas, fueron causa de que sus primeros fundadores las abandonaran. A pesar de esto, nuevas expediciones se lanzaron al interior del país y fundaron muchas de las ciudades y pueblos que hoy figuran en el mapa de la Argentina.

Esas fundaciones fueron hechas por españoles y a nombre de los soberanos de España, por lo cual, y con toda justicia, ésta las consideraba de su pertenencia.

Los hijos de los primeros pobladores eran, pues, españoles, pero por haber nacido en estas tierras recibían el nombre de *criollos*. De ahí que, como descendientes de



Segunda fundación de Buenos Aires por J. de Garay. (Cuadro de Moreno Carbonero.)

esos criollos, podemos decir, con la más perfecta exactitud, que nuestros abuelos o antepasados fueron españoles.

Aunque profesamos fraternal afecto a todos los países, guardamos hacia España justísima predilección. Ella nos ha dado la lengua que hablamos y la mayor parte de nuestras ideas y costumbres, si bien es cierto que hoy poseemos fisonomía propia, sin más parecido con España que el que puede observarse entre un joven y su bisabuelo.

EN LOS TOLDOS TEHUELCHES



Cacique tehuelche.

— Dime, tío, ¿es verdad que estuviste entre los indios hace algunos años?

— Es verdad.

— Y ¿no tenías miedo?

— ¿De qué había de tenerlo?

— Pues, como los indios son tan malos...

— ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

— He leído que en la época de la conquista de América los indios mataban a los hom-

bres blancos con flechas y bolas de piedra.

— Si los indios mataban a los españoles, es porque éstos procuraban matarlos también; y defenderse es un instinto natural hasta en los animales. Pero hoy ya no se les persigue; los pocos que quedan se han civilizado, y los que no habitan parajes casi desiertos tienen frecuente trato con las poblaciones vecinas.

— Y ¿cómo se llaman los indios entre quienes estuviste?

— Tehuelches.

— ¡Uy! qué nombre tan difícil: Te-huel-ches.

— Si prefieres puedes llamarlos *patagones*, nombre que les daban los españoles y del que proviene el de *Patagonia*, con que se conoce toda la parte sur de nuestro territorio, donde vivieron y viven aún los pocos sobrevivientes.

— ¿Tenían pueblos como los nuestros?

— No, mi hijita, tenían toldos.

— ¿Para resguardarse del sol?

— ¡Ja, ja! ¡Está buena tu pregunta! ¡Mucho se les importa del sol a esos buenos tehuelches de color cobrizo que pasan su vida al aire libre de las pampas!



Toldo tehuelche.

— Y ¿entonces?

— *Toldo* llaman a la choza en que viven, y *toldería* a la población formada por unos cuantos toldos. En uno de ellos es donde pasé dos días, cuando un fuerte temporal me obligó a interrumpir mi viaje. Suerte grande fué para mí dar con aquel toldo, pues de lo contrario no sé lo que hubiera hecho, faltándome hasta el abrigo de un árbol.

— Y ¿es divertido vivir en un toldo? tío.

— *Divertido* no es precisamente la palabra, pero *curioso* lo es. Imagínate una casita del tamaño de este cuarto, cuyas paredes y techo son de pieles de guanaco sostenidas en *horquetas* de madera; y dentro de la cual arde constantemente el fuego. En esa pieza única se come, se duerme, las mujeres cosen las pieles, hilan la lana o hacen adornos de plumas, los niños juegan con sus *flechas* o amasan el barro y, pendientes del techo, se balancean las bolsas de cuero en que guardan la grasa y las lonjas de *charqui*, nombre que se da a la carne de potro o avestruz secada al aire. En ella, en fin, vive toda la familia, junto con sus perros, los fieles perros patagónicos que acompañan siempre al indio y le ayudan a transportar su casa de un lugar a otro.

— ¿Cómo? ¿Se mueven los toldos?

— Has de saber que los indios son *nómades*, es decir, no viven siempre en un mismo lugar; cuando escasea la caza o el campo no da bastante pasto para sus caballos, desarman su toldo, cargan las pieles y enseres sobre los perros y las yeguas, y van a establecerse más lejos. ¡Es tan grande la Patagonia!

— ¿Y no te hicieron daño alguno los tehuelches?

— ¿Por qué habían de hacérmelo? Yo pedí hospitalidad al indio más viejo, diciéndole que en cuanto pasara el temporal proseguiría mi viaje. Le di algunas monedas de plata, que ellos usan como adorno en sus collares, y a las mujeres unos ovillos de lana de colores. Me acogieron bien, y me dieron de comer *charqui* de avestruz, carne de *armadillo*, no muy bien cocida, y como bebida un cocimiento de chala. Me acosté en el suelo, con dos cueros bien

sobados por sábanas, una piel de guanaco arrollada por almohada y como abrigo un *quillango*, que era de lo mejor en aquella noche fría.

— Y ¿es cierto que se visten de una manera muy rara?

— Hoy día su traje se asemeja bastante al de nuestros paisanos; he visto algunas mujeres con vestidos de percal y ropones de lienzo, pero muchas visten túnicas de colores muy vivos, que tejen con lana de oveja o de guanaco y tiñen con jugos de hierbas y frutas del campo. Se cubren con mantas de pieles y usan todavía la *vincha* sobre la frente. Tienen el cabello muy lacio, pero las jóvenes se lo cuidan mucho, peinándolo — ¿sabes con qué? — con unas escobillas hechas de fibras duras. Después lo disponen en dos trenzas, a veces bastante largas.

— ¡Cómo me gustaría ver un tehuelche! tío.

— Un poco difícil, sería, pues vienen raramente al pueblo, y sólo si alguien los trae con un objeto dado. Además, quedan ya muy pocos, apenas unos cuantos centenares, los que no viven en sus toldos como antes, sino en las estancias o chacras, sirviendo de peones los hombres y en los quehaceres domésticos las mujeres.

Conténtate, pues, con ver el retrato que el cacique me permitió tomarle mientras fuí su huésped.

TRABAJOS MANUALES INTERESANTES. — *Organizar en un ángulo del patio un toldo tehuelche y fabricar los objetos y armas que usaban los indios, así como las prendas de su traje, las que servirán para disfrazarse y representar escenas de la vida indígena.*

LOS PRIMITIVOS DUEÑOS DE NUESTRA TIERRA

A la par de los tehuelches de que hablaba el tío Lucio a su sobrina, muchísimas otras *tribus* indígenas habitaban el vasto territorio conocido hoy con el nombre de República Argentina, cuando llegaron a él los conquistadores españoles. Los individuos que formaban esas tribus no tenían la piel blanca sino cobriza, hablaban una lengua que sólo ellos entendían, andaban semidesnudos, se pintaban el cuerpo y la cara con colores chillones, adornaban sus lacios cabellos con plumas y sus cuellos con numerosos collares de conchillas, dientes de animales y piedrecitas de colores.

Pero lo que más los diferenciaba de los españoles era su absoluta falta de instrucción: no sabían leer ni escribir, y por consiguiente de nada les servía la *inteligencia* que todo ser humano posee; no conocían más trabajo que el de cazar o pescar animales para el propio sustento. Para ellos era la cosa más natural del mundo apoderarse, por astucia o a viva fuerza, de lo perteneciente a otro; en una palabra, aunque seres humanos, no eran civilizados como nosotros, sino *salvajes*. Tales eran los *indígenas* o primitivos pobladores de *nuestra tierra*.

Los españoles se sorprendieron mucho en presencia de tales individuos, de los que no tenían la más remota noticia y cuyo lenguaje no entendían, tomando por amenazas sus gestos y movimientos vivos de salvajes.

Al principio los indígenas fueron buenos con los españoles y los respetaron, creyéndolos seres superiores a causa de su tez blanca; pero más adelante, sea porque los espa-

ñoles no los trataran bien, sea porque los indios comprendieran que aquéllos iban a apoderarse de sus tierras, cosa que no les convenía, el hecho es que empezaron a atacarlos.

A menudo caían *tribus* enteras sobre las poblaciones españolas, mataban a los hombres, incendiaban las casas y se llevaban a las mujeres y niños, a quienes guardaban como esclavos en sus tolderías.

Esos pobres esclavos blancos o *cautivos*, como se les llamaba, lograban escapar algunas veces, pero muchos morían en tal intento a manos de los indígenas, o de fatiga y hambre, pues debían recorrer a pie grandes distancias.

Por lo dicho, ya pueden imaginar ustedes cuán grande sería el temor de los primeros pobladores españoles de nuestra tierra, que vivían temblando ante la posibilidad de ser víctimas de un *malón* (llamábase así al ataque llevado por los indios a un pueblo o a una casa).

Como los indios eran habilísimos ginetes, llegaban de improviso, antes de que la gente tuviera tiempo de huir, y cuando no conseguían matarla, los asaltantes se contentaban con llevarse cuanto encontraban en la casa y prender fuego a ésta.



La flecha es arma terrible en mano de los indios.

Como se ve, el propósito que los guaiaba era acabar con los blancos o inspirarles tal terror que concluyeran por abandonar el territorio.

Pero las poblaciones crecían en vez de disminuir. Sus habitantes, a pesar del continuo sobresalto en que vivían, se negaban a dejar la tierra en que habían nacido o conquistado al precio de tantos sacrificios. Los criollos creían, y con razón, tener derecho a vivir en el país de su nacimiento, y que, no siendo civilizados, los indios debían cederles su lugar. Así, pues, resolvieron rechazarlos más hacia el interior del territorio.

Con tal fin, expediciones de hombres valientes atacaban las tolderías y los indios concluían por huir, pues les espantaba el estampido y fogonazo de los fusiles, cuyo manejo ignoraban y en los cuales creían ver algo del trueno y del relámpago.

Conquistado así un lugar, los expedicionarios colocaban en él fuerzas armadas para impedir que los indios volvieran, y en seguida se organizaba ahí una nueva población.

A este período de nuestra historia nacional se le llama *la conquista*. Gran parte de nuestros pueblos y ciudades fueron fundados así, y muchos de éstos conservan todavía los primitivos nombres indígenas de la localidad.

Multitud de indios perecieron en esa lucha con los blancos, y los pocos sobrevivientes se refugiaron en los bosques del norte o en la extremidad sur del territorio, donde todavía se les encuentra. Pero la suerte de ellos ha cambiado mucho: ya no se les persigue, pues no pueden hacer daño alguno a las poblaciones; en cambio, se ha tratado de ci-



Expedición al desierto.

vilizarlos consiguiéndose en gran parte tal propósito. En muchas poblaciones indígenas del Chaco, Formosa, Patagonia y Tierra del Fuego hay escuelas a las que concurren los indiecitos.

Hoy día los indios visten y viven más o menos como el resto del pueblo; muchos hablan nuestra lengua y son buenos amigos de los blancos, si bien quedan todavía algu-



Escuela de indios en el Chaco.

nas tribus rebeldes que tienen sus *madrigueras* en parajes deshabitados de las selvas y montañas.

Sería injusto, al hablar de nuestro país, no mencionar a sus primitivos dueños, pues si por exigencias de la civilización fueron rechazados de las poblaciones, no por eso dejan de merecer nuestro cariño y protección.

Civilizar a los indios y hacerles adquirir buenas costumbres, es aumentar el número de los seres útiles a la patria.



La muela del malón. (Cuadro de Angai Della Valle.)

EL DESIERTO

(FRAGMENTO)



Esteban Echeverría.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel
Velozmente cabalgando.
Veíanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades

De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve a hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene, seguro puerto
En sus *yermos* a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
De salvajes, atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar en derredor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

ESTEBAN ECHEVERRÍA
(Argentino.)

EL SOL Y EL CLIMA

Mi amiguita Sofía es muy curiosa. Al decir *curiosa* no empleo esta palabra en el sentido desagradable que generalmente se le da. Sofía siente viva curiosidad por conocer la razón de los fenómenos que a su rededor se producen; y esta curiosidad, lejos de ser censurable, demuestra aplicación y merece ser satisfecha, porque en ningún libro se aprende tanto ni tan bien como en el de la naturaleza.

Por lo que pueda serles de utilidad, repetiré aquí un diálogo que sostuve con mi amiguita días pasados.

Estábamos en el campo y, como eran las doce de un día de verano, el tema de nuestra conversación fué naturalmente el calor.

— Tienes razón, Sofía; todos, por ignorantes que sean, saben que a mediodía el calor es más intenso. En verano, llega a hacerse insoportable, y es necesario guarecerse en las habitaciones para evitarlo; en cambio, en invierno es la hora más agradable, y hasta resulta un placer caminar bajo los tibios rayos de ese mismo sol tan molesto en verano. Pero te has preguntado alguna vez ¿a qué obedece ésto?

— Toma, la respuesta es bien fácil; porque a esa hora *hay mucho sol*.

— ¿Crees entonces que el sol aumenta o disminuye de tamaño según la hora?

— Así debe ser, pues.

— Estás en error. El sol es un astro mucho más grande que la tierra y presenta, como ésta, la forma de una bola, pero en estado *incandescente*; por eso brilla y envía calor,

cual si fuera una enorme ascua; y aun cuando dejamos de verlo durante la noche, sigue siendo el mismo sol que luce en nuestro cielo a mediodía.

— No me negarás, sin embargo, que a mediodía brilla mucho más y con luz más viva que a la tarde.

— Ni pienso negarlo; pero eso ocurre no porque haya va-



Mientras los habitantes del norte buscan bajo los árboles reparo contra los ardientes rayos del sol...

riado, sino porque los rayos de ese astro caen *más o menos directamente* sobre los diferentes puntos de la tierra, a medida que ésta gira.

— ¡Ah! sí, en su movimiento de *rotación*, debido al cual se produce la sucesión de los días y de las noches.

— Pero, ¿por qué hace más calor a mediodía?

— Francamente... no lo sé.

— Sin embargo, fijate bien, ¿dónde se ve el sol a esa hora?

— Arriba mismo de nosotros, cual si estuviera suspendido sobre la ciudad, sobre los campos, las casas, los árboles...

— ¿Puedes mirarlo cómodamente?

— No; porque entonces parece estar muy cerca y su luz es tan fuerte que resulta imposible fijar en él la vista.

— Y ¿dónde lo ves al caer la tarde?

— Hacia el oeste, donde parece ir descendiendo y alejándose cada vez más, hasta que se hunde en el horizonte y se oculta por completo a nuestra vista, sobreviniendo al poco rato la noche.

— Y al amanecer, ¿está también al oeste?

— ¡Oh! no. ¡Quién no sabe que el sol sale por el este! Algunas veces, cuando he madrugado, lo he visto, cual si saliera de ese extremo de la tierra, ir subiendo poco a poco hasta llegar, a mediodía, a lo alto del cielo.

— Bueno, pues, la causa de que sea diferente la temperatura a mediodía, a la tarde y al amanecer, está en esto: *la mayor o menor altura del sol sobre el horizonte.*

Cuando lo ves, como tú dices, sobre el pueblo y las casas,



en la Tierra del Fuego, los indios onas tienen que recurrir a las pieles para preservarse del riguroso frío.

es cuando envía sus rayos más *directamente*, y cuando lo ves muy bajo, al este o al oeste, los envía más *oblicuamente*. En el primer caso, esos rayos atraviesan casi perpendicularmente las capas atmosféricas, y en el segundo tienen que atravesarlas en dirección completamente sesgada. ¿En cuál de estos casos te parece que la atmósfera presente mayor espesor al paso de los rayos solares?

— En el segundo, se entiende.

— Pues ahí tienes la explicación: los rayos solares *pierden tanto menos calor cuanto más directamente atraviesan las capas atmosféricas*. Por eso es que a mediodía la tierra beneficia de mayor suma de calor solar.

— ¿Quiere decir, entonces, que a mediodía los rayos solares caen perpendicularmente?

— No del todo. Observa y verás que te dan en pleno rostro cuando miras hacia el norte.

En muy pocos puntos del territorio y sólo en determinada época del año, los rayos solares caen perpendicularmente sobre nuestro suelo.

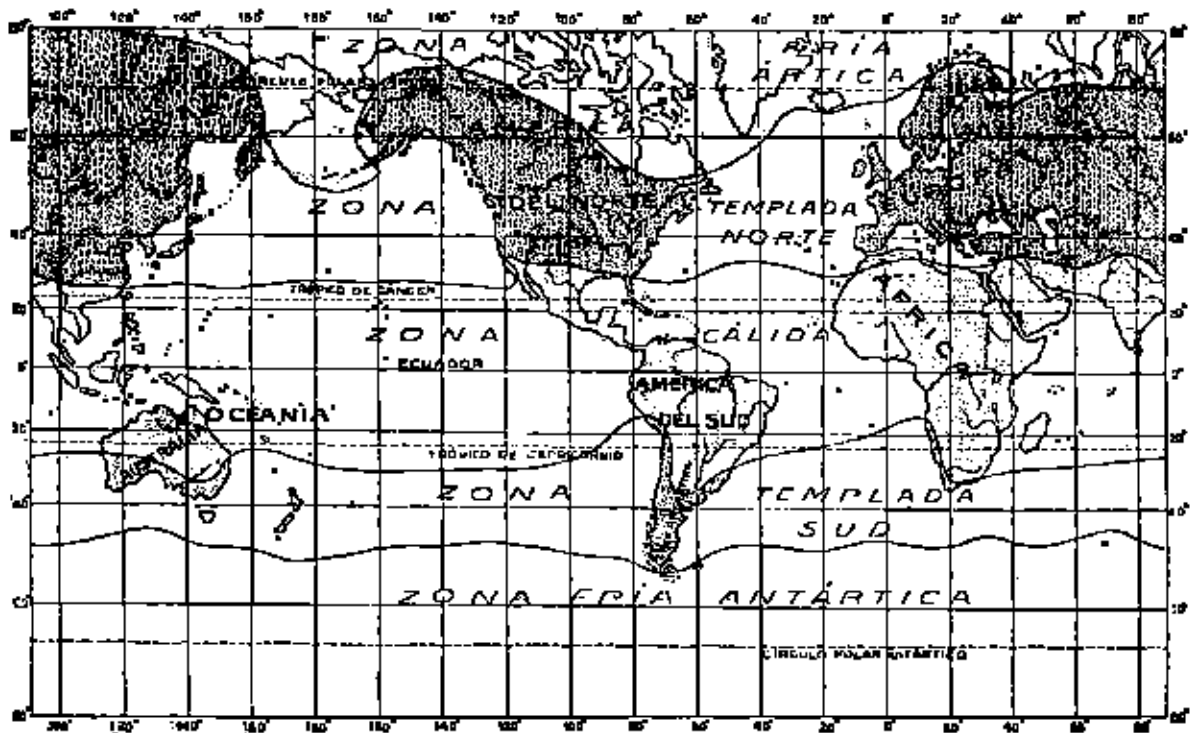
Y si observas un poco más, notarás que la mayor perpendicularidad de los rayos solares a mediodía coincide con el *verano* y, por el contrario, la mayor oblicuidad coincide con el *invierno*.

Sólo en las regiones del Ecuador los rayos solares caen perpendicularmente; pero a medida que uno se aleja hacia el norte o el sur de ese círculo la oblicuidad de aquéllos va siendo cada vez mayor, y así las *regiones polares*, aun a mediodía, los reciben mucho más oblicuamente que nosotros a la caída de la tarde o al amanecer.

— ¡Con razón hace allí tanto frío!

— En cambio, en las cercanías del Ecuador, como los rayos solares atraviesan la atmósfera perpendicularmente...

— Tiene que hacer más calor. ¡Y pensar que a veces nos quejamos de la temperatura que aquí reina ya sea en invierno o en verano!



— No tenemos, no, derecho a quejarnos, pues si algún país goza de un clima soportable es el nuestro. Observa este mapa y verás las tres zonas en que se considera dividido el globo con respecto a su clima. Esta que ves aquí es la llamada *cálida, tórrida o tropical*; forma como un cinturón en la parte más ancha del globo, a uno y otro lado del Ecuador. Estas dos que están una al sur y otra al norte de la anterior, comprendidas entre los trópicos y los círculos polares,

son las *templadas*; y por último, estos dos casquetes que terminan el globo por ambos extremos, y van de los círculos polares al polo, son las *frías*.

— Espera un momento, quiero ver en qué zona queda Chivilcoy. Queda... en la *templada del sur*.

— Y en ella quedan todos los lugares de la Argentina. Mira, por el norte alcanza al *Trópico de Capricornio*, y por el sur no llega al *Círculo polar antártico*. De modo, pues, que vivimos en la *zona templada del sur*.

— Sin embargo, cuando tío Carlos volvió del Chubut el año pasado, nos contaba que hace allí un frío excesivo, que los campos se cubren de nieve y que al lado de aquellos inviernos los de nuestra ciudad son primaveras.

— Si tu tío Carlos en vez de ir al Chubut hubiese ido a Formosa, te hubiera contado lo contrario, o sea que allí suele hacer un calor sofocante y que al lado de esos veranos los nuestros son otoños. Piensa un momento a qué distancia del Ecuador están Paraná, Formosa y Chubut.

— El más próximo es Formosa, luego Paraná, y por último Chubut. ¡Ah! sí, ya caigo; cuanto más cerca del Ecuador están, tanto más directamente reciben los rayos solares. Luego nuestro país goza de diferentes temperaturas.

— Exactamente: las provincias y territorios situados en la parte norte tienen, por lo general, un clima casi cálido y por eso se les llama *subtropicales*; hacia la parte media del territorio el clima es templado, y a medida que se avanza hacia el sur el frío va siendo mayor, hasta que en las proximidades del estrecho de Magallanes la temperatura es muy baja, aun en verano.

Tales son las ventajas que un territorio tan extenso como el nuestro ofrece: variedad de temperaturas, aun dentro de una misma zona.

Como no me sería posible repetir toda la conversación que tuve con Sofía aquella tarde, voy a presentarles algunas de las preguntas que le hice, para que ustedes vean si pueden contestarlas tan bien como ella lo hizo.

Si desde nuestro país hiciéramos un viaje al polo norte, ¿en qué dirección hallaríamos el sol a mediodía, a medida que avanzáramos?

¿Hacia qué lado caería nuestra sombra, a mediodía, en la zona templada del norte?

¿En qué región de la tierra no hace frío nunca?

¿A qué hora del día es más corta nuestra sombra?

¿Qué provincias o territorios argentinos tienen un clima más cálido?

¿Por qué?



¿Qué hora es y en qué rumbo va ese hombre que camina por la vía?

LA RECONQUISTA

Les he hablado ya de nuestros abuelos y de los primitivos dueños de nuestra tierra; corresponde ahora que les hable de nuestros padres, los criollos.

Cuando los españoles se establecieron en esta región de América y hubieron sometido, al menos en parte, a los indígenas, fundaron *colonias*, es decir, poblaciones que hoy



Aspecto que presentaban en su origen las ciudades fundadas por los españoles.

parecerían pobres aldeas, pero que entonces eran de gran importancia. Esas colonias tenían una ciudad principal, residencia de los gobernantes, naturalmente españoles en su gran mayoría. Casi todas las actuales capitales de provincia fueron así fundadas durante la dominación española.

Cómo se vivía en esas ciudades y de cuán mezquinas comodidades gozaban sus pobladores, aun en las más importantes, lo diré después; por ahora sólo quiero narrar un

hecho que ocurrió durante el *coloniaje* y que dió origen a grandes acontecimientos.

Hacia fines del siglo xviii, Buenos Aires, la ciudad más importante del Río de la Plata, había alcanzado un desarrollo relativamente considerable, y aunque por su aspecto parecía un pueblecito de campaña, contaba entre sus ha-



Ataque a los ingleses refugiados en la iglesia de Santo Domingo.

bitantes gran número de criollos de educación esmerada e ideas generosas. Por ese tiempo aparecieron los primeros periódicos que vieron la luz en nuestro suelo y se fundaron varios colegios para la juventud estudiosa.

En 1806, una escuadrilla inglesa, que a las órdenes del comandante Popham surcaba el Atlántico en dirección al sur, vino a fondear en el Río de la Plata. Halagado por la prosperidad de la colonia, ocurriósele a Popham apoderarse

de ella en nombre del rey de Inglaterra, con cuyo propósito hizo desembarcar una división de 1500 hombres a las órdenes de Beresford. Gobernaba el Río de la Plata el marqués de Sobremonte, quien se aturdió de tal manera por el inesperado ataque que, sin atinar con ninguna medida salvadora, huyó a Córdoba, dejando el campo libre a los ingleses.



Húsar de Pueyrredón.

Pero los habitantes de Buenos Aires no se aturdieron como su gobernante; al contrario, sintieron como si les nacieran fuerzas que ellos mismos no se conocían. Se reunieron los hombres más resueltos y, después de cambiar ideas, acordaron lo que había de hacerse; organizaron batallones que, capitaneados

por el criollo Juan Martín de Pueyrredón y por Santiago Liniers, caballero francés que residía en Buenos Aires desde treinta años atrás, sostuvieron una lucha encarnizada con los ingleses, venciéndolos y obligándolos a retirarse.

Al año siguiente, es decir en 1807, se produjo una segunda y más numerosa invasión inglesa a Buenos Aires, pero, como la primera, fué enérgicamente rechazada. Cuentan que no sólo luchaban los soldados, sino todos los habitantes, sin exceptuar las mujeres y los niños, quienes utilizaban como armas, utensilios domésticos, piedras y agua hirviente.

Nunca más volvió a ser invadido nuestro país.

LA CALLE DEL EMPEDRADO

— Lo dices en broma, Sara; no puedo creerlo.

— No soy yo quien lo dice, Amelia, sino este libro.

— Será alguna chanza, sin duda.

— Mira, ¿hagamos una cosa? Esta noche, cuando venga tu abuelito, se lo preguntamos, y así sabremos cuál de las dos tiene razón.

Al llegar a este punto de la conversación las dos amiguitas fueron interrumpidas por un señor que, entrando a la pieza en el momento que su nieta (pues el anciano no era otro que el mencionado abuelito) pronunciaba las últimas palabras, se dirigió a las niñas diciéndoles:

— Veamos, pues, lo que quieren preguntarme. Gustoso aclararé las dudas que tengan.

— Vea, señor — dijo Sarita muy seria; — en un libro que me compró mamá para que estudiara los cambios experimentados por la ciudad de Buenos Aires desde su fundación, dice que a fines del siglo XVIII aún no se conocía aquí el empedrado, que el virrey Vértiz fué el primero en introducir. Muchos años después, según dice también ese libro, eran todavía muy pocas las calles empedradas, y en prueba de ello cita el hecho de que la actual calle Florida



Doctor Vicente Fidel López, uno de nuestros mejores historiadores.

se llamaba entonces la *calle del Empedrado*, para distinguirla de sus vecinas que aún no gozaban de ese privilegio.

Amelia se ha reído de mi cuento, diciendo no ser posible que calles tan centrales carecieran de empedrado y que se diera nombre tan original a la elegante calle Florida.

— Mi pobre Amelia — dijo sonriendo el abuelo — revela



Al toque de oración en una calle central de Buenos Aires en la época colonial.

ser poco fuerte en historia si cree que las ciudades prosperan y se embellecen de un golpe; muchos años ha necesitado Buenos Aires para llegar a ser lo que es. Como lo has dicho muy bien, Sarita, el primer empedrado fué un verdadero acontecimiento y hasta hubo quienes tuvieron miedo de que las casas se desmoronaran debido a la *trepidación* producida en él por los vehículos. La *calle del Empedrado*, antes de recibir ese nombre, era muy fea, no sólo por sus casas

de barro con techos de teja, construcción generalizada entonces, sino porque estaba llena de pozos y zanjones en los que se arrojaba los desperdicios y se acumulaban las aguas de las lluvias.

En verdad, parece cuento de hadas que ese callejón in-mundo se transformara en la elegante *arteria* que es hoy; pero transformaciones semejantes se realizan todos los



Calle a la que no han llegado aún los beneficios del empedrado.

días en las ciudades nuevas como Buenos Aires. Hace apenas algunos años no se podía transitar por las calles de la Chacarita o de Palermo, y hoy esos arrabales están transformados, gracias a haber llegado hasta ellos el empedrado, el alumbrado y demás *mejoras urbanas*. En las épocas de que habla tu libro, toda la población estaba aglomerada en un pequeño radio, cuyo centro era la plaza Mayor, hoy de Mayo. Baste decir que por el mercado del

Plata y la calle Corrientes no había ya casi casas sino cercos de tuna, y hasta era peligroso andar de noche.

Ya ven cuánto se ha ensanchado Buenos Aires desde 1800, a medida que los gobiernos han extendido los servicios urbanos. Uno de los más importantes es el empedrado, y no es, pues, de extrañar que se recuerde aún la primera calle de la ciudad que gozó de ese privilegio.

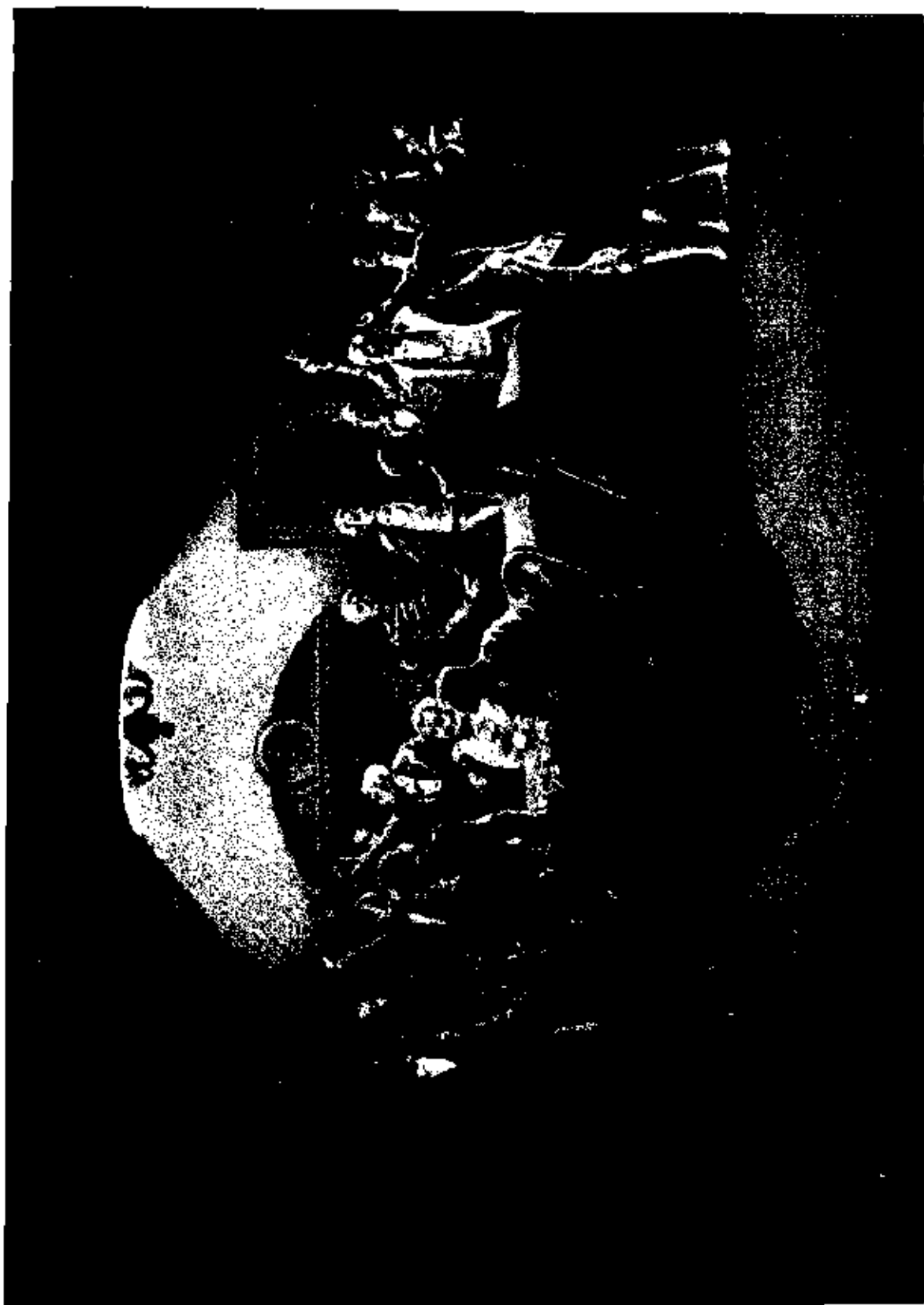


La calle Florida actualmente.

Conque — terminó el anciano levantándose, — si no tienen otra cosa que preguntar, las llevaré a dar una vuelta.

— ¿Por dónde? abuelito, ¿por dónde? — preguntó Amelia, loca de contento.

— ¡Ah, curiosilla! — dijo el abuelo, acariciándola tiernamente. — Iremos a respirar un poco de aire puro a Palermo; pero antes compraremos unos bombones en alguna de las confiterías de la calle... del Empedrado.



La noche del 20 de mayo de 1810. (Cuadro de G. Da R6.)

NACIMIENTO DE LA ARGENTINA

En defensa de su suelo, españoles y criollos a la par, habían peleado contra los ingleses. Pero, pasado ese momento, ocurrióseles pensar a los segundos que, así como habían rechazado la idea de ser dominados por los ingleses,

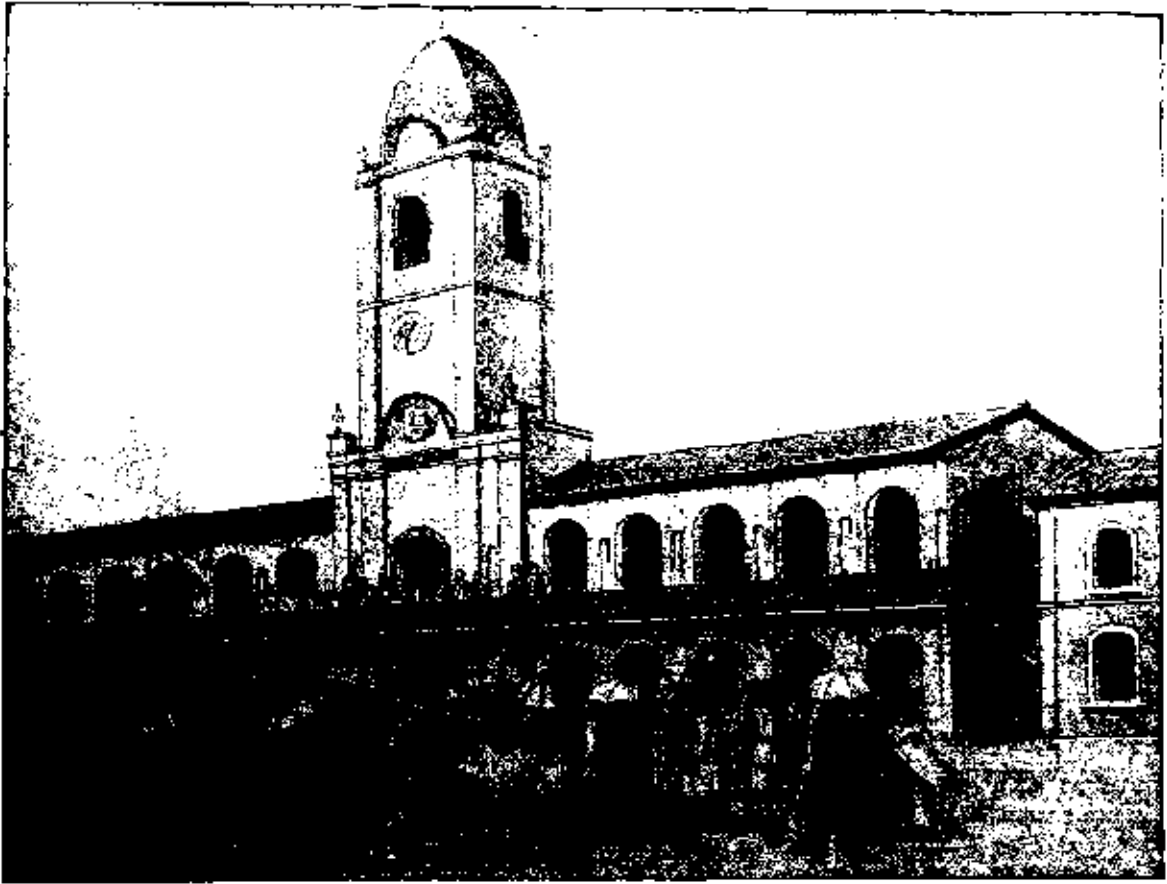


Cabildo abierta del 22 de mayo de 1810.

bien podrían independizarse de España y gobernarse a sí mismos.

Es deseo muy natural, así en las personas como en los pueblos, querer gozar de absoluta libertad y no depender de otras personas u otros pueblos. No era, pues, que los criollos odieran a los españoles, sino que consideraban más justo que sus gobernantes fueran hombres nacidos en el país.

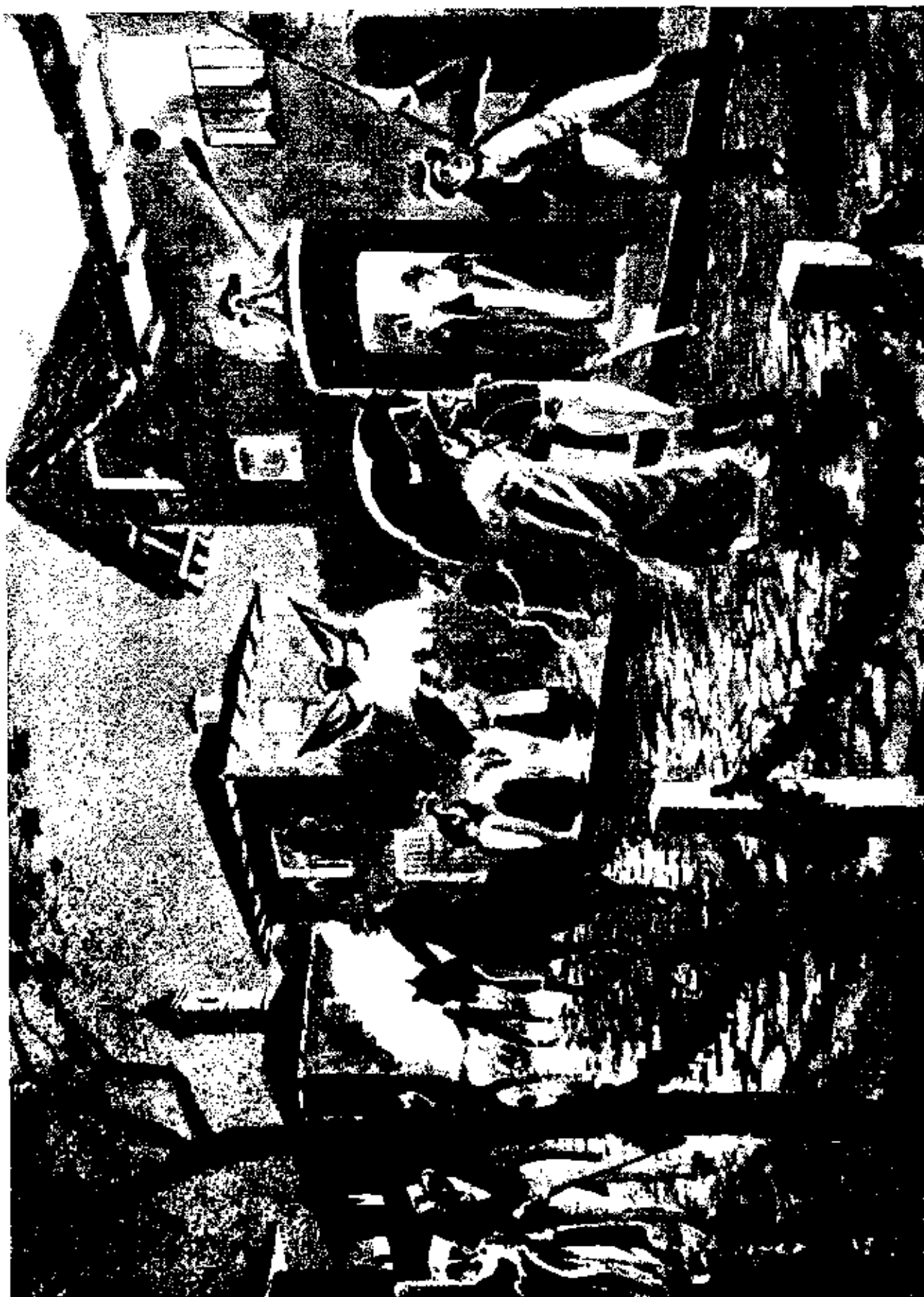
Dominados por esa idea, los jóvenes patriotas comenzaron a celebrar reuniones secretas, ora en casa de Rodríguez Peña, ora en la de Vieytes, ora en algún otro sitio; y en tales reuniones se discurrió largamente acerca de cómo podría lograrse la ansiada independencia.



La mañana del 25 de mayo de 1810.

Consecuencia de esas reuniones fué que las autoridades españolas *abdicaran* y pasara el gobierno de la tierra a manos de los criollos, quienes, desde ese momento, la declararon libre del poder español.

Tal acontecimiento tuvo lugar el 25 de mayo de 1810, día glorioso en que nació al mundo la *Nación Argentina* y



La noche del 25 de mayo de 1810 en una calle de Buenos Aires.

los criollos se convirtieron en *ciudadanos argentinos*; pues, como ustedes no deben ignorar, para que un país adquiriera el título de nación es necesario que sea libre y lo gobiernen sus propios hijos.

Tan glorioso hecho obligará para siempre la gratitud de las *generaciones* argentinas hacia sus autores, y de ahí que, haciendo acto de justicia, llamemos *padres de la patria* a todos los que con su pensamiento o su consejo concurren al nacimiento de nuestra nación, y *patriotas* a todos los que con su esfuerzo moral o material cooperaron a él. Esto explica por qué celebramos con tanto júbilo el 25 de mayo de cada año y experimentamos la más viva alegría en proclamarnos hijos de tan dignos padres.

Naturalmente, disgustó mucho a los españoles la actitud de los criollos y quisieron obligarlos a cambiar de propósito, haciéndoles la guerra durante muchos años.

Hecha la declaración del 25 de mayo de 1810, Cisneros, último gobernante español, quedó separado de su cargo y regresó a España, ocupando su lugar la *Primera Junta* de gobierno.

El primer cuidado de la Junta fué hacer conocer a las demás ciudades la resolución tomada por los criollos de Buenos Aires, y con tal fin se despacharon varias expediciones militares al mando de jefes distinguidos, como el general Belgrano, con la misión de acudir en auxilio de los pueblos del interior que quisieran independizarse a ejemplo de Buenos Aires.

Contra estas fuerzas enviaron las suyas los españoles, y con tal motivo fué necesario derramar sangre, lo que si es

muy de sentir, era indispensable en esa ocasión, pues de otra manera los españoles hubieran vuelto a apoderarse de nuestra tierra.

Muchos años duró esa lucha entre argentinos y españoles. Nuestro himno menciona los sitios en que las armas argentinas salieron triunfantes; y centenares de héroes, entre los que figuran modestos soldados a la par que jefes distinguidos, murieron por la patria, cubiertos de gloria.

La revolución por la independencia nació, pues, en Buenos Aires, pero no se detuvo hasta conseguir la libertad de todo el continente sudamericano. Primero se la llevó al interior de nuestro país y a los más vecinos, como el Paraguay, y, años más tarde, el general San Martín pasó los Andes para prestar su ayuda a los chilenos y peruanos, quienes lograron de este modo su emancipación.

Doce años después de la destitución de Cisneros, es decir en 1822, ningún pueblo de la América del Sur reconocía ya el poder de España, y comenzaron a organizarse las diferentes repúblicas que hoy la forman.

En cuanto a nuestro país, desde el día que lanzó el primer grito de libertad comenzó sus trabajos para organizarse, es decir, para convertirse en una nación semejante a las demás del mundo civilizado. Largos y penosos fueron esos trabajos, pero podemos felicitarnos de que a la hora presente los deseos de nuestros padres se hayan realizado en gran parte, pues la República Argentina figura entre las naciones cultas y prósperas del globo.



San Martín en la revista de Rancagua. (Cuadro de J. M. Blanes.)

¡ No morirá tu nombre !
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.
Está escrito en la cima y en la playa,
En el monte, en el valle, por doquiera:
Que alcanza de Misiones al Estrecho
La sombra colosal de tu bandera !

OLEGARIO V. ANDRADE.
(Argentino.)

UN POZO CÉLEBRE



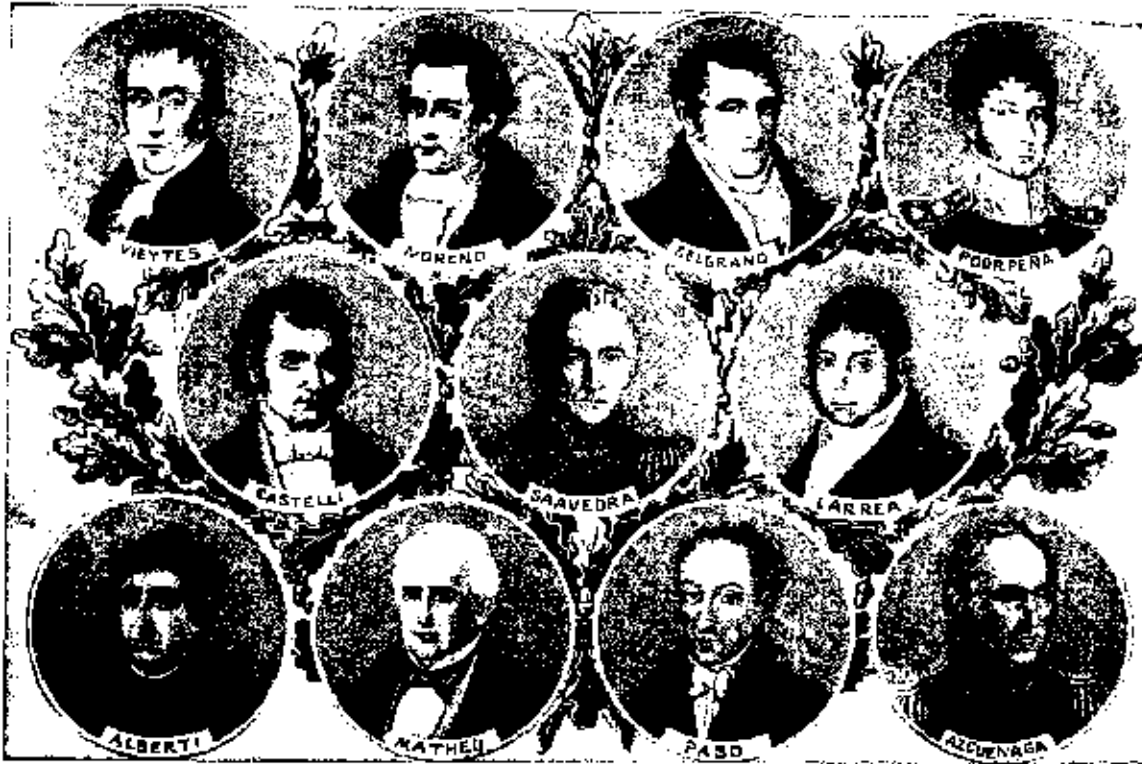
Los objetos más insignificantes adquieren importancia cuando se relacionan con hechos históricos. ¿Qué cosa hay más común y a la que menos atención se preste, que un modesto pozo de balde, de esos que en los suburbios o en el campo surten de agua fresca, aunque no siempre saludable?

Esta figura representa uno de esos vulgares pozos de brocal, toscamente rebocado; parece estar fuera de uso, pues le falta la soga que, pasando por la roldana, lleve el balde hasta el fondo y lo saque luego lleno de agua. Es evidente que debe habersele roto la tapa, pues se le ha cubierto con la

de un cajón viejo, para impedir que caigan en él objetos o materias que pudieran descomponer el agua.

A pesar de su insignificante apariencia ese pozo está ligado a un hecho de gran importancia para nosotros; es el pozo de la antigua quinta de Rodríguez Peña, residencia de la familia de este nombre, uno de cuyos miembros, el joven Nicolás Rodríguez Peña, figuró entre los que prepararon el movimiento revolucionario de Mayo.

En el año 1810, los habitantes de Buenos Aires no necesitaban recorrer muchas cuadras para encontrarse en pleno campo; figúrense que la quinta de Rodríguez Peña estaba situada en un paraje hoy de los más céntricos, o sea en la calle de Callao entre las de Paraguay y Charcas,



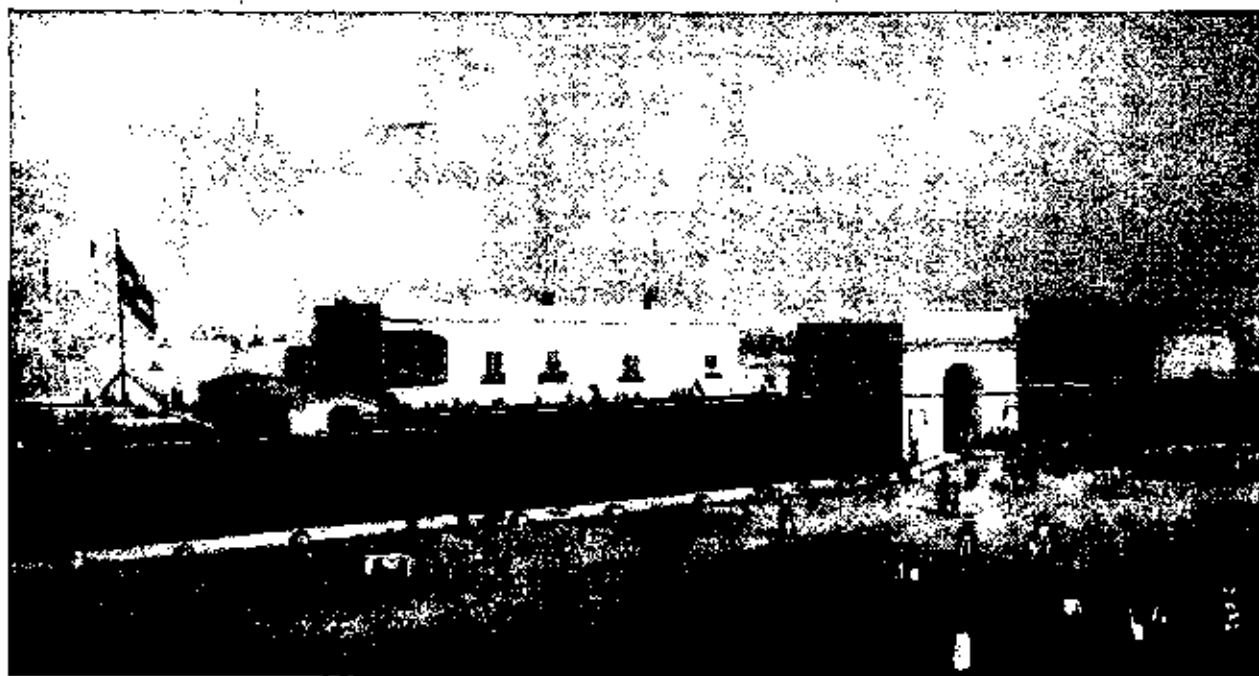
Algunos de los prestigiosos jóvenes patriotas que se reunían en lo de Rodríguez Peña y en lo de Vieytes.

y que entonces era un arrabal, muy poco frecuentado, razón por la cual los jóvenes revolucionarios la eligieron para sus reuniones. Muchas de éstas tuvieron lugar en el comedor de la familia, pero otras se realizaron en medio de la quinta y, según cuentan las tradiciones, muy cerca de ese pozo, que vino así a ser testigo mudo de los entusiasmas arranques de aquellos jóvenes patriotas. ¡Tal vez apoyado en él o descansando su mano en las columnas de hierro

que lo adornan, Castelli o Belgrano pronunciaron palabras vibrantes de aspiración republicana! ¡Tal vez sobre su tosco brocal se escribieron o firmaron documentos de gran importancia para la independencia de nuestro país!

¡Lástima grande que ese pozo no exista ya! Los descendientes del *prócer*, que durante muchos años mantuvieron la quinta en las mismas condiciones en que la vió el año glorioso de 1810, acabaron por enajenarla hace poco tiempo, y sus nuevos propietarios, deseando aprovechar lo mejor posible el terreno, destruyeron esa querida reliquia, que hoy no es más que un recuerdo histórico para los argentinos.

RELIQUIAS HISTÓRICAS. — *¿ Quieren ustedes averiguar dónde están y qué recuerdan las siguientes? El pino de San Lorenzo. El campo de la Cruz. La casa de Tucumán. La torre de la iglesia de Santo Domingo en Buenos Aires.*



El Fuerte, residencia de las autoridades coloniales, que estaba situado en el lugar que hoy ocupa la Casa Rosada en Buenos Aires.

NUESTROS GAUCHOS

Poco a poco va desapareciendo de las campañas argentinas un tipo que antes era muy corriente encontrar en las inmediaciones de las grandes ciudades: me refiero al *gaucho*.

El gaucho es un criollo nacido y criado en nuestras solitarias pampas, al que le basta un pobre rancho de barro y un buen *parejero* para considerarse feliz.

Conoce la Pampa como sus manos, y con la misma facilidad que reconoce la hierba más insignificante, presagia los cambios atmosféricos en la faz del cielo. En medio de la noche más obscura, al trote de su caballo, marcha seguro del rumbo que sigue, orientado por los ruidos o por las matas que encuentra al paso.

Como es ignorante, cree con facilidad en las fábulas y hasta las inventa él mismo; así, no es extraño oírle relatar cuentos fantásticos de aparecidos, de aves que anuncian desgracias con su canto y de flores que derraman lágrimas.

No gusta de las faenas pesadas, y apenas si cuida algunos animales para sus necesidades más apremiantes. El gau-



El rey de las pampas. (Cuadro de Della Valle.)

cho pobre suele emplearse como peón en las estancias, donde es muy solicitado por su habilidad en el manejo del *lazo* y del caballo. Antes, usaba con frecuencia las *boleadoras* para perseguir y detener los indómitos potros, pero hoy las reserva para los *ñandúes*, a los que de otro modo es difícil alcanzar en su veloz carrera.

La fantasía de nuestros gauchos les hace amar la música y la poesía; casi no hay gaucho que no sea cantor y algo poeta. Las *décimas*, las *vidalitas*, los *tristes* y otras composiciones igualmente peculiares de las campañas argentinas, han sido compuestas por gauchos que sólo se inspiraron en la naturaleza y en sus propios sentimientos.

En las tardes melancólicas de la Pampa es frecuente encontrarlos, sentados a la puerta de sus ranchos, cantando al són de la guitarra melodías llenas de sentimiento.

Por la belleza de sus canciones, algunos de esos cantores se han inmortalizado en el recuerdo. Uno de ellos fué Santos Vega, el *payador* cuya historia han cantado muchos poetas ilustres. El *payador* es un poeta rústico que versifica con gran facilidad y canta con la misma naturalidad que lo hacen los pájaros.

Es costumbre, entre los gauchos, organizar *payadas*, o sea concursos de *payadores*, en las que tratan de superarse unos a otros por la belleza y oportunidad de sus versos, erigiendo en jueces a los paisanos que les forman rueda.

Pero no sólo en la vida pacífica se ha hecho conocer el gaucho. Durante las luchas por la independencia, ese hijo de las pampas renunció a la vida tranquila de los campos para seguir la bandera de la patria, y muchas

victorias fueron ganadas gracias a su arrojo y valentía.

Los *gauchos de Güemes* son recordados en nuestra historia como los que más se opusieron en el norte a los avances españoles; y muchos generales argentinos reclutaron con preferencia su ejército entre esos paisanos, que además de ser valerosos soldados, conocían palmo a palmo el



Muerte de Güemes. (Cuadro de Antonio Alice.)

terreno, y por lo tanto eran insuperables como *baqueanos* y *chasques*.

Hoy el gaucho tiende a ser reemplazado por el agricultor, que sigue más o menos las costumbres de las ciudades. Pero siendo un tipo *genuino* de nuestra tierra, sería injusto, al hablar de ésta, olvidar a ese hijo de las pampas, que regó con su sangre y reflejó en sus canciones.

TEMA PARA UNA COMPOSICIÓN. — *Güemes y sus gauchos.*



Canciones del pago. (Cuadro de Carlos P. Ripamonti.)

EL HIMNO DEL PAYADOR

(FRAGMENTO)

El sol ya la hermosa frente
Abatía y silencioso
Su abanico luminoso
Desplegaba en occidente,
Cuando un grito, de repente,
Llenó el campo, y al clamor
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
¡ Santos Vega, el payador !

Mudos ante él se volvieron
Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos —
De Santos Vega cantaban
Y en su guitarra zumbaban
Estos vibrantes sonidos:

«Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, esos vengan
A escuchar esta canción:
«Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en el campo nos domina
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

¡ Ah! Si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente;
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde,
Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado! »

Ya Buenos Aires, que encierra,
Como las nubes, el rayo,
El veinticinco de mayo
Clamó de súbito ¡ guerra!
Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino ¿ qué haremos?
¿ Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?
¡ De Buenos Aires nos llaman!
¡ A Buenos Aires, volemos!

Cuando cesó esta armonía
Que los conmueve y asombra,
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía.
¡ Patria! A sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
¡ Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
¡ Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando a Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron
Tras el Andes colosal;
Hasta aquel día inmortal
En que un grande americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

RAFAEL OBLIGADO.
(Argentino.)



Asamblea del año 1813, que abolió los títulos de nobleza.

EL POR QUÉ DEL NOMBRE *REPÚBLICA*

Tal vez tengan ustedes curiosidad de saber por qué nuestro país se llama *República Argentina*. Voy a satisfacer ese justo deseo en lo que se refiere a la primera palabra, dejando para otro momento la explicación de la segunda.

En efecto, no todas las naciones anteponen ese nombre al que designa su territorio; así, mientras se dice que Italia es un *reino* y Alemania un *imperio*, todos sabemos que existen muchas otras *repúblicas*, a la par de la Argentina, como las del Uruguay, Chile, Brasil y Perú.

Como ustedes recuerdan, nuestra tierra nació a la vida libre de nación el 25 de mayo de 1810, desde cuyo día los criollos resolvieron no permitir que *ningún extranjero los gobernara*, porque este derecho corresponde exclusivamente a los nacidos en nuestra tierra. Hasta

ese día nuestro país había llevado un nombre muy distinto: se llamaba *Virreinato del Río de la Plata*. Verán por qué.

Dije antes que el *reino* de España fué el que más contribuyó al descubrimiento del nuevo mundo, y por tanto el país que más tierras descubrió y conquistó, agregándolas a su dominio con el nombre de *colonias*. Distantes como estaban éstas, forzoso le era a España gobernarlas por intermedio de un representante del rey, o sea un *virrey* (que quiere decir: *después del rey*). De ahí que se llamara *virreinato* a la colonia gobernada por aquél. Así, pues, el *Virreinato del Río de la Plata* fué gobernado durante muchos años por virreyes que el rey de España nombraba y destituía, sin consultar para nada a los habitantes de las colonias.

Los virreyes pertenecían a determinada clase social, pues como España era y es todavía país *monárquico*, no consideraba iguales a todos los individuos, y creía que sólo tenían derecho de gobernar los miembros de ciertas familias antiguas que constituían la llamada *nobleza*.

Los patriotas de Mayo que depusieron a Cisneros, último virrey español, declararon que en nuestro país no podían existir tales diferencias: que todos los hombres eran iguales, y por lo tanto no había razón para que los gobernantes fueran elegidos de entre tales o cuales familias nobles.

De este modo, no sólo la colonia se transformó en país libre, porque dejó de depender de España, sino que se transformó también en *república*, pues todos sus habitantes fueron reconocidos *iguales y con los mismos derechos*.



Doctor Mariano Moreno. (Cuadro de P. Subercasseaux G.)

UN GRAN REPÚBLICO ARGENTINO

Mariano Moreno, primer secretario de la Junta gubernativa de 1810 y uno de los que más activamente trabajaron en la revolución por la independencia, fué también quien más eficaz y decididamente defendió en nuestra tierra los principios republicanos.

Entre sus compañeros de la Junta no faltó quienes pensaran que se debía reemplazar al virrey Cisneros con un monarca extranjero o con un descendiente de los Incas (antigua raza indígena); y tampoco faltó quien quisiera acordar a Saavedra el título de rey.

Ni por un momento participó Moreno de tales propósitos. Su convicción era que el país debía organizarse



«Viva mi patria, aunque yo perezca.»
(Últimas palabras de Mariano Moreno al expirar, el 4 de marzo de 1811, a bordo del buque inglés *La Fama*, que lo conducía a Europa en misión diplomática.)

bajo la *forma republicana de gobierno*, en la que todos los ciudadanos tienen iguales obligaciones y el mismo derecho a ocupar los cargos públicos. Sostuvo esa idea en sus discursos, pues Moreno fué uno de nuestros primeros y más *fogosos* oradores, y en la *Gaceta*, periódico que fundó para defender los intereses de la patria e ilustrar al pueblo en sus deberes y derechos.

Dijo siempre que, siendo simples representantes del pueblo, los gobernantes no pueden obrar según su capricho o voluntad, ni mucho menos ocuparse de favorecer sus intereses particulares, sino que todos sus actos deben tender a realizar las aspiraciones más nobles del país y a encaminarlo por una vía de constante progreso.

Moreno fué, pues, el iniciador y creador del régimen republicano de gobierno que nos rige, y por tanto el primer repúblico argentino.

CUESTIONES A INVESTIGAR. — *Podrían ustedes decirme, después de repasar un poco sus libros de historia, ¿cuáles fueron los dos periódicos que vieron la luz en el Virreinato del Río de la Plata; antes de la Gaceta que redactó Moreno? Asimismo sería muy interesante saber en qué imprenta se imprimían, de qué asuntos se ocupaban, cuánto tiempo de vida tuvieron y quiénes los dirigían.*

LOS PROPÓSITOS DE MORENO

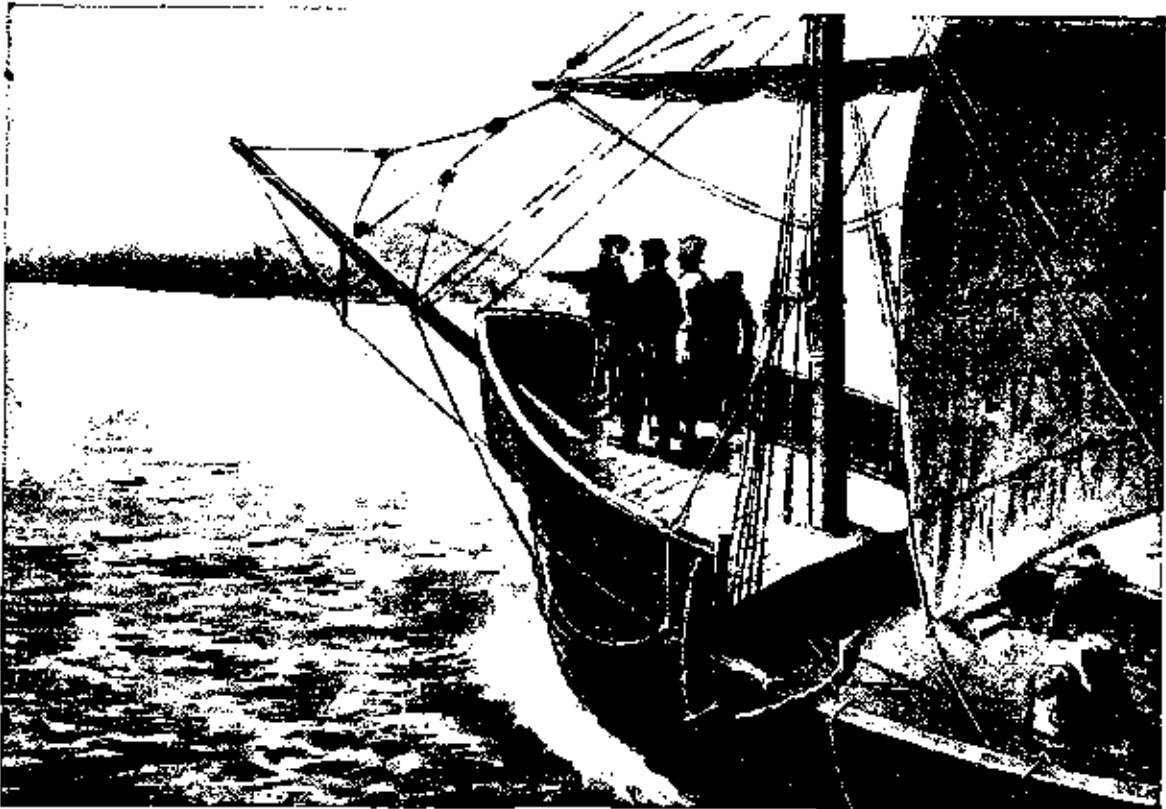
« Derribemos del trono al despotismo,
Abramos ancha vía al patriotismo,
Alcemos los fanales de la ley,
Rompamos la barrera de ignorancia,
Alumbremos la mente de la infancia
Y ennoblezcamos al humano sér. »

BARTOLOMÉ MITRE.
(Argentino.)

APELLIDO NACIONAL

Ahora que saben ustedes por qué nuestra tierra lleva el nombre de *República*, voy a contarles el origen de su apellido, *Argentina*, que es también el de todos nosotros.

En los primeros tiempos del descubrimiento de América, un marino español, don Juan Díaz de Solís, descubrió y



Descubrimiento del Río de la Plata por Juan Díaz de Solís.

reconoció un gran río, sobre cuya margen izquierda se edificó, años después, la ciudad de Buenos Aires, en el mismo sitio que hoy ocupa. Viéndolo tan ancho, y después de probar sus aguas, que halló dulces, Solís bautizó ese río con el nombre de *Mar Dulce*, para distinguirlo así de los demás mares, que son siempre salados.

Por entonces, Solís murió a mano de los indios en una isla del río que descubriera, y sus compañeros, en recuerdo del infortunado navegante, dieron el nombre de *Río de Solís* al que éste llamara *Mar Dulce*.

Años después, otro navegante, Sebastián Caboto, llega al mismo río, reconoce sus orillas, y se interna en el territorio. Los indios que lo habitaban dieron a Caboto, a cambio de adornos sin valor, trozos de plata, lo que hizo creer a los españoles que este metal abundaba en los alrededores del Río de Solís, por lo cual resolvieron llamarle *Río de la Plata*.

Una vez libres del dominio español, los criollos, como hijos nativos de la nueva nación que acababa de surgir a la faz del mundo, determinaron darle un nombre que la particularizara entre las demás naciones, y al efecto eligieron el de *Provincias Unidas del Río de la Plata*.

Como ustedes sabrán, los substantivos y adjetivos nacionales derivan del nombre del respectivo país; así, pues, en nuestro caso, era lógico que se recurriera a un derivado de la palabra *plata*, eligiéndose el sinónimo poético de la misma palabra, *argento*, de la que deriva el apellido *Argentina*, dado a nuestra tierra, y el de *argentinos* que llevamos sus hijos.

Esta denominación se generalizó cuando don Vicente López y Planes compuso el himno nacional *argentino* y cuando Manuel Belgrano creó la bandera *argentina*; tanto el himno como la bandera son nuestros distintivos nacionales y el nombre de *argentinos* es, por decir así, el apellido que agregamos al propio todos los que hemos nacido en la *República Argentina*.

LA CANCION DE UN PUEBLO LIBRE

En la noche del 9 de mayo de 1813 celebrábase una de las habituales reuniones en casa de la señora doña María Sánchez de Thompson, distinguida dama porteña de gran cultura y muy estimada por su probado patriotismo y caritativos sentimientos. Entre los concurrentes figuraban varios hombres notables de la época, así como las esposas e hijas de muchos héroes de nuestra



Vicente López y Planes.

revolución. Muy natural era, pues, que las conversaciones giraran alrededor de los acontecimientos guerreros de esas horas agitadas para la patria, comentándose con el más vivo interés las últimas noticias referentes al ejército del Alto Perú, que, al mando del general Belgrano, acababa de obtener un triunfo completo en Salta. El nombre de este jefe y el del general San Martín, que con sus famosos *granaderos a caballo* defendía las costas occidentales del río Paraná, eran objeto de los mayores elogios.

De pronto, Esteban de Luca, que acababa de entrar, reclamó la atención de la concurrencia, anunciando que tenía en su poder una canción de su amigo don Vicente López y Planes, escrita bajo el entusiasmo de las victorias obtenidas por los ejércitos de la patria. Los presentes rogaron

a de Luca les hiciera conocer aquella *primicia*, y momento después, en medio del mayor silencio, el joven poeta leía con voz bien timbrada y armoniosa la *Marcha patriótica* compuesta por López y Planes. No bien terminó de Luca el último verso, los concurrentes prorrumpieron en una salva de aplausos y muchos sintieron correr lágrimas de emoción por sus mejillas, tan sentida era la bella canción.

Dos días después, la Asamblea general del año 13 decretaba que en lo sucesivo la «Marcha patriótica» de López sería el himno nacional del pueblo argentino.

Entre los concurrentes a dicha reunión hallábase el maestro de música don Blas Parera, quien, sugestionado sin duda por el patriótico entusiasmo que despertara tal lectura, sentóse al piano y comenzó a ensayar un acompañamiento musical apropiado a tan vibrantes estrofas. Pocos días después, previos varios ensayos en el salón de la señora de Thompson, Parera escribía definitivamente la música del himno tal cual se reproduce en la página de enfrente. Ella fué públicamente cantada ante una selecta reunión de damas y caballeros, en la Casa del Consulado, la noche del 25 de mayo, y luego por los niños de las escuelas, ante la pirámide de Mayo, el día 28 del mismo mes y año 1813.

El Himno nacional argentino, es como la historia compendiada de los hechos realizados por la patria en el corto espacio transcurrido desde que lanzara el primer grito de libertad hasta el año 13. Al leerlo se siente el entusiasmo que debió agitar a nuestros padres en la magna empresa de darnos una patria independiente, para lo cual derramaron sin medida su sangre generosa.

Himno Nacional

Facsimil (reducido) del original de la música del Himno nacional,
escrita por Blas Parera.

Empieza llamando a todos los mortales a que presencien
cómo se levanta ante el mundo

que,
Una nueva gloriosa nación
Coronada su sien de laureles,



Primera audición del himno argentino en el salón de la señora María Sánchez de Thompson. (Cuadro de P. Subercasseaux E.)

hace oír su grito de

¡ Libertad, libertad, libertad !

Esa nación es la Argentina, cuyos hijos hacen voto de
consagrarse a su gloria y hasta morir para conseguirla, si
fuera necesario:

Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.

Y para sostener ese voto se lanzan a defender su territorio contra los que pretenden mantenerlo sometido.

Las armas les son favorables, y una serie de victorias los cubre con los laureles del triunfo en sucesivas batallas, que el poeta, entusiasmado, enumera así:

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
«Aquí el brazo argentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló.»



Esteban de Luca, uno de los primeros poetas de la Revolución.

Todos esos triunfos están condensados en los sencillos pero expresivos términos siguientes:

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió.

Las banderas y las armas de los ejércitos contrarios se rinden ante la Libertad, a la que el pueblo de Mayo levanta un trono digno de ella, y entonces :

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite: «Mortales: ¡oíd!

Algo muy grande debe ser lo que así merece ser proclamado desde un confín al otro de la Tierra, para que lo oigan

los hombres todos. Algo muy grande es, en verdad: acaba de nacer una nación a la vida libre, y el poeta lo canta así:

Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud.»
Y los libres del mundo responden:

conmóvidos y entusiasmados por el magno acontecimiento,

«Al gran pueblo argentino, ¡salud!»

Tal es nuestra canción nacional; la misma que entonaron tantas veces los soldados argentinos al marchar al campo de batalla; la misma que sigue conmoviendo el corazón de las generaciones a través de un siglo; la canción, en fin, de un pueblo libre, al que recordará siempre que, a cambio de tan glorioso pasado, tiene para con su patria el deber de asegurarle un porvenir no menos grande en el concierto de las naciones.



El general San Martín cantando el himno nacional, en 1817.



Campo de San Lorenzo.

¡ Oh! ¡ cuán bello cuadro hiera
La última lumbre de nácar,
De esa luna que parece
Que en el desierto rodara!

Allí, la inmensa llanura
Como una mar de esmeralda
En el confín del oriente
Sublime y desnuda acaba.

Aquí el bosque gigantesco
Borda la loma empinada,
Como desigual cadena
De ennegrecidas montañas.

Y el hondo arroyo tranquilo
Que abre la tierra abrasada,

Como herida de su seno,
Sin término se dilata.

Allá la huella tortuosa,
Que del quieto valle arranca,
Trepa la loma vecina
Como una sierpe de plata.

Y entre las hierbas oculta
Muere trémula y borrada
En el miraje del campo
Que finge arroyos de nácar.

Y allá, trepado a la cima
De su salvaje montaña,
Como un genio del desierto
San Lorenzo se levanta.

RICARDO GUTIÉRREZ.
(Argentino.)

TAREAS DE GOBIERNO

Supongo habrán observado ustedes en sus hogares que las personas encargadas de gobernar la casa, ya sean éstas los padres, tíos o hermanos mayores, no consideran trabajo insignificante tal tarea, pues deben cuidar de que toda la familia viva con la comodidad que sus recursos le permita; que los sirvientes, si los hay, hagan los trabajos de su obligación; que todo esté aseado y en orden; que los niños se eduquen y cumplan sus deberes; que el dinero de la familia no sea malgastado, y muchas otras cosas más, que ustedes podrán comprender si observan lo que sus padres hacen en casa.

De lo cual resulta que el papá o la mamá suelen tener preocupaciones y pasar malos ratos cuando las cosas no marchan como ellos desearían, y algunas veces se ven obligados a tratar con severidad a los hijos o a los criados, a cambiar éstos últimos por otros, a adoptar, en fin, mil resoluciones diversas para que toda la familia viva bien y lo más contenta posible.

Si gobernar una casa es tarea bastante complicada, se comprende cuánto más debe ser gobernar un pueblo, una ciudad, una provincia y luego todo ese conjunto de pueblos, ciudades, provincias y territorios, es decir la nación; ante todo, porque un país es inmensamente más vasto que una casa, y luego porque es muchísimas veces más numerosa la gran familia que lo forma.

Sería, pues, imposible que ese gobierno estuviera en manos de una o dos personas, como acontece en los hogares,

pues, por más que trabajaran, nada conseguirían. ¿Cómo podrían conocer todas las necesidades del país, si para llegar a muchos puntos de él se necesitan días y días de viaje? Y aun dentro de una misma ciudad o pueblo medianamente grande, ¿sería posible, acaso, que una o dos personas se ocuparan de cosas tan diferentes como son: mantener el orden en las calles, cuidar del aseo, vigilar las escuelas, los hospitales y las cárceles, mandar a los soldados y otras muchas tareas tan importantes como éstas, que enumeraré después?

Por eso, pues, el gobierno de cada pueblo o ciudad está confiado a cierto número de individuos, cada uno de los cuales desempeña determinada tarea: unos, se ocupan de velar por la *seguridad* de los habitantes; otros, de la *higiene pública*; otros, de la *educación* de los niños; otros, de resolver las disidencias entre los vecinos; y todos, en una palabra, de velar por el bienestar moral y material de los habitantes del pueblo o ciudad que les confía tan honrosa misión, y que al confiársela les reconocen la *autoridad* necesaria para poder cumplirla. Al conjunto de personas que desempeñan esas funciones se da el nombre de *autoridad* o *gobierno municipal*.

Pero si cada pueblo o ciudad se gobierna interiormente a sí mismo, es de suponer que alguien debe gobernar en conjunto esos pueblos y ciudades, a fin de llenar las *necesidades generales* y velar por la *buena armonía* entre ellos. Reconociendo esa conveniencia, los pueblos todos de cada provincia, de común acuerdo, nombran a su vez las *autoridades* o *gobierno provincial*, al que le designan para resi-

dencia la ciudad más importante de la respectiva provincia.

Ahora bien; si, guiada por un mal entendido egoísmo, cada una de las actuales provincias argentinas hubiese querido erigirse por sí sola en *nación*, nuestro territorio sería hoy día asiento de otras tantas naciones, pero pequeñas y débiles. Felizmente, en vez de separarse las unas de las



Casa Rosada o palacio del Gobierno nacional.

otras, como hubieran podido hacerlo cuando se desligaron de España, prefirieron vivir unidas y constituir, así *confederadas*, la *Nación Argentina*, grande y estimada de las demás naciones de la tierra.

En virtud de este convenio familiar, las provincias resolvieron que el gobierno común de todas ellas estuviera a cargo de otra autoridad superior, llamada *gobierno nacional*, con residencia en la capital de la república, es decir, en la ciudad de Buenos Aires.

Representando, pues, el *gobierno nacional* a toda la nación, se comprende cuán vastas deben ser sus funciones y cuán numerosos los funcionarios que lo forman; por esto, sólo mencionaré los más importantes. El principal, por ser el ejecutor de las leyes y tener a su cargo la administración general, es el *presidente de la nación*, elegido cada



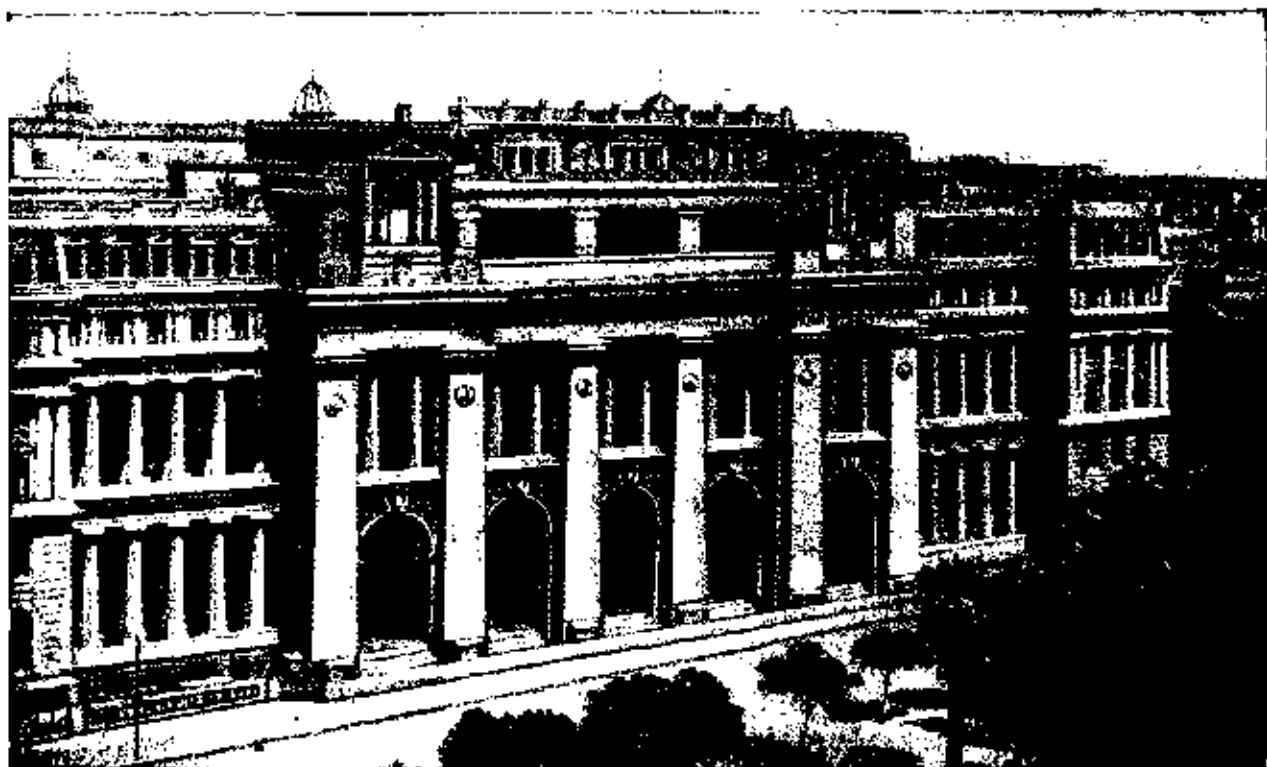
Palacio del Congreso nacional.

seis años por los pueblos todos de las provincias. Lo ayudan en su tarea ocho secretarios o *ministros*, cada uno de los cuales dirige el *ramo de gobierno* que aquél le confía.

Rama esencial del gobierno nacional es el *Congreso*, es decir, el conjunto de *representantes* (diputados y senadores) que periódicamente eligen los pueblos de toda la nación, para que, reunidos en la capital federal y de común acuerdo, dicten las *leyes* a que deben sujetarse todos

los habitantes del país sin excepción. Más adelante veremos cómo, para dictarlas, el Congreso tiene que basarse en una ley general llamada *Constitución*.

Parte integrante del gobierno nacional son los *tribunales de justicia*, cuya principal misión es resolver las disidencias que puedan producirse entre los habitantes.



Palacio de los Tribunales nacionales de justicia.

Y, en fin, existen muchísimos otros *funcionarios* encargados de ramas especiales del gobierno, que haré conocer a ustedes en otras páginas de este libro.

Por ahora, basta que se hayan dado cuenta de que el gobierno de un país es un asunto complicado que requiere la intervención de miles de *ciudadanos*, y en el cual todos los *argentinos*, sin excepción, no sólo pueden sino que deben intervenir como *electores* de los gobernantes.

NUESTROS GOBERNANTES

Aunque todos los habitantes de la Argentina somos iguales ante la ley, existen sin embargo diferencias entre ellos respecto a su condición: hay *ciudadanos*, es decir, nacidos en esta tierra, o sea *argentinos*, y hay *extranjeros*; hay hombres, mujeres y niños; hay individuos honrados y trabajadores, pero los hay también holgazanes y criminales; hay personas inteligentes y más o menos instruídas, y al par de éstas otras ignorantes y hasta *analfabetas*, es decir, que no saben leer ni escribir; hay personas razonables, como también dementes que pasan su vida en el manicomio; las hay respetuosas del derecho ajeno y otras que no tienen reparo en robar, injuriar y hasta matar a sus semejantes; y si hay muchos individuos dignos, no faltan tampoco, por desgracia, otros que carecen de vergüenza.

Veamos ahora cuáles deben ser llevados al gobierno, si se busca el bien del país.

No sería sensato que desempeñaran tales cargos los extranjeros, porque, en general, no pueden amar al país como los nativos, ni conocer sus necesidades tan bien como éstos.

Nadie consentiría tampoco que los niños o jóvenes gobernarán, pues carecen de la experiencia y preparación que sólo se adquiere con el tiempo; por más bueno y juicioso que sea un jovencito de 18 años, no puede ser un gobernante reposado, pues la naturaleza indica a cada edad sus obligaciones, y la de la juventud es prepararse, por el estudio, para desempeñar, tal vez en el futuro, las funciones del gobierno.

Pero si sería poco razonable que nos gobernarán extran-

jeros o adolescentes, resultaría criminal llevar al gobierno a hombres ignorantes, viciosos o de malas costumbres. ¿Es posible suponer, en un hombre sin instrucción u holgazán, aptitudes para gobernar a su pueblo y estimular la cultura y laboriosidad en sus gobernados? No, evidentemente; y siendo la inmensa mayoría del pueblo culta y laboriosa, sentiríase humillada de tener tales gobernantes. Si éstos no fueran honrados, claro es que sería muy peligroso confiarles los intereses del Estado; ¿qué confianza ofrecería, por ejemplo, un *tesorero* que tuviera la costumbre de quedarse con lo ajeno o de *falsificar* documentos?

En cuanto a los ebrios y dementes, son enfermos irresponsables que merecen nuestra compasión y ayuda particular, pero a los cuales nadie, sin traicionar a su patria, podría pretender llevar al gobierno.

Son, pues, muchos, aun entre los ciudadanos argentinos, los que no pueden desempeñar las tareas gubernativas, ya sea por falta de la edad requerida, ya sea por insuficiente instrucción, o por no reunir las cualidades de honradez y rectitud indispensables. Aún hay más: ni siquiera todos los que reúnen las condiciones requeridas llegan a gobernar alguna vez, pues siendo muy crecido su número, se comprende que no todos puedan alcanzar esa distinción.

No todos gobernamos, pues, y sin embargo se dice que nuestro país es una *república*, o lo que es igual que el pueblo es quien gobierna y no unos cuantos, como acontece en las monarquías. Esto, que parece una contradicción, se explica claramente del siguiente modo.

En nuestro país, todo *ciudadano* varón mayor de 18

años, y sano de espíritu, es *elector* y, como tal, puede *votar*, es decir, *elegir* entre sus *conciudadanos* al que crea más apto para tal o cual cargo. Al que obtiene así mayor número de votos le corresponde ocupar el puesto.

Por consiguiente, el pueblo es en realidad quien gobierna, pero no por sí mismo sino por medio de los *representantes* que elige. Si los gobernantes resultan malos, suya es la culpa, pues en sus manos está elegir a los mejores.



Ciudadanos argentinos eligiendo sus gobernantes.

DON JUAN DE LAS CASAS BLANCAS

Don Juan — como familiarmente le llamaban — era uno de los vecinos más respetables de Rafaela, en Santa Fe. Vivía en una grande y cómoda casa, cuyos rojos techos de teja y muros pintados de blanco la hacían visible desde lejos; la casa, así como los campos circundantes, eran de su propiedad. Desempeñaba en el pueblo el cargo de juez de paz, y al decir de los vecinos, nunca había tenido Rafaela uno más justo y bondadoso que don Juan.

Aunque aseguraban ser el más rico propietario del lugar, su sencilla apariencia era más bien la de un humilde hombre del pueblo. Modesto en su traje de buen criollo campesino, no lo era menos en su casa, donde vivía rodeado de numerosa familia, hijos y nietos, tan sencillos y buenos como él.

Nadie permanecía ocioso en aquella casa; y aunque por sus bienes de fortuna les hubiera sido fácil rodearse de un ejército de criados, preferían tener sólo los más indispensables, a fin de reservarse ocupaciones en qué emplear el tiempo.

Verdad es que don Juan les daba la mejor lección de laboriosidad y sencillez: anciano como era, se le veía desde la mañana recorrer a caballo sus campos, vigilar el trabajo de los peones, animarlos con palabras amistosas, cuando no tomar él mismo la azada y el rastrillo y transformar en pocos días el jardín de la casa, ayudado por uno o dos de sus nietos.

No sólo respeto, sino también gran afecto profesaban los

vecinos de Rafaela a *Don Juan de las casas blancas*, como cariñosamente lo apellidaban. Y se explica que lo quisieran, pues el buen anciano era el más asiduo protector de los pobres de muchas leguas a la redonda.

No sé si ustedes sabrán que las campañas de Santa Fe, así como gran parte de las de Córdoba, Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes y territorio de la Pampa, están habitadas casi exclusivamente por *colonos*, gente laboriosa que se dedica a la agricultura, sembrando trigo, maíz, cebada, lino, alfalfa y otras semillas que prosperan admirablemente en las tierras de esas provincias.

Mediante cierta suma anual, los colonos acostumbran arrendar una o más *chacras* al propietario de la *colonia*, y es regla muy general que, después de unos cuantos años de buenas cosechas, acaben por convertirse en propietarios de las chacras arrendadas; pero, a veces, también suelen arruinarse, cuando se presentan varios *años malos*, es decir de sequía, lluvias excesivas o grandes mangas de langosta.

Para remediar en lo posible esos males ahí estaba siempre el bueno de don Juan.

¿Que la cosecha de uno se perdía por una granizada caída pocos días antes de la *siega*? Don Juan facilitaba trabajo en sus propias chacras a los labradores que por tal causa quedaban sin quehacer.

¿Que tal otro, por haber tenido enfermos en su familia, no podía pagar al propietario el arrendamiento de las tierras que cultivaba? Don Juan le prestaba el dinero necesario, a devolver en porciones muy pequeñas y al cabo de



Densidad de los cultivos en la Argentina.

varios años, no siendo raro también que olvidara cobrar su préstamo.

¿Una familia se hallaba en la miseria y su jefe sin ocupación? Allí estaba don Juan para procurársela y empujarlo al trabajo si era holgazán, o aconsejarle que en lugar de malgastar su dinero en el juego lo empleara en mejorar la condición de sus hijos.

Los enfermos, los huérfanos y, en una palabra, todos aquellos a quienes ocurría algún contratiempo o desgracia, acudían a don Juan, seguros de que este buenazo no oiría sus lamentos sin procurarles remedio.

Pero a quienes don Juan amaba sobre todas las cosas era a los chicos, a punto que, teniendo quince nietos, parecía no bastarle ese enjambre de chiquillos, pues su casa era punto de reunión de todos los niños de la vecindad.

Cuando andaba por los campos, frecuentemente detenía su caballo frente a los ranchos, seguro de que al echar pie a tierra un círculo de niños lo rodearía; y era de ver entonces la charla que se entablaba entre el anciano y los muchachos, charla a la que daba fin un reparto de bizcochos y frutas, que con tal objeto siempre llevaba consigo don Juan.

Movido de su amor a los niños y del deseo de mejorar la condición de los colonos, don Juan había hecho construir, en una de sus chacras, un gran rancho de adobe con techo de paja, e instalado en él una escuela, costeando él mismo el maestro y todos los útiles. A ella concurrían los chicos y chicas de la colonia, muchos de los cuales debían hacer una buena jornada a caballo para llegar desde sus casas.

Verdad es que don Juan, en sus recorridas por las chacras, recomendaba a los muchachos no perdieran clases, prometiéndoles traje nuevo para las próximas fiestas patrias a aquellos que mejor aprendieran a leer y escribieran sus nombres con buena letra.

En sus conversaciones con el maestro y el médico del pueblo, solía decirles que consideraba muy necesario instruir a esos paisanitos, para que más tarde supieran desempeñarse y sacar el mayor provecho posible de sus trabajos. Decíales, además, que como muchos de ellos eran hijos de extranjeros, la escuela argentina debía enseñarles a amar y conocer a su patria.

Sucedió que una tarde, estando de visita en la escuela, don Juan reparó en un muchachito de unos doce años, que hasta entonces nunca había visto. El maestro le explicó que era el hijo de un nuevo colono de la chacra situada en el extremo del pueblo. Acto continuo, don Juan preguntó al niño por sus padres y hermanitos. El chico, que resultó llamarse Pepe, parecía bastante malhumorado; díjole que tenía cuatro hermanos y dos hermanas que no venían a la escuela porque debían ayudar en la casa.

— Mis hermanos — prosiguió — quieren ser agricultores como papá; pero yo no.

— ¿Qué querrías ser tú? entonces — interrogó don Juan, — puesto que no te gustan los trabajos del campo.

— Gustarme me gustan — interrumpió Pepito; — pero como yo quiero ser rico y los agricultores no lo son...

— Alabo tu deseo de llegar a rico — dijo el anciano, — si para conseguirlo te propones trabajar; pero te advierto

que estás equivocado al pensar que no se llega a serlo mediante el trabajo de la tierra.

— No veo cómo — observó el niño. — Todos los colonos que yo conozco son pobres...

— Y, ¿no has tenido ocasión de ver de cerca a algunos de los que antes fueron colonos y hoy son hombres de fortuna?

— Yo no. ¿Usted conoce alguno? — preguntó muy sorprendido el chico.

— Conozco muchos — díjole el anciano, sonriendo — y sé la historia de uno, íntimo amigo mío, que, hijo como tú de un colono pobre, llegó a ser dueño de leguas y leguas de campo, donde hoy trabajan centenares de agricultores, muchos de los cuales serán ricos de aquí a pocos años. ¿Quieres oirla?

— De buena gana — dijo Pepito.

— Pues oye — prosiguió don Juan; y tomando asiento en un tronco de árbol que servía de banco a la entrada de la clase, sonrióse al observar que todos los chicos de la escuela y hasta el maestro mismo se habían agrupado a su rededor para escucharlo.

CORRESPONDENCIA ESCOLAR. — Si ustedes viven en las ciudades y son afectos a mantener correspondencia con otros niños, debieran dirigirse a los alumnos de las escuelas rurales, pidiéndoles datos acerca de las faenas campesinas que presencian diariamente. En cambio, ustedes podrían enviarles relaciones referentes a cosas peculiares de la ciudad.

EL CUENTO DE DON JUAN

«Érase que se era un chico nacido en un pueblecito de campaña de la rica y hermosa provincia de Santa Fe. Hace de esto varias decenas de años. Su padre, que era italiano, había llegado a nuestra tierra guiado por el porvenir halagüeño que ella brinda a todo hombre trabajador, y por consiguiente, con la esperanza de encontrar, si no la fortuna, cuando menos el bienestar que no consiguiera en su tierra natal. En todo tiempo los agricultores extranje-ros han sido muy bien recibidos aquí, y así lo fué éste, no obstante su pobreza. Verdad es que unía a su honradez una laboriosidad ejemplar, condiciones que lo hicieron muy pronto estimar de los vecinos. Poco después se casó con una buena criolla, excelente mujer del campo, que trabaja- ba a la par de su esposo, sin desatender por esto los que- haceres de la casa.

«Nuestro chico, al que llamaré Matías, se crió viendo a su padre entregado a las faenas de la labranza y sufriendo no pocas privaciones en la estrechez de su rancho. Hijo único y adorado de sus padres, no tenía otro sueño que verlos en posición más desahogada.

«Hasta la edad de diez años, Matías concurrió asidua- mente a la escuela, que una señora muy bondadosa había establecido en la colonia; y como jugaba poco y estudiaba cuanto podía, era el más adelantado de la clase; leía co- rrectamente, escribía sin mucha dificultad, y era hábil sobre todo en sacar cuentas, por lo cual su padre, que para desgracia suya nunca había ido a la escuela, le hacía

llevar las cuentas de lo que se ganaba y de lo que se debía en la casa, cuentas que él sólo hubiera podido hacer contando con los dedos, como acostumbran hacerlo los ignorantes.

«Un día, Matías pidió a su papá que lo sacara de la escuela y le permitiera trabajar a su lado. El labrador, que soñaba con que su hijo fuera algún día comerciante o abogado, se opuso, diciendo que mientras él viviera, su hijo no carecería de lo más necesario y que haría los mayores sacrificios para darle instrucción; pero el niño pidió y rogó día tras día, hasta que su padre se dejó convencer y consintió que Matías tomara parte en las labores de la chacra.

«La colonia donde trabajaba el padre de Matías pertenecía a un señor muy rico de Buenos Aires. A su llegada de Italia, el labrador ingresó como simple peón en esa chacra; pero después de algunos años, contando ya con unos pocos pesos ahorrados, habíala tomado en arrendamiento y sembraba, ayudado de varios peones, maíz, lino, alpiste y alfalfa.

«Nacido y criado en las colonias, Matías conocía perfectamente las diversas faenas que en ellas se efectúan todos los años. Sabía que a la entrada del invierno se prepara la tierra por medio del arado y la rastra, que luego se abre surcos y arroja en ellos las semillas, cubriéndolas en seguida con una ligera capa de tierra. Él no podía pensar aún en tomar gran participación en esos trabajos, pues requieren cierta práctica y más fuerzas de las que puede tener un niño de doce años. Pero en cambio, cuando las plantas estaban ya crecidas, se dedicaba a arrancar las hierbas inútiles que crecían entre ellas.

«La época de las cosechas, es la de mayor actividad en las chacras. En ese tiempo no estaban generalizadas como hoy las máquinas agrícolas, y gran parte de las tareas se hacían a mano. Los arados eran de madera y los surcos que abrían resultaban poco profundos, de modo que se aprovechaba apenas una pequeña capa de tierra; el trigo era cor-



Arando.

tado y engavillado a mano y luego desparramado en un claro del campo, la *era*, donde se soltaba una tropilla de yeguas que al pisotearlo separaban el grano de la paja. El trabajo se hacía, pues, de una manera muy defectuosa y lenta.

«Matías, unas veces transportaba a hombro grandes *gavillas* hasta la *era*; otras, manejaba los carretones o daba de comer a los caballos.

«Cuando llegaba la época de cortar y emparvar la alfalfa, se pasaba los días cargándola en los carros con ayuda de

una gran horquilla. Así, poco a poco, se hizo práctico en las faenas agrícolas, y cuatro años después, cuando contaba apenas diez y seis, no solamente sabía ya *roturar* la tierra, segar y emparvar como el más diestro labrador, sino que, gracias a los conocimientos adquiridos en la escuela, podía dirigir esas faenas y vigilar el trabajo de los peones.

« Ya para entonces se había desarrollado mucho la agricultura en la provincia de Santa Fe. Numerosos extranjeros venidos de Italia, Suiza y España se establecieron en ella, y las chacras prosperaban por todas partes. De Inglaterra y Estados Unidos llegaron máquinas que, manejadas por unos cuantos hombres, podían en poco tiempo segar, engavillar y desgranar, efectuando en breves horas el trabajo que antes demandaba largos días y muchísimos jornaleros. Matías aconsejó a su padre que adquiriera algunas, y así se hizo.

« Como el joven no se daba un minuto de reposo, velando porque todas las faenas se hicieran bien y en tiempo oportuno, a los pocos años de haber tomado la dirección de la chacra, sus padres, que ya empezaban a envejecer, pudieron gozar del merecido descanso, viendo con júbilo asegurado el porvenir del hijo querido.

« Es verdad que sobrevinieron algunos años malos, en los que la sequía, la langosta o una helada tardía malograron la labor de varios meses, perdiéndose el dinero invertido en semillas y jornales; pero como Matías, a la vez que laborioso, era muy ahorrativo, siempre tenía con qué hacer frente a tales contratiempos. En cambio — cosa que ocurre a menudo en nuestras benditas campañas tan fecundas — un buen año no sólo indemnizaba de las pérdidas sufridas



10/10/10

sino que traía grandes ganancias, permitiendo a nuestro joven mejorar las condiciones de su establecimiento, ahorrar y (lo que lo hacía en extremo feliz) ayudar a los colonos pobres con préstamos y dádivas.

« Aunque Matías era ya rico, no abandonó sus ocupaciones; adquirió nuevos campos, teniendo así oportunidad de



Cargando alfalfa.

emplear gran número de jornaleros, que siempre fueron para él compañeros de trabajo, acreedores a toda su simpatía y ayuda. Sus mismos hijos se criaron en tal ejemplo y sin duda por eso fueron, como el padre, queridos en el pueblo. Matías les dió una sólida instrucción, enviándolos a la ciudad del Rosario; pero al mismo tiempo los interesó en las faenas del campo, confiándoles, por turno, la dirección de sus chacras.

«Rodeado y querido de sus hijos y nietos, Matías envejece hoy, feliz como sólo puede serlo quien ha llevado una vida sencilla de honrada labor. Su fortuna, que es considerable, no lo ha hecho soberbio. Vive cómodamente pero sin lujo, y el dinero que podría emplear en éste lo utiliza en beneficio de los necesitados o en costear obras útiles, como la apertura de una calle, el sostenimiento de un hospital u otro servicio análogo. Sin embargo, no se enorgullece por esto, que considera el cumplimiento de un deber, pues todo argentino que ha recibido de su rica y generosa tierra cuanto posee y hace la felicidad de su familia, está obligado a devolver parte de ese beneficio, contribuyendo a que los demás sean felices también.

«De lo que sí está orgulloso Matías, es de ser «hijo de su trabajo», a la manera que lo fué su padre; por eso ama el cultivo de la tierra y no será raro que si alguna vez pasan ustedes por el pueblo donde vive, lo vean en el huerto de su casa, viejo como es, enseñando a manejar la azada al más pequeño de sus nietos.»

Aquí concluyó don Juan su cuento, que a los chicos y chicas de la escuela les pareció cuento de hadas.

Pepito quedóse pensativo, diciéndose tal vez en su interior, que las faenas del labrador, aunque duras, no son tan ingratas como suponía.

Pero lo que no supieron los chicos de la escuela, lo sabía el maestro, que sonrió al despedirse del buen anciano: don Juan acababa de contarles su propia historia.

LIBERTAD Y REPRESIÓN

En la última Navidad regalaron a Julito una bicicleta, y ya pueden suponer si estaría contento con su nuevo juguete. Como el patio de su casa es chico y en la calle se corre muchos peligros a causa del tráfico, pidió y obtuvo permiso para ir a *pedalear* en la pista del Parque.

Cerca de una hora estuvo entregado a este ejercicio en la pista, a la par de otros niños, cuando de pronto se le ocurrió dar unas vueltas sobre su máquina por los senderos del bonito jardín del paseo. Apenas hubo entrado a él, cuando uno de los guardianes se le puso delante cerrándole el paso, y a no haber ya aprendido a saltar ágilmente en el momento del peligro, tal vez hubieran rodado por tierra Julito, el guardián y la bicicleta.

El niño, que es algo vivo de genio, se impacientó un poco, y encarándose con el empleado preguntóle por qué lo molestaba. El hombre le replicó, no con menos impaciencia, que estaba prohibido andar en bicicleta por los jardines. Julito exigió le explicara la razón de tal medida, y el guardián, encogiéndose de hombros, respondió que a él solamente le tocaba hacerla cumplir, pero que, según su parecer, debía haberse ordenado tal cosa para impedir que los paseantes



fueran molestados y tal vez atropellados por los ciclistas. El niño le aseguró que no atropellaría a nadie, y le pidió por lo tanto que lo dejara recorrer el jardín; pero su interlocutor se opuso resueltamente, volviendo a repetir que él estaba allí para hacer respetar las ordenanzas. Como Julito insistiera y hasta se acalorara un tanto, acercóse un agente que tenía su parada a pocos metros del lugar del incidente,



Agente de policía urbana.

y, después de oír a ambos, ordenó al niño saliera al instante del jardín, pues de lo contrario lo llevaría con su bicicleta a la comisaría.

Innecesario es decir que éste obedeció al punto, pero no sin replicar aún, amenazando al vigilante con poner la queja ante su papá, quien seguramente lo haría castigar por haberlo molestado.

El padre de Julito es muy recto, y éste muchas veces le había oído decir que se debe respetar la libertad de los individuos, porque sin libertad no hay bienestar posible.

Así que llegó a su casa, Julito expuso tal cual lo ocurrido, sin quitar ni agregar nada, porque, eso sí, Julito es incapaz de decir lo que no sea verdad; pero con gran sorpresa oyó a su padre dar toda la razón al guardián.

— Hijo mío — le dijo, — tú has querido abusar de tu derecho; te está permitido recorrer la pista con la bicicleta, pero no los jardines, y el empleado cumplió su deber recordándotelo.

— Pero, papá — contestó algo cortado Julito, — la libertad de cada uno...

— Confundes el significado de esa palabra — respondió



Comisaría de campaña.

su padre. — Así como tú crees tener derecho a recorrer los jardines con tu máquina, los que pasean a pie tienen el de que se les permita pasear sin riesgo de ser atropellados. Aunque tú pusieras mucha atención, no sería imposible que llevaras por delante a alguno; y he ahí cómo tu diversión vendría a ser causa de desagrado para otro.

Es cierto que en todo país libre como el nuestro los habitantes gozan del derecho de hacer cuanto quieran, pero con

una condición: siempre que al hacerlo no molesten ni perjudiquen a otros, porque lo contrario sería privarlos de su respectiva libertad. Veamos algunos casos. Tú tienes el derecho de ejercitarte en el tiro al blanco cuantas veces quieras, pero la policía te lo impedirá si tomas por blanco los vidrios de una casa ajena. Tu madre es dueña de cantar y tocar el piano, si así le place, pero si se le ocurriera hacerlo



Destacamento de policía en la Tierra del Fuego.

después de las doce de la noche, los inquilinos de los altos tendrían derecho de hacerla callar, porque les interrumpiría el sueño. Yo gozo de la libertad de andar por las calles cuando lo deseo, pero si de pronto me pusiera a insultar o golpear a los transeuntes, la justicia haría muy bien en tomarme preso, es decir, privarme de mi libertad que causaba daño a otros.

¿Comprendes por qué? Porque tus ejercicios de tiro, el canto de tu mamá y mis paseos por la calle, podrían diver-

tirnos a nosotros, pero en cambio molestarían a los demás; o, mejor dicho, porque el uso de nuestra libertad privaría a otros de la suya, o sea de la libertad de tener vidrios enteros en sus ventanas, de dormir durante la noche, y de transitar tranquilamente por las calles.

Si bien lo consideras, esa limitación es benéfica para nosotros mismos, pues claro está que si se nos permitiera hacer cuanto deseáramos, otros podrían ser los que nos molestaran a nosotros, nos apedrearán los vidrios, nos impedirían dormir o nos insultarían en la calle.

Para evitar tales abusos, nuestro país, como todos los países civilizados, ha organizado su *policía*. Los agentes del orden público no tienen derecho de castigar a nadie: su misión se limita a intervenir para recordar a los individuos lo que las leyes disponen; si éstos no obedecen o cometen verdaderos atentados contra los demás, como injuriarles, asaltarles, robarles o herirles, los vigilantes deben llevar al *agresor* a la comisaría, para que se determine allí si es o no culpable el detenido.

Lo que a ti te pareció rigor excesivo de parte del agente, lo habrías encontrado muy puesto en razón si el molestado por el *infractor* hubieses sido tú.

Supón que otro niño fuese quien recorriera los jardines en bicicleta, y tú el atropellado, ¿qué hubieras dicho?

Tan confundido estaba Julito que no atinó a contestar. Pero su padre comprendió que lo había convencido del justo proceder del empleado al privarle de una libertad cuyo uso podía ser causa de que otros no gozaran de la suya.

LA PLAZA DE MAYO A TRAVÉS DE UN SIGLO

Nada revela mejor cuánto ha cambiado la ciudad de Buenos Aires desde su fundación por don Juan de Garay hasta la fecha, que la comparación entre lo que fué y es hoy la histórica plaza de Mayo. ¡Ay! los muy pocos edificios de la época colonial que subsistían han sido completamente modificados en su estructura exterior! La gran mayoría de los que la rodean son todos de construcción moderna y algunos sólo cuentan pocos años de existencia.

Cuando Garay determinó reedificar la ciudad fundada por Mendoza y destruída por los indios *querandíes*, señaló el espacio que debía destinarse a la plaza, que él llamó *Mayor*, e indicó qué sitio ocuparían en ella los edificios públicos y la catedral. Pero sólo algunos años después fueron construídos éstos, pues en los primeros tiempos apenas la circundaron unos pocos ranchos de barro.

En realidad, la plaza Mayor — denominada después, *de la Victoria*, cuando Buenos Aires rechazó las invasiones inglesas de 1806 y 1807 — sólo empezó a adquirir cierta importancia a partir de 1810. En ese tiempo ya ostentaba algunos edificios de nota con relación a la época y condiciones de vida de la colonia. En el costado que *mira al río*, se levantaba el *Cabildo*, del que sólo se conserva una parte, pues el antiguo llegaba hasta el actual palacio municipal; la demolición parcial de esta reliquia histórica fué motivada por la apertura de la hermosa avenida de Mayo, que hizo desaparecer también la tradicional torre, cuyo reloj marcó durante muchos años la hora oficial, reloj trasladado en-

tonces a la torre de la iglesia de San Ignacio, donde continúa midiendo el tiempo presente y recordando el pasado. A partir de esa época, la plaza de la Victoria recibió el nombre de *Plaza de Mayo*.

La vieja casa contigua al moderno palacio municipal, recientemente demolida para ampliar a éste, era la que el pueblo obsequió al general San Martín a su regreso de las campañas de Chile y el Perú; pero nunca la habitó, pues debiendo partir para el destierro que se impuso a sí mismo, vendiéndola al señor Riglos, bajo cuyo nombre fué conocida durante mucho tiempo.

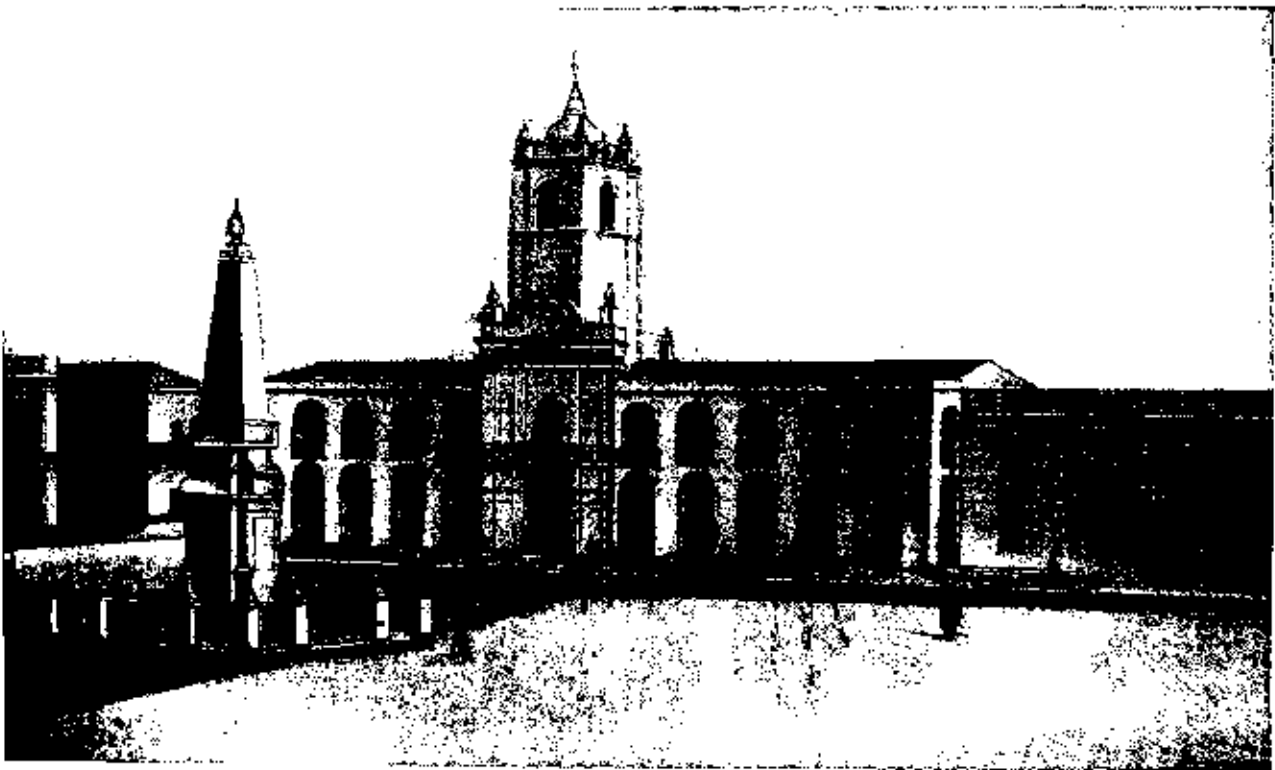
En el costado que mira al sur se elevaba ya en 1810 la *Catedral*, que desde entonces ha sufrido muchas transformaciones, ensanchándose considerablemente. Nada más que huecos había en esa acera, hasta 1810.

Completaba la edificación, en el costado opuesto al Cabildo, el *Fuerte*, castillo fortificado y rodeado de fosos que sólo permitían la entrada por un *púente levadizo*. En los ángulos del edificio había unas torrecillas altas, donde día y noche hacían guardia los centinelas. En el Fuerte residía el gobierno de la colonia, y muchos años después de la independencia fué demolido, edificándose en su lugar la primitiva y luego la actual *Casa rosada*.

Finalmente, en el costado opuesto a la Catedral había, hasta 1810, algunos negocios de poca importancia, pero años más tarde se edificó la *Recoba*, al principio de un solo piso y más tarde de dos; bajo los arcos de la Recoba se situaban *bandolas* o mercerías ambulantes, que exhibían sus baratijas en cajones montados sobre caballetes de madera.

Por fin, de norte a sur, dividía en dos la plaza, una especie de galería con arcadas, llamada *Recoba vieja*, para diferenciarla de su vecina del mismo nombre más moderna.

Nada más que merezca mencionarse había en la plaza de la Victoria, pues hasta 1811 no se comenzó la erección

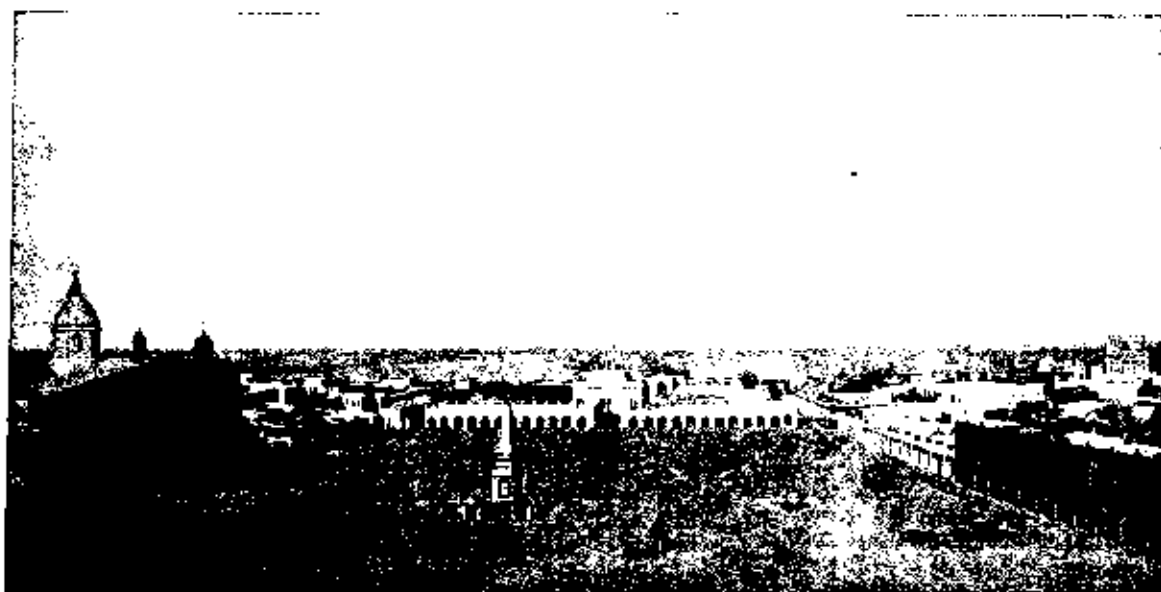


Plaza de la Victoria, en 1811 (costado oeste o frente que mira al río).

de la Pirámide conmemorativa de la revolución de Mayo. Algunas casas de negocio, de mezquina apariencia y construcción primitiva, un mercado que ocupaba el lugar donde hoy está el Archivo nacional, y unas pocas casas de regular aspecto, pertenecientes a los virreyes que gobernaron sucesivamente o a las familias de más fortuna, completaban los alrededores de la plaza. Ésta no tenía, como hoy, hermosos árboles y jardines; unos cuantos bancos de ladrillo

servían a los que por las tardes acudían allí a tomar aire, y no faltaba quienes los aprovecharan para dormir su siesta al mediodía, cuando la ciudad quedaba sumida en el más profundo silencio y la más perfecta quietud.

Tal era en 1810, según los historiadores, nuestra actual plaza de Mayo. ¡Qué contraste con lo que es ahora! Ro-



Plaza de la Victoria, en 1834 (costados norte, este y sur).

déanla hoy hermosos edificios y a toda hora del día es el punto de mayor movimiento en la ciudad.

Aunque muy pocos, quedan sin embargo en ella algunos recuerdos de los viejos tiempos, restos de edificios históricos que podrán parecer de feo aspecto a quien no conozca los hechos a que están unidos, pero que hacen vibrar de sentimiento patriótico el corazón de los hijos de este suelo. ¡Qué argentino al pasar por el Cabildo y dirigir la vista a los balcones, no cree ver las caras radiantes de los patriotas asomados a ellos el glorioso día 25 de mayo de 1810

para comunicar al pueblo que desde ese momento era libre? ¿Quién podía pasar bajo los *balcones* de la vieja casa de Riglos sin recordar que en ellos se apiñaron señoras y niñas para arrojar flores y ramas de laurel sobre los ejércitos que regresaban victoriosos a Buenos Aires?

El día que, por la fuerza de la necesidad, desaparezcan



Plaza de Mayo, en 1910, vista desde el costado este.

esas reliquias históricas, el corazón de los argentinos experimentará igual pena que la que se experimenta al ver morir un abuelo decrepito pero siempre querido.

INVESTIGACIONES INTERESANTES. — *A los niños que no vivan en la ciudad de Buenos Aires, los invito a que hagan una investigación análoga respecto a la plaza principal de la ciudad que habiten.*



Panorama de la ciudad de Buenos Aires en 1860.

BUENOS AIRES

Fué aquí, en las playas que fecunda el Plata.
Peregrina región que, cual ninguna,
El *astro* a las estrellas arrebató,
Donde, en honrado hogar, se alzó mi cuna.

¡Salve al gran río, cuya faz retrata
La argénteo luz de la esplendente luna,
Ora arrastre sereno, ora combata
El esquife en que voy con mi fortuna!

Buenos Aires ¡oh patria! aunque me olvidas
Mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
Tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.

Cuando ya no den sangre mis heridas,
Al cielo un postrer voto alzar pretendo:
Dormir mi último sueño en tu regazo.

CARLOS GUIDO Y SPANO.
(Argentino.)

SI NO HUBIERA LEYES

— ¿Es posible, Corita, que pienses así?

— Seguramente, abuelito. Resulta que ahora va a venir el médico a vacunarnos a todos, porque la ley ordena hacerlo cada diez años. Nos va a pinchar los brazos, tal vez nos sobrevenga fiebre y no podamos salir, ni jugar, ni comer a gusto, durante dos o tres días. Me parece que se debiera dejar a la gente vacunarse o no según su voluntad, en vez de obligarla. Por mi parte, si no fuera chica, me resistiría a cumplir semejante ley.

— Ven acá, niñita, y escucha lo que te voy a decir.

— ¿Un cuento? ¿Me vas a contar un cuento? Sí, sí; empieza ya, así olvidaré el mal rato que voy a pasar en breve. Te escucho, abuelito... Había una vez... Empieza...

— Allá voy, hijita; no me apures, mira que soy viejo.

— Bueno, cuéntamelo, aunque sea despacio.

— Escucha. Tú sabes que dentro de esta casa, papá y mamá son quienes lo manejan y dirigen todo.

— Naturalmente, puesto que son papá y mamá...

— Ellos disponen a qué hora se han de levantar los niños y los sirvientes, en qué deben consistir las comidas, cuándo se han de servir, cuánto se ha de gastar en vestidos, alquiler, paseos y demás cosas, qué han de estudiar ustedes...

— Sí, sí, todo lo disponen papá y mamá, y todo marcha muy bien y a gusto de todos; pero vamos al cuento.

— Supón que mañana, papá y mamá, de común acuerdo, resolvieran no dar órdenes ni tomar disposición al-

guna, permitiendo que los criados se levanten o no según su gusto, que cocinen cuando bien quieran y como mejor les parezca, que los niños vayan o no a la escuela, y si prefieren no ir, jueguen o corran; que cada uno almuerce o cene a la hora que se le antoje, que el dinero esté a la mano de todos para gastarlo según el capricho de cada cual; en una palabra, supón que nadie dirija la casa e indique lo que deba hacerse. ¿Te gustaría tal sistema?

— Yo creo que sí; sería muy divertido.

— Puede ser que lo fuera por uno o dos días, aunque lo dudo mucho; pero si se prolongara más tiempo, tal vez no te gustara tanto. Imagínate lo que ocurriría si a la hora en que tú desearas estudiar se les ocurriera a tus hermanos jugar al *gran bonete* en la misma pieza, o si cuando determinaras dormir, ellos se pusieran a tocar el tambor.

— Sería un barullo y es casi seguro que discutiríamos en grande.

— ¿Y si a unos se les ocurriera almorzar a las diez de la mañana y a otros a la una de la tarde?

— La pobre cocinera se volvería loca y tal vez dejara la casa, lo que sentiríamos todos, pues es muy buena.

— Ahora, dime, ¿qué te parecería si Ismael te molestara con gritos cuando a ti te doliera la cabeza, o Arturo apagara la luz cuando tú estuvieses leyendo?

— Me parecería una falta de consideración de parte de mis hermanos y haría otro tanto con ellos cuando llegara la ocasión. Pero no, eso estaría muy mal hecho, pues

sería una venganza; lo mejor de todo sería avisárselo a mamá para que los llamara al orden.

— Olvidas, querida, que mamá había resuelto dejar hacer a cada uno lo que bien quiera.

— Pero eso no puede ser, abuelito, porque sería un desorden la casa y nadie estaría a gusto en ella.

— Tú lo has dicho, Corita; es necesario que en una casa haya orden. Alguien debe determinar cómo y cuándo se han de hacer las cosas, alguien debe reprimir a los que molestan a los demás, los perjudican u olvidan las consideraciones que nos debemos mutuamente.

Las disposiciones de mamá y papá en tu casa, no son sino leyes que se deben acatar, y de cuyo cumplimiento resulta que toda la familia viva a gusto. Si esas leyes faltaran, como en el caso que pintaba, faltarían el orden y la buena armonía.

Pues lo que pasa en un hogar, pasa igualmente en todo el país, que al fin viene a ser un hogar muy grande compuesto de millares de hermanos. Las leyes que dictan los representantes del pueblo tienen por objeto procurarnos mayor orden, bienestar y seguridad. Ejemplo de ello es una de tantas leyes, la de vacunación, de que protestabas hace un rato.

Es cierto que quien se somete a ella debe sufrir algunas molestias, si bien, en realidad, insignificantes; pero sin esa ley, créeme que las molestias serían mil veces mayores.

Esa ley es muy reciente en nuestro país, y ¿sabes lo que ocurría antes de que se la dictara? Millares de personas, sobre todo niños, morían atacados de la terrible viruela,

y los que escapaban a la muerte quedaban desfigurados, cuando no ciegos o contrahechos.

— ¿Como Camilo, que tiene toda la cara marcada y es tuerto?

— Dices bien, como Camilo, que es un triste ejemplo del error que cometen los que no cumplen tan benéfica ley. Ese pobre niño nació cuando la vacunación era ya obli-



Empleados municipales revisando la leche que se vende al pueblo.

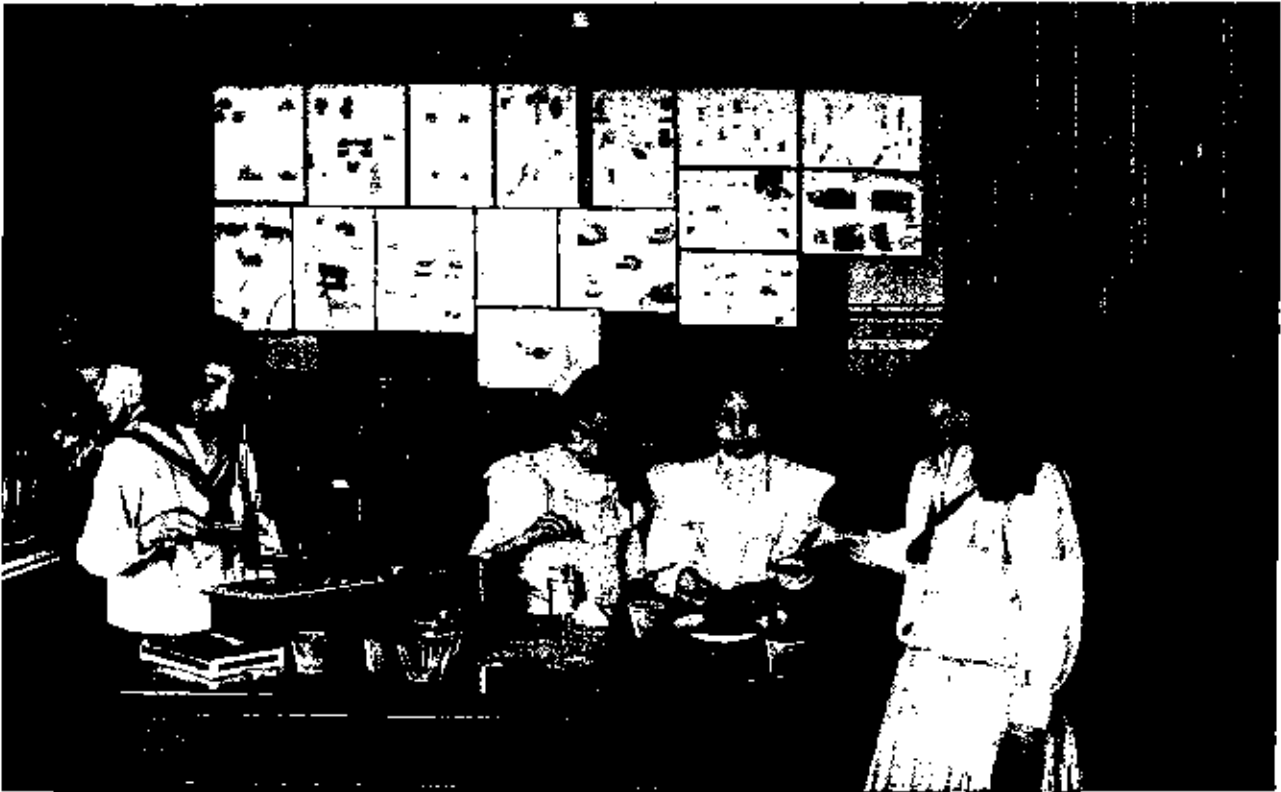
gatoria, pero sus padres, gente ignorante, creyendo que es malo vacunar a los niños, se valieron de toda clase de artimañas para engañar a las *autoridades sanitarias*, y el chico nunca fué vacunado. Pronto llegó el castigo natural de esa falta: el niño enfermó de viruela y después de estar muchos días entre la vida y la muerte, curó para quedar como tú sabes.

Como los padres de Camilo, hay muchos que si pudieran no harían vacunar a sus hijos; por eso debe existir una

ley que los obligue; si asimismo algunos consiguen burlarla, son, felizmente, los menos.

— Pero, desde que el mal es para ellos. . .

— También el mal sería para ti si no fueras a la escuela; por eso tus padres, que tienen más experiencia, están en el deber de evitarte ese mal, obligándote a que te instru-



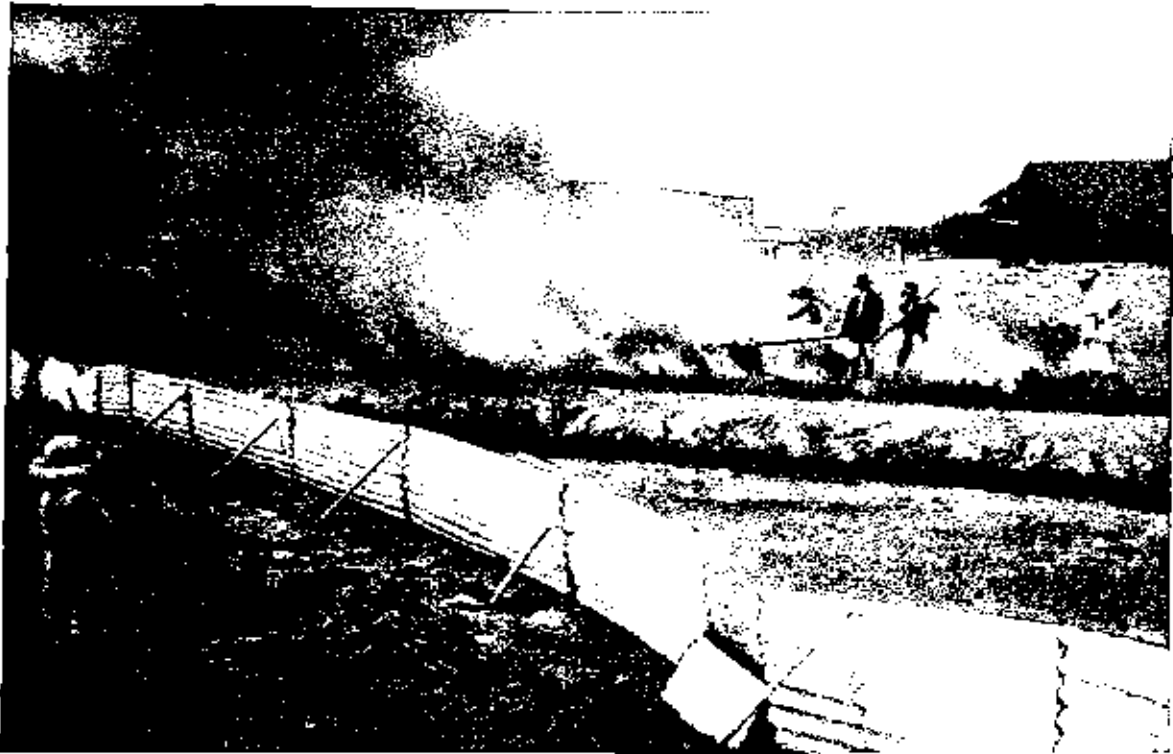
Niñas que cumplen con placer la ley que obliga concurrir a la escuela.

yas aun contra tu voluntad. Deberes muy semejantes a éstos de los padres para con sus hijos tienen los gobernantes con respecto al pueblo, y en cumplimiento de ellos es que dictan leyes y lo obligan a que las respete.

Además, si te fijas un poco, verás que el mal no es sólo para quien no se vacuna, pues la viruela es muy contagiosa, y un enfermo puede ser causa de que se desarrolle la peste en toda una casa y aun en un pueblo entero. Por

consiguiente, la falta de cumplimiento a esa ley de verdadera salvación para todos, no sólo perjudica al que no la cumple sino también a muchos otros.

Tal es el beneficio de las leyes todas: favorecer la vida



Agricultores cumpliendo la ley que obliga a destruir la langosta en sus campos.

del pueblo y ponerlo al amparo de molestias y perjuicios. Por eso debemos respetarlas, no sólo para nuestro bien sino también para el de la sociedad entera.

— Abuelito, mamá me está llamando. Debe haber llegado el médico. Corro a vacunarme y volveré en seguida para que me acabes el cuento.

EL PRIMER ABANDERADO ARGENTINO



General Manuel Belgrano.

En cada batallón hay un soldado que tiene por misión llevar la bandera: se le llama el *abanderado*. La bandera es para el regimiento su tesoro y su reliquia; hay cuerpos del ejército cuya bandera ha figurado en numerosos combates; se la mira con veneración, y, aunque desteñida y desgarrada, es para todos, soldados y ciudadanos, el símbolo sagrado de la patria.

Si al país le tocan días de paz, el abanderado hace ondear la bandera frente a sus compañeros en los desfiles patrios y fiestas a que el ejército debe concurrir.

Si, en cambio, le tocan días de guerra, es sublime y ardua la misión del abanderado: sublime, pues en medio de las más espantosas confusiones de la batalla debe mantener desplegada en alto la enseña de la patria, a fin de que, a su vista, sus compañeros recobren nuevas fuerzas para luchar en su defensa; y ardua, pues el abanderado es el blanco predilecto del enemigo, que se esfuerza en abatir la bandera cuando no en apoderarse de ella, lo que para los soldados representa la mayor de las humillaciones.

¿Saben ustedes quién fué el primer abanderado argentino? El general don Manuel Belgrano; primero entre

todos, porque antes de él nuestro ejército no poseía una bandera, y los soldados sólo se distinguían por sus uniformes y la escarapela azul y blanca que llevaban sobre el pecho, creada por French y Berutti en los días de Mayo.

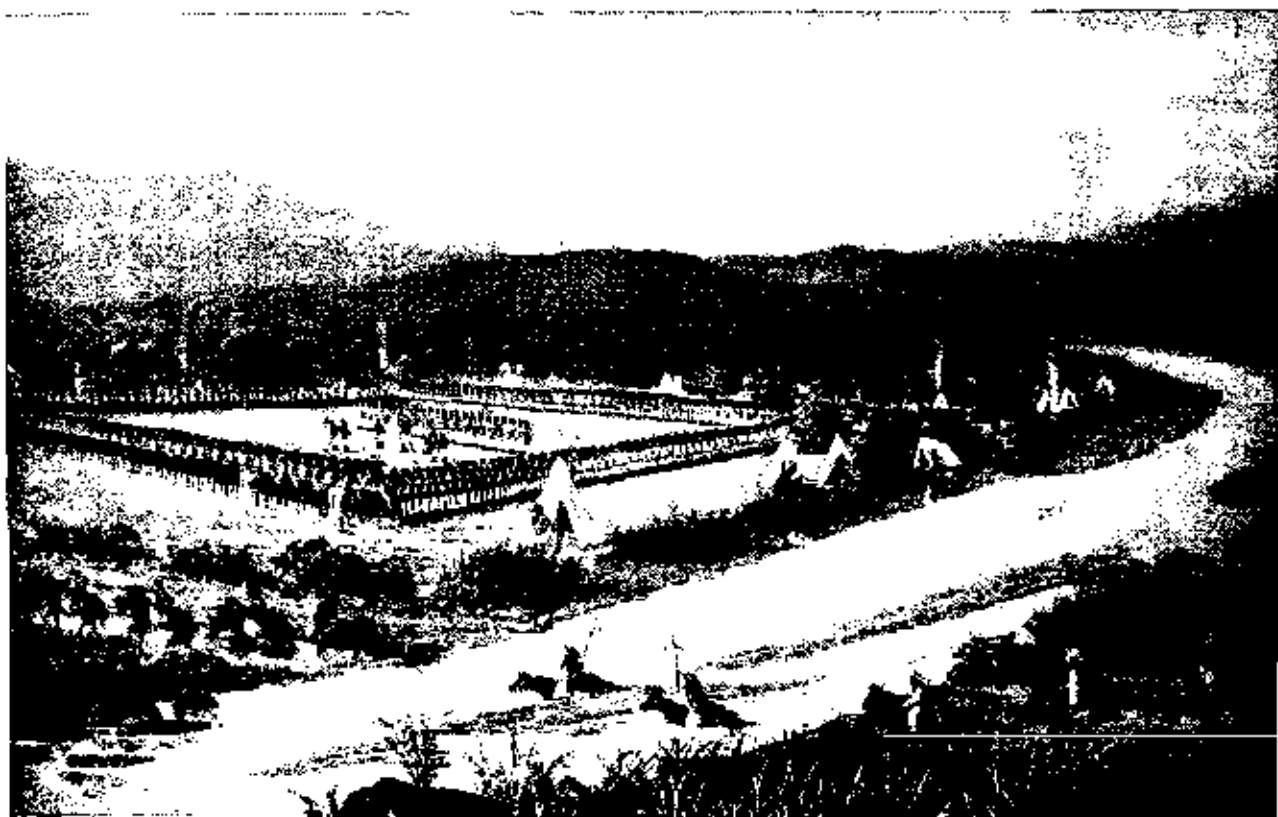
En 1812, encontrándose el general Belgrano en el Rosario, al mando de algunas fuerzas, tuvo la feliz idea de formar una bandera con esos dos colores e izarla en una de las baterías.



French y Berutti repartiendo al pueblo escarapelas blancas y celestes el día 25 de mayo de 1810.

Poco después, dirigiéndose al norte para ponerse al frente del ejército del Alto Perú, al penetrar en la provincia de Salta y a orillas del río Salado (que desde entonces se llamó también *Pasaje* o *Juramento*) enarboló la flameante bandera, y recordando a sus soldados el acto heroico de Mayo, pidióles juraran defenderla siempre, pues desde ese día sería el emblema de la patria. Así lo hicieron los soldados con religioso respeto.

He ahí por qué Belgrano es el primer abanderado argentino. La bandera nacional que él creó y levantó por primera vez ante el ejército, es también su obra más grande, la que no morirá mientras exista nuestra tierra y en ella argentinos que la defiendan.



Belgrano hace jurar la bandera a sus soldados a orillas del río Salado.

En la profunda quebrada,
Al pie del cerro vecino,
Suena el clarín argentino
Tocando inmensa llamada.
Serenos el pecho, la espada
A mal guardar, la visera
Alta en la frente guerrera,
Marcial y firme la planta,
Manuel Belgrano levanta
Con muda fe su bandera.

Al gran clamor obedientes
Van los dispersos llegando,
Unos bravíos, alzando
Las armas resplandecientes;
Aquéllos mustios, dolientes,
Llenos de afán y sonrojos;
Otros, más que hombres, despojos
Que, arrastrando su desmayo,
En la bandera de Mayo
Ponen el alma y los ojos.

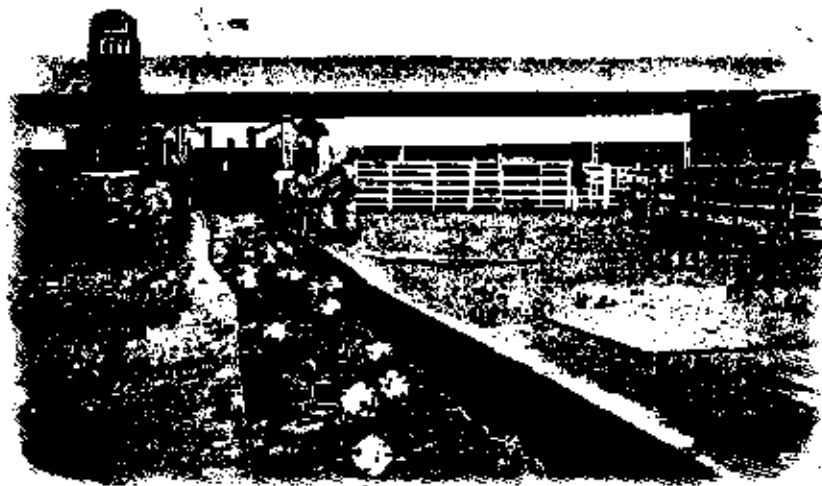
RAFAEL OBLIGADO.
(Argentino.)

FAENAS DE ESTANCIA

En la Argentina se llama *estancia* al establecimiento de campo destinado a la cria de ganado. Éste puede ser *bovino*, *ovino*, *caballar*, *mular*, *cabrío* o *porcino*, nombres que vienen respectivamente de *buey*, *oveja*, *caballo*, *mula*, *cabra* y *puerco*.

Como me imagino que a ustedes les gusta buscar datos para conversar en clase con su maestro o maestra, quiero darles una ocasión de hacerlo sobre esta importante rama del trabajo en la Argentina.

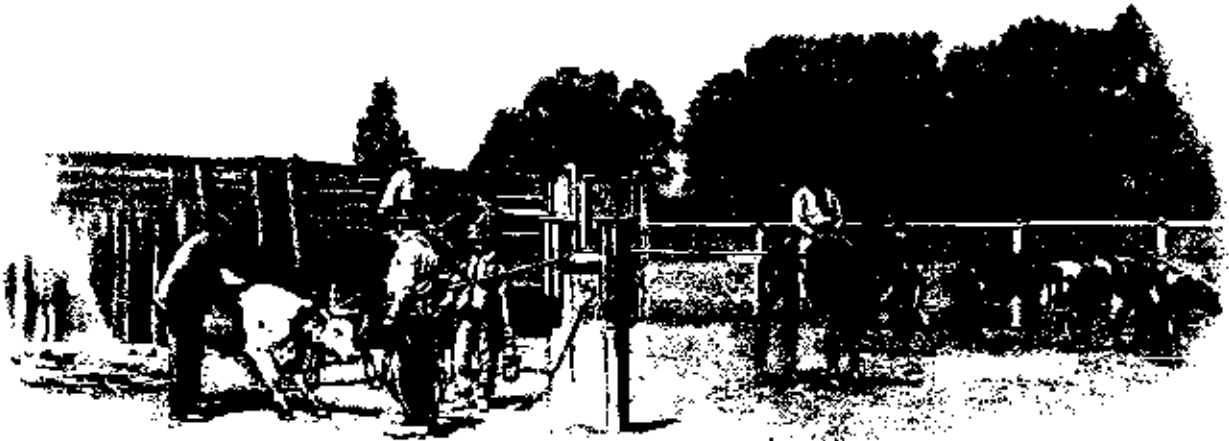
Me limitaré, pues, a decirles que: en el año 1536, Pedro de Mendoza introdujo al país los primeros caballos y yeguas; en 1550, Ñuflo de Chaves trajo del Perú las primeras ovejas y cabras; en 1552, Juan de Zalazar y Espinosa, trajo desde el Brasil siete vacas y un toro. Con estos datos y los siguientes cuadros, invítolos a escribir una composición.



Bañando ovejas.



Ordeñando.



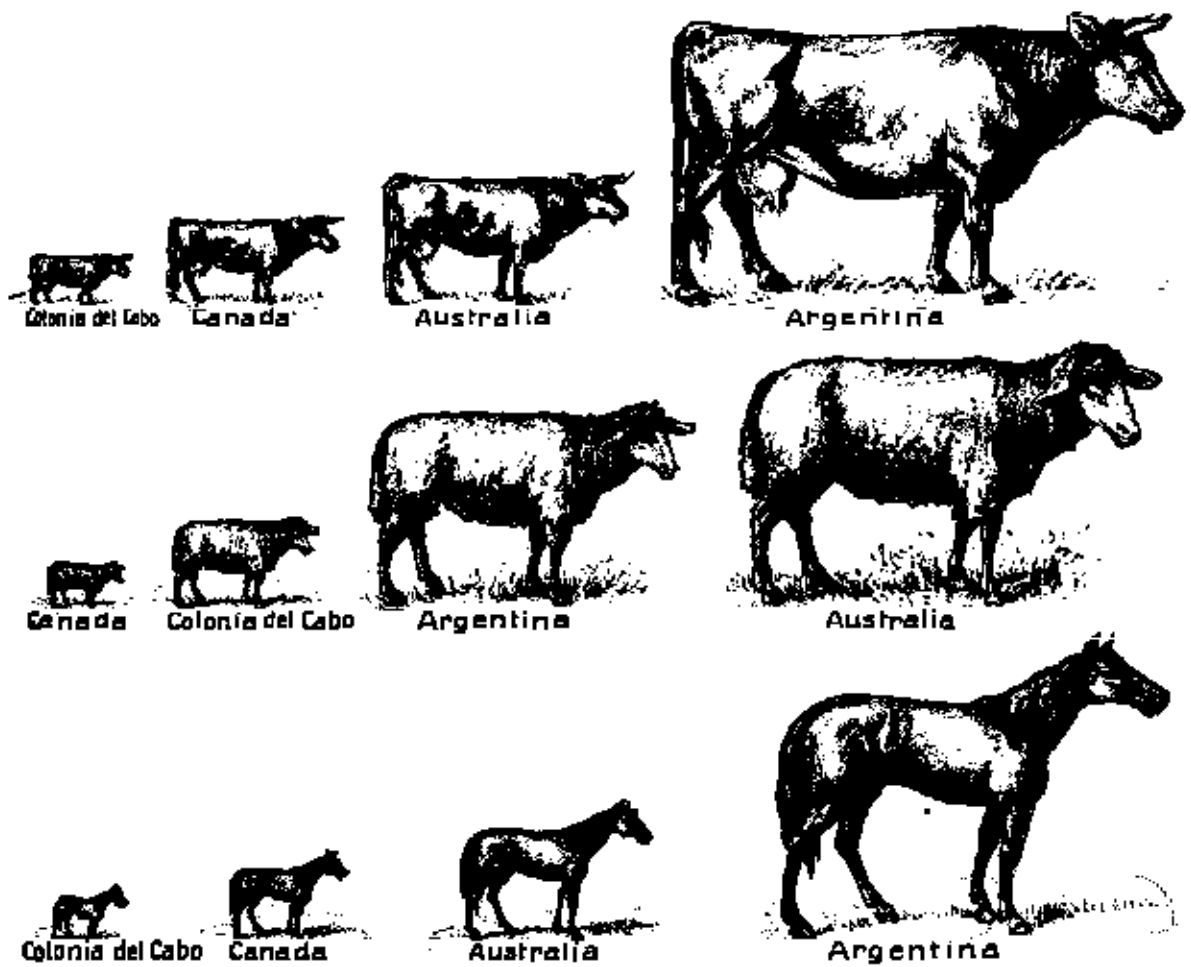
Vacunando hacienda.



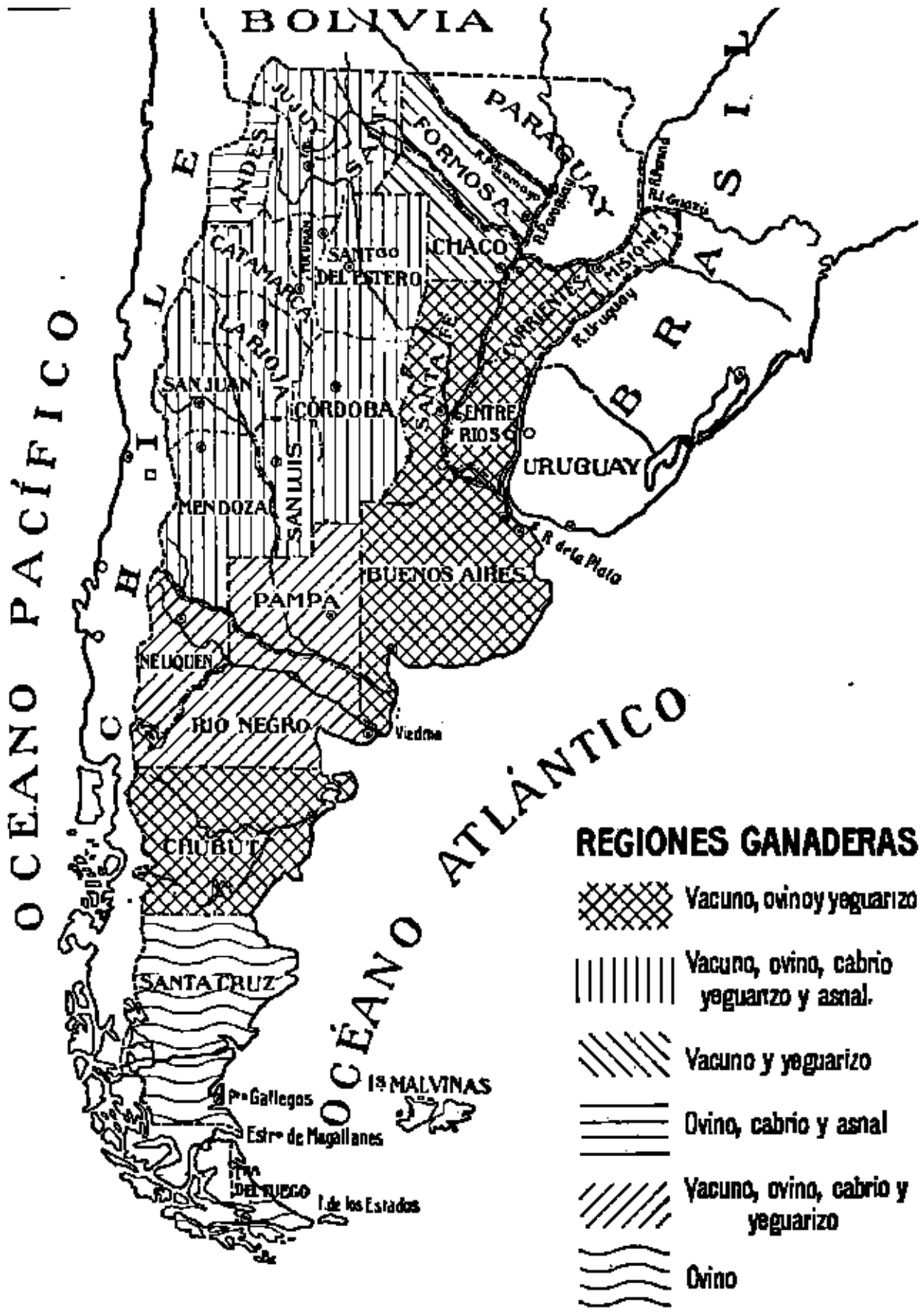
Marcando hacienda.



Doma de potros.



Producción ganadera de la Argentina, comparada con la de otros países.



Producción ganadera en la Argentina, según regiones.

EL DERECHO AL TRABAJO. LÍCITO

— Dime, mamá, ¿qué es una *corrida de toros*?

— Es una diversión salvaje, hijo mío, que consiste en soltar un toro dentro de un circo donde hombres, que hacen de ello su profesión, lo enfurecen poniéndole delante trapos rojos y clavándole hierros punzantes, para concluir por matarle o ser muertos por el animal en la refriega.

— Y ¿por qué no hay corridas de toros en nuestra tierra?

— Felizmente existe una ley que prohíbe entre nosotros esa diversión, indigna de un país culto.

— Sin embargo, el maestro nos ha dicho que todos tienen derecho de trabajar libremente, porque así lo declara nuestra Constitución.

— De trabajar sí, pero como la misma Constitución lo dice, en un trabajo *lícito*.

— Es que yo no sé lo que quiere decir *lícito*.

— Quiere decir que no ofenda las buenas costumbres, ni haga daño a otro.



Industrial.



Empleado.



Comerciante.

— Entonces, ¿la corrida de toros no es trabajo lícito?

— ¿Cómo puede serlo un espectáculo que exhibe al pueblo la crueldad de hombres que, por ganar dinero, no vacilan en martirizar y sacrificar una inocente bestia, y la del público que se di-

vierte presenciando el sufrimiento de un animal y tal vez la muerte de un hombre?

— Luego ¿hay trabajos que están prohibidos?

— Sí, hijito, muchos.

— ¿Y siempre porque son como ese?

— O porque perjudican a otros.

Así, los que fabrican substancias alimenticias que puedan dañar la salud de los consumidores; los que preparan explosivos para arrojarlos sobre sus semejantes; los que emplean en sus fábricas niños que debían estar en la escuela; los que tienen a sus obreros en malas condiciones higiénicas mientras trabajan; y muchos otros que no tienen en cuenta la advertencia hecha por la Constitución, se exponen a que



Obrero.

las autoridades les cierran sus talleres y prohíban trabajar en tales formas. Si el daño causado es mucho, hasta pueden ir a la cárcel.

Fuera de esto la libertad de trabajo es absoluta; no solamente cada uno puede trabajar en lo que guste, sino que nadie puede obligar a otro a ocuparse en una tarea que no quiera. En eso se diferencia el hombre libre de los antiguos esclavos.



Un joven que se gana la vida honradamente.

— ¿Como los que estaban obligados a llevar el farol por las noches cuando sus amos salían, en la época que no había alumbrado en Buenos Aires?

— Justamente; aunque esa no era la ocupación más desagradable a que se les destinaba. Los negros esclavos, en tiempo de la colonia, eran empleados en el servicio doméstico, labranza de la tierra y demás trabajos pesados. Sin embargo, en nuestro país la esclavitud nunca fué cruel y por otra parte duró muy poco. Hoy, felizmente, ha desaparecido de todos los países civilizados y los hombres son dueños de trabajar según su gusto, sin más limitaciones que las de no ofender las buenas costumbres ni desconocer el derecho de los demás.

TEMA PARA UNA COMPOSICIÓN. — *Qué ocupación me gustaría tener si fuese grande.*



DÍA DE LLUVIA APROVECHADO

Mi amiguito Miguel es muy curioso en su manera de estudiar. Aunque le gusta mucho leer lo que dicen los libros, más le agrada aún observar lo que pasa a su redor y sacar las consecuencias naturales.

Voy a referirles cómo, gracias a tal cualidad, aprovechó uno de esos días de lluvia, que tan aburridos son en general para los niños cuando no asisten a la escuela y se ven obligados a permanecer encerrados en las habitaciones, entreteniéndose en juegos silenciosos o trabajos que les hagan parecer más breve el tiempo.

El lunes de la semana pasada amaneció horrible: el cielo presentaba color gris uniforme, la atmósfera pesada era agitada de rato en rato por un vientecito del sudeste nada tranquilizador. A poco de levantarse Miguelito, una llu-

via, primero fina, luego más densa, empezó a caer; lluvia mansa, que por lo mismo prometía durar algunas horas.

Como ese día era festivo, Miguel había pensado pasarlo en un pueblito de campo, donde vive su padrino; pero el tiempo dispuso otra cosa y mi amiguito tuvo que renunciar a su proyectado paseo.

En honor de la verdad, debo hacer constar que Miguelito estuvo de mal humor toda la mañana, protestando de lo que él llamaba una *lluvia inoportuna*, por más que su papá insistiera en calificarla de muy benéfica, pues hacía mucho que no llovía y los campos empezaban a sentir las consecuencias de una prolongada sequía.

Por la tarde, después de haber pasado un rato entretenido en diversos juegos con sus hermanitos, Miguel se puso los zapatos de goma, un sobretodo viejo bastante grueso y, tomando el paraguas, salió a la calle.

— ¿Adónde vas? — le preguntó su hermana Eulalia, muy sorprendida de verlo salir con tiempo tan malo.

— Voy a ver cómo llueve, — respondió muy serio el chico, no sin provocar la risa de la niña, que no comprendía lo que ese espectáculo pudiera tener de interesante. Pero Miguelito ya estaba en la calle. Tomó hacia la derecha y empezó su paseo bajo la lluvia, con la mayor tranquilidad. Verdad es que en esos momentos llovía ya poco y el cielo empezaba a mostrar señales de bonanza.

La casa de Miguel está situada en una calle de los suburbios y cerca de una plaza, a la que llegó a poco andar.

Miguelito no había salido con el propósito de sacar provecho alguno de su paseo; sólo quería, según dijo a su

hermanita, ver cómo llovía. Pero como tiene la costumbre de fijarse en todo y observar cuanto cae bajo su vista, no tardó en llamar su atención que las piedras de la calle estuvieran muy limpias, cuando casualmente la tarde anterior, al pasar por ahí, había hecho notar a uno de sus hermanos la cantidad de polvo que las cubría. Lo natural era que la lluvia hubiese formado barro y la calle estuviera resbaladiza y sucia. ¿Por qué no había sucedido así?

Acercándose al borde de la vereda, vió que un pequeño arroyo corría con bastante velocidad, justamente al pie de la misma. Siguió mirando y se dió cuenta de que ese arroyito era formado por el agua que descendía del centro de la calzada hacia los costados, por ser ésta ligeramente abovedada. Luego ocurriósele introducir la mano hasta el fondo del arroyito y retirarla llena de agua, entreteniéndose en hacerla escurrir entre los dedos, y notó entonces, retenidas en la palma de su mano, algunas piedrecitas y bastante barro. Dedujo de esto que si la calzada aparecía tan limpia era porque el agua, al correr, había arrastrado la tierra, y ésta a su vez era llevada por el arroyito.

Siguió reconociendo éste a lo largo de la vereda y encontró piedritas de varios tamaños, que ora rodaban empujadas por el agua, ora se detenían al encontrar otra mayor que les interceptaba el paso. Llamáronle la atención esas piedras, pues no podían provenir de la calzada, que estaba perfectamente adoquinada. Echóse a andar en dirección contraria a la que llevaba el arroyito y, al llegar a la esquina, vió que era necesario doblar a la izquierda, pues la corriente desembocaba de ese lado; prosiguió en esa

dirección y, al cabo de dos cuabras, se detuvo encantado de su descubrimiento.

Estaba depositado allí, desde muchos días antes, un gran montón de esa piedra molida que los empedradores emplean para rellenar las calles antes de adoquinarlas. Miguel se acordó entonces de haber jugado a subir y bajar de la *montaña*, como llamaban sus amiguitos del barrio a ese



Los arroyos y ríos arrastran piedras que depositan en sus orillas.

montón de piedra molida; pero esa montaña no era solamente de piedra, pues la tierra y arena acumuladas sobre ella por el viento habían formado con el pedregullo, mediante la acción de las lluvias, una masa que bien podía ser comparada a una montaña en miniatura.

Miguel notó que por las *laderas* de ésta bajaba el agua con rapidez, y comprendió entonces que de allí provenían las piedrecitas encontradas en el arroyo, que desde el pie de la montaña corría por cuabras y cuabras, engrosado por las aguas que bajaban de la calzada.

Descubierto así el nacimiento del arroyo, resolvió seguirlo en todo su curso, para ver dónde terminaba. Regresó, pues, al punto de partida, costeando siempre el arroyo y sorprendióse un tanto al observar que a medida que avanzaba la corriente era menos considerable. Frente a la plaza había una casaquinta que carecía de vereda y cuyo piso estaba a nivel de la calzada. Miguelito se detuvo allí, porque su arroyo ya no era tal, o, para decirlo más exactamente, se había dividido en tres, separados entre sí por montoncitos de barro y piedrecitas. Lo que ocurría es que siendo ahí plano el suelo, el arroyo no podía correr como en las calles pavimentadas y con declive del centro hacia los lados. Así, pues, el agua que venía corriendo con fuerza, se encontraba de pronto como detenida, moderaba su marcha, y las piedras y tierra que arrastraba, no siendo ya empujadas por la corriente, se amontonaban en distintos puntos. Miguel observó que a cada momento nuevas piedrecitas venían a detenerse y que el agua se deslizaba perezosamente por donde encontraba algún espacio libre, para ir a caer, algo más lejos, a una canaleta donde volvía a correr con fuerza.

Quién sabe cuántas otras cosas más hubiera observado Miguel, si en ese momento no hubiera oído la voz de su hermano Francisco, que desde la esquina lo llamaba advirtiéndole que el té estaba servido.

Acudió al llamado, pero no quiso que sus descubrimientos quedaran perdidos; esa misma noche escribió en su cuaderno del colegio el resultado de sus observaciones, que presento a ustedes sin quitarles ni ponerles nada.

EL TRABAJO DEL AGUA

(Del cuaderno de Miguelito)

El agua que baja por las faldas de las montañas no es clara, aunque lo parezca, pues arrastra continuamente la tierra y arena que las cubren. También arrastra piedras, de mayor o menor tamaño, según la fuerza de la corriente. Las piedras así desprendidas reciben el nombre de *cantos*, y como ruedan desde lo alto de la montaña hasta el llano, se les llama *cantos rodados*. El maestro nos mostró un día varios cantos rodados y pude ver que son muy lisos y sin puntas, lo que se explica, pues a fuerza de golpearse unas con otras las piedras se rompen y sobre todo se alisan. La arena que se encuentra en los arroyos no es sino piedra menudamente molida, procedente de los cantos.



Río correntoso que baja con fuerza por entre las rocas.

Los arroyos que bajan de las montañas arrastran muchas piedras, mientras que los que se deslizan en *pendientes suaves* llevan muy pocas piedras y en cambio mucha tierra.

Cualquiera que sea el terreno por donde corra un arroyo, y siempre que ofrezca una ligera inclinación, el agua

desprende parte de él y la lleva más y más lejos, de donde resulta que los arroyos abren *surcos* en el suelo ablandado por la humedad. Esto he podido observarlo en la quinta de padrino, donde la lluvia ha dejado como canales, después de secarse el agua que había corrido por las pendientes del terreno.



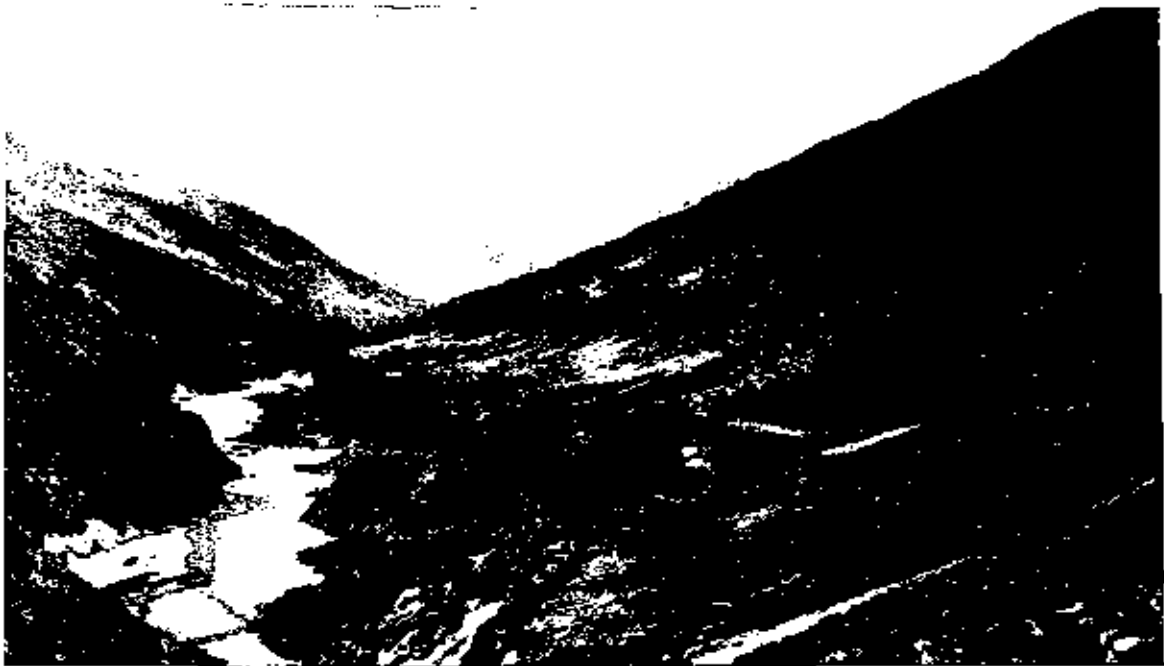
Corriente de agua que corre mansamente por la llanura.

Naturalmente los arroyos que abren surcos más profundos son los que arrastran piedras, pues éstas al rodar golpean contra el fondo y las orillas, desprendiendo la tierra que luego el agua arrastra al correr.

Cuando el arroyo pasa por un terreno poco o nada inclinado, modera su marcha y parece como que fuera a dejar de correr. En efecto, el barro, la arena y las piedras arrastradas en todo su trayecto, se van deteniendo y acu-

mulando allí, en montones más o menos grandes a medida que el agua agrega nuevas porciones.

Todo esto que podría llamarse muy bien el *trabajo del agua*, me hace pensar que a ella se debe el que las altas montañas sean de piedra desnuda, pues las aguas van despojándolas de la tierra que las recubre. Me hace pen-



Corriente que se abre paso entre las montañas.

sar también que a los valles va a parar toda la tierra de las montañas. Y por último me hace pensar que el agua modifica la forma de la superficie del suelo, pues mientras gasta las montañas, rellena las hondonadas con las piedras y la tierra que de aquéllas trae, y si también abre surcos a su paso, en cambio forma elevaciones con las materias que deposita al disminuir su carrera en las partes bajas.



LOS HIJOS DEL GIGANTE AEROS

(FÁBULA)

Cuentan viejas historias por nadie escritas pero que se van transmitiendo de abuelos a nietos, que hace muchos, muchísimos siglos — cuando nuestro suelo no era lo que es hoy, ni había las mismas plantas y animales, ni tenía su actual configuración, — en una inmensa cueva, cuya exacta situación no se ha podido determinar, vivía un gigante llamado Aeros con sus dos hijos, Zonda, muchacho de genio vivo que se acaloraba por la menor cosa, y Pampero, mocetón de modales bruscos y violentos.

Estos hermanos, que no tenían amigos de su edad, jugaban juntos todo el día y, como ambos eran prontos de genio, a menudo armaban un estruendo infernal por cual-

quiera insignificancia. A las primeras palabras, Zonda, enrojecido y sofocado por su propia ira, arremetía contra su hermano Pampero, quien, a su vez, se lanzaba sobre aquél derribándolo y con él cuanto se oponía a su impulso.

Ustedes convendrán conmigo en que si Aeros, como padre, podía soportar aquella algarabía continua, en cambio los vecinos debían sentirse en extremo incomodados. Uno sobre todo, un viejo algo enemigo de Aeros, a quien solía criticar la mala educación que había dado a sus hijos, quejósele varias veces sin resultado alguno, pues los muchachos siguieron gritando y haciendo desorden, así de noche como de día. En vista de esto, el vecino resolvió aplicar el remedio por su propia mano.

Después de mucho pensar sobre la mejor manera de llevar a cabo su propósito, invitó un día a los dos hermanos a dar un paseo por el campo. No se empleaban entonces carruajes ni automóviles, ni siquiera caballos, sino unas alitas que los viajeros se ponían y quitaban a voluntad. Se comprende cuán rápidamente se harían así las excursiones.

El viejo partió primero con Zonda, y, recomendando a Pamperillo que los esperara, se fueron siempre hacia el norte, a las regiones donde hace mucho calor.

Sintiéndose muy cansado, Zonda pidió a su acompañante lo dejara reposar un rato bajo los árboles. Accedió el viejo, diciéndole que entretanto él iría en busca de Pamperillo.

Regresó a la cueva, tomó a éste y se lanzó al espacio, pero, en vez de seguir la primera dirección, lo condujo hacia el sur, lo más lejos posible, hasta llegar a una inmensa llanura, donde hacía mucho frío. Pamperillo, que nunca

había salido de su cueva nativa, pidió a su amigo lo dejara recorrer aquellas soledades. El viejo accedió diciéndole que se paseara, mientras él iría a traer a Zonda.

Fuése, pero en lugar de volver como lo había prometido, se refugió en su cueva, dejando a los peleadores lo más lejos posible el uno del otro.

Desde entonces, los hijos de Aeros tienen su morada en los dos extremos del territorio argentino. El carácter de ambos continúa siendo violento, pero como no pueden reñir entre sí, pues nunca se encuentran, desahogan sus furias en los campos que recorren. Los habitantes del interior conocen bien el *viento zonda*, que levanta nubes de arena y calienta la atmósfera hasta la sofocación. Los del sur, saben cuánta es la violencia del *pampero*, que si bien suele despejar y refrescar la atmósfera, cuando se irrita se convierte en furioso huracán que quiebra los árboles, vuelca los carruajes, levanta los techos de las casas, mueve los vagones cargados, y hasta empuja las aguas del río de la Plata, arrojándolas con fuerza contra las costas de la Banda Oriental y produciendo no pocos naufragios.

Dicen — no sé si será cierto — que todos esos esfuerzos los hacen para encontrarse, porque como hermanos que son, al fin, se quieren mucho. Pero siendo tan considerables las distancias que tienen que recorrer, no han conseguido todavía su intento.

TEMAS PARA LA OBSERVACIÓN. — *¿Qué vientos son los más generales en la localidad? ¿En qué dirección vienen las nubes durante una larga lluvia? ¿De qué lado sopla el viento en los días hermosos? ¿Con qué viento están más húmedas las calles? ¿Por qué? ¿Con cuál viento hace más frío? ¿Con cuál hace más calor?*

TIPOS DE ANTAÑO

La capital federal y algunas de las principales ciudades de la república, son hoy, por su aspecto, según dicen los extranjeros que las visitan, ciudades muy semejantes a las europeas, no solamente en cuanto a su belleza y al cuidado que de ellas se tiene, sino en cuanto a la manera de vivir de sus habitantes.

Los escritores de otras épocas nos han dejado datos relativos a las costumbres de esos tiempos pasados, y de la lectura de sus escritos resulta que han desaparecido muchos usos que antes eran generales y de los que hoy sólo queda el recuerdo en personas ancianas.

Entre las costumbres desaparecidas hay algunas que, por lo pintorescas, merecen recordarse, así como ciertos tipos del pueblo, entonces muy familiares.

Ante todo hay que advertir que las ciudades carecían de las comodidades que poco a poco se les ha ido dando y merced a las cuales fueron desapareciendo ciertos oficios que hoy estarían de más.

El servicio de *agua corriente*, por ejemplo, se estableció en la ciudad de Buenos Aires hace más de cuarenta años. Antes de esa época los habitantes se servían del agua de pozo o de la de algibe. La primera se utilizaba para el riego y limpieza en general, la segunda en la cocina y aseo personal; pero sucedía que los aljibes, no siendo sino depósitos provistos por las lluvias, se agotaban con facilidad; para suplir su falta estaban los *aguateros*, como se llamaba a los individuos que, provistos de una carreta en

forma de barril y de dos baldes de madera, repartían el agua que recogían del río. Esas carretas eran tiradas por dos bueyes y las guiaba un hombre del pueblo vestido con poncho y chiripá, traje de la gente del campo o de las orillas, en ese tiempo. Las familias compraban diariamente cierta cantidad de agua del río y la conservaban en grandes *tinajas* de barro, con mucho cuida-

do, sobre todo en verano, como que se trataba de una cosa preciosa, pues sin agua no hay vida posible.



Aguatero.

El reparto de leche a domicilio era otro comercio que ocupaba gran número de individuos, pues no había entonces *lecherías*, y la leche se traía de los tambos, situados a cinco, seis y ocho leguas

de la ciudad, no en ferrocarril sino a caballo, en unas especies de árganas o amazonas de cuero que permitían colgar cuatro tarros de leche en cada costado de la montura. Este oficio lo desempeñaban los *lecheros* que, en invierno como en verano, salían de sus tambos a las dos o tres de la madrugada, para llegar a la mañana a la ciudad, donde hacían el reparto de leche y manteca entre sus *parroquianos* o *marchantes*. Con el trotar del caballo durante el largo viaje, la leche de los tarros batíase de por

sí formando grumos de manteca, que una vez amasados en panes y envueltos en un pedazo de cambray blanco, los mismos lecheros vendían al par de la leche. Época hubo en que casi todos los lecheros eran vascos y se caracterizaron por su traje especial y su boina.

Estos tipos fueron desapareciendo a medida que los ferrocarriles proporcionaron transporte más barato, menos trabajoso y más rápido, pues un vagón trae a la ciudad en pocos minutos lo que apenas si cincuenta o más de esos lecheros podían acarrear a caballo en una noche.

Un tipo, en otros tiempos muy popular también entre los niños, era el *mazamorero*, individuo que recorría a caballo las calles, llevando en un tarro el sabroso postre preparado con leche y azúcar, y cantando generalmente ver-



Lechero.

sos arreglados por él mismo, con el objeto de ponderar su mercancía y hacer salir a la puerta de calle a las señoras o sirvientas, que le compraban el postre para el almuerzo.

Oficio semejante desempeñaban los vendedores de tortas, dulces y bollitos, cuyo número era muy superior al de ahora. Se situaban con sus canastas en las calles más centrales y allí esperaban el paso de las señoras que, si

iban con niños, difícilmente podían dejar de comprarles algunas golosinas. Se distinguían en la fabricación de éstas, los negros y negras, por lo general antiguos esclavos que, una vez libres, aprovechaban las habilidades adquiridas en las casas donde sirvieron.



En algunas provincias existe aún el tipo de la *china* vendedora de tortas, queso y frutas.

Vendían tortas calientes, rosquitas, dulces de coco y de leche, pastelitos y alfajores; muchos permanecían hasta la noche en sus puestos de venta y, provistos de un farolito, atraían la atención de los paseantes. Los niños llamaban por sus nombres a los negros vendedores de dulces, y conocían su silbido especial y característico que los hacía salir a la calle en seguimiento del pastelero, al que, por más renegrido que fuera, daban el cariñoso apodo de *tío*.

Muchas honestas familias, obligadas por la pobreza a ganarse la vida, se dedicaban a fabricar masitas, que una criada vendía después entre las relaciones o simplemente por la calle. Los célebres bollitos llamados *de Tarragona* eran fabricados por una señora conocida.

Tampoco existen ya los *serenos* o guardianes nocturnos del orden y seguridad en las calles, en cuya misión los

reemplazan los actuales vigilantes. Por lo general eran gallegos; llevaban una lanza y un farol y recorrían su respectiva manzana, entonando, de cuarto en cuarto de hora, un canto monótono, que no pocas veces sobresaltaba a los niños en medio de la noche; ese canto se reducía a decir la hora y anunciar el estado del tiempo:



Sereno.

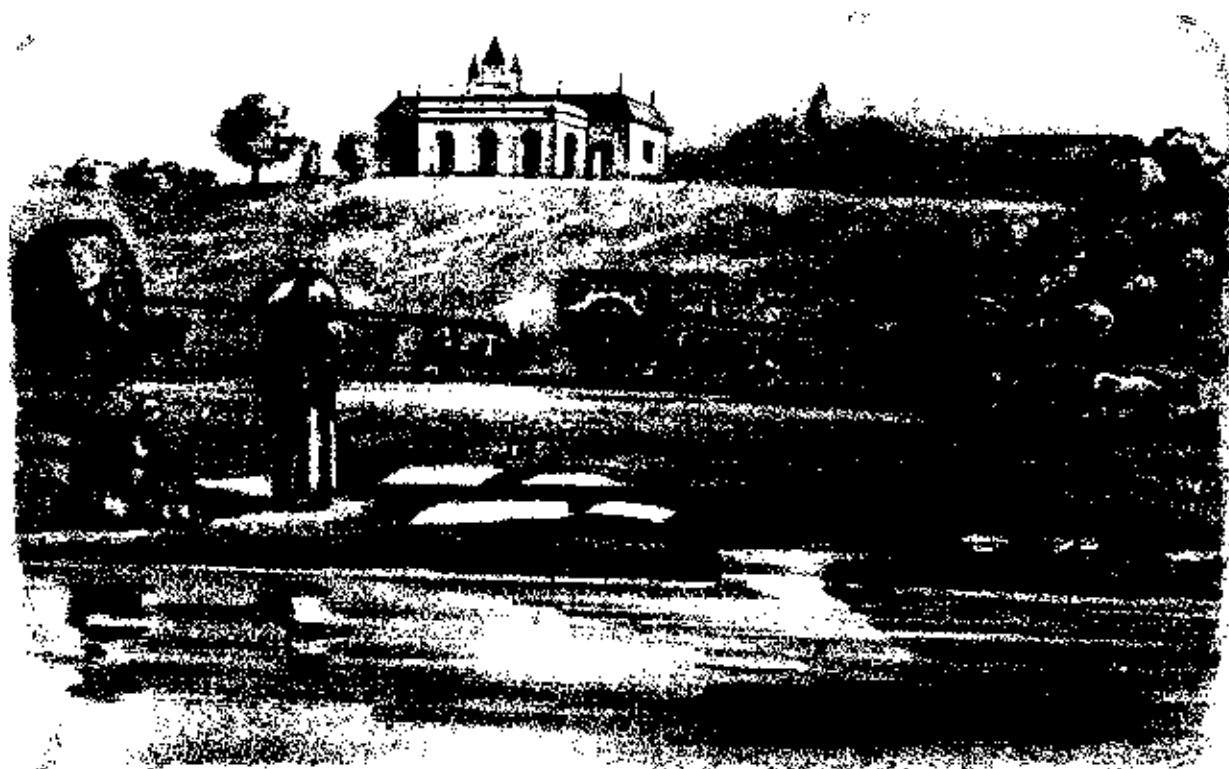
Las once y cuarto han dado y sereno...

Las once y media han dado y nublado...

Las tres en punto han dado y lloviendo...

Tales eran algunos de los tipos más populares hace medio siglo y que han sido reemplazados por otros o han desaparecido a medida que el progreso los tornó innecesarios.

JUEGO ENTRETENIDO. — *Si preparan ustedes alguna fiesta, ya sea en su casa ya en la escuela, y quieren presentarse a ella con trajes de fantasía sin hacer gasto alguno, los invito a que, observando las anteriores láminas prueben a disfrazarse así, utilizando para ello vestidos viejos y utensilios domésticos. Un poco de ingenio y habilidad en los trabajos manuales, bastarán para hacer, con cartón o papel, una barrica, y con algunas latas y otras cosas tan baratas y comunes como éstas, los accesorios necesarios.*



Quinta a orillas del Río de la Plata, en 1828.

LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

(FRAGMENTO)

Figúrate un domingo; el aire en calma,
Mucho sol, mucha luz, mucha alegría,
Una de esas mañanas en que ansía
Verse trocada en golondrina el alma.

Verás aquí y allá; por los senderos,
Confundidos los pobres y los ricos,
La madre, las amigas y los chicos
Con sus lucientes trajes domingueros.

Se oye el rumor del *biznagal* que abrasa
El adobe en los hornos; el ligero
Grato sonar de tarros de lechero
Que a trote largo por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
Guiadas por un criollo o un navarro,
Las carretas de pasto que en el barro
Vuelven crugiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
Aquel grupo, de un árbol a la sombra,
Que tiene el césped por mullida alfombra
Y la guitarra nacional por lira.

¡Qué ves allí? De un asador pendiente
Asándose el cordero apetitoso,
Y circular el mate generoso
En vez de la botella de aguardiente.

¡Oh! campestres paseos! ¡Oh! manjares
Jamás llorados cual se debe, ahora.
¡Oh! sencillez antigua y bienhechora,
Salud un tiempo de los patrios lares!

RAFAEL OBLIGADO.
(Argentino.)



*Fiestas mayas en el Retiro (hoy plaza San Martín) en 1880.
(Dibujo de C. H. Pellegrini.)*

TEMA PARA UNA COMPOSICIÓN. — *Aspecto de un día de fiesta en la época actual.*

TRES GRANDES INTENDENTES

— En verdad, señor, que Buenos Aires es una ciudad muy bien cuidada.

— Estás en lo cierto, pero como aumenta de dimensiones año tras año, no se tiene casi tiempo de atender a todas las necesidades en los barrios apartados.

Sin embargo, los extranjeros que la visitan dicen que, para ser una ciudad tan nueva, ha progresado mucho. Tres hombres son los que, en épocas muy anteriores a la nuestra, han preparado este progreso; y para ser justos debemos recordarlos con tanto reconocimiento como a los que sirvieron a la patria en otras tareas.



El virrey Vértiz.

El primero pertenece a los tiempos de la colonia; fué el virrey don Juan José Vértiz, el gobernante más progresista y que más interés se tomó por estas tierras, de cuantos nos mandara España.

Él hizo construir en Buenos Aires el primer empedrado, nivelar las calles, que hasta entonces eran barrancones y pozos llenos de peligro para los vehículos, así como también veredas que, aunque de ladrillo, eran muy preferibles a las de tierra, que además de resultar intransitables cuando llovía, eran desiguales, pues cada dueño de casa hacía la suya del alto y ancho que quería.

— ¡Pobres los que de noche andaban por tales veredas!

— Cuando una persona quería visitar de noche a sus relaciones, tenía que hacerse acompañar por un negrito esclavo que llevaba un farol para alumbrar los buenos pasos. Pues bien, Vértiz fué el primero que dió a la ciudad un sistema de iluminación.

— Si, ¡de velas de sebo!



Visitas con esclavo y farol, en la época colonial.

— Es cierto, pero los vecinos se lo agradecieron como hoy agradecemos la luz eléctrica.

— ¿Qué más hizo Vértiz? señor.

— Nombró empleados que debían recorrer los diferentes barrios para conocer sus necesidades y vigilarlos. Hizo construir el primer teatro, que se llamó «Casa de comedias» y estuvo situado en el lugar ocupado después por el antiguo mercado del Centro. Fundó un asilo de mendigos, un hospital y una casa de huérfanos; y, en fin, rea-

lizó cuantas obras de mejoramiento le fué posible entonces.

Mucho tiempo transcurrió antes de que Buenos Aires volviera a ser objeto de las atenciones que le prestó Vértiz. Es cierto que sobrevino la revolución y era necesario ocuparse de otros asuntos más primordiales: las guerras para afianzar la independencia requirieron mucho dinero, y en consecuencia los gobernantes debieron atender ante todo a los ejércitos que luchaban por la libertad de la patria.



Bernardino Rivadavia.

A esa época siguió una de calma, hasta que subió al gobierno don Bernardino Rivadavia, quien, aunque en realidad fué presidente de la república, se ocupó tanto de mejorar las condiciones de la ciudad, que puede ser considerado como el primer gran intendente argentino.

Lo primero que hizo fué determinar el ancho que debían tener las calles, pues hasta entonces las casas no se edificaban en línea. Hizo abrir también muchas avenidas, entre ellas la que hoy lleva su nombre, las de Corrientes, Córdoba, Santa Fe, Belgrano, Independencia y San Juan, arrancando todas de Callao y Entre Ríos hacia el oeste.

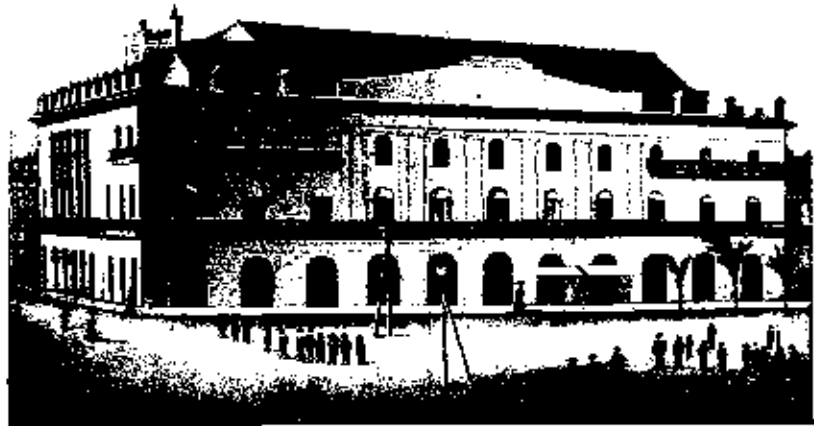
Ordenó que las esquinas se construyeran en *ochava*, para evitar el choque de vehículos al cruzar éstos las bocacalles.

Estudió la manera de proveer a la ciudad de agua co-

riente, pero, por desgracia, no pudo terminar esta empresa; y por último, entre otras muchas mejoras que introdujo, debe mencionarse la fundación de la Sociedad de Beneficencia, encargada de atender los hospitales, asilos y escuelas de niñas.

En fin, el tercer gran intendente fué don Torcuato de Alvear, nombrado más o menos cincuenta años después de Rivadavia, es decir en 1880.

Alvear prosiguió la obra de aquél; llevó el adoquinado a las calles apartadas, que por carecer de él no progresaban; abrió nuevas avenidas, entre ellas la de



El antiguo teatro Colón, después de demolida la Recoba vieja.

Mayo, que es hoy una de las mejores vías que posee la ciudad; hizo plantar árboles en las aceras de las calles anchas, y se ocupó igualmente de la higiene de los cementerios, de los hospitales y de los mercados; en una palabra, transformó la ciudad, que conservaba aún un aspecto colonial, dándole en pocos años el de una capital europea.

Para conseguirlo, Alvear tuvo que luchar mucho, pues no todos lo comprendían; y bastantes veces debió echar mano de su carácter enérgico. Se cuenta que deseando suprimir la Recoba vieja, que dividía en dos la actual plaza

de Mayo, y encontrando resistencia de parte de sus dueños, resolvió demolerla en una noche; al efecto puso a la obra gran número de obreros, que si no pudieron realizarla por completo en las horas de la noche, fué debido a la solidez de los muros, que eran como de piedra, pues arrojaban chispas al golpe de las piquetas.



Apertura de la avenida de Mayo.

Ya conoces, pues, Felipe, los tres intendentes cuyos nombres están unidos a gran número de los adelantos de que goza la ciudad de Buenos Aires en la actualidad, y quienes hicieron toda clase de esfuerzos porque llegara con el tiempo a ocupar uno de los primeros lugares entre las ciudades más higiénicas y cómodas del mundo.

INVESTIGACIONES HISTÓRICAS. — *¿Cómo era el antiguo teatro Colón? ¿Qué ha sido el antiguo Palermo, hoy Parque Tres de Febrero, y desde cuándo es paseo público? ¿Cuándo se introdujo el primer alumbrado a gas? ¿Cuándo el eléctrico?*

DEBER DE HUMANIDAD

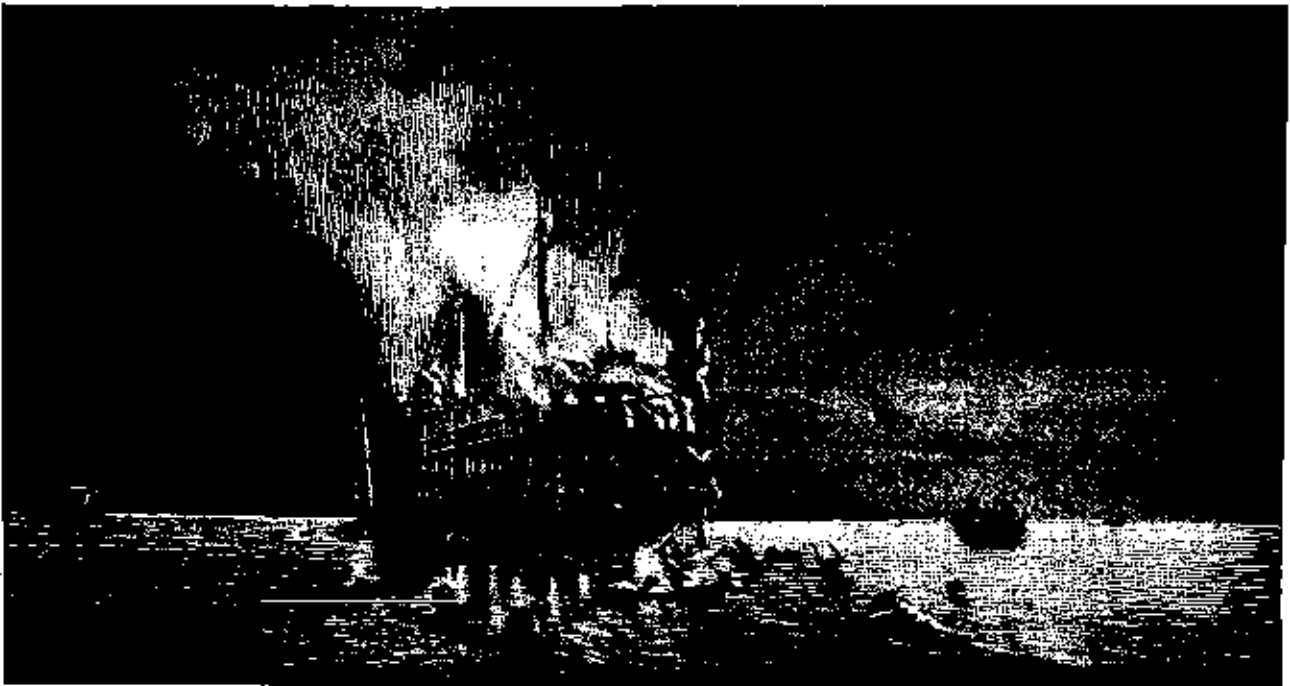
En el cementerio de la *Recoleta* de Buenos Aires existe un monumento que la admiración y gratitud popular *erigieron* hace algún tiempo a la memoria de un héroe muerto en el mar. No se trata, sin embargo, de un marino ni de un militar, sino de un simple ciudadano: don Luis Viale.

El monumento representa un hombre cuyo rostro refleja mezcla de dolor y firme resolución, dirigiéndose a largos pasos a un sitio del cual no aparta la vista, y llevando en la mano derecha un salvavidas, de esos que se usan en alta mar cuando ocurre un naufragio. ¿Adónde va? ¿Por qué lleva ese objeto en la mano? Van a saberlo.

Una víspera de Navidad embarcáronse en el vapor *América* numerosos pasajeros con destino a Montevideo. La alegría y animación propias de personas que viajan por placer, reinaban entre ellas hasta pasada la medianoche, por cuyo motivo muchos no se habían retirado aún a sus respectivos camarotes. De pronto, la voz de *¡fuego a bordo!* resonó repetida y multiplicada por los labios de



los consternados pasajeros, a la que siguieron las de *¡socorro! ¡salvémonos!* lanzadas con la desesperación que da el convencimiento de que todo esfuerzo es inútil e imposible. El fuego avanza con desesperante rapidez... los tumbos del buque revelan ya los estragos del voraz elemento... *¡comienza a hundirse!*... La tripulación trabaja esforzada y abnegadamente, pero todo es en vano.



Incendio del vapor « América ». (Cuadro de Juan M. Blanes.)

La más espantosa confusión sucede a la alegría de momentos antes. Todos corren en busca de salvavidas y luchan por conseguir uno. Las madres llaman a sus hijos y piden que se les salve. Los hombres tratan de embarcar a las mujeres y los niños en las lanchas desamarradas ya del buque. Los gritos de los que caen al agua o de los que ven la muerte inminente se mezclan a los de la gente de a bordo que lucha aún contra el fuego. Aquello es horrible.

En ese momento, Viale, que viaja solo y ha consigui-

do un salvavidas, se dirige hacia la borda para ceñírselo y saltar al agua. Es buen nadador y espera salvarse. Pero ante él, una señora, con la desesperación pintada en el rostro, sin proferir una queja, espera aterrada y convencida, sin duda, de la inutilidad de toda tentativa. Viale se detiene. . . aquella señora es madre, y, por lo tanto, su vida es más necesaria que la de él. . . ¿La dejará perecer? . . . Su conciencia se rebela ante la cruel interrogación. No hay tiempo que perder, Viale ha tomado una resolución: rápido como el pensamiento, entrega el salvavidas a la señora de Marcó del Pont, diciéndole: *sálvese usted, señora.*

Y, llena el alma de satisfacción, después de consumado el propio sacrificio, cruza los brazos sobre el pecho y espera la muerte. . .

Entre los náufragos del vapor *América* recogidos con vida, estaba la joven señora salvada por Viale; el cadáver de éste jamás apareció. . .

Pero si perdió la existencia en tan heroico y generoso arranque, ganó en el corazón de su pueblo el derecho a ser colocado entre los héroes que realizan el sacrificio de su vida con la sencillez del que cumple un deber de humanidad.

DE LAS PAMPAS A LAS ALTAS CIMAS

Tendría curiosidad de saber en qué punto de la República viven ustedes. ¿Habitan, acaso, una ciudad de calles rectas, flanqueadas de edificios modernos de varios pisos o, por el contrario, un pueblo de tercer o cuarto orden, de escaso movimiento y donde las casas están diseminadas?

Sin duda que vivir en una gran ciudad tiene sus ventajas, porque en ella se hallan reunidas todas las comodidades que puede desearse. Pero en cambio, ¡qué poco gozan de la naturaleza sus habitantes! Los que siempre habitan una ciudad no conocen otros panoramas que los que ofrecen esas calles más o menos rectas, con sus interminables filas de casas semejantes a colmenas, su tráfico bullicioso y su iluminación deslumbradora. Apenas pueden ver el cielo y recibir los rayos del sol, pues las elevadas casas los ocultan casi a su vista. Y no hay que hablar de flores y plantas, de pájaros e insectos que alegren el paisaje, porque, salvo los pocos que se puedan ver en algún parque o jardín, tales cosas no existen casi para el habitante de las grandes ciudades.

En cambio, el morador de las campañas tiene siempre ante su vista los mejores cuadros de la naturaleza: puede ver salir el sol, crecer y cubrirse de flores la hierba; puede pasear bajo los árboles y extasiarse con el canto de las aves que tejen sus nidos en el follaje. Cada estación del año le trae nuevas impresiones y nuevos goces, y las noches estrelladas no le procuran menos encanto que los bellos días en que el sol luce todo su esplendor.

¿Viven ustedes en algún pueblo de campaña? Si es así, ocioso sería pintarles las tranquilas noches en que la luna, cual un gran foco, ilumina el campo; o el silencio de las horas de la siesta, interrumpido apenas por el monótono chirrido de las chicharras, o las horas aún más gratas del amanecer, cuando la hierba aparece salpicada de menudas gotas de rocío y el cielo de rosadas nubes, tras las cuales asoma el sol de un nuevo día. ¿No es cierto que recuerdan con júbilo los paseítos a caballo a campo abierto, las pescas en el arroyo o laguna próxima, las excursiones de las que regresan cargados de flores silvestres de exquisita fragancia, las visitas al corral donde se crían los pollitos, los conejos y los graciosos patitos, o al establo a la hora de ordeñar las vacas? ¿Verdad que se les hace *agua la boca*, pensando en la época en que maduran las guindas, los higos y los aterciopelados duraznos? Ya lo creo, y ¡con razón!

Los niños que viven en las ciudades, si bien no disfrutaban a menudo de esos placeres, suelen gozarlos inmensamente cuando salen al campo por breves horas o largas temporadas; y como a unos y otros les gusta cuanto se refiere a la naturaleza y sus bellos panoramas, conversaremos un rato de esto.

Andrecito vive en el Bragado, pueblo situado en la parte noroeste de la provincia de Buenos Aires, y me cuenta que es un campo muy grande, muy grande, cuyas casas están rodeadas de huertas, jardines y alfalfares, y por lo tanto separadas unas de otras, de modo que se las puede ver claramente a la distancia, lo mismo que a los ginetes, a los árboles y al ferrocarril, que pasa a muchas cuadras

de su casa. Andrecito va a menudo a pie hasta la estación y de ahí a casa de sus amigos, lo que representa muchas cuadras, sin sentir mayor fatiga. Lo único que a veces le impide hacerlo es el estado de los caminos cuando llueve, porque en algunas hondonadas del terreno suelen acumularse las aguas formando *bañados*, que tardan más o menos



Cómo es el terreno en el Bragado.

días en evaporarse y secar, según sea la fuerza del viento y del sol reinantes.

En cambio, Eduardo vive en un pueblito de la provincia de Córdoba llamado Cruz Chica, y me refiere que las casas se hallan también allí a alguna distancia unas de otras, pero que, por lo general, no alcanza a verlas desde lejos, porque el terreno presenta *altibajos*, y como la mayoría de las casitas están situadas en las pendientes, quedan ocultas a la vista por los relieves del terreno.

Coloquen ustedes muchas casitas de juguete sobre un diario bien extendido en una mesa y se darán cuenta de cómo es el terreno en el pueblo que habita Andrés. Pongan luego, debajo del mismo diario, diversos objetos, trapos o papeles abultados, de modo que aquél presente elevaciones y hondonadas, coloquen en seguida las casitas en las



Cómo es el terreno en Cruz Chica.

partes bajas, y tendrán una idea de cómo es el pueblo de Cruz Chica.

Dice Eduardito que, por la misma razón, no se ven los árboles ni las personas que están en las partes bajas, ni el ferrocarril, sino cuando se sube a alguna eminencia. Cuando nuestro niño quiere ir de un punto a otro algo distante, lo hace generalmente en su burrito, no para ir más pronto, sino porque a pie se fatigaría mucho, pues, no siendo parejo el camino, hay que subir y bajar conti-

nuamente, cual si subiera y bajara escaleras, y ya saben ustedes que este ejercicio cansa por poco que se le repita. Además, dice Eduardo que las eminencias no son sólo de tierra sino también de piedra y que ésta lastima mucho los pies.

En cambio el mal tiempo no es allí un obstáculo para salir: apenas cesa la lluvia se puede transitar por los cami-



Terreno que se va elevando gradualmente desde el nivel del mar.

nos, porque el agua no se estanca, ni mucho menos forma barro. ¿Saben por qué? Debido a la inclinación del suelo que no la permite detenerse y la obliga a correr hasta juntarse con el arroyo que por allí cerca pasa.

Nuestros dos amiguitos habitan, pues, sitios completamente distintos, en cuanto al aspecto del terreno; el primero vive en una *planicie* o *llanura*, donde ninguna elevación del suelo intercepta la mirada; el segundo vive en un lugar *accidentado* o *quebrado*, en el que, de trecho en tre-

cho, se destacan eminencias de rocas y tierra que cierran el *horizonte* y hasta impiden ver el sol mientras no haya llegado a cierta altura en el cielo.

Si en vez de ir solamente a la estación del ferrocarril o a la escuela del Bragado, Andrecito fuera en tren hasta General Acha, se sorprendería mucho, sin duda, al encontrar que el terreno no es siempre tan plano como en su pueblo, pues ofrece aquí y allá elevaciones o *colinas*, pequeñas es cierto, pero que, con todo, impiden ver las casas situadas del otro lado de ellas; y si en vez de ir a General Acha, fuera a Bahía Blanca, hallaría en el trayecto elevaciones mucho mayores o *sierras*, semejantes en todo, aunque menos altas, a las del pueblo en que vive Eduardo.

En cambio, si éste hiciera un viaje desde Cruz Chica a la ciudad de Córdoba, notaría, a medida que se acercara a ésta, que el terreno es menos accidentado y concluiría por encontrar una llanura muy semejante a la del Bragado; llanura que seguiría presentándose a su vista si continuara viaje hasta el Rosario. Verdad es que de vez en cuando vería algunas pequeñas ondulaciones, pero en escaso número y de poca elevación.

Si ustedes se fijan en el mapa, podrán ver cuánta es la extensión del país donde predomina la llanura y cuántos pueblos hay que ofrecen las mismas perspectivas que el Bragado o el camino de Córdoba al Rosario. Pero bien entendido que al decir *llanura* no se quiere significar que el suelo sea de una horizontalidad perfecta; tal cosa es imposible, como ustedes podrán comprender si tienen en cuenta que el agua de las lluvias arrastra consigo tierra y

pedras, sacándolas de unos puntos para amontonarlas en otros, de donde resulta que aun en las vastas llanuras hay hondonadas y montículos que, por la constante acción de las aguas, pueden aumentar o desaparecer.

Pero si Andrecito, en vez de ir a la Pampa o a la extremidad sur de la provincia de Buenos Aires, se dirigiera,



La mula es el animal más adecuado para viajar por las montañas.

por ejemplo, a Chos-Malal en el Neuquén, encontraría una naturaleza enteramente distinta de la de la Pampa, pues se hallaría allí en plena montaña, es decir, en medio de elevadísimos murallones y enormes picos, a cuya parte superior o cima es muy difícil llegar, no sólo por lo áspero del camino, que a veces se presenta perpendicular, sino por el frío intenso que reina en las alturas.

No sé si ustedes han oído decir alguna vez que las cimas de las montañas muy elevadas suelen estar coronadas de



El puma, coati, venado, zorro y nutria, se crían en las llanuras argentinas, en tanto que el cóndor es el rey exclusivo de las altas cimas.

nieve perpetua, debido a que en las grandes alturas el aire es tan frío que no permite a la lluvia caer en forma líquida sino congelada, o sea en forma de nieve.

Un panorama análogo se presentaría a la vista de Eduardito, si viajara desde Cruz Chica a la vecina provincia de La Rioja y siguiera por ella siempre hacia el oeste. Toda la parte occidental de nuestro país está cruzada, de norte a sur, por una muralla de altísimas montañas, que recibe el nombre de *cadena* o *cordillera*. En el mapa pueden ver, bajo el nombre de *Cordillera de los Andes*, ese cordón montañoso que separa nuestro país del de Chile, y no obstante permite a ambos comunicarse por medio de *pasos* o aberturas naturales; una de tantas — que supongo recordarán ustedes — utilizó el general San Martín para dirigirse a Chile y atacar a los españoles tras esa colosal muralla tan difícil entonces de franquear y que hoy cruzamos cómodamente por el *túnel* que la ha horadado.

Así, pues, si nuestro país goza de gran variedad de climas, no ha sido menos favorecido en cuanto a variedad de suelos. Ofrece a la vista desde las tierras más bajas, que las aguas pueden cubrir fácilmente, hasta los altísimos picos a cuya cima nadie ha ascendido aún, y como un término medio entre estos dos extremos, pintorescos terrenos accidentados, donde las *cuchillas* o las *sierras* de poca elevación alternan con *valles* poblados y fértiles que se abren paso entre las serranías.

HISTORIA DE LAS MONTAÑAS

Si tienen en cuenta lo que Miguelito aprendió observando la lluvia, habrán comprendido, sin duda, que muchas de estas elevaciones de que les he hablado en el capítulo anterior, se forman por la acción de las aguas que, al correr, arrastran consigo tierra, plantas y piedras.

En efecto, muchas de esas colinas podrían contar su historia en estas pocas palabras: «Yo fui formada gracias al trabajo constante del agua que transportó y depositó en este sitio, una a una, las piedras que son mis entrañas, grano a grano la arena y la tierra que las recubre, y donde por esa misma acción del agua y la del viento, que me trajo variedad de semillas, han nacido las plantas que hoy me embellecen.»

Pero hay muchas sierras, las más altas, que no estarían conformes si se quisiera aplicarles ese cuento, porque aun cuando las aguas las desgastan en su continuo pasaje, y hasta modifican su forma primitiva, quitando aquí una piedra para depositarla algo más lejos, su aparición en la superficie de la Tierra no se debe a la acción de las aguas sino a la del fuego. Parece extraño, en verdad, pero así es.



Puente del Inca. Curiosidad natural de la Cordillera de los Andes.



Los Paredones (Córdoba). Muros montañosos que encajonan un río.

mineros que trabajan en extraer metales, carbón y otras substancias que la Tierra oculta en sus entrañas, cuentan que, a medida que descienden a las profundidades, el calor es cada vez mayor, hasta llegar a ser irresistible.

Todo hace suponer que si se pudiera descender más en la Tierra, el calor aumentaría; y como éste tiene el poder de fundir substancias minerales muy du-

¿No les ha ocurrido alguna vez, al morder un bizcocho o un pastelillo perfectamente frío por fuera, encontrarlo caliente por dentro?

Pues si pudieran ustedes hincar el diente en la Tierra, cual en el bizcocho, hallarían que pasa lo mismo. La superficie del globo, sobre la cual vivimos, está perfectamente fría y hasta suele cubrirse de escarcha y nieve, según los climas. Pero los profundos subterráneos para

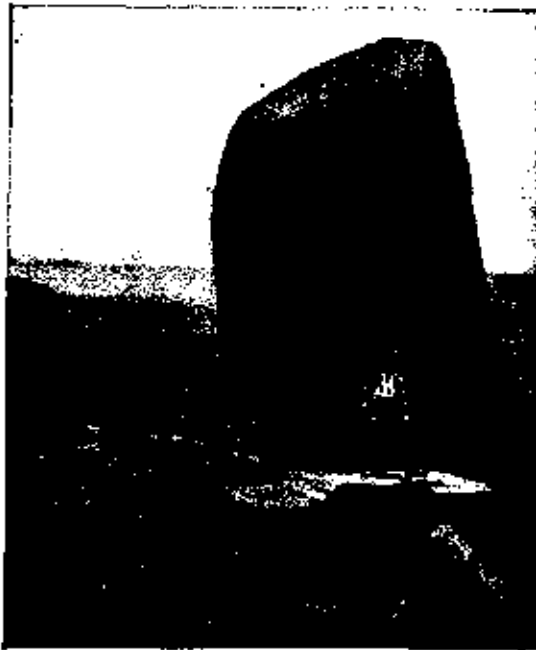


La piedra movediza (Tandil), que se derrumbó hace poco.

ras, no sería imposible que ese calor extraordinario llegara a derretir las rocas. A éstas, como ustedes saben, se las encuentra siempre debajo de la superficie de la Tierra, a mayor

o menor profundidad; se las encuentra siempre, así como debajo de los músculos de todo animal vertebrado se encuentra los huesos, razón por la cual se suele decir que las rocas son el *esqueleto* del globo terrestre.

Que el calor subterráneo puede derretir las rocas, nos lo demuestran los *volcanes*. Se llama así a ciertos *picos* de



■ Centinela, curiosa piedra en las sierras del Tandil.



Los Terrones, en las sierras de Córdoba (Capilla del Monte).

las cordilleras y cerros aislados que tienen la particularidad de arrojar, por una abertura de su cima, o *cráter*, materias minerales en forma líquida, que bajan como ríos por las laderas y se depositan en la llanura, donde se endurecen; tal es la *lava*, que no resulta ser sino roca fundida mezclada con otras sustancias minerales.

Los sabios que se han ocu-



El Zapato, curiosa piedra en Capilla del Monte (sierras de Córdoba).

pado de estudiar lo relativo al globo terráqueo están conformes en creer que, hace muchísimos siglos, toda la masa terrestre estaba en extremo caliente, y que si hoy la superficie o costra está fría, se debe a la misma causa que hace enfriar primero la superficie de un pastel mientras el interior se conserva caliente, es decir, al aire que lo envuelve y penetra muy poco en la masa.

Ahora bien, ustedes habrán observado que un bizcocho que sale del horno presenta siempre una superficie desigual: en unas partes hay pequeñas granulaciones o eminencias, mientras en otras aparecen como hoyitos o rajaduras.

No es difícil comprender que el calor debió producir el mismo efecto sobre la costra terrestre; pero, naturalmente, las granulaciones, hoyos y grietas tenían que ser inmensamente mayores, dada la gran extensión de la



Cascada de Olain en La Falda (sierras de Córdoba).

superficie terrestre. En cambio, si nos fuera dado contemplar la Tierra desde muy lejos, desde la Luna, por ejemplo, las más altas montañas y los más profundos *precipicios* presentarían a nuestra vista el insignificante aspecto de las rugosidades de un bizcocho, tan grande es el globo terrestre.

Así, pues, muchos cerros podrían contar su historia de este modo: «Estoy aquí gracias a la acción del calor terrestre que me formó, levantando violentamente la superficie de la Tierra, y esta forma que presento y causa la admiración de los que me contemplan, me fué dada por el fuego subterráneo.»

Las sierras y montañas de la República Argentina ofrecen innumerables curiosidades, que en su mayor parte reconocen como origen los levantamientos del suelo. Por lo general fueron así formadas las elevaciones rocosas de los Andes y los grupos de sierras de Córdoba y del sur de la provincia de Buenos Aires.

En cambio, las *lomas* y *cuchillas* tan frecuentes en las llanuras, han sido formadas por la acción de las aguas.



Piedra de la Luna (La Falda, sierras de Córdoba).



Paso de los Andes por el general San Martín. (Cuadro de Augusto Ballorini.)

SAN MARTÍN

(FRAGMENTO)

Ya están sobre las crestas de granito
Fundidas por el rayo,
Ya tienen frente a frente el infinito,
Arriba el cielo, de esplendor cubierto,
Abajo, en las salvajes hondonadas,
La soledad severa del desierto;
Y en el negro tapiz de la llanura,
Como escudos de plata abandonados,
Los lagos y los ríos que festonan
De la patria la regia vestidura.
¡ Ya están sobre la cumbre !
Ya relincha el caballo de pelea
Y flota al viento el pabellón altivo
Hinchado por el soplo de una idea.
¡ Oh ! ¡ qué hermosa ! ¡ qué espléndida ! ¡ qué grande !
Es la patria, mirada
Desde el soberbio pedestal del Ande !
El desierto sin límites doquiera,
Océanos de verdura en lontananza,
Mares de ondas azules a lo lejos,
Las florestas del trópico, distantes,
Y las cumbres heladas
De la adusta argentina cordillera
Como ejército inmóvil de gigantes.

.
¿ En qué piensa el coloso de la historia
De pie sobre el coloso de la tierra ?
¡ Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
En pueblos libres y en cadenas rotas;
Y con la fe del que a la lucha lleva
La palabra infalible del destino
Se lanzó por las ásperas gargantas
Y lo siguió rugiendo el torbellino !

OLEGARIO V. ANDRADE. (Argentino).

UNA MISIÓN A TRAVÉS DE LOS ANDES

Muchos niños, y aun muchos que no lo son, creen que para cumplir el deber de servir a la patria es preciso hacerse matar en una guerra o por lo menos volver de ella con unas cuantas cicatrices o un miembro de menos.

Derramar la propia sangre en servicio de la patria es sin duda acto heroico, aunque sea sencillamente el cumplimiento de un deber. Pero si tal fuera la única manera de servir a la patria, sería un gran desconsuelo, pues a muchos no nos quedaría medio de demostrarle nuestro amor.

Por fortuna, la historia nos dice que en todos los tiempos, aun en aquéllos en que nuestro país presentaba el aspecto de un inmenso cuartel en el que todos se adiestraban para defenderlo, han existido individuos que, sin cargar un fusil ni actuar en combates, prestaron sin embargo inapreciables servicios a la patria.

¿Cómo? Lo dirá la siguiente anécdota.

Don Gregorio Gómez Orquejo, nacido en Buenos Aires hacia 1780, ocupaba un modesto empleo de inspector de la venta de tabacos cuando estalló el movimiento revolucionario de 1810.

Dicho joven era amigo de Castelli, Belgrano, Vieytes y demás miembros de la Junta, de cuyos trabajos en favor de la independencia estaba al cabo.

Conversando un día con unos cuantos de esos patriotas sobre la marcha de los sucesos, Castelli se lamentaba de no poder hacer llegar a Chile noticias referentes al

éxito de la revolución en el Río de la Plata, pues era indudable que sabiéndolo, los chilenos se insurreccionarían también contra España y se unirían a los revolucionarios de Buenos Aires.

En esa época no era empresa fácil mandar una carta a Chile; el correo salía muy irregularmente y cuando, para suplir esa deficiencia, los revolucionarios enviaban sus comunicaciones con un *chasque* o correo especial, corrían riesgo de que

las autoridades españolas de Chile lo apresaran por sospechoso, y en consecuencia lo *secuestraran* la correspondencia.



Chasque llegando a un rancho.

Comprendiendo cuánto importaba allanar esta dificultad que preocupaba vivamente a los patriotas, don Gregorio habíase quedado pensativo al oír las lamentaciones de Castelli; de pronto se encaró con éste diciéndole:

— Ustedes necesitan un *chasque* suficientemente al cabo de los propósitos de la revolución para componérselas de modo que los pliegos vayan a parar a manos del doctor Juan Martínez de Rosas (uno de los chilenos que prepararon la revolución en su país). Aquí tienen ese chasque, mándenlo cuando gusten.



Cuesta en la Cordillera de los Andes que da una idea de lo que es un viaje por ella.

— ¿Usted? amigo, — preguntaron los jóvenes en coro. Pero no eran momentos aquellos para desperdiciarlos en inútiles asombros.

La oferta de Gómez Orquejo fué aceptada con júbilo, y esa misma noche partía con los pliegos para Chile.

Hoy día es fácil atravesar la Cordillera; las perforaciones a través de las montañas permiten que el ferrocarril comunique directamente las dos repúblicas amigas. Pero ¡en aquellos tiempos! Nada más penoso que cruzar la Cordillera, sobre todo en invierno. La mula era el único medio de transporte y gran parte del trayecto había que efectuarlo a pie, arrastrándose entre las rocas para no caer en hondos precipicios. No había que pensar en más albergue que el que podían ofrecer los huecos naturales de las piedras, ni en más lecho que las mantas de viaje; en cuanto al alimento, constituíanlo tan sólo las galletas que el precavido viajero llevara en su *morral*.

Esa travesía — en la que muchísimos encontraban la muerte, ya sorprendidos por las avalanchas de nieve, ya perdido el rumbo y extenuadas las fuerzas por el frío horroroso que reina en tales alturas — es la que realizó Gómez Orquejo, con un valor a toda prueba y animado de inquebrantable fe en el éxito de su misión.

Desfallecido de hambre, con las ropas desgarradas y los pies magullados, llegó por fin a Chile. Su presencia no era como para infundir mucha confianza, y las autoridades españolas, sospechando se tratara de un enviado de los revolucionarios, lo tomaron preso. Exigiéronle declarara el objeto de su viaje y entregara los papeles que

llevase, pero el valiente joven se negó a una y otra cosa y no pudiendo comprobar nada, lo dejaron en libertad después de registrarlo prolijamente. ¡Tarea vana! El astuto chasque había ocultado los pliegos entre el forro de un sombrero viejo, en el que nadie reparó durante el registro.

Las cartas fueron entregadas a quienes iban dirigidas y, gracias a ello, los patriotas chilenos, animados con el ejemplo y éxito de la revolución de Buenos Aires, realizaron el movimiento de septiembre, que debía dar en tierra con el poder español en Chile.

He ahí, pues, un héroe, que aunque no ganó ninguna batalla ni consiguió honores, pues vivió y murió modestamente si bien muy querido y respetado por cuantos lo conocieron, realizó un acto que prueba tanto valor y patriotismo como el de los que se exponen a las balas enemigas.

JUEGO ENTRETENIDO. — *Con un poco de barro o arcilla húmeda pueden ustedes modelar fácilmente, sobre una tabla, un mapa de la Argentina, destacando la Cordillera de los Andes, cuyos más altos picos pueden blanquear con un poco de cal o harina para imitar la nieve. Después de dar un repaso a lo que hayan aprendido respecto a la altura de la Cordillera en distintos parajes, a los pasos, inclinación de las faldas y demás, podrán dar aspecto de verdad a su trabajo. Cuando la arcilla esté seca, marquen la ciudad de Buenos Aires con un punto rojo, y, con una raya de tiza, sigan el camino que suponen recorrió Orquejo, trepando los Andes, en busca de un paso, hasta llegar a Valparaíso, ciudad de Chile. Si quieren dar más interés a este juego, vistan un muñeco con el traje que usaban en ese tiempo los hombres de la campaña, colóquenlo sobre un caballito de madera y dénde diversas posiciones a lo largo del trayecto.*

EL POTOSÍ ARGENTINO

En los primeros tiempos de la conquista de América, una región de lo que es hoy Bolivia (país vecino al nuestro) se hizo famosa por sus abundantísimas minas de oro y plata, que enriquecían en poco tiempo a los que las explotaban. El cerro que más tesoros encerraba en su seno era el de *Potosí*, y este nombre llegó a hacerse tan fabuloso, que cuando se quería expresar que una cosa era de gran valor, se decía: *vale un Potosí*.

Seguramente se exageró demasiado la riqueza de ese cerro, pero de todas maneras es indudable que era rico en metales preciosos.

Muchos de los colonizadores españoles que venían a América con el único fin de enriquecerse, no daban gran importancia a nuestro territorio porque no encontraban en él minas de oro o plata, ya que de este último metal sólo habían visto las famosas barras que algunos indios obsequiaron a Caboto y que dieron origen al nombre de Río de la Plata que lleva nuestro gran *estuario*. Probablemente, como se pensó después, esas barras las obtuvieron nuestros indios en canjes que hacían con los del alto Perú.



Población minera en los Andes.

Años y más años pasaron sin que se descubriera en nuestras montañas la más insignificante *veta* de los codiciados metales, hasta que atrevidos viajeros venidos sobre todo de México, país que forma parte de la América del Norte, se internaron, resueltos a probar fortuna, entre las fragosidades de las sierras andinas y se establecieron en las faldas del cerro de *Famatina*, en la provincia de La Rioja. No se tiene de ellos noticias muy precisas;

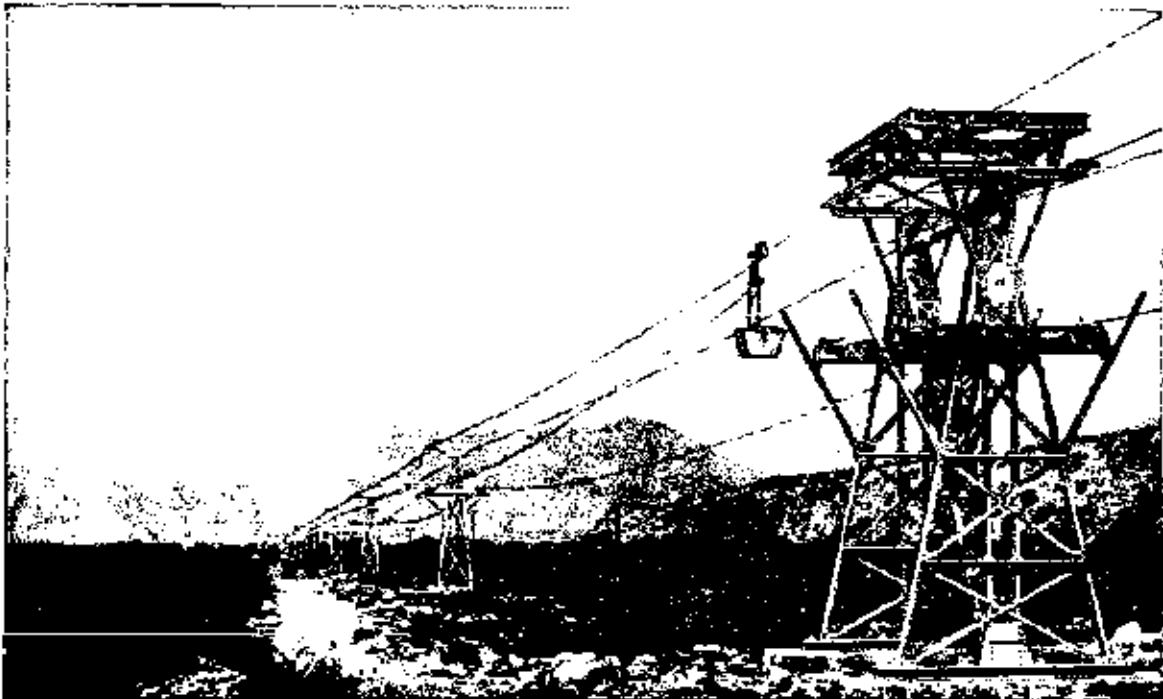
sólo se sabe que su perseverancia obtuvo justo premio, pues en las entrañas del imponente y majestuoso cerro, en la región de las nieves eternas, hallaron y explotaron durante mucho tiempo ricos *filones* de minerales de oro, plata y plomo entremezclados.



Transportando minerales a lomo de mula.

Los primitivos explotadores de esas riquezas desaparecieron, pero quedaron allí los peones indígenas que habían ocupado y adiestrado en esa ruda tarea, los que, faltos de dirección y sin medios para un trabajo serio, continuaron extrayendo dichos metales en forma rutinaria y por tanto poco provechosa. Tal es el origen de los escasos pobladores actuales del cerro de *Famatina*, cuyas modestas chozas están diseminadas en las faldas y laderas de él. La vida que allí llevan no es nada cómoda ni amena. Las tempestades, que suelen ser terribles, destruyen a veces, en unas horas, sus pobres

ranchos, y arrastran los objetos de uso diario y útiles de trabajo. El agua escasea, y para obtenerla es necesario derretir el hielo de la montaña. La carne se endurece, como si estuviera en un frigorífico, y hay que emplear el hacha para cortarla; el aire está tan *rarificado*, a causa de la altura, que la respiración se hace dificultosa.



Lo que es un alambre carril.

El trabajo de las minas es siempre penoso, pero en Famatina resulta, además, en extremo ingrato por las circunstancias expresadas. Con todo, esos modestos mineros tienen fe en la riqueza de su cerro, y hoy que llega hasta él un *alambre carril*, para el fácil transporte del mineral hasta el pie del cerro, cosa que antes se hacía a lomo de mula, comienzan a obtener mayores ganancias en su rudo trabajo.

Con razón, pues, se dice que el día en que los ferro-

Años y más años pasaron sin que se descubriera en nuestras montañas la más insignificante *veta* de los codiciados metales, hasta que atrevidos viajeros venidos sobre todo de México, país que forma parte de la América del Norte, se internaron, resueltos a probar fortuna, entre las fragosidades de las sierras andinas y se establecieron en las faldas del cerro de *Famatina*, en la provincia de La Rioja. No se tiene de ellos noticias muy precisas;

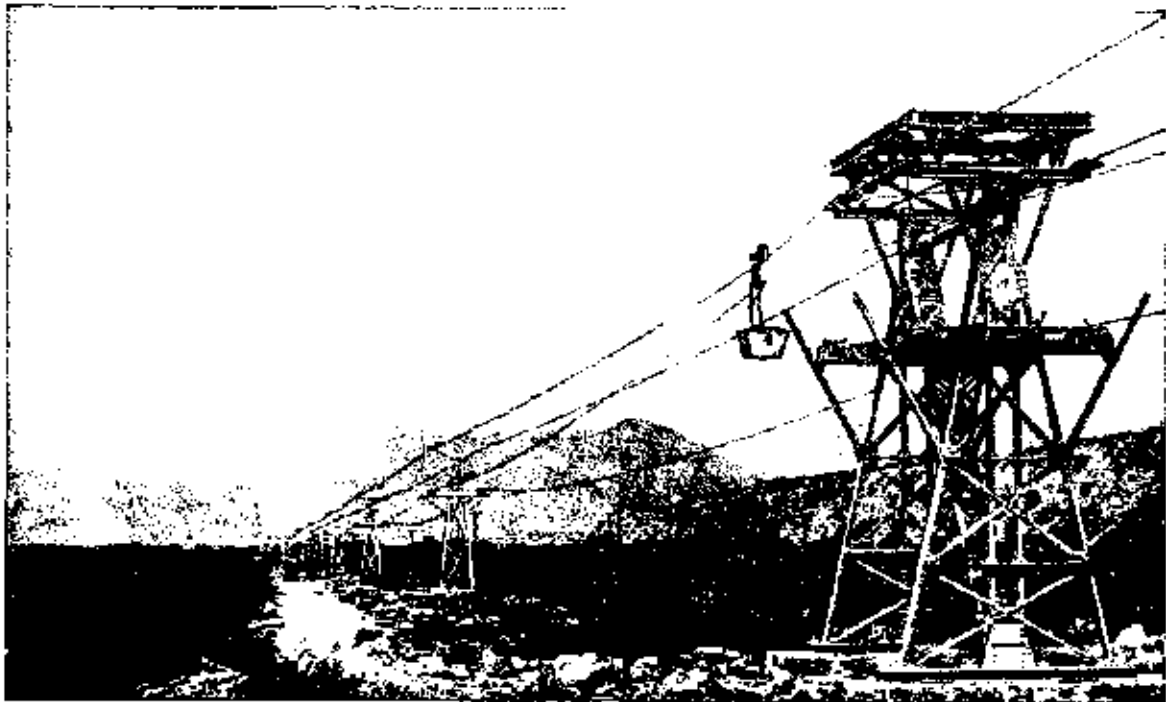


Transportando minerales a lomo de mula.

sólo se sabe que su perseverancia obtuvo justo premio, pues en las entrañas del imponente y majestuoso cerro, en la región de las nieves eternas, hallaron y explotaron durante mucho tiempo ricos *filones* de minerales de oro, plata y plomo entremezclados.

Los primitivos explotadores de esas riquezas desaparecieron, pero quedaron allí los peones indígenas que habían ocupado y adiestrado en esa ruda tarea, los que, faltos de dirección y sin medios para un trabajo serio, continuaron extrayendo dichos metales en forma rutinaria y por tanto poco provechosa. Tal es el origen de los escasos pobladores actuales del cerro de *Famatina*, cuyas modestas chozas están diseminadas en las faldas y laderas de él. La vida que allí llevan no es nada cómoda ni amena. Las tempestades, que suelen ser terribles, destruyen a veces, en unas horas, sus pobres

ranchos, y arrastran los objetos de uso diario y útiles de trabajo. El agua escasea, y para obtenerla es necesario derretir el hielo de la montaña. La carne se endurece, como si estuviera en un frigorífico, y hay que emplear el hacha para cortarla; el aire está tan *rarificado*, a causa de la altura, que la respiración se hace dificultosa.



Lo que es un alambre carril.

El trabajo de las minas es siempre penoso, pero en Famatina resulta, además, en extremo ingrato por las circunstancias expresadas. Con todo, esos modestos mineros tienen fe en la riqueza de su cerro, y hoy que llega hasta él un *alambre carril*, para el fácil transporte del mineral hasta el pie del cerro, cosa que antes se hacía a lomo de mula, comienzan a obtener mayores ganancias en su rudo trabajo.

Con razón, pues, se dice que el día en que los ferro-

carriles se multipliquen, La Rioja y su famoso cerro de Famatina serán conocidos en el mundo entero, por sus riquezas minerales, con el nombre de *Potosí argentino*, que ya algunos le dan.



Explorando una mina de carbón en el Neuquén.

CARTOGRAFÍA AMENA. — *Marcar en un mapa de la República Argentina, los sitios donde existan las siguientes riquezas mineras, aunque todavía se las explote en pequeña escala: el oro, la plata, el cobre, el hierro, el níquel, el mármol, el yeso, la cal, el petróleo, el granito, la sal, la hulla.*

En lugar de poner simplemente el nombre del mineral en la región donde se le encuentra, pueden hacer el mapa de arcilla y pegar pedacitos de yeso, hulla, cal, hierro, etc., en los lugares correspondientes; como el petróleo es líquido, podrán llenar con él una botellita muy pequeña o un tubito de vidrio y colocarlo como los otros minerales. Si no se tiene un pedacito de mineral en bruto, puede ponerse cualquier objeto pequeño fabricado con el metal correspondiente.



JUSTICIA Y GUERRA

— Vuelvo a repetirte, Manuel, que me devuelvas mi libro; lo necesito para dar un repaso al capítulo que el maestro nos señaló ayer. ¿Quieres devolvérmelo?

— Déjate de estudiar ahora y juguemos un rato al trompo; aquí tengo el mío, voy a prepararlo.

— Jugaremos en otro momento, si te parece. Pero ahora necesito mi libro; dámelo de una vez.

— ¡Valiente capricho! Pues no te lo daré si antes no juegas conmigo.

— ¡Pero eso es un abuso! ¿Con qué derecho me quitas una cosa que es mía y te niegas a devolvérmela?

— Te lo devolveré después. Juguemos primero.

— Aunque siento no acceder a tu deseo, como debe hacerlo todo buen camarada, hoy no estoy dispuesto a ello. Me irrita que quieras obligarme, apoderándote de un objeto que me pertenece y negándote a devolvérmelo.

— Pues no lo tendrás.

— Bien podría quitártelo, pues no me faltan fuerzas para eso; pero. . .

A esta altura del diálogo estaban Manuel y Pedro, compañeros de escuela, como ustedes habrán podido adivinar, cuando oyeron pasos y se volvieron vivamente para ver quién se aproximaba.

— ¡El maestro! — dijeron ambos a la vez, pero no con el mismo tono por cierto.

En la exclamación de Manuel había la natural confusión del que tiene conciencia de no haber procedido bien y se ve sorprendido en falta por alguien a quien ama y respeta mucho. En la de Pedrito, en cambio, se notaba la alegría del que ve llegar un auxilio oportuno que no creía tan próximo.

El maestro miró a ambos niños sin enojo alguno al parecer, antes bien sonrióles como de costumbre, y no parecía que fuera a tomar parte en la discusión. Sin embargo, Manuel, bajando la vista, como si hubiera recibido un reproche de su maestro, acercóse a Pedro y con cierta timidez le alargó el libro que contra la voluntad de éste había retenido hasta entonces.

Apresuróse Pedro a tomarlo; y el maestro, dando a Manuelito una palmada en el hombro, dijo:

— ¡Bravo! hijo mío; acabas de hacer innecesaria la intervención de un *juez*.

Ambos niños se miraron sorprendidos y luego fijáronse en el profesor, como preguntando qué había querido decir al expresarse así. Respondiendo a esa muda pregunta, prosiguió aquél:

— Cuando llegué, estaban ustedes a punto de disputar seriamente; y debo declarar que Pedro tenía razón de estar incomodado.

Tú, Manuel, cometiendo un abuso, que en este caso no era grave, pues lo hacías en juego, te habías apoderado del libro de tu compañero y querías obligarlo de esa manera a jugar al trompo contigo. Como es natural, Pedro se sentía ofendido por tu exigencia, y con mucha justicia reclamaba le devolvieras lo suyo. Felizmente, Pedro es de carácter suave y nada violento; a no ser así, hubiera podido suceder que, forcejando tú para quedarte con el libro y él para reconquistarlo, se hubieran venido a las manos.

— ¡Oh! señor... — exclamó Manuel avergonzado.

— Bueno, si por educación no lo hubieran hecho, ¿cómo se habrían arreglado? ¿Qué pensabas hacer tú? Pedro...

— Yo esperaba — respondió éste — que Manuel acabaría por devolverme el libro; pero si no lo hubiera conseguido habría recurrido a usted, señor.

— Perfectamente — dijo el maestro; — he aquí por qué, hace un momento, dije a Manuel que acababa de hacer innecesaria la intervención de un *juez*, que en este caso hubiera sido yo.

Jueces son los funcionarios encargados *de hacer justicia*, es decir, de dilucidar las querellas entre los individuos y determinar de parte de quién está la razón. No serían necesarios, si todos tuvieran espíritu recto y jamás atentarán contra la propiedad de los demás, contra su derecho a trabajar, a vivir, a pensar y obrar como mejor les pareciere.

Pero, desgraciadamente, no ha llegado aún el día en que todos respeten esas cosas; diariamente oirán ustedes decir que se cometen robos, asesinatos, violencias de todas clases por individuos de malas costumbres, que son así porque no han recibido una buena educación en sus hogares y porque no han concurrido a la escuela.

Para tales casos son necesarios los jueces, porque si no existieran, los ofendidos tendrían que castigar por su propia mano a los ofensores o, lo que es lo mismo, *hacerse justicia por sí mismos*, práctica condenada entre gente culta. Si tú, Pedro, hubieras injuriado a Manuel de palabra o de hecho para que no te molestara, habrías hecho mal, porque nadie tiene derecho a convertirse en juez de su ofensor; por eso apruebo que pensaras recurrir a mí para que te hiciese justicia.

— Sin embargo — observó Manuel, — cuando los soldados de un país matan a los de otro en la guerra, nadie dice que hacen mal.

— Me gusta tu observación — respondió el maestro. — Eso quiere decir que tú ves cuán injusta es la guerra y piensas que, en el fondo, debería condenársela.

Pues bien, no está muy lejos tal vez el día en que la

guerra sea considerada como cosa indigna de países cultos, y en que se nombre jueces encargados de resolver las querellas no sólo entre los individuos sino también entre las naciones.

— ¿Hay querellas también entre las naciones? — preguntó Pedro.

— Desgraciadamente, sí — repuso el maestro; — aunque, a decir verdad, cada día van siendo menos frecuentes.

A veces una nación ofende a otra o pretende apoderarse de una parte de su territorio, o quiere imponerle su voluntad. Es natural entonces que el país ofendido quiera defenderse y, a falta de un juez que le haga la debida justicia, se produzca la *guerra* entre ambos. Esas guerras han sido a veces necesarias para la existencia de los países; un ejemplo nos lo ofrece el nuestro, que nació a la vida libre merced a la guerra por la independencia, gracias a la cual somos hoy *argentinos* y *libres*.

Antes que la Argentina se organizara como nación, todo su territorio era un vasto campamento militar y cada uno de sus hijos un soldado, cuya principal idea era vencer al dominador para conseguir la ansiada libertad. De esos modestos pero gloriosos ejércitos que organizaron Belgrano y San Martín y que regaron con su sangre el suelo de la futura patria, surgió la nación Argentina, que hoy figura en el número de los países cultos y libres del globo.

Pero sólo en casos de extrema necesidad deben recurrir a la guerra las naciones, y, como les decía hace un momento, cada vez se la considera más injusta, tanto que es frecuente hoy día, cuando dos países están en peligro de

lanzarse a la lucha, nombrar un *juez*, ciudadano de otro país, al que en este caso se le llama *árbitro*, para que estudie el punto y decida de parte de cuál de los dos está la razón. De más está decir que lo que el árbitro resuelve es *acatado* por ambas partes.

En previsión de tener que recurrir algún día a esa gran injusticia llamada la guerra, las naciones sostienen fuerzas militares que se dividen en dos grupos: el *ejército* y la *armada*. El primero es el encargado de la defensa del territorio; la segunda de la de sus costas y mares.

Se comprende que tanto el uno como la otra estén formados por *ciudadanos*, porque ¿quiénes con más cariño y abnegación que los hijos de un país derramarán su sangre por defenderlo? Además, ¿no es también muy natural que sean ellos y no los extraños quienes defiendan a su patria en caso de ser atacada?

Para que, llegado el caso, todos los ciudadanos sean capaces de tomar las armas, se ha establecido el *servicio militar obligatorio*. En nuestro país todo argentino, al llegar a la edad de veinte años, debe recibir instrucción militar, sea en el ejército o en la armada, por espacio de uno o dos años.

— ¿No son esos los *conscriptos*? — preguntó Manuel.

— Precisamente — respondió el profesor, — en cuyo número espero tener el gusto de verlos a ustedes de aquí a nueve o diez años, cumpliendo con el deber de todo ciudadano argentino: *armarse en defensa de su patria*.

EL NIDO DE CÓNDORES

(FRAGMENTO)

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio a sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea,
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡ Todo es silencio en torno ! Pero hay algo
En el peñasco mismo
Que se mueve y palpita, cual si fuera
El corazón enfermo del abismo.

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡ Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña !

No sueña con el valle, ni la sierra
De encantadoras galas,
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas.

No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana,
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana.

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:



Estatua de San Martín, en Boulogne-sur-mer (Francia).

¡ Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña !

.
Una mañana, ¡ inolvidable día !
Ya iba a soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
 Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,
Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de occidente,
El rumor del torrente desatado,
 La cólera mugiente
Del volcán que, en horrible *paroxismo*,
Se revuelca en el fondo del abismo.

Chispas de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
 Desde el peñasco mudo;
Y vibraron los bélicos clarines
Del Ande gigantesco en los confines.

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las hondas del mar en sus linderos.
Infantes y ginetes avanzaban
 Desnudos los aceros;
Y atónita al sentirlos, la montaña
Bajó la frente y desgarró su entraña.

El cóndor los miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: «Éste es el grande».
 Y San Martín, oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: «¡ Mirad ! ¡ Esa es mi gloria !»

OLEGARIO V. ANDRADE.
(Argentino.)

NUESTRA PATRIA EN LOS MARES



Almirante Guillermo Brown, creador de la escuadra argentina.

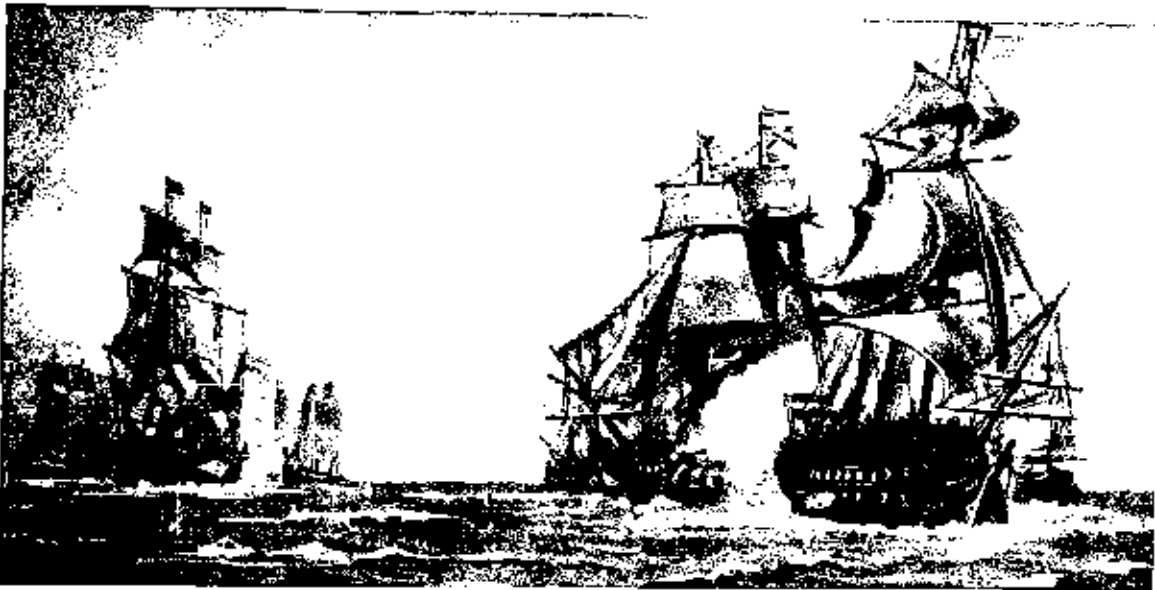
Si siempre causa profundo sentimiento de alegría ver flamear la bandera patria, no hay palabras que expresen el gozo inmenso que se siente al verla surgir de improviso en el mar, izada en el *mástil* de un buque: experimentase algo así como si se viera aproximar el suelo natal y los seres amados que quedaron en él.

Todo buque es algo así como un pedazo de la respectiva patria, que a cualquier puerto a que arribe parece transmitirle con su sola presencia un mudo mensaje de confraternidad que dice: «Vengo de muy lejos, enviado por seres que me son muy queridos y que aunque no viven bajo vuestro mismo cielo os consideran hermanos, os aman y os envían amistosas memorias y presentes.»

Nada más bello que ver reunidos al azar en un mismo puerto, buques de distintos países ostentando sus respectivas banderas, que se agitan cual si ansiaran volar las unas hacia las otras.

A semejanza de los demás países, el nuestro posee *marina mercante*, es decir, la que se ocupa de traer y llevar pasajeros y mercaderías, y *marina de guerra*, llamada

también *armada* o *escuadra*. Se designa con estos nombres el conjunto de buques de guerra, grandes y chicos, cuya misión es resguardar al país de cualquier ataque extranjero y defender en los mares al buque argentino que fuera atacado. En caso que los argentinos residentes en otro país se encontraran en peligro por guerras, catástrofes, o cualquier otro accidente, el gobierno



La primera escuadrilla argentina.

mandaría al punto un buque de la armada para *repatriarlos*, o para que permanezca cerca de ese país velando por la seguridad de aquéllos y pronto a defenderlos de cualquier peligro.

Felizmente, pocos servicios de guerra prestan ahora las armadas, pues la razón y la experiencia han demostrado que la fuerza brutal de las armas no procura una paz duradera entre las naciones, sino más bien un constante deseo de predominio de unas sobre otras. Por el contrario, las soluciones pacíficas, basadas en la razón y la justicia,

hacen desaparecer las causas de desavenencia y crean vínculos de amistad.

Antes, las naciones se declaraban la guerra por las más fútiles cuestiones, que por lo general se arreglan amistosamente hoy día.

Con tal motivo tenían lugar combates por tierra y mar,



Cadetes de marina de la Escuela naval.

en los que no pocas veces los buques eran destruídos, y para reponerlos había que gastar fuertes sumas, que el pueblo concluía por pagar en forma de impuestos y contribuciones.

Las guerras son espectáculos salvajes y ruinosos para los pueblos, razón por la cual son cada vez más raras. Sin embargo, nuestro país, como los demás, no puede dejar de poseer buques de guerra, puesto que la principal misión de éstos, hoy día, aunque parezca un contrasentido tal afirmación, es asegurar la paz.

EL EJÉRCITO DE LA PAZ

— Decías, Margarita, que tu papá es médico, ¿no es así?

— Sí, señorita; visita los enfermos en sus casas y en el hospital.

— ¡Qué noble profesión la suya! ¡Cuántos males puede aliviar! y ¡a cuántos le es dado llevar otra vez la felicidad! ¿No has visitado alguna vez el hospital en que tu papá presta sus servicios?

— Sí, señorita, el día de *año nuevo* suelo llevar a los enfermos libros, flores y otros regalitos. Las enfermeras me conocen todas y suelen preguntar por mí a papá. Deben ser muy buenas cuando se dedican a esa tarea; yo no tendría valor para presenciar tanto sufrimiento.

— Sería muy triste, Margarita, si todos tuvieran tan poco valor como tú, porque ¿quién cuidaría entonces de los pobres enfermos?

— Podrían cuidarlos sus familias.

— Es que muchos no la poseen o es gente tan pobre que en lugar de atenderlos tiene que trabajar. Otros carecen de recursos para asistirse en su casa y tienen que ir al hospital; además, los enfermeros son personas que saben cuidar muy bien y a veces mejor que las personas de la familia.

— No había pensado en eso.

— Los hospitales son para los pobres o desamparados y también para los que, teniendo recursos, viven solos.

— Y allí están muy bien todos, paguen o no, pues a los pobres se les asiste gratuitamente. Tienen buena cama en salas bien aereadas e iluminadas, y cuando entran en

convalecencia tienen libros para distraerse, salas para conversar y hermoso jardín con sillones. Están allí mejor que en sus casas. ¡Qué bueno es el gobierno! ¿no? señorita.

— Todo eso que tú consideras una bondad del gobierno, es el simple cumplimiento de su deber. ¿Te parece, aca-



Soldados de la paz desinfectando un aposento que ocupó un enfermo contagioso.

so, qué por bondad el gobierno mantiene limpias las calles y pura el agua que bebemos?

— En verdad, señorita, nunca se me había ocurrido pensar en esas cosas.

— Pues es preciso que pienses; nadie debe ser indiferente a las cosas concernientes a su pueblo o país.

Tú te admirabas de que el gobierno sostenga los hospitales, pero no sola-

mente hace eso, sino que tiene organizados infinidad de otros servicios, que están a cargo de millares de hombres, de los que seguramente no nos acordamos muy a menudo.

— ¡Millares! Nunca lo hubiera creído.

— Pero piensa un poco, niña. Dejemos de lado a los bomberos, carteros y vigilantes, cuyo número puedes calcular fácilmente si tienes en cuenta lo grande que es una ciudad. Considera solamente la variedad inmensa de empleados que están a nuestro servicio en las diversas reparticiones.

Diariamente se barre y riega las principales calles de la ciudad, y una vez por semana, cuando menos, las más apartadas. Si para barrer y lavar los patios de esta escuela se necesitan dos sirvientes, piensa cuántos barrenderos se precisarán para barrer una calle de veinte cuadras de extensión.

— ¡Oh! tienen que ser muchos.

— Y acuérdate que hay infinidad de calles y muchas de gran extensión. Si a ese número de empleados agregas el de los que lavan las calles céntricas todas las noches, el de los que se ocupan de regarlas, y el de los encargados de componer el afirmado cuando se destruye, tendrás ya un ejército de empleados encargado exclusivamente de mantener las calles en buen estado.

Los depósitos del agua corriente que bebemos, están atendidos por gran número de empleados: ingenieros que vigilan los aparatos, químicos que se ocupan de los filtros, mecánicos para reparar cualquier desperfecto en las máquinas, plomeros para soldar las cañerías, peones para las tareas más pesadas y un cuerpo de administración que dirige todo ese personal y dicta las disposiciones necesarias.

Si concurre a una biblioteca pública, hay empleados



Veterinarios revisando la carne para el consumo.

que te facilitan los libros y otros encargados de cuidar y asear el local.

Si visitas un hospital, una cárcel o un asilo, encontrarás personas que lo dirigen, que atienden a los asilados, cocineros, jardineros, ordenanzas e infinidad de otros empleados.

Si en tu casa o en la calle ocurre un accidente y no se halla a mano un médico, puedes llamar por teléfono a la



Hornos municipales para quemar las basuras.

Asistencia Pública, que enviará en seguida un practicante para prestar los *primeros auxilios* necesarios; si el enfermo es llevado al local de esa repartición, hay allí quienes lo curen y cuiden, para todo lo

cual cuenta con numeroso personal distribuido en distintas tareas.

En las oficinas del correo trabajan, además del director, vice y secretario, infinidad de empleados, buzonistas, carteros, escribientes, jefes de las secciones del exterior o interior, de encomiendas, cartas certificadas, telegramas, etc.

Si te paseas por un parque y lo encuentras hermoso, piensa en que, para conservarlo así, trabajan muchísimos empleados: jardineros, regadores y guardianes.

En la construcción de edificios públicos, el gobierno emplea cantidad de operarios hábiles en distintos ramos.

Las casas de vecindad son visitadas periódicamente por inspectores de higiene, encargados de velar por la salud de sus habitantes y hacer conducir al hospital o casa de aislamiento a todo enfermo que esté mal cuidado o padezca alguna enfermedad contagiosa.

En fin, en cualquiera oficina pública a que acudas serás atendida por empleados que el gobierno paga con el fin de que sirvan al público.

Esta misma escuela a que concurre ha sido edificada y amueblada por el gobierno, quien paga el personal y la sostiene.

— ¿Todo eso hace el gobierno?

— Y muchas cosas más que sería muy largo enumerar.

— ¿Sabe, señorita, lo que se me ocurre? Hace un momento usted decía que tenemos a nuestro servicio un ejército de empleados; y yo pensaba que hay, sin embargo, gran diferencia entre ese ejército y el ejército militar.

— ¿Por qué dices eso?

— Pues porque éste carga armas y aquél no.

— Te equivocas, también las carga, sólo que sus armas son las del trabajo tranquilo, las que ayudan a vivir, mientras las del otro, son las que siembran la muerte. Pero como ambos trabajan y cumplen con su deber, bien podemos compararlos, llamando al ejército de que hablamos ahora el *ejército de la paz*.

TEMA DE CONCURSO. — *Propóngase cada uno de ustedes visitar una oficina o establecimiento público, y si no pudiera hacerlo, averiguar por lo menos cuántas clases de empleados tiene, y qué servicios presta cada uno. El que tenga una lista más completa ganará el concurso y se llevará el premio que de antemano hayan señalado ustedes.*

UNA NUEVA Y GLORIOSA NACIÓN

Desde épocas antiquísimas es costumbre que cada nación y hasta cada provincia posea su *escudo* propio.

No sé si ustedes sabrán que ciertos objetos o figuras se consideran como representaciones de ideas o sentimientos y se les llama sus *símbolos*. Un corazón es el símbolo de la caridad; una balanza, el de la justicia, y así muchos otros. Pues bien, los escudos se sirven de los símbolos, y el que tiene un poco de práctica puede, mirando atentamente un escudo, decir lo que se ha querido expresar en él.

El escudo, pues, es un dibujo especialmente compuesto, en el cual, por medio de figuras escogidas al efecto se expresa, en forma abreviada, cuáles son las aspiraciones del pueblo que lo usa; por eso se le respeta, y cualquier ofensa que se le haga es como si se la hiciera al país a que pertenece.

Tan pronto como la República Argentina fué libre, se dió también su escudo, abandonando el de España, que usó mientras era una de sus colonias.

En 1813, cuando los ejércitos argentinos habían obtenido ya muchos triunfos sobre los de España, un grupo de patriotas que formaron la famosa *asamblea del año 13*, pusiéronse a la obra de dar al país un escudo propio. Para conseguirlo estudiaron cuidadosamente los símbolos con que lo formarían y de ese estudio, inspirado en el amor al suelo patrio y en el deseo de verlo independiente y grande entre los demás, nació nuestro emblema nacional.

Todos ustedes lo conocen hace tiempo, bien lo sé; pe-

ro tal vez no todos se han detenido a pensar en lo que significan las diferentes figuras que lo componen. Por eso deseo darles aquí algunas noticias al respecto.

Nuestro escudo se compone ante todo de un óvalo, dividido horizontalmente en dos mitades: la de arriba de color azulcelestre, la de abajo blanca, colores elegidos por ser los nacionales desde el 25 de mayo de 1810 y porque simbolizan nuestra bandera o sea nuestra nacionalidad. Las dos mitades del escudo se llaman *cuarteles*.

Dos manos enlazadas cruzan el cuartel inferior, y si se fijan ustedes, notarán que no pertenecen a la misma persona, porque son dos manos *diestras*. La manera cómo se estrechan recuerda el saludo de dos personas amigas, unidas por el afecto. Simbolizan, pues, la *unión* de los que forman el pueblo argentino. ¿Qué sentimiento las une? Sin duda el amor fraternal que existe entre los que tienen una misma patria por madre; pero las une también otra cosa: el deseo de levantar en alto ese objeto rojo que está en la punta de la *pica* que ambas manos sostienen bien derecha.

Ese objeto rojo es un *gorro frigio*, el mismo que habrán visto ustedes pintado sobre la cabeza de la república, cuando se representa a ésta bajo la forma de una mujer; y no solamente en la cabeza de la República Argentina, sino también en la de cualquier otro país que tenga igual forma de gobierno.

El *gorro frigio* es el símbolo de la libertad. Se le usó por primera vez en un pueblo antiquísimo llamado Frigia, de donde viene su nombre, pueblo en el que había esclavos.

vos. Estos infelices no eran libres, pues pertenecían a un señor que podía venderlos, pegarles, hacerles servir a su voluntad y aun darles muerte; pero podían llegar a ser libres si pagaban cierta suma a su señor y en tal caso se les ponía un gorro encarnado, lo que significaba que desde tal momento eran libres.

Pues bien, los patriotas del año 13, al poner, sostenida por las manos, la pica que levanta un gorro frigio, quisieron expresar que el pueblo *se unía fraternalmente para sostener la libertad nacional*.

Rodean el óvalo del escudo dos gajos de laurel, que en la parte inferior están atados con una cinta de los colores argentinos, mientras en la superior sus extremos se entrelazan, de modo que el escudo está rodeado por una verdadera corona de laureles.

El laurel, como el gorro frigio, tiene un significado para los pueblos. Antiguamente, cuando un guerrero volvía victorioso, se acostumbraba colocar sobre su cabeza una corona de laurel que demostrara la gloria alcanzada. Así es cómo el laurel ha venido a ser el símbolo de la gloria. Seguramente, más de una vez habrán colocado ustedes ramas de laurel al pie de los retratos o estatuas de nuestros próceres, para demostrar que su recuerdo vive rodeado de gloria.

Pues bien, la corona de laureles que rodea el óvalo del escudo argentino significa eso mismo, sólo que, como está colocada en el emblema de la patria, expresa que el pueblo quiere vivir con gloria, con honor y respetado por las demás naciones libres.



Escudo argentino y los de las catorce provincias hermanas.

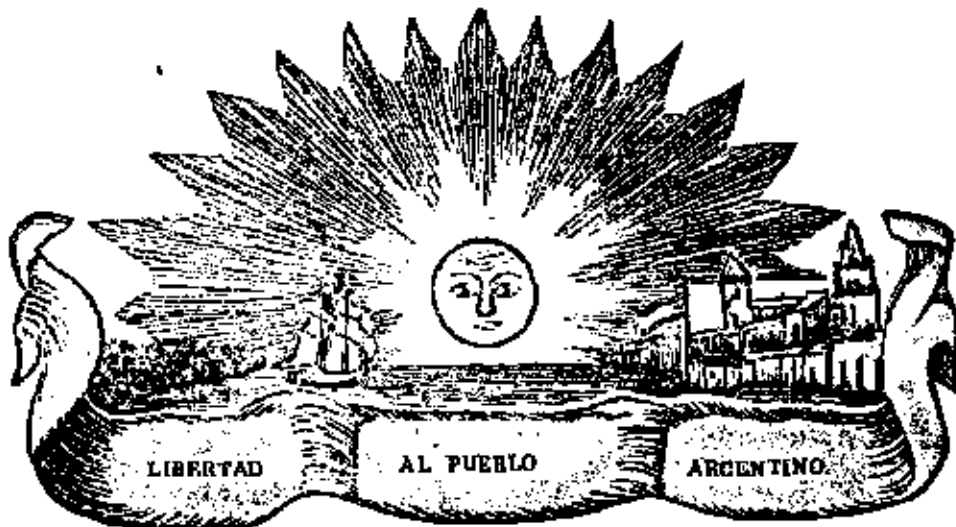
Finalmente, en la parte superior del óvalo aparece el sol asomando detrás de la corona de laureles y lanzando sus rayos sobre el escudo. Como éste representa al país, el sol que se levanta sobre él parece significar que nuevos días empiezan para la patria: días de libertad, de unión y de progreso. Mirando ese sol diríase que se comprende mejor los versos de nuestro himno que dicen:

Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa nación.

Tal es el significado del escudo de nuestra patria: algo así como una historia compendiada de todo cuanto el país ha hecho por su engrandecimiento, desde la gloriosa fecha de su emancipación.

COLECCIONES INTERESANTES PARA FORMAR EN CLASE. — *De monedas y de timbres postales de distintas épocas, que lleven el emblema nacional. De medallas acuñadas con motivo de celebraciones patrióticas y que lo lleven también. De botones que hayan servido como distintivo. Obsérvese las modificaciones que indebidamente se ha hecho algunas veces a nuestro escudo.*

Investíquese el simbolismo de cada uno de los escudos de las catorce provincias argentinas.



¿A qué época pertenece este escudo?

TUCUMÁN

De libertad el arca, del *caudillaje* tumba,
 Guirnalda de mi patria,
 De América jardín,
Para cantarte anhelo, ya el trueno que retumba,
La brisa que murmura o el viento cuando zumba
 En medio a tus florestas
 ¡Oh, Tucumán feliz!

No canto tus victorias, ni evoco tu grandeza,
 Ni recordar pretendo
 Tus horas de dolor,
Cantar tan sólo quiero tu espléndida belleza,
Tu exuberante y libre feraz naturaleza
 Como rival no tiene
 Del Plata al Ecuador.

¡Oh, Tucumán! yo he visto tu espléndido Aconquija,
 He visto tus risueñas
 Colinas Yamarí,
Pero lo grande y bello, de Dios obra prolija,
Que de tu cielo diáfano el manto azul cobija,
 Son tus floridos bosques
 A orillas del Salf.

Las lianas y moreras y el mirto rozagante
 ¡Oh, Tucumán! festonan
 Tu esplendorosa faz,
Detienen la mirada y el paso al caminante,
Y en torno a sus corolas, de néctar anhelante,
 Se mira en las mañanas
 El picaflor volar.

Y enjambres de brillantes doradas mariposas
 Se ven batir las alas
 Con incansable ardor,
Y en confusión continua, revueltas, afanosas,
Esperan revolando que caigan de las rosas



Tucanus, urraca y mariposa de los bosques tucumanes.

Las gotas de rocío
Deshechas por el sol.

También eres grandioso cuando la dulce estrella
Arroja desde el cielo
La luz sobre tu sien,
Cuando la luna hermosa, su claridad destella
Bañando con su lumbre, tan plácida y tan bella,
Tus bosques de nogales,
De cedros y laurel.

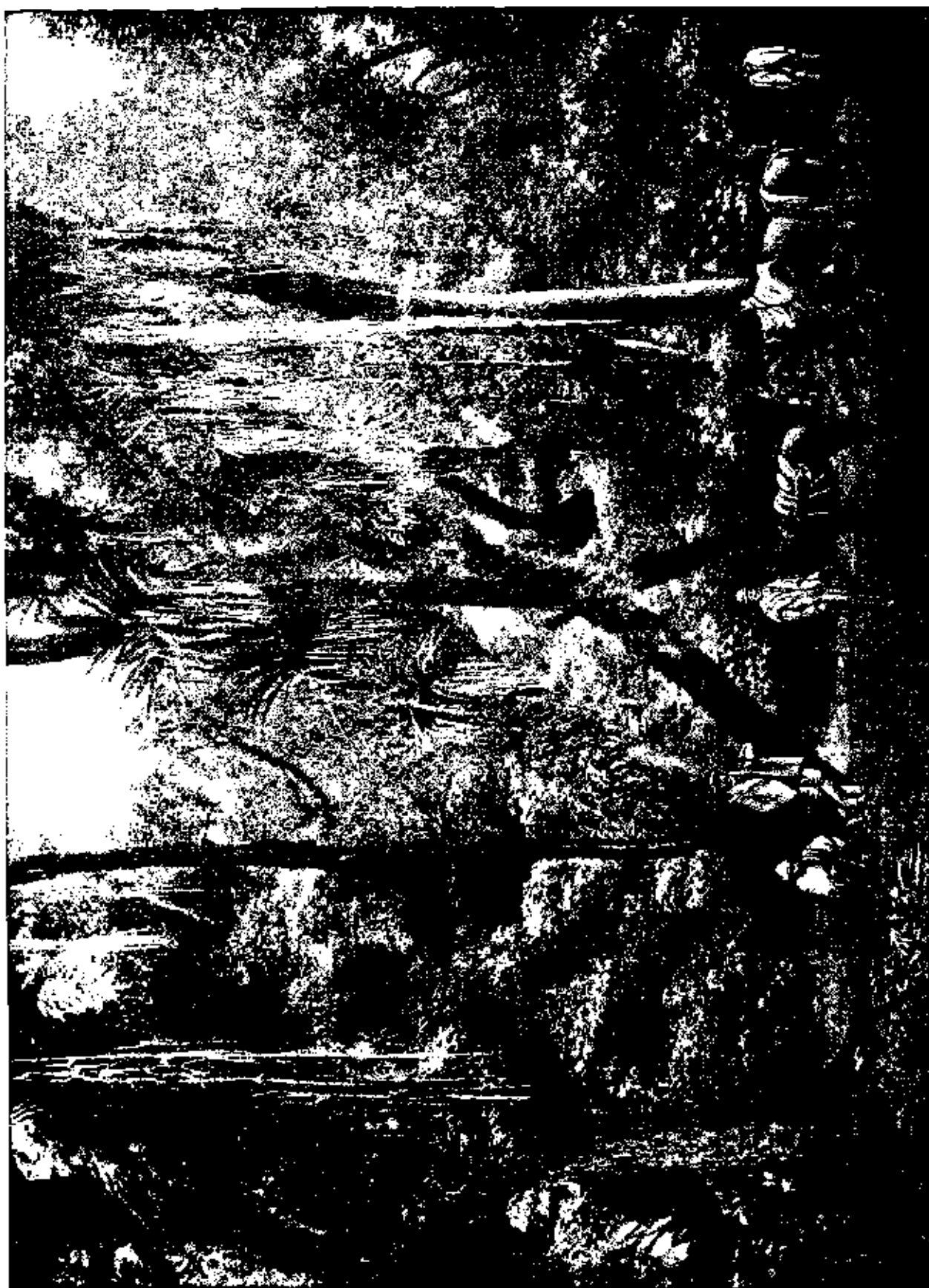
Tan sólo se oye, entonces, la brisa vagarosa
Al agitar las ramas
Del verde naranjal;
No hay voces, ni rumores, ni endechas melodiosas
Y el loro, y el tucano, la *urraca* bulliciosa
Dormitan entre el denso
Ramaje del rosal.

¡ Son esas tus bellezas! Mi corazón te admira.
Divinas son tus selvas,
Tus bosques bellos son.
Allí se olvida todo, se sueña, se delira,
El corazón no sufre, las penas son mentira
Y el alma del poeta
Destella inspiración!

RAMÓN OLIVER. (Argentino.)

GEOGRAFÍA AMENA. — *Con poco esfuerzo les será fácil reunir, en un ángulo del salón de clase, vistas de los bosques de Tucumán y de sus montañas, muestras de sus maderas y riquezas vegetales, fotografías de los trabajos en un ingenio, retratos de tucumanos que se han distinguido por su talento o patriotismo, poetas y artículos que describan esa provincia, algunas muestras de su fauna, vistas de sitios históricos o de edificios públicos, productos de la industria tucumana, y demás elementos que permitan conocer la vida en esa provincia.*

Lo mismo puede hacerse con respecto a las demás provincias y gobernaciones, siendo ésta una manera fácil y agradable de aprender la geografía.



En un bosque tucumano.

CORAZÓN BLANDO Y ENTRAÑA DULCE

Voy a tener el gusto de presentarles dos buenos amigos que viven en nuestra tierra, nos prestan grandes servicios y, ¡admírense ustedes! esos servicios les cuesta la vida cada vez. ¿Cómo puede ser eso? me preguntarán. ¿Acaso se puede perder la vida varias veces? Verdad que no; sin embargo, en el caso de estos dos amigos ocurre algo que parece contrario a la regla general.

Naturalmente que uno y otro tienen sus nombres, pero en familia se les conoce por apodos que pintan muy bien sus caracteres, y por eso prefiero valerme de ellos.

A él lo llamamos *Corazón blando* y a ella *Entraña dulce*. Curiosos sobrenombres, ¿no es verdad? pero muy adecuados.

Corazón blando es de figura insignificante, pequeñito y de piel morena reseca; pero, en cambio, es todo corazón, un corazón blando y tan grande, que al fin rompe la envoltura que lo oculta y sale fuera.

Entraña dulce es alta, delgadita y de apariencia dura; pero si pudieran ustedes verla por dentro, quedarían sorprendidos de su dulzura; créanme, es tanta, que en lugar de sangre corre por todo su sér jarabe de azúcar.

Ahora, digo yo, ¿tienen o no tienen bien puestos sus nombres?

Les dije que ambos amigos son tan buenos que pierden muchas veces la vida por nosotros, y nada más cierto: él se deja arrancar su blando corazón para brindarnos calor y abrigo, mientras ella consiente en que la pren-

sen y trituren, con tal de endulzarnos la boca con su jugo azucarado.

Verdad es que, tanto *Corazón blando* como *Entraña dulce*, tienen el poder de nacer de nuevo, aunque desgraciadamente, para morir otra vez en servicio nuestro.

Si bien todos ustedes gozan por igual de los beneficios

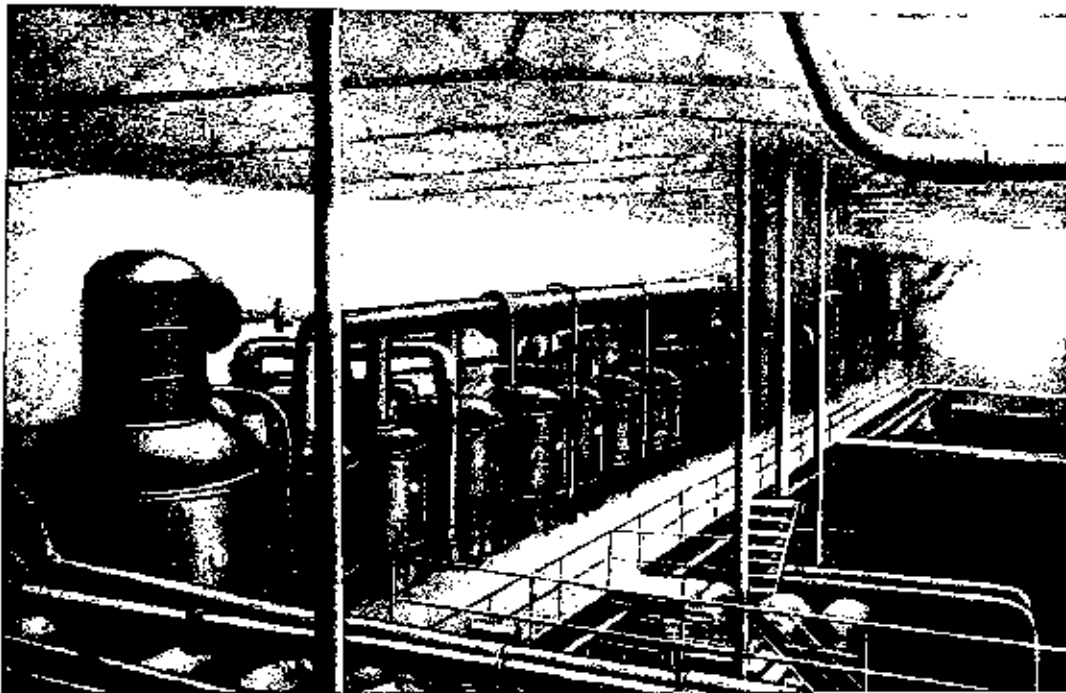


Cosechando y cargando caña de azúcar.

que estos dos amigos nos brindan, sólo algunos habrán tenido ocasión de verlos de cerca. Los que viven o han estado en Tucumán y en algunos puntos de Salta, Jujuy, Corrientes, Formosa, el Chaco y Misiones, deben conocer a *Entraña dulce*; y mis amiguitos de estos tres últimos territorios y de La Rioja, Catamarca y Santiago del Estero, es probable que estén en relaciones con *Corazón blando*. Pero no los llaman por sus apodos sino por sus verdade-

ros nombres; la primera es la *caña de azúcar* y el segundo el *algodonero*, plantas ambas que, aunque no exclusivas de nuestra tierra, se producen muy bien en ella, sobre todo la primera, cuyo cultivo, especialmente en Tucumán, Salta y Jujuy, constituye una de las grandes industrias argentinas.

En esas provincias existen vastos *ingenios*, nombre que



En estos grandes tachos se evapora el jugo de la caña hasta reducirlo a miel.

se da a los establecimientos destinados al cultivo de la caña y elaboración del azúcar. Bosques enteros, de leguas de extensión, han sido talados para plantar *caña de azúcar*, en cuyo cuidado se emplean gran parte de los habitantes de esas provincias.

El ingenio, propiamente, comprende los diversos departamentos de maquinarias para la elaboración del azúcar. Una vez cortada la caña y despojada de sus hojas, se la

prensa por medio de grandes y gruesos cilindros de hierro que forman lo que se llama el *trapiche*. El jugo cae en un depósito colocado en la parte inferior, y la masa fibrosa de la caña, llamada *gabazo*, es echada a un lado por la misma maquinaria. Como el jugo extraído contiene arena y otras impurezas, se le filtra, y luego se le hierve por tres veces en otras tantas calderas, de la última de las cuales sale convertido en algo semejante a la miel, que, sin duda por eso, lo llaman *melaza*. Una vez fría, se separa en dos partes: una líquida, de la que se extrae el *alcohol de caña*, y otra sólida, que constituye el azúcar propiamente dicho, pero que no es todavía el azúcar limpio que conocemos, pues para esto tiene que pasar antes a las *refinerías*, establecimientos que lo purifican dándole ese hermoso color blanco y las formas de cuadritos, panes y polvo en que lo consumimos.

En cuanto al algodón, cuyo cultivo durante el período colonial estaba bastante generalizado en las provincias del norte, fué abandonado después.

Entonces se usaba mucho en nuestro país las telas de algodón tejidas a mano por las mujeres; pero como al independizarnos de España se hizo fácil comerciar con todos los países, comenzaron éstos a enviarnos tejidos hechos a máquina y por lo tanto más baratos y perfectos. Sin embargo, se empieza nuevamente a cultivar el algodón, sobre todo en el Chaco, y debido a su excelente calidad, es muy solicitado por las fábricas de tejidos, siendo de esperar que no pasará mucho tiempo sin que la *industria algodonera* sea otra de las grandes riquezas nacionales.

**DE UN ESCOLAR DE SAN JUAN A OTRO
DE SANTA CRUZ**

Mi querido Carlos:

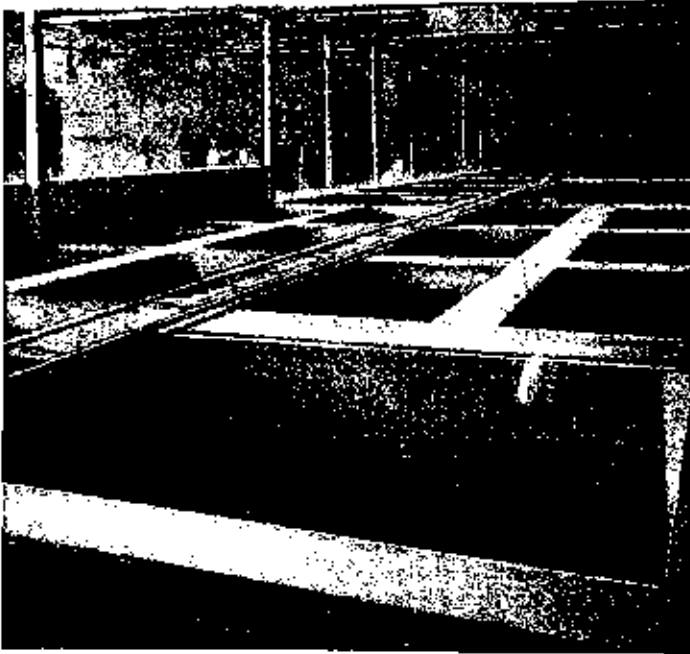
Sin duda te causará extrañeza recibir esta carta de un niño a quien no conoces; pero has de saber que los chicos del cuarto grado de esta escuela hemos resuelto entrar en relación con los de la tuya; por eso, habiendo llegado



Un viñedo.

a saber tu nombre, por una casualidad, mis compañeros me han designado para que te dirija la primera carta. Si ésta merece respuesta, tú nos indicarás los nombres de otros niños, para escribirles en otra ocasión.

Habiéndole hecho a nuestro maestro algunas preguntas relativas al territorio de Santa Cruz, nos recordó que teníamos a nuestro alcance un medio muy fácil de obtener



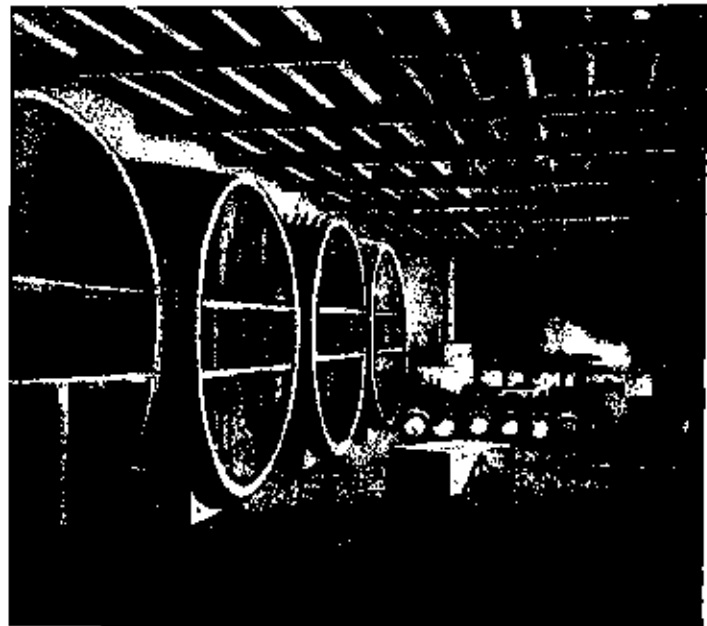
En estos tanques se hace fermentar la uva.

esos datos: de niños de las escuelas de ese territorio. «Me extraña — agregó — que no se les ocurriera aprovechar de la correspondencia escolar, por cuyo medio los chicos que viven en un pueblo, del que tal vez nunca saldrán, pueden obtener datos de otros pueblos donde viven ni-

ños compatriotas suyos y por lo tanto buenos amiguitos.»

Nosotros concurrimos a una escuela del estado, donde estudiamos muchas cosas útiles y agradables. La materia que yo prefiero es el dibujo; me gusta sobre todo sacar del natural a los compañeros que se prestan a ello. Te envío en esta carta el retrato de Pablito, sacado por el mejor alumno de dibujo de la clase. ¿Pueden los niños de tu escuela hacer un trabajo como ese?

En estos días estamos preparando nuestras colecciones para mandarlas a la exposición escolar que se abrirá en Buenos



Después de estacionar el vino en grandes toneles se le trasvasa a las bordalesas.

Aires. Enviaremos a ella unos cuadros que demuestran todos los trabajos que hay que hacer con la uva hasta obtener el vino; en los mismos cuadros van muestras de distintos vinos de la provincia, de pasas, aguardiente, uvas blancas y moradas, y varias vistas de los viñedos y bodegas, pues has de saber que San Juan tiene fama de ser, junto con Mendoza, la provincia donde se cultiva y se elabora mejor la uva; los viñedos ocupan grandes extensiones y las bodegas son muy vastas y están bien dotadas.

Como nuestro objeto es dar una idea de los diversos productos que cuenta la provincia, hemos hecho también cuadros en que figuran las plantas que aquí

se crían y que pueden aprovecharse en la industria; tales son: la morera, el cáñamo, el trigo y el lino.

En esos mismos cuadros figuran frutas, como el durazno y los higos, que la gente del pueblo sabe secar muy bien, vendiéndolos luego a buenos precios.

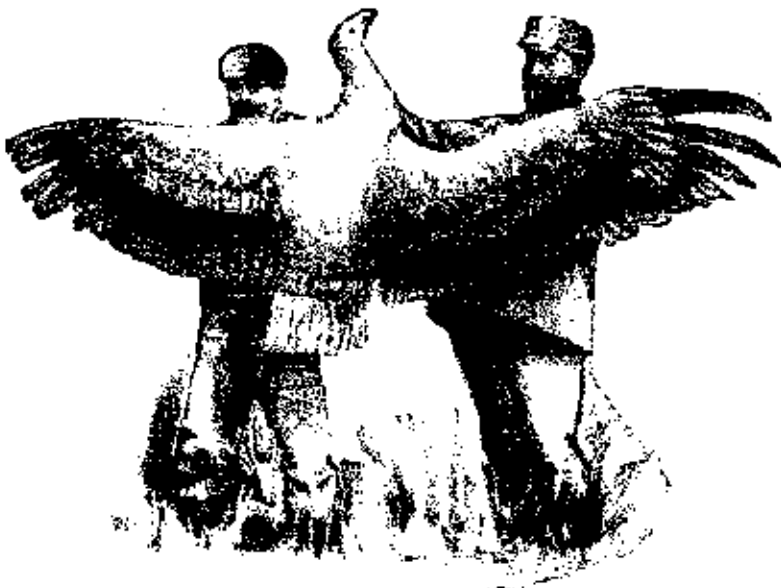
Un grupo de compañeros está preparando un muestrario de pieles y plumas de nuestros animales más curiosos, entre ellos la *vicuña*, el *guanaco* y el *cóndor*. Finalmente, enviaremos también una caja con productos minerales que, como, *sabrás*, abundan en estas regiones andinas.



Manada de vicuñas.

Hemos conseguido algunos trocitos de mineral de plata de la sierra de Tontal, de estaño, plomo, mercurio y cal del cerro de Zonda, sal de la laguna Huanacache, y carbón de piedra de Jachal.

Sentimos no poder mandar muestras de aguas minerales, pues las hay de varias clases, entre ellas algunas



El cóndor es una de las más grandes aves de presa.

calientes; pero pensamos que nada dirían esas aguas enviadas en frascos: es necesario probarlas en el lugar mismo donde brotan y ver los efectos que producen en los enfermos.

Si se interesan ustedes por nuestras colecciones, nos compro-

metemos a enviarles algunas de ellas de aquí a pocos meses, pues por el momento no disponemos sino de los ejemplares que destinamos para Buenos Aires.

Terminaré pidiéndote quieras contestarme y referirme lo que ustedes hacen y qué es lo que preparan para la exposición.

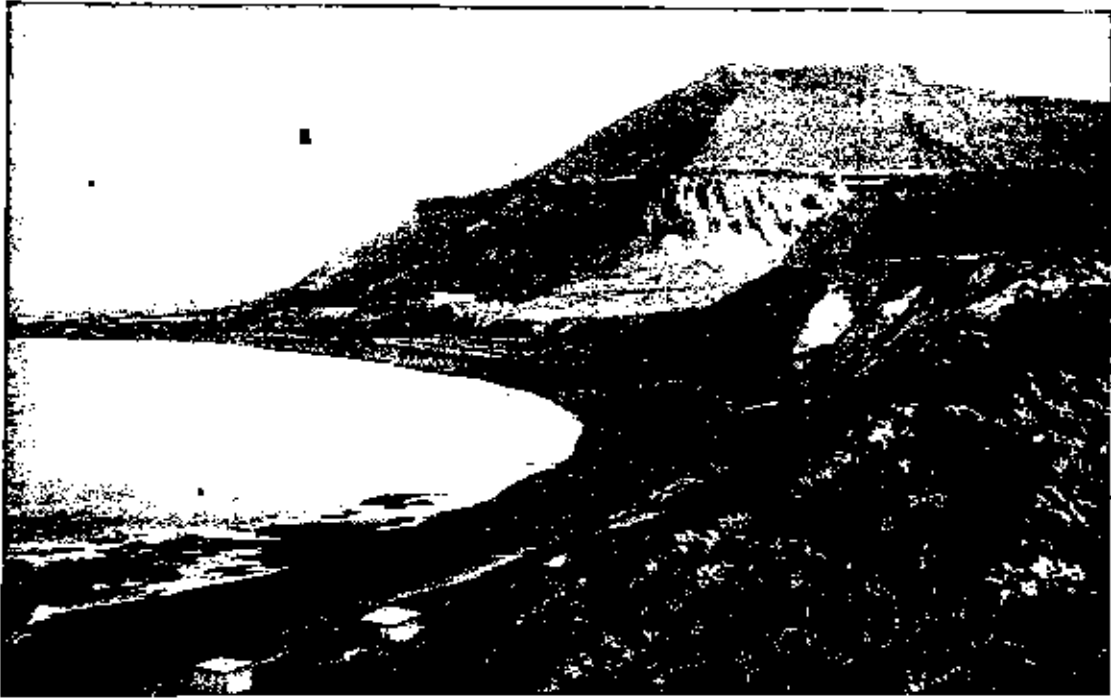
Te saluda con cariño tu amigo

HÉCTOR.

RESPUESTA A LA CARTA ANTERIOR

Mi querido Héctor:

Recibí con gran placer tu interesante carta. No te imaginas cuánto me alegra tener un nuevo amigo. He leído tu carta a mis compañeros de clase, que quedaron encantados de las cosas que nos cuentas.



Vista de Punta Borja, en Comodoro Rivadavia.

Nosotros concurrimos también a una escuela del estado, y la queremos tanto, que todos los chicos hacemos con gusto diariamente varias leguas a caballo para llegar a ella.

Al rededor del rancho donde está la escuela tenemos un gran campo, en el que jugamos durante los recreos y en el que nuestro buen maestro nos ha fijado a cada uno un retazo de tierra para que aprendamos a sembrar y cultivar algunas legumbres y cereales.

El dibujo que enviaste nos parece muy lindo y sobre todo muy al natural, de tal modo que aunque nunca hemos visto a Pablito, lo reconoceríamos en cualquier parte que lo encontráramos. Nosotros no hacemos esa clase de dibujo todavía, y no podríamos hacerlo tampoco, porque aquí no hay lápices de colores; pero dice el maestro que este año el inspector hará venir algunos



• Hay días en que aparecen muchas focas en la costa.

para nosotros. Estamos deseando recibirlos cuanto antes para ensayarnos.

En Santa Cruz no hay ni uvas, ni moreras, ni cáñamo, ni lino; pero, como en San Juan, tenemos vicuñas, guanacos y cóndores; así es que, en caso de que quieran ser tan amables mandándonos colecciones, les agradeceríamos que fueran de aquellas plantas y sus productos.

En cambio, nosotros les enviaremos un *quillango* de

avestruz, una piel de foca y una botella del petróleo que se ha descubierto hace poco en Comodoro Rivadavia al perforar unos pozos en busca de agua dulce; tales son las únicas cosas que por ahora podemos ofrecerles.

Nosotros también enviaremos algunos trabajos a la exposición de Buenos Aires. En cuanto a colecciones de productos, tenemos ya lista una muy completa de piedras, pues aquí las hay hermosísimas; otra de caracoles, que hemos recogido en la costa del mar, y una de maderas de nuestros bosques, si bien no las hemos podido obtener ya labradas, y por lo tanto las enviamos en trozos, cortados por nosotros mismos. Enviaremos también un muestrario de las diferentes clases de lana, pues, como



Trabajando en las salinas.

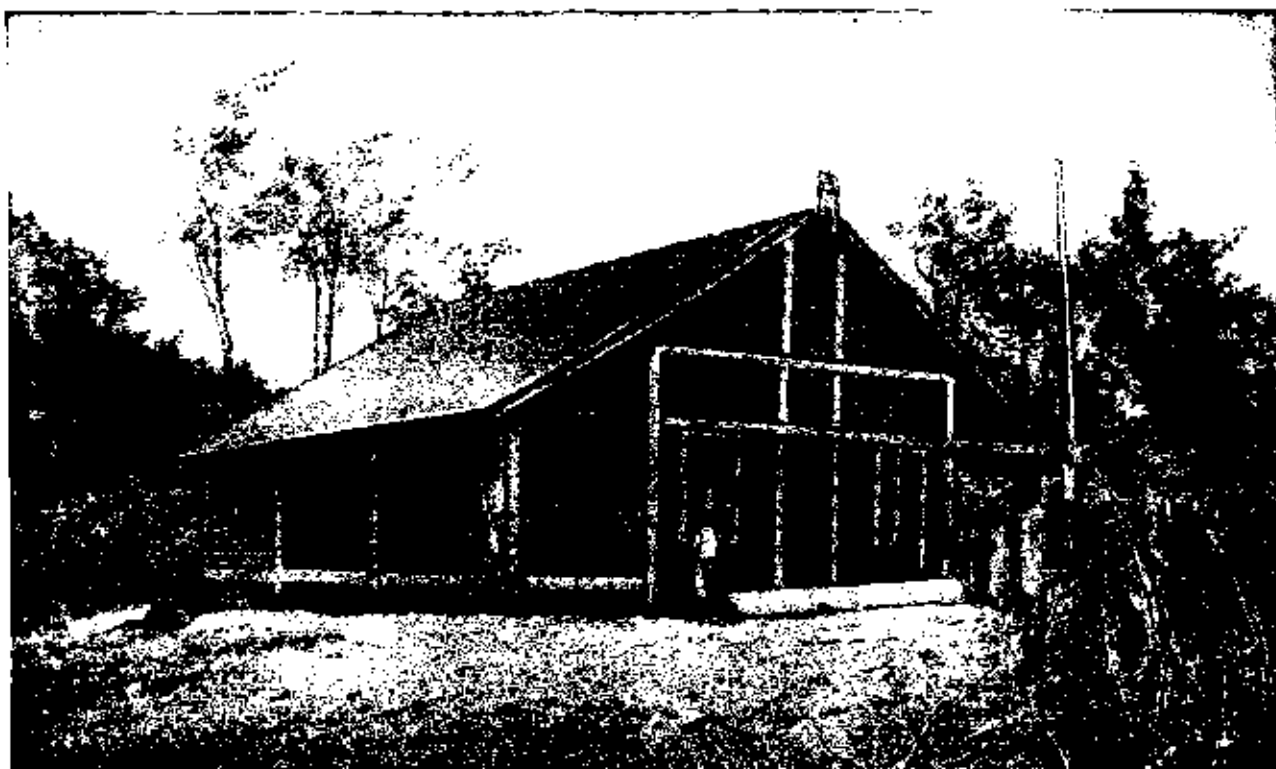
ustedes sabrán, aquí abunda mucho la oveja; y por último, cajitas conteniendo muestras de la sal que se extrae de unas profundas hondonadas al norte del pueblo de Santa Cruz.

Te mando unas vistas de los alrededores, sacadas por nuestro maestro; entre ellas va la de nuestra escuela, que es una de las casas más bonitas del pueblo; los chicos

que están en el corredor son mis compañeros de cuarto grado.

Hasta otra, te saluda cariñosamente, así como a tus compañeros, tu amiguito

CARLOS.



Vista de nuestra escuela.

TEMAS PARA CORRESPONDENCIA ESCOLAR. — *Pedir datos relativos a un árbol o un pájaro peculiar de tal o cual región, para la exposición de clase.*

Enviar la fotografía tomada en alguna fiesta escolar.

Solicitar un dato que sólo pueda conseguirse en el Museo Histórico.

Cambiar trabajos manuales hechos con materias primas propias de la región.

Proponerse problemas sobre un asunto de interés para todos.

Dar cuenta de algún acontecimiento reciente.

Pedir detalles sobre una industria o faena que no exista en el pueblo donde se vive.

LA VIDA DE UN RÍO

Mis amiguitos de Posadas, Corrientes, Paraná, Diamante, Rosario, San Nicolás, Campana, así como los de muchos otros pueblos y ciudades del *litoral*, disfrutan de una de las mayores bellezas de nuestra tierra: la que ofrecen las barrancas e islas del río Paraná.

¿Han tenido ustedes alguna vez la curiosidad de preguntarse de dónde viene ese magnífico río que no sólo hermosea el paisaje sino que fertiliza la tierra, haciendo de la región que cruza una de las más ricas en vegetales de todas clases?

Cuando el calor del verano derrite la nieve que cubre los nevados de las sierras de Espinazo en el Brasil, las aguas resultantes del *deshielo* bajan por las hendeduras y *quebradas* de las montañas y concluyen por juntarse en el valle, formando los ríos Paranaíba y Grande que, unidos, forman a su vez el Paraná, el cual se dirige luego hacia el sur y penetra en nuestro territorio, recibiendo en este punto las aguas del Iguazú, río este último que separa la gobernación de Misiones del Brasil.

De diciembre a marzo de cada año, el río Paraná recibe de este modo nuevos caudales de agua, o mejor dicho, nace de nuevo. Y a propósito, ¿no han oído ustedes hablar de las *crecientes* del Paraná? Por lo general tienen lugar en esos meses, y suele ser tal el aumento de sus aguas, que se eleva y ensancha considerablemente hasta desbordarse e *inundar* las tierras vecinas.

Pero oigo preguntar a Ramoncito a qué se debe que na-



Oso hormiguero, jabalí o pecarí, tapir, carpincho, carayá o mono, que habitan algunas de las regiones bañadas por el río Paraná.

ciendo el río Paraná en el Brasil venga hacia nuestro territorio. Me gusta la pregunta y voy a contestársela.

Dime, Ramón, ¿te has fijado en lo que ocurre cuando, lavando la escalera de tu casa, se vuelca el balde de agua en el escalón más alto? Corre hacia abajo, es claro, y sólo en muy pequeña cantidad se extiende por el vestíbulo.

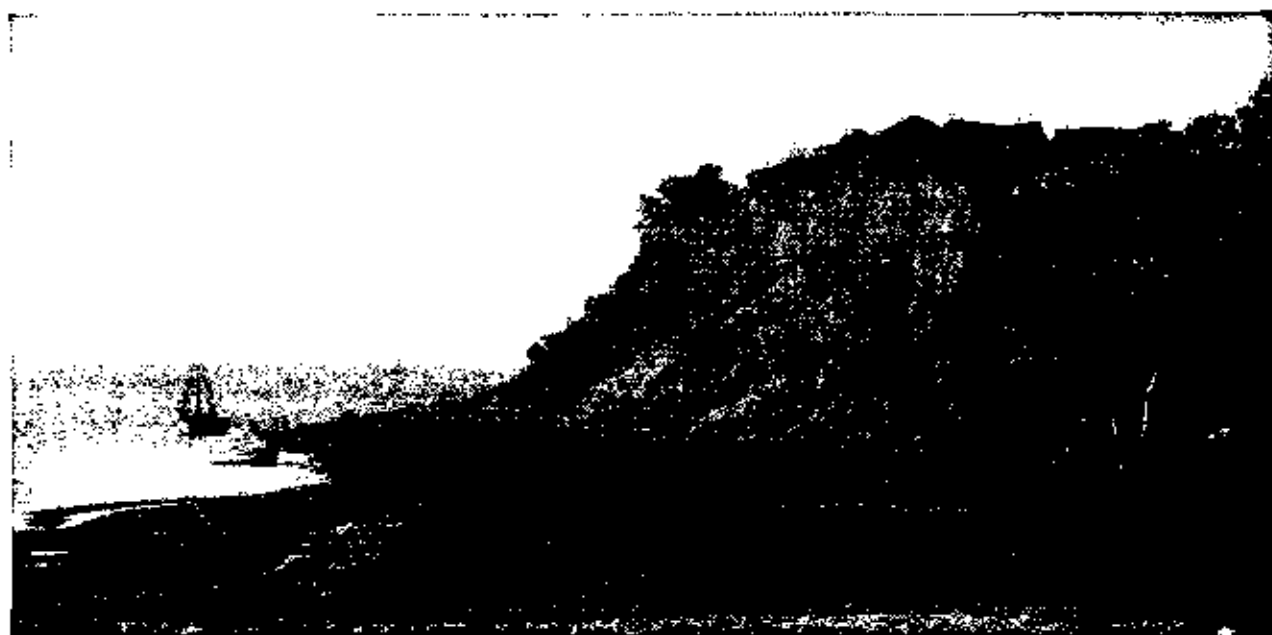
Pues bien, el territorio del Brasil es más alto que el de la Argentina; por eso las aguas del deshielo corren hacia la parte más baja, y, no pudiendo pasar por sobre las eminencias, tuercen su curso costeano el pie de ellas.

Si con un pedazo de hule o tela encerada imitan ustedes sobre la mesa un terreno quebrado y en la cima de la figurada montaña echan agua, verán que el líquido no corre, por lo general, en línea recta hasta la parte más baja, sino que tuerce ora a derecha, ora a izquierda, cuando se interpone a su paso alguna eminencia. Observen ahora en un mapa el curso del Paraná y notarán que cambia muchas veces de dirección: después de recorrer la parte sudeste del Brasil y separar a este país del Paraguay, costea el pintoresco territorio de Misiones y, describiendo curvas unas veces hacia el este y otras hacia el oeste, limita sucesivamente la provincia de Corrientes, el territorio del Chaco, y las provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires.

Todo el trayecto por donde corre el gran río es como una inmensa zanja, cuya profundidad puede suponerse con sólo pensar que lo surcan vapores y buques que llevan o traen productos y pasajeros a los pueblos y ciudades situados en

sus orillas. El *lecho*, *cauce*, o *cuenca* de un río, como se llama indistintamente a esa zanja, no es sino una de las muchas grietas que presenta la superficie de la Tierra. Así, pues, el lecho del Paraná es una de esas profundas grietas, que las aguas han ocupado y ahondado en su incesante marcha.

Aquellos de mis amiguitos que se hayan bañado en el



Barranca a orillas del río Paraná.

Paraná, habrán notado que el suelo es blando y pegajoso como el barro, debido a que gran parte de los terrenos que atraviesa el río son arcillosos; pero si fueran a bañarse donde éste costea el territorio de Misiones, se sorprenderían al ver que el lecho no es allí pegajoso sino duro, como que la arcilla está reemplazada por arena y piedras. Es que en aquella parte el suelo es montañoso y la capa de tierra que cubre el pie de las sierras de Misiones, lavada por las aguas del río, ha desaparecido dejando en descubierto las rocas. Cuando estas rocas se elevan sobre el nivel del

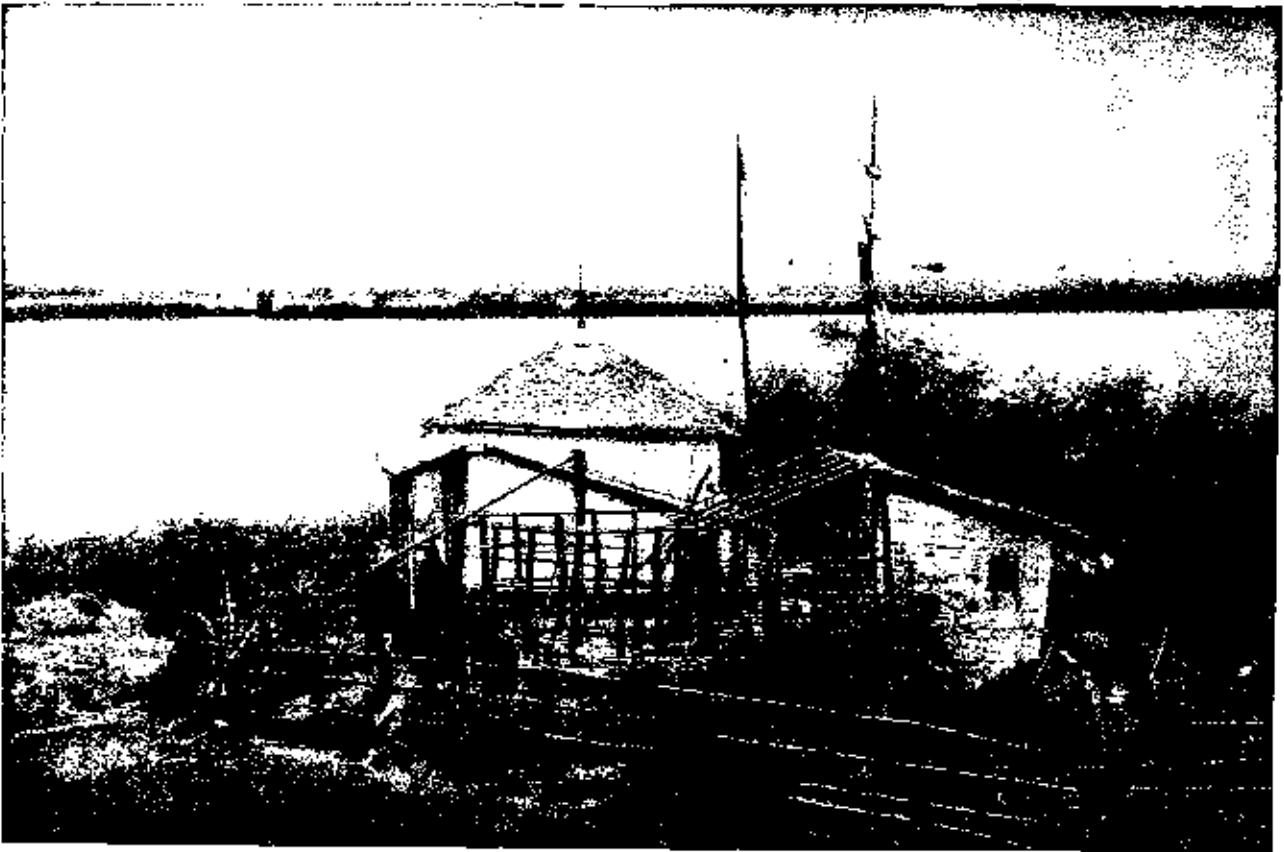
lecho, dan lugar a lo que se llama *saltos* o *rápidos*, pues al estrechar el paso de las aguas, las obligan a acelerar su marcha. Tales rápidos son frecuentes en el Alto Paraná hasta cerca de la ciudad de Corrientes.

Pero poco antes de llegar a esta ciudad, o sea donde el río tuerce hacia el sur y separa la provincia de Corrientes del territorio del Chaco, el suelo se presenta más horizontal: las rocas son reemplazadas por la arena y luego por la arcilla, y siendo entonces más bajas las orillas, las aguas se *explayan* y el cauce se ensancha.

Así como el lecho es de diferente naturaleza, así también las *orillas* o *márgenes* presentan muy variado aspecto. En el Alto Paraná son encajonadas y cubiertas de bosques. En el Paraná Medio, o sea desde Corrientes hasta el Rosario, la orilla izquierda (es decir la que quedaría a nuestra izquierda si fuéramos navegando de Corrientes a Buenos Aires) presenta barrancas muy pintorescas y cubiertas de vegetación, mientras que la derecha es baja y se inunda con facilidad a la menor creciente. Las márgenes del Bajo Paraná son en parte barrancosas, pero por lo general bajas y muy fértiles.

Así como un niño que nace robusto gana fuerzas a medida que se le dan los alimentos necesarios y crece día a día hasta convertirse en un hombre, de igual modo los grandes ríos, como el Paraná, después de nacer en las altas montañas, crecen, se desarrollan y aumentan el volumen de sus aguas y el impulso de su corriente, a medida que van recibiendo en su trayecto el alimento necesario: el agua.

Si ustedes se fijan en el mapa y tienen la prolijidad de seguir con un lápiz el curso del Paraná, verán que desde su nacimiento recibe, ya a izquierda ya a derecha, infinidad de pequeños ríos y arroyos, y que al llegar a la ciudad de Corrientes crece considerablemente después de reunirse con otro gran río: el Paraguay.



El río Paraná frente a Bella Vista.

A partir de este punto sigue recibiendo ríos y arroyos; entre ellos los más importantes son el Corrientes, el Guayquiraró, el Carcarañá y el Salado. Los ríos Paraguay, Salado e Iguazú tienen un nacimiento idéntico al del río Paraná; los otros se forman con las aguas de las lluvias que bajan de las lomas y *cuchillas* buscando los terrenos más bajos hasta echarse en el Paraná. A ello se debe que



En el riacho Carapunchay.

tales riachos o arroyos sean menos considerables y arrastren más o menos agua según la estación, pues es sabido que hay épocas del año en que llueve más que en otras, formándose entonces, a lo largo de las costas del Paraná, innumerables arroyos que vierten sus aguas en éste.

Así como en el Paraná desaguan muchos ríos y arroyos, a cada uno de éstos afluyen otros muchos. Por ejemplo, al Paraguay van el Pilcomayo y el Bermejo, al Salado el Cachi y el Guachipas, al Carcarañá el río Cuarto. Si bien se mira, el Paraná recibe las aguas de todos los ríos y arroyos que cruzan la vasta zona que se extiende desde Formosa y Misiones hasta el norte de la provincia de Buenos Aires y por el oeste desde Salta hasta San Luis. A esa red de arroyos y ríos que convergen a un gran río se da el nombre de *hoya*.

La razón de que vayan hacia el Paraná tantos ríos, es la misma que hace correr a éste hacia el territorio argentino: es decir, que nacen en terrenos altos y, siguiendo la pendiente natural del suelo, sus aguas descienden poco a poco hasta arrojarse en el río Paraná, por lo cual se les llama *tributarios* o *afluentes*.

Así, inmensamente engrosado, el Paraná corre siempre hacia el sur hasta la ciudad del Rosario, donde se desvía un tanto al sudeste, para alcanzar la parte más baja de su curso y terminar el largo viaje que acabo de relatar. Pero no para morir sino para dar vida a otro río mayor aún, como ustedes verán luego.

Fácil es suponer cuánta arcilla, arena, semillas y vege-

tales de toda clase arrastrarán las aguas a través de tan largo trayecto. Todo esto, que desde cientos y cientos de años vienen arrastrando, se ha acumulado en la parte baja del lecho. La arcilla y arena, como cuerpos mas pesados que son, se han ido depositando en el fondo del lecho hasta concluir por formar *bancos*, que al alcanzar el nivel del



Uno de los innumerables canales o brazos del Delta parancense.

agua constituyen el terreno más adecuado para los *juncos*, que tan pronto asoman sobre el agua sus largos y flexibles vástagos forman una red en la que se detienen semillas, ramas y plantas acuáticas arrastradas por el río, las que concluyen por germinar o arraigar a su vez en estos bancos. Tal es el origen de las numerosas y hermosas islas del Delta del Paraná.

Como un padre cariñoso, el río se divide entonces en muchos *brazos* para rodear con ellos a sus hijas, las islas,

después de lo cual vuelve a reunir nuevamente sus aguas para juntarlas con las de su hermano el Uruguay, con el que forma luego otro río mayor aún: el Plata.

He ahí, pues, la vida de ese hermoso Paraná, nombre que en lengua *guaraní* quiere decir: *río semejante al mar*.



Isleños del Delta que se ocupan del cultivo y comercio de frutas.

Su obra consiste en recoger las aguas de la mayor parte de los ríos y arroyos que cruzan el norte y centro del territorio argentino para reunir las después con las del Uruguay y dar nacimiento al Plata, el segundo río del mundo por su anchura, y que más bien parece un mar, lo cual explica el nombre de Mar Dulce que le diera su descubridor.

CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa
El agua en sus flancos riza
Y rápida se desliza
Como un cisne, mi canoa.

Los sauces, la cabellera
Sumergida entre las ondas,
Alzan murallas de frondas
En una y otra ribera.

En lechos de algas, mecidos
Por una brisa indolente,
Al paso de la corriente
Tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
El árbol al lado mío
Porque ha empezado el estío
A deshojar su corona.

A veces furtiva lanza
Un destello a la pupila

Una luz que tiembla, oscila
Y se extingue en lontananza.

Y a veces, lejano suena
Un rumor que hasta el oído
Llega claro, difundido
En la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado
De algún remo que voltea,
Ya es el ave que aletea
Entre el ramaje callado.

La noche está transparente,
Tibia, vestida de gala,
Y mi canoa resbala
Sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo
De la madre ante la cuna,
Está mirando la luna
El paisaje, desde el cielo.

MARTÍN CORONADO. (Argentino.)



Casa en la que veraneaba Sarmiento, en Carapachay, cuando fué presidente de la nación.

LAS PLANTAS Y EL CLIMA

De los seres que pueblan la tierra no son los menos interesantes los vegetales. Así, por ejemplo, resulta curioso observar cómo tales o cuales especies se agrupan de preferencia en determinadas regiones y por excepción se las encuentra en otras.

Tan importante es la consideración de los vegetales de un territorio, que generalmente se clasifican las regiones de él de acuerdo con la mayor o menor facilidad con que se producen en ellas tales o cuales familias de plantas. Así, se llama regiones *estériles* aquéllas donde la vida vegetal es nula o casi nula, *cultivables* a las que compensan medianamente la labor de los agricultores, *fértiles* a las que la compensan con abundancia, y *muy fértiles* a las que sin especiales cuidados producen copiosa y espontáneamente determinadas especies vegetales propias de la región, es decir, *indígenas*.

Atendiendo a las condiciones del suelo y del clima, fácil les será comprender qué aspecto presentan las diferentes regiones del territorio argentino en lo que a vegetación se refiere.

En la extremidad sur, donde soplan vientos helados y donde las rocas son azotadas por las aguas del océano, es natural que las especies vegetales sean escasas, y en algunos parajes sólo se encuentren los musgos y hierbas marinas que se crían espontáneamente entre las piedras. Apenas si en las hondonadas de las montañas, que éstas mismas abrigan de los vientos, se desarrollan plantas de

gran tamaño, pero en limitado número de especies; por lo general son árboles cuyas hojas presentan forma de agujas, resistentes y *perennes*, es decir, que no caen en otoño; tales como los *pinos*, cuya curiosa fruta se llama *piña* y cuya madera se usa en la carpintería común; las bonitas *araucarias*, que son un adorno valioso en los jardines de las ciudades, y los *cipreses*, árboles



Bosque en las regiones australes.

todos que tienen un gran parecido entre sí, como que pertenecen a una misma familia, llamada de las *coníferas*.

A medida que se avanza hacia el norte, el clima se torna más templado y la tierra menos arenosa. Debido a ello, el suelo de las gobernaciones de Santa Cruz, Chubut y Río Negro se presenta más y más salpicado de matas de hierba y *matorrales* de arbustos, pero unas y otros son duros, espinosos y con pocas hojas, a causa de que esas regiones son también relativamente frías.

Continuando hacia el norte, se entra en la región formada por las gobernaciones de la Pampa y Neuquén, provincia de Buenos Aires y parte sur de las de Córdoba, San Luis y Santa Fe. El clima es aquí más templado, la tierra cultivable, los vientos menos fuertes y el riego natural de las lluvias frecuente. Debido a esto, la región es rica en pastos naturales y, en consecuencia, adecuada para la cría



La vegetación es más rica en la proximidad de los ríos.

de ganado y el cultivo de cereales, que son las dos principales riquezas de nuestra tierra.

Los árboles no son muy abundantes en esta región, pero su cultivo se extiende cada día más, entremezclándose las especies indígenas con las extranjeras; así, junto al *ombú*, al *caldén*, al *tala* y al *espinillo*, se encuentran el *sauce*, el *paraíso*, preferido por su sombra y la belleza de sus ramilletes de flores azules, el balsámico *eucaliptus*, considerado como un purificador de la atmósfera, el gigantesco *álamo* y gran variedad de árboles frutales.

En la parte central del territorio argentino se alzan sierras de poca elevación, algunas muy pedregosas, pero la mayoría cubiertas con una capa de tierra vegetal. La llanura es aquí, por lo general, arenosa y de pastos fuertes, entrecortada por algunas grandes *salinas*, o sea antiquísimos mares desecados. La vegetación está de acuerdo, como siempre, con las condiciones del suelo y el clima; así, en



El ombú, compañero del habitante de las pampas.

las faldas de las sierras de Córdoba y de San Luis crecen: espontánea y abundantísima hierba, gramíneas y algunos arbustos y árboles, sobre todo el *chañar* y el *piquillín*, cuyas frutas son muy buscadas por los chicos, la *retama*, que se viste de hermosas flores amarillas, y varios frutales como la *vid*, los *manzanos*, *nogales*, *almendros*, *higueras* y *avellanos*.

En los parajes pedregosos sólo se ven algunas matas espinosas, tunales y arbustos retorcidos, mientras que en

las llanuras salitrosas de Santiago y La Rioja el paisaje es desolado por la ausencia casi completa de vida vegetal. El suelo se presenta allí arenoso y pelado, monotonía que sólo interrumpe de tarde en tarde algún matorral achaparrado de plantas y arbustos espinosos y tristes, entre ellos el *jume*, planta con cuya ceniza se fabrica jabón, y la *brea*, cuyas ramas, aun en estado verde, proporcionan excelente leña.

En la región montañosa que se extiende a lo largo de la



Cómo es la vegetación en las llanuras salitrosas o salinas.

cordillera de los Andes, desde Jujuy hasta Mendoza y que comprende estas dos provincias y las de Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y San Juan, la temperatura es muy templada y predomina el terreno arenoso; es, en general, muy fértil, salvo en los puntos donde, por falta de cursos de agua, se carece de riego. En la parte sur de esa región abundan los pinos, nogales, castaños y cerezos; de Mendoza al norte, la vid prospera muy bien, y a medida que se penetra en Tucumán, Salta y Jujuy, se van encontrando verdaderos

bosques y variedad especial de frutales, como ser *naranjos*, *limoneros*, *chirimoyos*, cuya fruta huele a vainilla y es muy codiciada, *granados* de hermoso aspecto cuando sus frutos empiezan a madurar, *ciruelos*, *guayabos*, *kakis*, *higos de tuna*, de cáscara erizada de espinitas y carne muy dulce, que se emplea para hacer *arrobe*, especie de jalea cuya preparación no requiere azúcar; el *olivo* y, en general, todas las frutas de los climas cálidos. Aun las montañas



Las sierras de Córdoba están generalmente cubiertas de vegetación.

desnudas están salpicadas de uno que otro arbusto espinoso en cuyas retorcidas ramas anida, por decir así, el renombrado y fragante *clavel del aire*.

Cuando se quiere señalar en el territorio argentino una región privilegiada por su riego, se nombra la que atraviesan los ríos Paraná y Uruguay, desde Corrientes hasta la margen derecha del río de la Plata.

Goza esa región de clima muy templado y la cruza una verdadera red de ríos y arroyos, lo que explica su abundante vegetación; sus tierras producen toda clase de plan-

tas y especialmente los cereales, como lo comprueban los millones de hectáreas que de ellos se siembra todos los años.

Las gramíneas y pastos crecen espontáneamente, y se cultiva con gran provecho la alfalfa y demás plantas *forrajeras*, de manera que las estancias para la cría de ganado abundan en toda la región.



Sólo de trecho en trecho se encuentra vegetación en la Cordillera.

Las islas del Delta del Paraná son famosas por la abundancia de frutales, sobre todo *durazneros*, *membrillos* y *manzanos*; a orillas de los ríos abundan los *álamos* y *sauces* que tanto hermocean el paisaje y con cuya madera, poco consistente para la carpintería, se fabrica carbón vegetal. El *mimbre* y la *titora* son también plantas propias de los terrenos anegadizos; del primero se ha hecho ya una industria cortándolo y preparándolo para la cestería; la segunda es muy empleada para cubrir los techos de las viviendas campestres. El *ñandubay*, empleado para leña,

postes de alambrados y otros usos análogos, se encuentra también con frecuencia, así como el *tala* y el *molle*.

Sin incurrir en exageración se puede afirmar que cualquier planta o árbol de clima templado o caliente, se cultiva con éxito en esa región, pues fuera de una que otra especie indígena, todas las que la pueblan han sido



Región boscosa en Corrientes.

importadas sea por los primitivos pobladores, sea en épocas posteriores.

Pero la región más feraz del territorio argentino, aquélla de cuya inmensa riqueza ha aprovechado todavía muy poco el hombre, es la más cálida de nuestro país y por lo tanto la más septentrional. La forman la parte oriental de las provincias de Salta y Santiago del Estero y las gobernaciones del Chaco, Formosa y Misiones. Me reservo para otro momento hablarles de los bosques que cubren tan hermosa región.

UNA ASOCIACIÓN INFANTIL

Juan Carlos, Celina, Luis, Mauricio y otros compañeros del cuarto grado, resolvieron formar una asociación con fines patrióticos. Los futuros ciudadanos pensaban, con razón, que es conveniente empezar desde niño a prac-



Asociados saliendo de una reunión.

ticar los *deberes cívicos*, idea que los decidió a formar un centro que llamaron «Asociación patriótica infantil», y que, presidida por Juan Carlos, empezó a celebrar sus sesiones en el local de la escuela.

Al iniciar sus tareas los buenos chicos pensaron que, no pudiendo por el momento extender sus esfuerzos a todo el país, debían limitarlos a la ciudad que habitaban. Era ésta la capital de una provincia andina, bastante adelantada y muy frecuentada por los viajeros.

Aunque la municipalidad se esforzaba por mantenerla

en las mejores condiciones de aseo, no contaba con recursos suficientes para costear todo el personal necesario. A ello se debía, sin duda, que los transeuntes se sintieran desagradados al pasar por ciertas calles cuyas aceras no estaban del todo limpias, o que se vieran en la calzada papeles y cáscaras de frutas, o que los pilletes arranca-



Explicando a un agente los fines de la «Asociación patriótica infantil».

ran las flores de las plazas, en ausencia del guardián, o que los faroles del alumbrado permanecieran largo tiempo con algún vidrio roto.

Los miembros de la asociación infantil deliberaron respecto al modo de llevar a la práctica los buenos deseos que los animaban, pero no faltó quien dijera que sin dinero nada podrían hacer. A lo cual replicó Mauricio, que con firme voluntad y constancia podría hacerse mucho; en consecuencia propuso, como primer acto de la asociación, que cada uno de sus miembros contribuyera con el ejemplo y

el consejo, a que tanto los niños como las personas mayores ayudaran, en cuanto fuera posible, a mantener aseada la ciudad y a embellecerla. ¿Cómo? De una manera muy sencilla y que fué inmediatamente aprobada. Cada asociado se comprometería formalmente:



Asociados fabricando cajones para plantas, en el taller de la escuela.

- A no arrojar a la calle papeles, cáscaras ni otros desperdicios;
- A barrer la vereda de su casa y aun parte de la calzada, en las calles no servidas por barrenderos;
- A no rayar con tiza o carbón las paredes de los edificios;
- A no trepar a los árboles de las calles, para no estropearlos;
- A no arrojar piedras con la honda para matar pájaros;
- A no arrancar las flores ni pisotear el césped de los paseos y plazas;
- A cuidar plantas en los balcones o azoteas de sus casas o en el retazo de tierra que algunas tienen en el frente.

Celina opinó que la asociación no sólo debía preocuparse del embellecimiento de la ciudad, sino también de su

higiene, y que, siendo la tuberculosis una de las enfermedades que hace más estragos, no estaría demás tratar de contribuir a la propaganda que los higienistas y médicos del país hacen para combatirla.

Tal idea dió como resultado que se agregara en el programa una obligación más que debían cumplir todos sus miembros, a saber:

Abstenerse de salivar en el suelo y hacer conocer a los niños y aún a las personas mayores que lo ignoren, que ese hábito no sólo contribuye a dar a la ciudad aspecto de desaseo, sino, lo que es peor todavía, a propagar una de las más terribles enfermedades.

Luis hizo notar que si un extranjero, al recorrer las calles de un pueblo hermoso y bien tenido, tropieza a cada paso con chicos sucios, mal hablados, que apedrean a los perros, que fuman, que contestan con grosería, y que no respetan a las personas mayores, concluirá por sentirse profundamente disgustado y preferirá abandonar tal pueblo, por más hermosas que sean sus casas, calles y jardines.

La observación de Luis pareció a todos muy oportuna, y, después de discutir la mejor forma de evitar esos males, resolvieron escribir en una tarjeta, que cada miembro llevaría siempre consigo, las siguientes recomendaciones:

Son deberes de todo joven que aspire al título de ciudadano argentino:

Cuidar ante todo de su aseo y arreglo, con lo que dará idea de su buena educación y del respeto que profesa a aquellos ante quienes se presenta;

Ser atento y cortés con todos; dirigir la palabra con afabilidad y descubrirse ante las señoras y personas mayores;

Caminar reposadamente, sin llevar por delante a los transeuntes, ni atropellarlos para pasar primero;

Prestar pequeños servicios con amabilidad, y sin pedir nada en pago;

No fumar ni silbar;

Abstenerse de emplear en su lenguaje palabras groseras y vulgares;

No dejarse estar en las calles durante las horas de clase;

No jugar a los cobres ni a ningún otro juego que moleste a los transeuntes;

No maltratar a los animales ni irse a las manos con otros niños;

Respetar y hacer respetar las disposiciones de las autoridades de la ciudad.



Un grupo de asociados que se propone hacer una colecta para adquirir cuadros con destino a la escuela.

Estas y otras medidas análogas fueron ensanchando el programa de la «Asociación patriótica infantil», cuyos miembros entendían trabajar de ese modo por el progreso de su patria.

Y en efecto, ¿a qué buen resultado se llegaría si todos los niños ayudaran en esa obra? Fácil es darse cuenta de que un pueblo donde el viajero se halla a gusto, pro-

gresará mucho más que otro en el que nadie sienta deseo de permanecer, salvo que la necesidad lo obligue a ello. Si las calles están sucias, los edificios públicos y particulares mal atendidos y los paseos descuidados; si se corre peligro de adquirir enfermedades que provienen de la falta de higiene; si los habitantes son groseros, mal hablados, bulliciosos y pendencieros; si al visitar una escuela se ven sus útiles rotos por niños poco amantes de ella, y en las calles pululan los vagabundos que debieran estar oyendo las lecciones del maestro; si los vecinos son molestos; si no son respetadas las autoridades y las ordenanzas que dicten, es claro que todos se sentirán incómodos, y en cuanto les sea posible abandonarán semejante pueblo para vivir en otro más agradable. Además, y como consecuencia de lo dicho, la ciudad gozará de menos comodidades, pues gran parte del dinero que podría destinarse a construir edificios públicos, reparar calzadas, habilitar paseos, o cualquiera otra obra de beneficio general, tendrá que emplearse: en aumentar y pagar el personal encargado de barrer y lavar las calles con más frecuencia de lo que sería necesario si los habitantes pusieran un poco de cuidado; en componer lo que se destruye por maldad o travesura; en vigilar que nadie moleste a los demás, y en una infinidad de servicios que serían más limitados si cada vecino, por su parte, hiciera algo en favor del progreso y bienestar de todos.

LA LEY DE LAS LEYES

Un deseo análogo al que dió vida a la asociación de que acabo de hablarles guió a los patriotas que, en los primeros años de nuestra vida independiente como nación, se pusieron a la obra de *organizar el país*. Esto quiere decir, disponer las cosas de modo que los habitantes, sean nacionales o extranjeros, gocen de los derechos necesarios al hombre, y constituir un gobierno que vele porque esos derechos sean respetados, el país progrese en cultura, acreciente sus riquezas y merezca siempre la consideración de las demás naciones.

Desde la declaración del 25 de mayo de 1810, fué preocupación constante de los patriotas fijar la *Constitución* que regiría los destinos de la nueva nación. Pero las apremiantes exigencias de la guerra por la independencia, en primer lugar, y luego la natural confusión de los pueblos del antiguo virreinato al encontrarse de pronto dueños de sus propios destinos, contrariaron y postergaron este anhelo de nuestros padres.

Pero ¿qué es la *Constitución*? me preguntarán ustedes. Voy a decírselo.

Como la misma palabra lo expresa, *Constitución* es el conjunto de disposiciones que los ciudadanos resuelven obedecer, cumplir y defender; es la ley suprema que señala sus deberes y derechos, que determina las facultades y obligaciones de los gobernantes, y a la cual deberán subordinarse las demás leyes y disposiciones que éstos dicten.

Siendo igualmente obligatorias para todas las disposiciones de la Constitución argentina, era natural que, antes de establecerlas, se consultara la voluntad de todos los habitantes; y como tal cosa hubiera sido materialmente imposible, dado el gran número de éstos, se convino en que cada provincia nombrara sus representantes. La reunión



Los miembros del Gobierno provisional jurando ante la Asamblea general constituyente, el 31 de enero de 1813, «conservar y sostener la libertad, integridad y prosperidad de las Provincias Unidas del Río de la Plata».

de éstos, es lo que se llama una *Asamblea* o *Congreso general constituyente*.

En diversas épocas se reunieron tales asambleas o congresos, siendo la más notable la del año 13, que dió al país un gobierno de principios republicanos, abolió la esclavitud, suprimió los títulos de nobleza declarando iguales a todos los habitantes, reconoció la libertad de comercio y de tránsito y dictó otras leyes tan benéficas como éstas.

Después de celebrado el Congreso de Tucumán, que el 9 de julio de 1816 declaró la independencia definitiva de la nación, empezaron seriamente los trabajos para organizar el país.

Muchos años se necesitaron para uniformar por completo las opiniones de todos los pueblos argentinos, pero, por fin, en 1852, el Congreso Constituyente reunido en la ciudad



Don Narciso de Laprida,
presidente del Congreso de Tucumán.

de Santa Fe pudo sancionar la Constitución que hoy nos rige, y que, ligeramente modificada en 1860, dió organización definitiva a nuestro país, cincuenta años después del día en que se desligó de España.

Como sin unión entre los diversos miembros de un hogar no puede haber felicidad, es claro que la más apremiante necesidad de la familia argentina era constituir *la unión nacional* y *consolidar la paz interior*, es decir, convencer a todos los pueblos de que, siendo hermanos y estando animados del común deseo de verse libres y prósperos, debían marchar unidos en la buena como en la mala fortuna y defenderse mutuamente, en caso de que algún pueblo extraño quisiera dominarlos.

En efecto, desde que se dictó y aceptó nuestra Constitución, las provincias argentinas viven en la más perfecta

armonía, y cuando cualquiera de ellas se ha visto azotada por una desgracia las demás han acudido a socorrerla y consolarla cual hermanas cariñosas.

Ocurre algunas veces entre hermanos que, abusando de la mutua confianza, se producen transitorias disidencias; algo análogo ocurrió en la familia argentina entre los años 1820 a 1852, época llamada de la *organización*



Entrada a la sala en que se juró la independencia argentina el 9 de julio de 1816.

nacional, porque precisamente esas desavenencias se debieron a la diversidad de pareceres de las provincias hermanas respecto de la forma en que *constituirían* la nación.

Del mismo modo que cuando en una familia no reina perfecta armonía se produce el desorden, así en la mayoría de los pueblos argentinos ocurrieron disturbios durante la época de su organización; la libertad y derechos de los ciudadanos fueron entonces fácilmente burlados y substi-

tuídos por la voluntad o el capricho de los gobernantes, convirtiéndose éstos por tal razón en *tiranos*.

Varias provincias fueron así gobernadas por *caudillos*, hombres sin ilustración, que subían al gobierno por astucia, manteniéndose en él merced al terror que infundían con sus actos brutales.

No sé si han oído hablar ustedes de don Juan Manuel de Rosas, llamado el *tirano argentino*, porque no gobernaba de acuerdo con las leyes y la justicia, sino según su capricho.

Pues bien, Rosas no sólo tiranizó a su pueblo sino que lo hizo pasar por una época vergonzosa, en que la libertad desapareció casi por completo. No solamente desterró e hizo matar gran número de hombres notables que trabajaban por el restablecimiento de la libertad y del derecho, sino que quiso someter a su capricho la voluntad de los ciudadanos aun en cosas insignificantes. Prohibió, por ejemplo, el uso del color celeste y ordenó en cambio que se usara el rojo. Si alguna familia tenía la vajilla de mesa listada de aquel color o celestes los lazos de las colgaduras, las colchas, o las alfombras, era señalada como traidora, peligrando desde ese momento su tranquilidad. Rosas se servía de espías y salteadores que, desconociendo el derecho de cada uno, se introducían en las casas a cualquier hora del día o de la noche, rompían cuanto objeto ostentara el color aborrecido del tirano, azotaban a las mujeres y niños y degollaban a los hombres o los encerraban en inmundas cárceles. Con decir que Rosas llegó a cambiar el celeste por el rojo en los emble-

mas nacionales, y a prohibir que los hombres se cortaran la barba en tal o cual forma, queda dicho hasta dónde llegó la ridiculez y capricho de su tiranía, a cuya semejanza surgieron otras en diferentes puntos del interior.

Uno de los fines más importantes, pues, que debía proponerse nuestra Constitución, era *afianzar la justicia y asegurar los beneficios de la libertad*, esto es, asegurar a los habitantes del país contra todo atropello de parte de los gobernantes, creando leyes que castigaran severamente a los que se permitían atentar contra tan sagrados derechos naturales del hombre.

Después de tanto luchar por conseguir la independencia, es claro que uno de los más vivos deseos del pueblo, debía ser el de conservarse siempre libre de todo poder extraño; en una palabra, organizar la *defensa común* del país, creando el ejército nacional para el caso de una invasión extranjera.

La paz, la unión, el respeto mutuo y el de las demás naciones, el reconocimiento de los derechos que corresponden a todo ser libre, son otros tantos medios de progreso; pues es claro que el pueblo que goza de todas esas garantías, trabaja con más gusto, puede ilustrarse más fácilmente, y labrar así con su trabajo el propio bienestar, el de su familia y, por lo tanto, el de la nación.



General José M. Paz, uno de los que más lucharon contra la tiranía de Rosas.

Por eso los *constituyentes* argentinos, al redactar la *carta* del país, cuidaron de que toda ella tendiera a procurar el *bienestar general* del pueblo. Para conseguirlo, determinaron las obligaciones de los gobernantes, la forma en que éstos invertirían los dineros del Estado, la im-



Doctor Dalmacio Vélez Sarsfield, uno de los que más trabajaron en favor de la organización nacional.

portancia de la instrucción pública, la protección que las autoridades están obligadas a dispensar tanto al nativo como al extranjero que desee trabajar en las industrias o el comercio, la forma de castigar a los que alteren el orden público, la participación que los ciudadanos tienen en el gobierno, así como la obligación de armarse en defensa de la patria y todos los detalles, en fin, que hacen posible y segura la vida en un país culto.

Nuestra Constitución es, pues, en resumen, la base de la organización nacional, la ley de las leyes, como se la suele llamar también; aunque año tras año se sancionen nuevas leyes relativas a diferentes asuntos de interés, ninguna debe ser aceptada por el pueblo, sino a condición de que no contradiga o altere los principios que aquélla reconoce: *unión, igualdad y justicia*.

COMO CARRETA TUCUMANA

Ramón, que acababa de terminar su canastita de papel, la colocó muy ufano sobre la mesa y, tomando el aire de una persona mayor, dirigióse a su hermanita, que aún no había concluido la suya, y le dijo:

— ¡Pero Alicia! siempre te quedas atrás en el trabajo. Pareces una *carreta tucumana*.

La ocurrencia del chico hizo reír a todos, menos a la pequeña a quien iba dirigido el reproche.

— ¿Por qué me dices eso? — preguntó, a punto de llorar, la graciosa Alicia.

Y como Ramoncito se limitara a encogerse de hombros demostrando no saber el por qué de su comparación, Alicia volvióse hacia la tía y le dijo:

— ¿De veras, me parezco a una carreta tucumana?

La buena tía que apenas podía contener la risa ante la curiosa disputa de los dos hermanos, acarició la carita de su sobrina, diciéndole:

— No te aflijas, querida, porque hace muchos años que no existen ya aquellas famosas carretas que hacían larguísimos viajes a través del territorio argentino conduciendo pasajeros y carga.

— ¿Pasajeros en las carretas? — saltó Ramoncito.

— Sí, caballerito, pasajeros, así como suena, — replicó la tía. — Sin ir más lejos, el papá de la abuelita a quien van ustedes a ofrecer estos trabajitos dentro de pocos días, y al cual alcancé a conocer siendo yo niña aún, me refirió, una noche que le pedía me contara cuentos, el

más interesante de cuantos le oí, relativo a su viaje en carreta desde Tucumán a Buenos Aires, cuando él contaba diez y seis años.

— ¡Cuéntalo! ¿quieres? ¡cuéntalo! — pidieron en coro los chicos.

— Pues, allá va — dijo la tía — y empezó así:

Mi abuelo comenzó diciéndome que contaba quince



Tropa de carretas en viaje.

años cumplidos cuando terminó sus estudios primarios en Tucumán; como yo entonces tenía once y cursaba el cuarto grado, le manifesté mi sorpresa de que él hubiera necesitado tanto tiempo. Pero el buen anciano me explicó que allá por el año de 1816, en que tenía lugar su cuento, no había escuelas públicas en Tucumán y costaba mucho conseguir maestros. Los que no tenían recursos se quedaban sin recibir instrucción, pues había que pagar a los maestros que la daban a domicilio.

« Mis padres, tucumanos como yo, — continuó mi abuelo, — determinaron enviarme a Buenos Aires para proseguir y completar mi educación.

« El día de mi partida amaneció hermosísimo, y, lo que raras veces acontece, tras la boscosa sierra de San Javier erguíase, libre de nubes que la ocultaran, la majestuosa cima del *Aconquija*, cubierta con su eterno manto de nieve, en la que el sol naciente reflejaba sus rayos, tiñéndola de un hermoso color rosado.

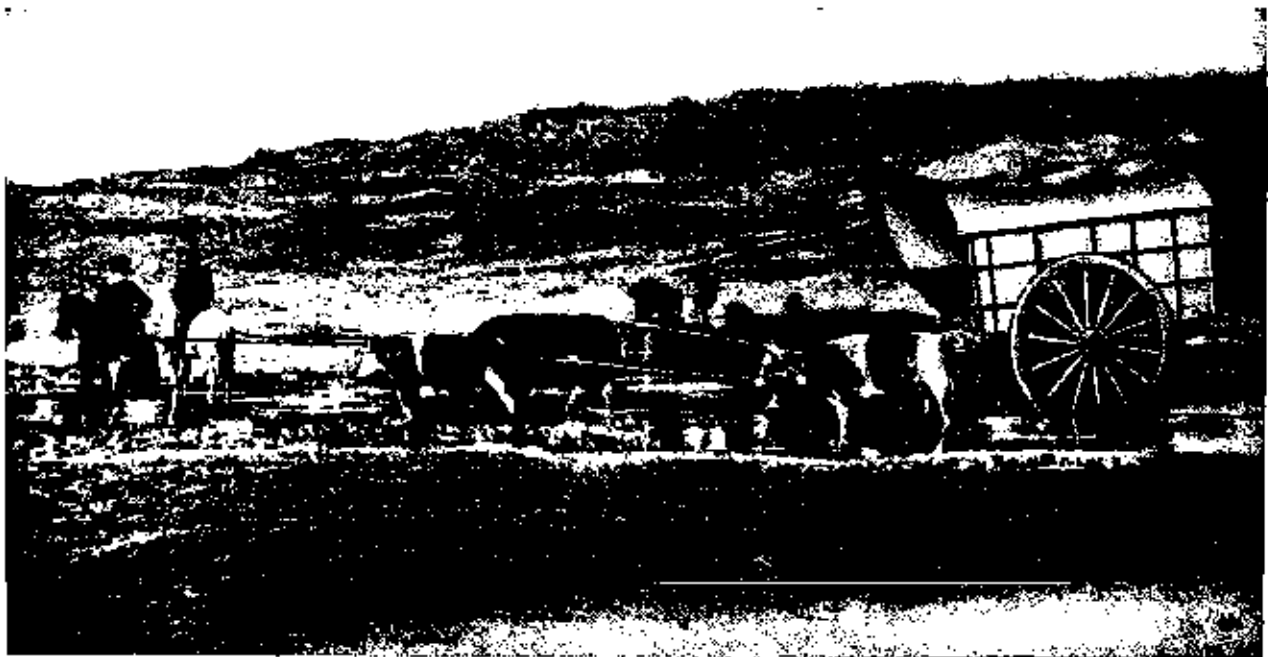
« No puedo explicarte la pena que experimentaba al tener que abandonar aquel rincón donde había nacido, aquella casa querida donde quedaban mis buenos padres. Todo, todo, personas y cosas, parecíanme más bellas ese día; hasta los azahares que salpicaban de blancas estrellitas los naranjos de nuestra huerta, en la que tantas veces había yo jugado, me parecía que despedían más fragancia.

« Despachado mi equipaje, que lo constituían dos *petaquitas* (una conteniendo mis ropas, y la otra repleta de *quesitos de Tafí*, *tamales*, *empanadas*, *rosquitas*, *alfeñiques*, *chancacas* y *tabletas*, todo preparado por las cariñosas manos de mamá), llegó el momento de la partida. Mi familia y muchos amigos me acompañaron hasta la plaza mayor, punto de donde partían las carretas que conducían pasajeros y en una de las cuales debía ir yo. . .

« Allí estaban cuatro de esas toscas pero sólidas carretas, a las que los *boyeros* acababan de *uncir* las últimas yuntas de bueyes.

« Dieron las ocho en el reloj del Cabildo y, por fin, mo-

mento después, el capataz anunciaba con un prolongado silbido que la hora de partir había llegado. Subieron las señoras a las carretas, en cuyo interior había unas cuantas sillitas de vaqueta. Los hombres, como buenos criollos, montamos nuestros caballos. Los *picadores*, de pie en el pértigo, empuñaron la larga *picana* y... a un último silbido del capataz, los pesados vehículos echaron



Atravesando un arroyo.

a andar con ese su monótono y peculiar chirrido, que debía acompañarnos durante todo el viaje...

«Muchas veces detuve mi caballo para contemplar el pueblo, que poco a poco hundíase allá en el horizonte. Dos horas invirtieron las carretas en cruzar el *Manantial*, arroyo poco ancho pero muy encajonado. Luego, de largo en largo trecho, veíase uno que otro rancho, hasta que por fin el desierto nos rodeó por completo. Ya estaba separado de los míos y ¡quién sabe por cuánto tiempo!»

— Al fin y al cabo — observó Ramón — no se trataba de un viaje tan largo...

— Verdad — dijo la tía — que hoy, ir de Tucumán a Buenos Aires es asunto de poco más de un día; pero en aquellos tiempos...

— Sigue el cuento, tía, ¿quieres? — rogó Alicia, cuyos grandes ojos negros reflejaban el más vivo interés.



Una parada en pleno campo para pasar la noche.

— Prosigo — dijo la complaciente narradora. — «A la oración, continuó mi abuelo, nos detuvimos a orillas del río Valderramas. Desuncidos los bueyes y desensillados los caballos, empezaron los preparativos de la cena; en tanto que los peones encendían una buena fogata, los pasajeros sacaban las provisiones de sus maletas, y al poco rato todos saboreábamos un buen trozo de cabrito al asador, al que siguieron el queso y los dulces caseros.

«La noche había llegado entre tanto; así es que, tras breve momento de conversación, cada cual se retiró a descansar: los viajeros dentro de las carretas, los troperos a campo raso, tendidos sobre un cuero y cubiertos con el poncho, prenda del traje durante el día. Por turno, dos peones debían velar nuestro sueño.»



Tropa de carretas en la plaza Monserrat (hoy Belgrano, en la Capital federal) en 1839.
(Cuadro de C. Lezica.)

— Y hacían bien, ¿no? tía; porque mientras dormían podía llegar un *puma*. . . — interrumpió Ramoncito.

— Precisamente — prosiguió la narradora; — los viajeros, decíame mi abuelo, temíamos mucho a los animales salvajes y, tanto o más que a éstos, a los indios, que en sus incursiones solían asaltar las tropas de carretas para robar a los pasajeros después de darles muerte.

«Al amanecer emprendimos la marcha para interrumpir

pirla de nuevo al llegar la noche; y de este modo vimos transcurrir los días y los días, sin otro cuadro ante nuestros ojos que la inmensa campaña solitaria, cruzada de tiempo en tiempo por ríos, arroyos y esteros o salpicada de *salinas*. Muy de tarde en tarde atravesábamos alguna pequeña población, para volver en seguida a internarnos en los solitarios campos.

«Y como en esta vida todo tiene su fin — concluyó diciendo mi abuelo, — el día 1º de febrero, después de *cincuenta y dos días* de monótono viaje, entraba nuestro *convoy* de carretas a la plaza Mayor o de la Victoria, como se llamaba entonces a la actual plaza de Mayo de Buenos Aires.»

Tal es el relato que tanto me impresionó cuando yo era niña como ustedes. Ahora ya sabes, Alicia, el por qué de la comparación de Ramón, que se ha valido de un dicho bastante común en nuestro país. Cuando se quiere significar que una cosa tarda mucho en hacerse o en llegar a su destino, se suele decir que anda *como carreta tucumana*.

TEMA DE CONVERSACIÓN. — *Refiera cada uno el viaje que hubiere hecho, indicando los medios de que se sirvió y contando los episodios del mismo, así como las impresiones recibidas.*

TRABAJO INTERESANTE. — *Sobre una mesa en la que habrán puesto una buena cantidad de tierra y arena, procuren reproducir el viaje en carreta referido en la narración anterior. Si fabrican la carreta, imitan los accidentes del trayecto y se sirven de algunos juguetes comunes, la ilusión será completa.*

«La noche había llegado entre tanto; así es que, tras breve momento de conversación, cada cual se retiró a descansar: los viajeros dentro de las carretas, los troperos a campo raso, tendidos sobre un cuero y cubiertos con el poncho, prenda del traje durante el día. Por turno, dos peones debían velar nuestro sueño.»



Tropa de carretas en la plaza Monserrat (hoy Belgrano, en la Capital federal) en 1839.
(Cuadro de C. Lezica.)

— Y hacían bien, ¿no? tía; porque mientras dormían podía llegar un *puma*. . . — interrumpió Ramoncito:

— Precisamente — prosiguió la narradora; — los viajeros, decíame mi abuelo, temíamos mucho a los animales salvajes y, tanto o más que a éstos, a los indios, que en sus incursiones solían asaltar las tropas de carretas para robar a los pasajeros después de darles muerte.

«Al amanecer emprendimos la marcha para interrumpir

pirla de nuevo al llegar la noche; y de este modo vimos transcurrir los días y los días, sin otro cuadro ante nuestros ojos que la inmensa campaña solitaria, cruzada de tiempo en tiempo por ríos, arroyos y esteros o salpicada de *salinas*. Muy de tarde en tarde atravesábamos alguna pequeña población, para volver en seguida a internarnos en los solitarios campos.

«Y como en esta vida todo tiene su fin — concluyó diciendo mi abuelo, — el día 1º de febrero, después de *cincuenta y dos días* de monótono viaje, entraba nuestro *convoy* de carretas a la plaza Mayor o de la Victoria, como se llamaba entonces a la actual plaza de Mayo de Buenos Aires.»

Tal es el relato que tanto me impresionó cuando yo era niña como ustedes. Ahora ya sabes, Alicia, el por qué de la comparación de Ramón, que se ha valido de un dicho bastante común en nuestro país. Cuando se quiere significar que una cosa tarda mucho en hacerse o en llegar a su destino, se suele decir que anda *como carreta tucumana*.

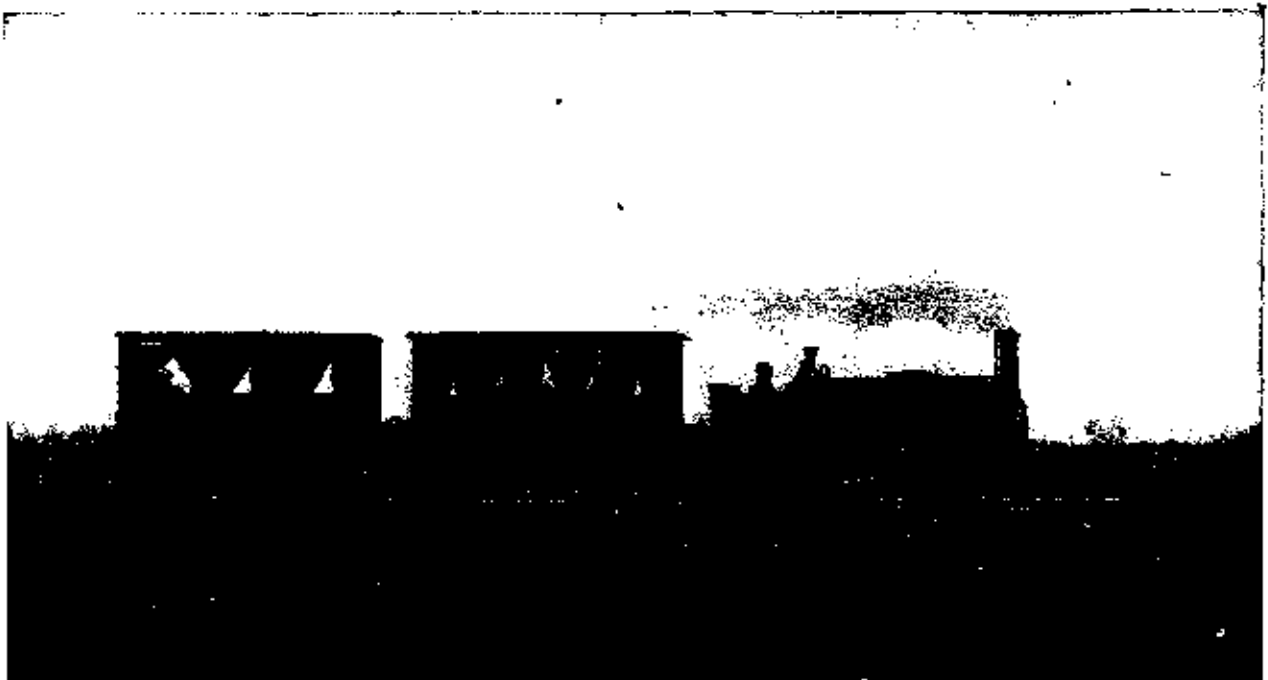
TEMA DE CONVERSACIÓN. — *Refiera cada uno el viaje que hubiere hecho, indicando los medios de que se sirvió y contando los episodios del mismo, así como las impresiones recibidas.*

TRABAJO INTERESANTE. — *Sobre una mesa en la que habrán puesto una buena cantidad de tierra y arena, procuren reproducir el viaje en carreta referido en la narración anterior. Si fabrican la carreta, imitan los accidentes del trayecto y se sirven de algunos juguetes comunes, la ilusión será completa.*

LA PORTEÑA

He aquí un nombre que parece referirse a una señorita, hija de la ciudad de Buenos Aires.

En efecto, se refiere a una señorita, pero a *una señorita de hierro* que marcha sobre ruedas, llamando la aten-



Primer tren que corrió en suelo argentino, arrastrado por *La Porteña*.

ción de todo el pueblo, agolpado para mirarla con sorpresa y hasta con miedo.

No por esto se acobarda, sigue su marcha serena, y... ¿por qué no? un tanto orgullosa al verse objeto de tal admiración. Llegada al término de su camino, la aplauden, la saludan con músicas; la gente alborozada agita sus pañuelos y la arrojan flores, aclamándola. La señorita de hierro se detiene muy ufana, y por toda respuesta lanza un silbido agudo como nunca se ha oído igual en el pueblo.

Desde entonces *La Porteña* pasa a ser la amiga de todos, la que se espera con ansia, la bienvenida, una cosa, en fin, necesaria a la vida.

Ustedes creerán que les he propuesto un acertijo. Algo de eso hay, aunque casi tengo la seguridad de que al leer el título habrán comprendido que se trata de la primera locomotora que corrió sobre suelo argentino.



Cómo se viajaba en galera.

Pocos acontecimientos han sido más celebrados en nuestro país que la aparición del ferrocarril. Se le miró al principio con cierto miedo y con verdadero asombro.

Inauguróse el 29 de agosto de 1857, y su primer recorrido fué muy corto. Salía de la estación Parque, situada frente a la actual plaza Lavalle de la ciudad de Buenos Aires, en el sitio que ahora ocupa el teatro Colón, y llegaba hasta Flores. Se componía de una locomotora, llamada *La Porteña*, y de dos coches para pasajeros.

No pudo ser más modesto nuestro primer ferrocarril; pero asimismo sus resultados fueron prodigiosos, pues pocos años después existían ya muchas líneas férreas en el país, y dejó de ser motivo de asombro el nuevo y cómodo medio de trasladarse de una localidad a otra.

La antigua carreta fué abandonada y apenas si se la empleó para transportar mercaderías, porque muy luego



Ferrocarril en las sierras de Córdoba.

los trenes arrastraron también vagones de carga para conducir maderas, trigo, máquinas y hasta animales en pie.

El ferrocarril reemplazó también a las *galeras*, grandes carruajes tirados por cuatro y más caballos o mulas, en los cuales se transportaba pasajeros y equipajes, esto último sobre el techo del vehículo. El viaje en galera era en extremo molesto, debido a las sacudidas que producía su marcha por terrenos desiguales, exponiéndola a volcar en medio del campo u obligándola a hacer largas paradas en los

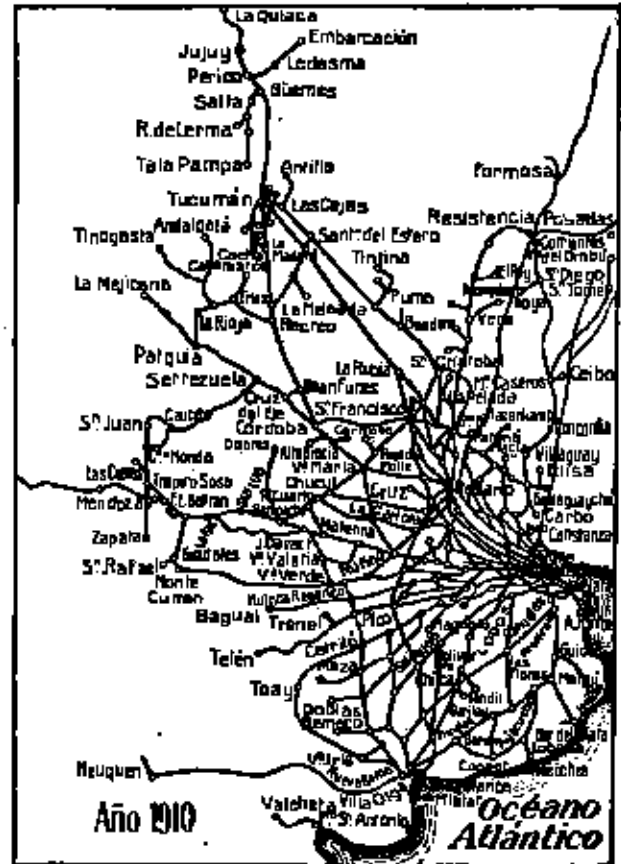
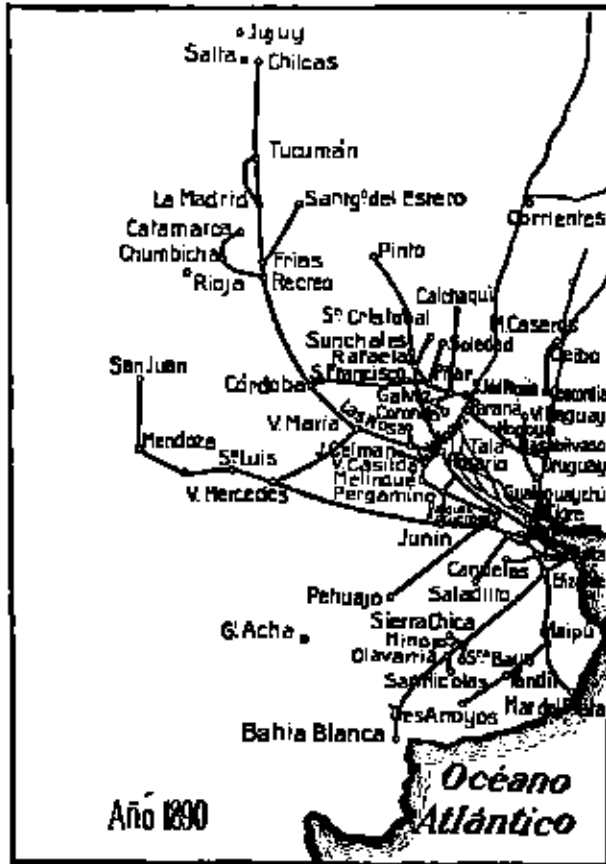
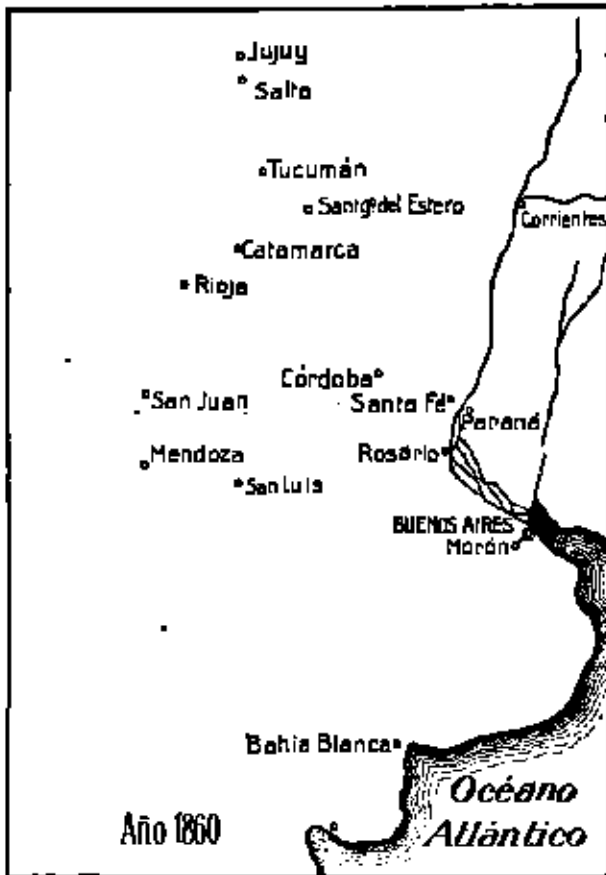
pueblecitos del tránsito para recibir composturas. Hoy sólo se usa ese medio de transporte en la Pampa y en la Patagonia, donde todavía hay distancias enormes no recorridas por líneas férreas.

Actualmente nuestro país está cruzado en todas direcciones por ferrocarriles, pero es tan vasto su territorio que aun no son suficientes. Muchas regiones no gozan todavía de tal beneficio, y debido a esto no prosperan con la rapidez que debieran. En muchas partes hay riquezas minerales que no se explotan por falta de medios para transportarlas a los centros poblados; existen tierras fértiles a las que no van a establecerse los agricultores porque no hay ferrocarriles que acarreen los productos, y por lo tanto no podrían venderlos, aunque los obtuvieran de la mejor calidad.

Muchos más ferrocarriles necesita nuestra tierra. Y sin embargo, dirigiendo una mirada hacia el pasado ¡qué enorme distancia nos separa de él! La distancia que separa a nuestra época de aquélla en que fué conside-

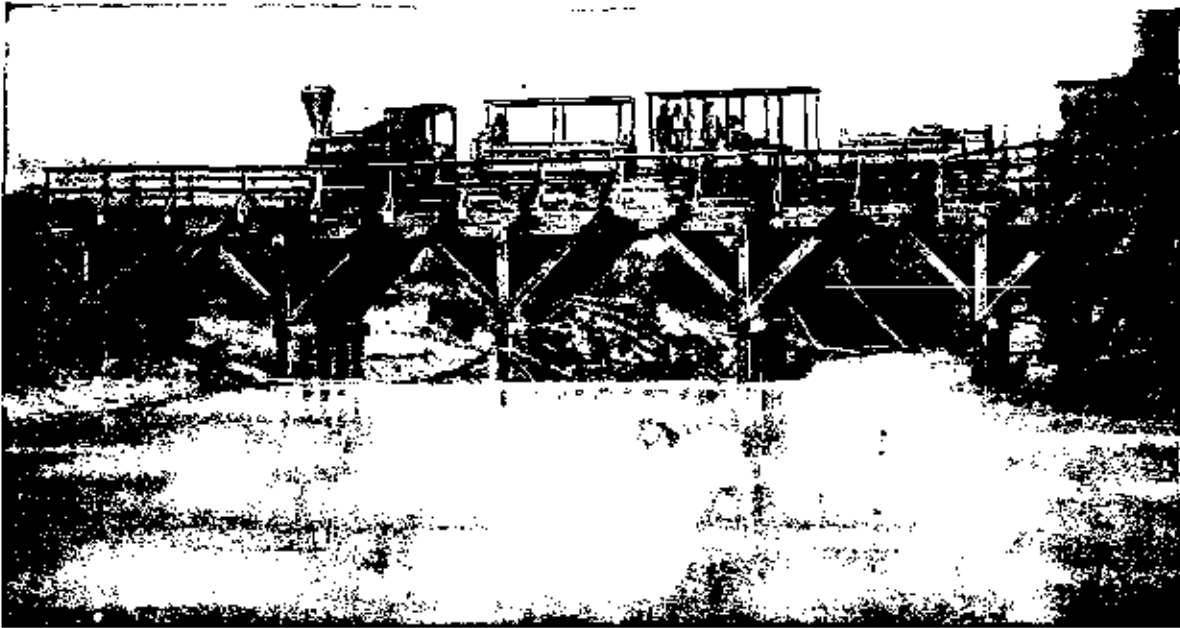


Túnel o abertura que se practica a través de una montaña para dar paso a un ferrocarril.



Desarrollo de nuestros ferrocarriles desde 1860 hasta 1910.

rado un acontecimiento la llegada de *La Porteña* a una modesta estación ferrocarrilera, que hoy es una de las tantas parroquias de la misma ciudad de donde partió nuestro primer ferrocarril.



El primer ferrocarril en el Chaco.

PROBLEMAS. — 1º *Una persona quiere ir de la ciudad de San Luis a la de Formosa : ¿ Qué ferrocarril debe tomar ? ¿ En qué estación deberá cambiar de tren ? ¿ Hasta qué punto puede ir en tren ? ¿ Qué medio de transporte utilizará donde no haya línea férrea ?*

2º *¿ Qué ferrocarril va más directamente de Buenos Aires a Tucumán ? ¿ Cuánto tiempo emplea ? ¿ Por qué provincias pasa ? ¿ Qué se ve en cada una ? ¿ Qué estaciones son las más importantes en esa línea ?*

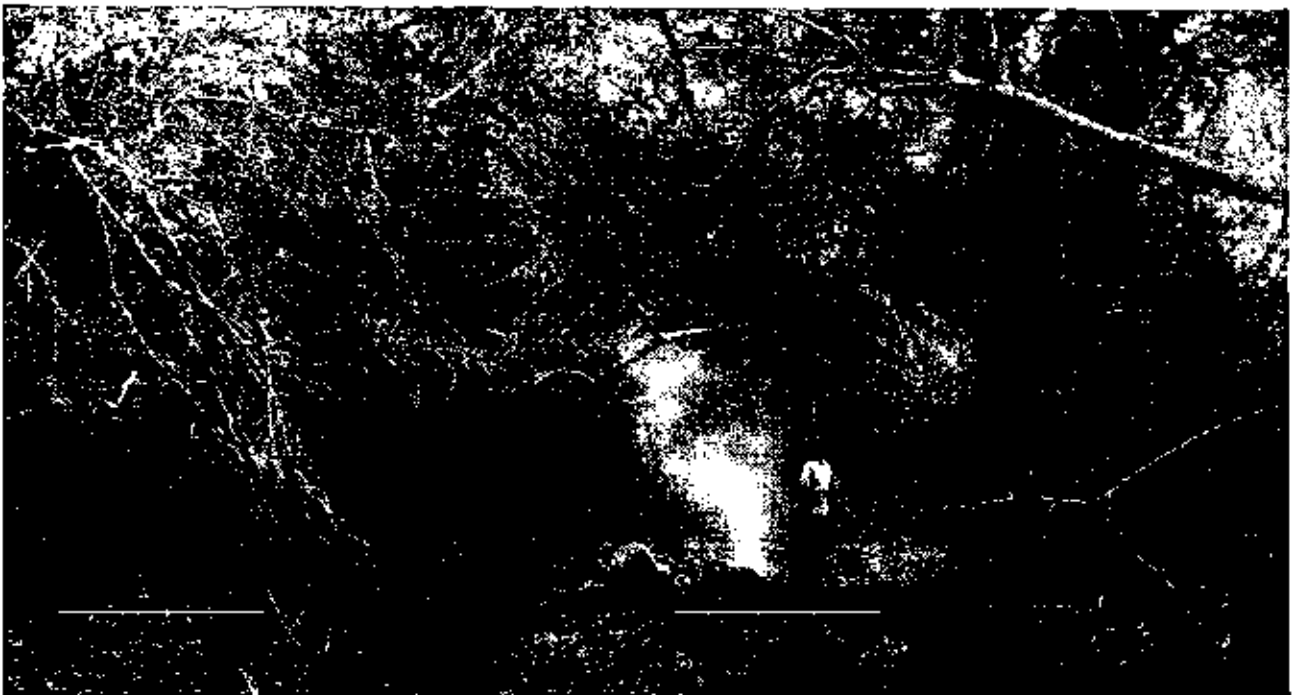
3º *¿Cuál es la línea mas corta entre Rosario y Mendoza ? ¿ Cuántos kilómetros recorre ?*

4º *¿ Cómo puede irse desde Bahía Blanca hasta el lago Nahuel-Huapi ? ¿ Qué diferentes medios de transporte habrá que usar ?*

5º *Si un vinatero de Belén, en Catamarca, quisiera mandar sus vinos a la ciudad de La Rioja, ¿ podría hacerlo por ferrocarril ?*

UNA FORTUNA EN MISIONES

Hará unos veinte años, tres hombres robustos y resueltos que de oídas conocían las fabulosas riquezas naturales que encierran los bosques de Misiones, sobre todo en árboles y plantas, pensaron, no sin razón, que quienes quisieran trabajar allí con tesón y energía soportando las privacio-



Acampando en plena selva.

nes y penalidades que supone la vida en tales parajes, podrían obtener una merecida recompensa.

Los tres amigos, jóvenes animosos y llenos de esperanzas, llegaron a Misiones con unos pocos ahorros y, después de surtirse en Posadas, capital de aquel territorio, de los víveres y enseres más indispensables a su empresa, se internaron en las selvas, provistos también de una carpa de lona que les serviría de vivienda transportable en sus correrías.

Habían oído mentar la abundancia con que se produce allí el árbol vulgarmente conocido con el nombre de *yerba-mate*, cuyo producto era entonces, más que hoy, de uso general en nuestros hogares, donde no podía pasarse sin el tradicional *mate* servido por la *chinita* y no pocas veces por la niña de la casa. Era, pues, en busca de la *yerba-mate* que iban a Misiones los tres compañeros.

Unos indios mansos y trabajadores, como son los pocos que aún quedan en Misiones, de quienes se hicieron amigos en sus correrías por las selvas, les dijeron que el árbol de la *yerba-mate* es algo parecido al naranjo, y se presenta en forma de bosquecillos aislados del resto de las demás familias vegetales, por cuya particularidad es fácil distinguirlo desde alguna colina o desde la copa de algún árbol elevado.



Hoja de yerba-mate.

Lanzáronse, pues, en busca del deseado árbol; pero, sea que la zona elegida no fuese favorable a su crecimiento, sea que otros la hubieran explotado antes que ellos, el hecho es que pasaban días y días sin encontrarlo.

Empezaban ya a desalentarse por lo difícil de la empresa, pues tenían que abrirse paso a fuerza de machete en los en-

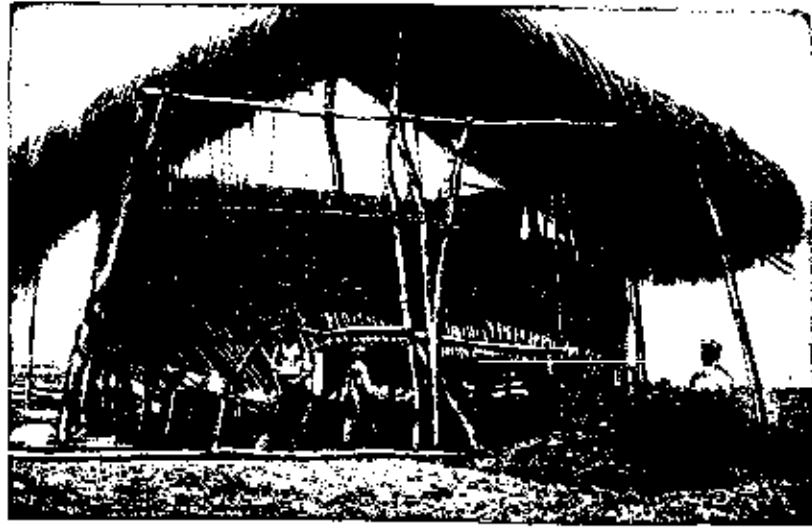
marañados bosques, y más de una vez, encerrados en ellos, sufrieron los efectos de la sed, que en aquel clima ardiente es una desesperación sin nombre. En cambio, los alimentos eran abundantes y variados, pues la selva les brindaba exquisitos frutos y las sabrosas carnes del *pavo*, del *loro* y del *pecarí*, especie de jabalí o cerdo silvestre.



Acarreando ramas al barbacoá.

Bien sabían que en los bosques de Misiones, Chaco y Formosa abundan los animales; no sólo los insectos que deleitan la vista con sus vistosos colores sino también los que al picar dejan en la sangre su ponzoña, como las arañas, por ejemplo; no sólo los pájaros de canto armonioso y plumaje brillante o los ágiles *carayás*, monos pequeños que en bandadas brincan de árbol en árbol haciendo oír sus parleros chillidos, sino los mamíferos más

peligrosos o la infinita variedad de serpientes y víboras, entre las que descuella la de cascabel, cuya mordedura es mortal casi siempre.



Barbacué o secadero de yerba.

Esos e infinidad de otros ani-

males igualmente peligrosos conocieron, pero las armas de que iban provistos les permitieron escapar a sus ataques.

Así transcurrían los días y nuestros tres amigos, que habían soñado con una fortuna, iban conformándose a la idea de tener que abandonar su propósito.

Pero he ahí que cierta mañana uno de los jóvenes, encaramado en un árbol mientras los otros se ocupaban en abrir una *picada* o camino en la selva, llamó la atención



Pisando las ramas después de tostadas.

de los indiecitos haciéndoles mirar en dirección al poniente. ¿Qué era aquello que se veía como a tres cuabras de distancia? Parecía un bosquecillo de plantas

iguales, de un verde claro lustroso, muy distintas de las demás. ¿No serían los anhelados árboles de yerba-mate? En efecto, lo eran, como pudieron comprobarlo pocos minutos después al dirigirse al sitio indicado; se trataba de un bosquecillo de considerable extensión, formado por plantas de muchos años y, por lo tanto, adecuadas para *beneficiar* sus hojas.

Desde ese momento los tres compañeros fijaron su carpa



Cargando en carros las bolsas de yerba elaborada.

en dicho punto y se pusieron a la obra.

Los primeros días los dedicaron a cortar las ramas de los tan buscados árboles. Mientras dos se ocupaban en esa faena, el ter-

cero, en unión con los indios, construyó el *barbacuá*, especie de armazón semejante a la de un rancho, que se recubre completamente con ramas de yerba-mate, y dentro de la cual, una vez bien cubierta, enciéndese una hoguera, a cuyo calor las ramas y hojas se tuestan lentamente, de modo que, al extinguirse el fuego, todas las hojas quedan perfectamente secas.

Sólo restaba molerlas, pero como nuestros jóvenes carecían de molino, tuvieron que hacer a mano esa faena, para lo cual ahuecaron gruesos troncos en forma de morteros,

y, con el auxilio de pesados leños, pisaron en ellos la yerba hasta dejarla suficientemente molida.

Con gran contento supieron que a pocas leguas de allí quedaba el puerto de Igatimí, donde, con algunos ahorros que aún conservaban, pudieron conseguir un centenar de bolsas y dos carretones, cuyos conductores se comprometieron a transportar el producto una vez embolsado.

Como quedaba aún muchísima extensión del yerbal sin cortar, los amigos determinaron que dos de ellos proseguirían trabajando mientras el otro, acompañado de un indio, llevaría las bolsas de yerba elaborada a fin de venderlas en Iga-



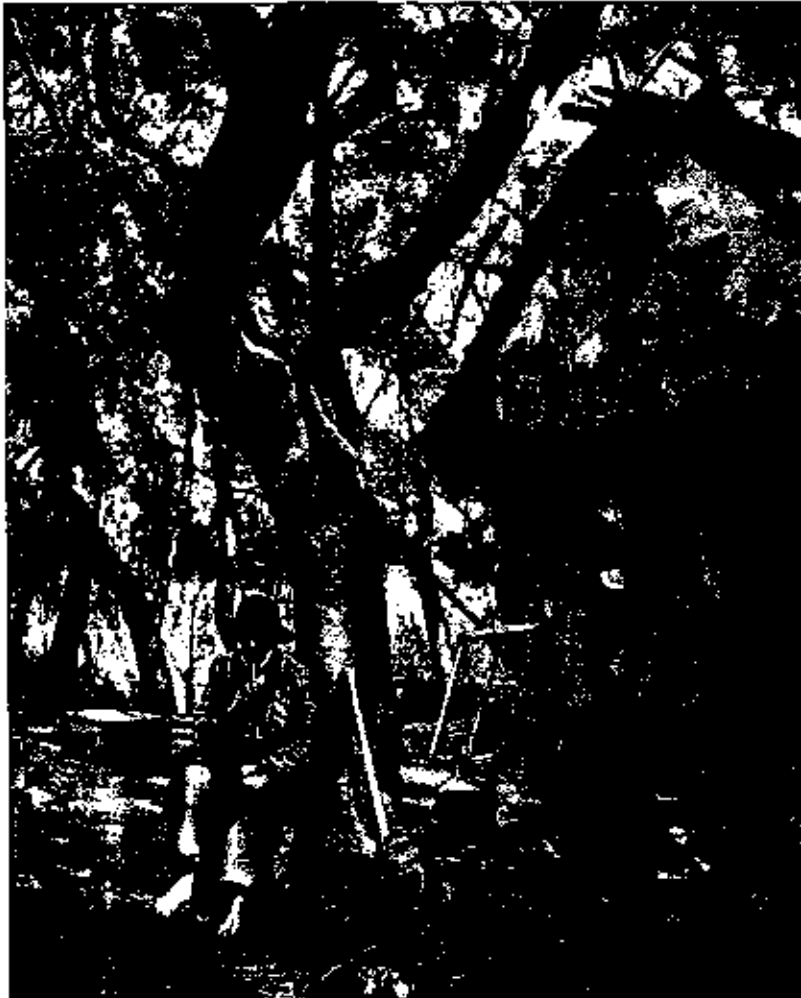
Cómo son las casuchas de los yerbateros en Misiones.

timí. Así lo hizo, y pocos días después regresaba con una no despreciable suma de dinero, cuya mayor parte se empleó en comprar bolsas, instrumentos, víveres, y en pagar sus servicios al carretero y a los indios.

De este modo, durante varios meses continuaron elaborando yerba y vendiéndola en el mencionado puerto, hasta que, despojados de sus ramas los árboles del yerbal, llegó el momento de descansar, a la espera de la estación propicia. Llenos de satisfacción encontraron que poseían ya una fortunita nada despreciable, parte de la cual em-

plearon en construir una casa con mayores comodidades.

Durante varios años explotaron el yerbal que la suerte les hizo encontrar, hasta que un día pudieron comprar al gobierno aquel pedazo de tierra que tan generosamente había recompensado sus afanes.



Saboreando un cimarrón.

La casa, ensanchada con nuevos ranchos destinados a la peonada y a guardar los útiles, se transformó en un gran establecimiento industrial provisto de máquinas para moler y embolsar yerba, y carretas para transportarla.

Así, de simples obreros se convirtieron en acaudalados propietarios.

No sólo en nuestro país se usa la yerba-mate, sino también en el extranjero, bebiéndose su infusión en forma de té en el ejército de algunos países y entre los obreros y campesinos.

Si muchos jóvenes hicieran lo que los de esta historia, la yerba-mate llegaría a ser una gran fuente de riqueza para el país.

AGUAS TRANQUILAS Y AGUAS TURBULENTAS

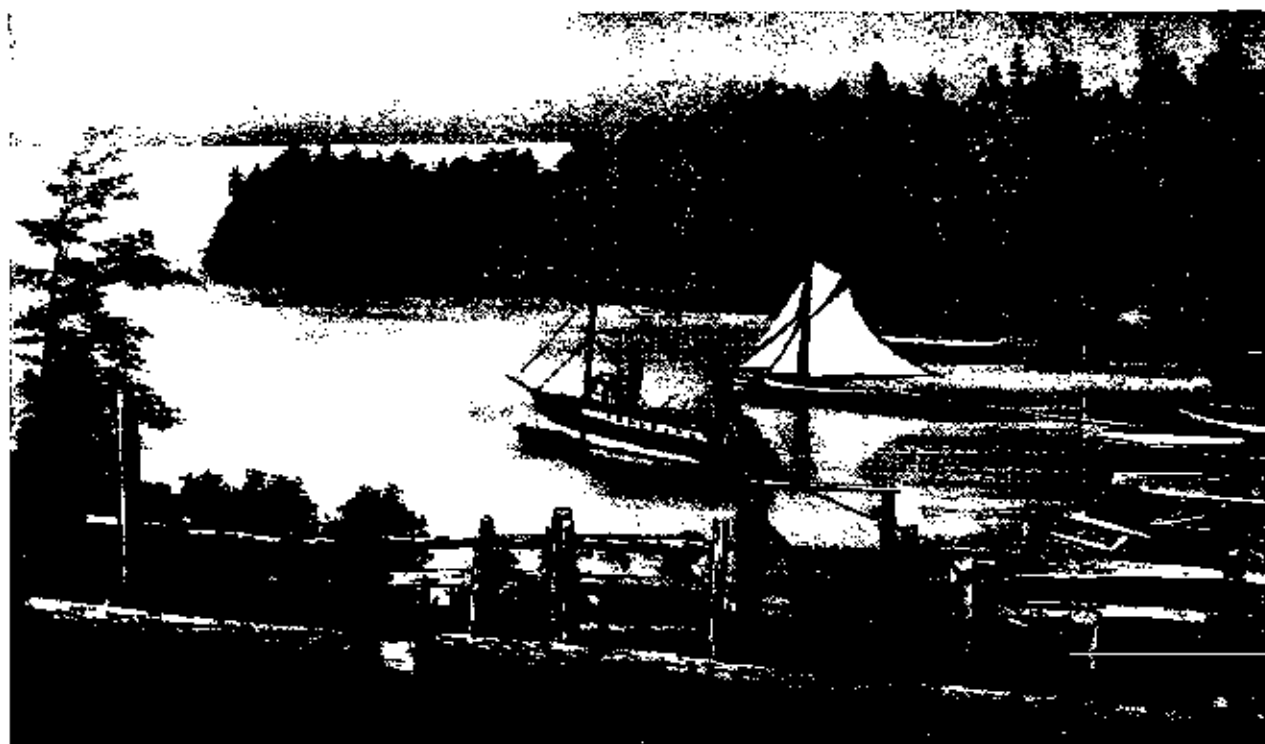
El agua no es sólo un elemento indispensable a la vida; su contemplación nos procura también mil placeres. La naturaleza sin agua tiene el aspecto desolado de un desierto, del que huye la vida.

En cambio, la presencia de un riacho o de una pequeña laguna basta para comunicar alegría al paisaje. La vegetación es allí más abundante y lozana, el aspecto de la tierra más agradable.

Además, el agua se presenta bajo formas tan distintas en la naturaleza, que procura a la vista los espectáculos más sorprendentes y nuevos. Díganlo si no estas vistas que escojo entre otras muchas, porque reproducen dos formas diferentes y por igual interesantes: el agua en calma de lagos encajados, por así decir, entre las montañas andinas, y el agua de la *catarata* en perpetua agitación, que salta imponente por sobre los obstáculos que las rocas oponen a su paso.

El lago Nahuel-Huapí, situado en la cordillera de los Andes, en el territorio del Neuquén es, por su extensión, un verdadero mar interior, contribuyendo a darle este carácter las grandes islas que encierra, y es de tanta profundidad que puede ser surcado por grandes buques. Dicen los viajeros que lo han visitado, que por lo general sus aguas están tranquilas, semejando entonces un inmenso espejo; pero en ocasiones, cuando sopla fuerte viento, se produce en ellas verdaderas tempestades análogas a las que se observan en el mar.

Lo más curioso tal vez que ofrece el lago, es el contraste entre sus orillas: mientras por un lado se presenta la llanura cubierta de espesa vegetación, por el otro se elevan, al borde mismo de las aguas, gigantescas montañas que parecen quererlas ocultar a la vista del viajero, para darle de pronto una inesperada sorpresa. Tupidos bosques de



Puerto Bueno, en el lago Nahuel-Huapí (Neuquén).

pinos y robles de tronco centenario, y una alfombra de frutillas silvestres prestan alegría y belleza al paisaje.

Y como el Nahuel-Huapí hay en la gobernación del Neuquén muchos otros lagos, si no tan extensos, no menos considerables y pintorescos e igualmente enclavados en la Cordillera, razón por la que se designa esta región con el nombre de *Suiza argentina*. Esos lagos se extienden a lo largo de la Cordillera, abarcando la parte occidental de las gobernaciones de Río Negro, Chubut y Santa Cruz.

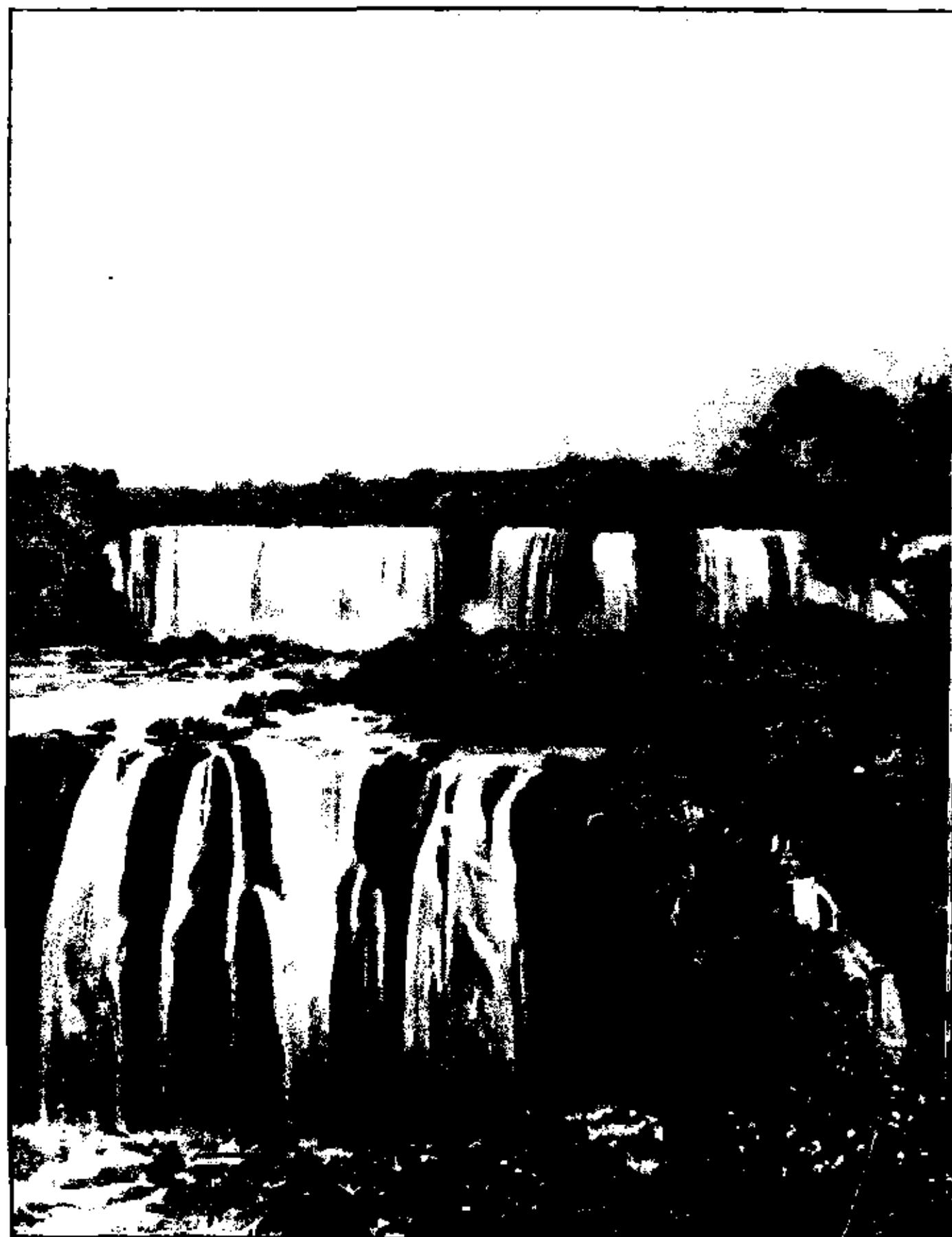
Pero la maravilla por excelencia de nuestra tierra es la *Catarata del Iguazú*, una de esas bellezas como existen pocas en el mundo. No es extraño, pues, que haya sido visitada por sabios y curiosos de todas partes, que ante tan imponente espectáculo no hallan palabras suficientes para describirlo.

Recordarán ustedes que al hablar de la vida de nuestro



Lago Belgrano (Santa Cruz).

gran río Paraná les dije que el primer afluente que recibe al penetrar en territorio argentino es el río Iguazú. Ahora bien, este río, que marca el límite norte de la gobernación de Misiones, cruza en gran parte de su curso una región montañosa, pero al llegar al río Paraná las rocas de su lecho se hunden de pronto produciendo un gran vacío en el que las mansas aguas, súbitamente embravecidas, se lanzan desplegando sus mayores fuerzas. El Iguazú salta, pues, los grandes escalones de piedra que lo separan del río Pa-



Vista parcial de las



cataratas del Iguazú.

raná, en el que se arroja violentamente desde una altura de sesenta metros, produciendo el más bello panorama que pueda imaginarse.

El ruido es ensordecedor; el viajero permanece atónito y como aterrorizado ante la magnificencia y poder de la naturaleza. Pero el mayor encanto se debe, sin duda, al



Gran salto central del Iguazú.

marco con que la vegetación circunda aquel cuadro único. Parece que la naturaleza se hubiera entretenido en reunir allí sus más ricos dones para rodear la estruendosa catarata con el silencio y la majestad de los bosques tropicales.

Añádase a esto los juegos de luz que los rayos de sol producen sobre las aguas, y las nubes de blanco vapor que se forman al chocar aquéllas contra las rocas, envolviéndolas cual en una gasa finísima, y se tendrá una pálida idea de lo que es la catarata del Iguazú.

NUESTROS BOSQUES

Quizá este título haga pensar a ustedes en alguno de esos sitios que existen en los alrededores de nuestros pueblos y que se distinguen por su vegetación compuesta de árboles más o menos grandes, pero bastante agrupados como para proporcionar sombra en las horas ardientes del verano.

No es a esos bosquecillos, por lo general de talas, sauces, ceibos, álamos, paraísos o eucaliptus, a los que me refiero aquí, sino a los verdaderos *bosques* o *selvas*, que no han sido plantados por el hombre y cuya existencia cuenta cientos de años, abarcando leguas y más leguas de extensión.

Tan sólo algunas provincias, como Tucumán, Salta, Jujuy, Santiago del Estero y Corrientes, tienen verdaderos bosques, mientras que en las demás apenas si se encuentra bosquecillos aislados. En cambio, la región cálida de que les hablé en un capítulo anterior está casi totalmente cubierta de bosques *seculares*, en su mayor parte *vírgenes*, es decir, que no han sido hollados por el hombre civilizado.

Cual si la naturaleza hubiese querido impedir la entrada a esos sitios, ha entretejido los árboles con enormes *lianas*, plantas trepadoras que se enredan de árbol en árbol y es necesario cortar para abrirse paso a través del bosque.

Si ustedes recuerdan lo que les referí al hablarles de los tres amigos que se internaron en las selvas de Misiones

en busca de un yerbal, se darán cuenta de lo que significa penetrar en tales sitios. Pero en cambio, en esa entrelazada vegetación vive muy a su gusto una tan variada como numerosa población de animales, que en verdad no podían haber elegido sitio más apropiado, seguro y resguardado.

Hay árboles tan enormes, así en altura como en diáme-



Un obraje en el Chaco.

tro, que tres o cuatro hombres, asidos de las manos, no alcanzan a abrazar su tronco.

¡Y qué innumerable variedad de especies encierran esos grandiosos bosques! Además de todas las peculiares a otros países, se encuentra en ellos muchísimas variedades indígenas, es decir, pertenecientes exclusivamente a nuestra *flora*.

De entre estos árboles seguramente muchos de ustedes conocerán el *quebracho*, cuya madera es tan dura y resis-

tente que puede ser comparada con el hierro; no se descompone jamás, por más tiempo que permanezca en el agua, razón por la cual se la prefiere a todas las demás para los durmientes de líneas férreas, postes de telégrafo y otras construcciones análogas. El quebracho debe sus propiedades a que contiene gran cantidad de tanino, substancia que



Obrajeros almorzando.

se emplea en el mundo entero para *curtir* cueros. En la provincia de Santiago del Estero y en el territorio del Chaco existen muchos *obrajes*, establecimientos donde se trabaja el quebracho transformándolo en tirantes, postes y durmientes, de los que se hace gran consumo en el país y en el extranjero, lo mismo que del aserrín resultante, del cual se extrae el tanino.

El *lapacho* da una madera excelente para tablas, tirantes

y radios de ruedas. Cuando se la moja adquiere una dureza de piedra que la hace muy adecuada para la construcción de barcos.

El *algarrobo* proporciona la madera con que se hacen marcos de puertas y ventanas y adoquines para el afirmado de las calles. El fruto, que tiene la forma de una vaina,



Paisana riojana pisando algarroba para hacer patay.

cuando se le pisa, suministra harina con la que se hace cierta masa llamada *patay*; el mismo fruto, hecho fermentar, da una bebida espumosa conocida con el nombre de *aloja*, muy usada, como el *patay*, por los campesinos de las regiones donde se produce este árbol. De su madera se extrae un *extracto* que sirve para la preparación de *tintes* en nuestras manufacturas de tejidos.

El *palo santo* es una madera de tinte bronceado, olorosa y muy apropiada para *esculpir* objetos finos. Sus virutas, hervidas en agua, dan una *resina* que, quemada en pebeteros, sirve para perfumar las habitaciones.

El *palo borracho*, de tronco espinoso en forma de tonel, da un fruto lleno de una especie de algodón blanco muy fino pero de hebra corta.

Tanto o más útiles que éstos, hay muchísimos árboles

en nuestros bosques, tales como el *pacará*, el *timbó*, la *tipa*, el *guayacán*, el *urunday*, el *tatané*, el *palo blanco*, el *palo lanza*, el *palo rosa* y centenares más que sería largo enumerar.

Aunque no sean propiamente árboles, débese mencionar como parte de nuestra riqueza forestal: la *tacuara* y



Acarreando rollizos de quebracho de seis y media toneladas de peso.

el *bambú*, caña que se utiliza en la construcción de muebles; el *ivirá-pilá*, planta textil parecida al cáñamo, con cuya fibra se fabrica bolsas, cuerdas y hamacas; y una gran variedad de arbustos tintóreos de mucho mérito.

Entre los frutales que crecen allí sin especiales cuidados, está el naranjo, introducido al país por los españoles. En Corrientes, Tucumán y Misiones hay verdaderos bosques de viejos naranjos que se cubren de azahares en primavera y de hermosos frutos dorados en invierno, no siendo raro ver árboles cargados con tres o cuatro mil naranjas cada uno.

Imposible sería describir siquiera en parte, la inmensa variedad de plantas herbáceas y enredaderas que pueblan los *bosques* tropicales de nuestro país. Baste decir que no hay un solo pedazo de suelo donde no broten, enmarañadas y oprimidas, las variedades más hermosas de helechos, de hierbas floridas, de jazmines, de plantas aromáticas, medicinales y tintóreas.

Viajar por los bosques de Misiones o del Chaco es internarse bajo una interminable bóveda de verdura que apenas deja filtrar los rayos de sol, y caminar sobre una mullida alfombra de los más hermosos colores; es sentirse a cada momento detenido por las ramas y aspirar el vaho perfumado de mil plantas y flores.

Los invito desde ya a que, cuando alcancen ustedes la edad en que todos debemos trabajar, emprendan una excursión por esa privilegiada región, en la seguridad de que la contemplación de tanta riqueza a explotar ha de influir sobre la *vocación* de más de uno de ustedes.

COLECCIÓN INTERESANTE. — *Procúrese pedacitos de maderas diferentes. Después de mojarlas y con ayuda de una buena sierra, córtese una lámina delgada de cada uno, de modo que pueda verse la luz a través de ella y apreciar así su contextura. Es preferible que éstas sean secciones transversales del tronco. Péguelas luego en un cartón, recortándolo detrás de cada muestra; póngase el nombre al pie, y agréguese el dibujo del árbol de que procede y datos concernientes a su tamaño, aspecto de las ramas, lugares en que se le encuentra, usos a que se aplica la madera, etc.*

Si se quiere clasificar las muestras, puede ponerse primero todas las variedades de pinos, luego las maderas blancas, en seguida las de ebanistería, más abajo las muy duras, y así sucesivamente.

UNA JOYA DE NUESTRA FLORA

Los indios guaraníes que habitaban las orillas del Alto Paraná, distinguían con el nombre de *Irupé* (palabra que significa: cuna sobre el agua) una planta extraordinaria por su hermosura y originalidad, que se encuentra en los lagos y ríos de la zona tórrida de América y es la planta acuática más grande que se conoce.

Los botánicos la han denominado *Victoria Regia*, que equivale a decir Reina Victoria; lo que demuestra que, al darle ese nombre, se ha querido expresar que la planta es, entre las demás, algo así como una reina.

La *Victoria Regia* es una verdadera joya de la flora tropical y llama con justicia la atención de cuantos la ven. Figúrense ustedes unas hojas de dos y más metros de diámetro, de forma ovalada perfecta y de color verde oscuro aterciopelado la cara superior, que flotan sobre el agua sin que ésta las cubra, gracias a un reborde de seis centímetros que la hoja presenta en su contorno, lo que le da el aspecto de un gran plato o también de una cesta. Alrededor de las hojas y surgiendo del agua, en el extremo de fuertes vástagos, se ven innumerables flores, mucho más grandes que las más grandes flores de nuestros jardines, compuestas de cien o más pétalos, rojos en el centro y blancos hacia el borde, que exhalan un perfume suave. Tal es el *Irupé* de los guaraníes.

Cuentan los viajeros que sus hojas son tan grandes y fuertes, que las aves acuáticas se posan sobre ellas sin que se las vea ceder en lo más mínimo, y hasta un niño pe-



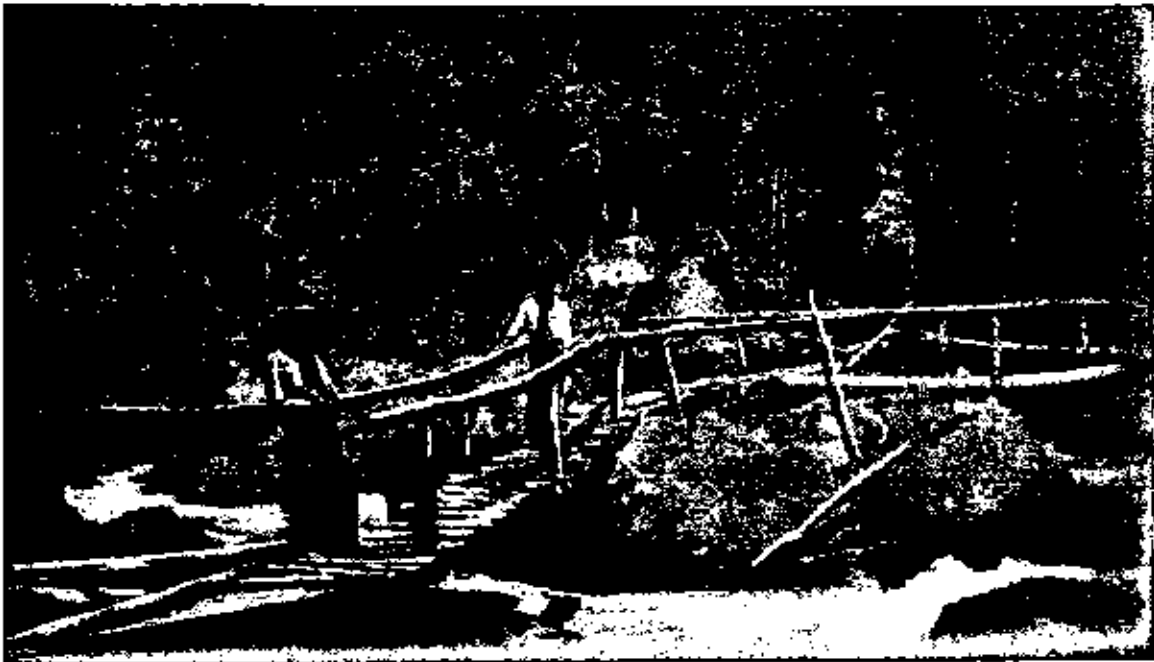
Irupé o Victoria Regia. Grandes aves, como mirasoles y zancudos, suelen posarse sobre las hojas de esta planta.

queño podría ser colocado sobre las de mayor tamaño, donde reposaría cual en una cunita.

La *Victoria Regia* da un fruto de gran tamaño que encierra infinidad de semillas semejantes a cuentas negras. Los indígenas les dan el nombre de *maíz del agua* y las consideran un exquisito alimento.

La *Victoria Regia* es difícil de conservar fuera de las aguas donde se cría naturalmente. Algunos grandes jardines botánicos han conseguido conservarla en vastísimos estanques cuyas aguas se mantiene siempre templadas por medio de estufas. Pero asimismo no crece con el vigor y lozanía que ostenta en nuestro Alto Paraná, donde nadie se ocupa de ella como no sea para admirarla.

¡Cuán cierto es que cada sér necesita para prosperar, el medio propicio a su organización!



Paisaje en Misiones, cerca del Iguazú.



CORRIENTES

(FRAGMENTO)

Como a reina, los tributos
De comarcas apartadas
Tres corrientes esmaltadas
Van sus dones a llevar.

El Bermejo da a su manto
Viva púrpura, al vestido
Todo el oro que escondido
En la sierra halló al bajar.

El Paraguay trae los cedros
De sus bosques primorosos,
Y de pájaros hermosos
Plumas de vario matiz.

También lleva a su corona
Con sus flores, los diamantes
Que al pasar, le dan galantes
Los arroyos del Brasil.

Mas el paso les disputa,
Lucha y vence poderoso
Y sus perlas da gozoso
A su reina, el Paraná.

Ella acepta complacida
De los tres rico presente,
Mas a éste sólo consiente
Su diestra y su pie besar.

El Paraná desde entonces
Da su nombre a los vencidos
Y a su carro van uncidos
El Bermejo y Paraguay.

Hasta que, entrando en el Plata,
Depone su gesto osado,
Viendo rodar a su lado
Las ondas del Uruguay.

Cuando el sol su rayo intenso
Clava en tu faz sin recelo,
Son los vapores tu velo,
Son los bosques tu dosel.

Los aromos y naranjos
Te dan perfumes staves
Y su música las aves
Volando en torno a tu sien.

Es el musgo blando lecho
A tu cuerpo si reposas,
Son tu almohada frescas rosas,
Es tu baño el Paraná;

Y si buscas presuntuosa
De tu imagen el reflejo,
Ahí la tienes, en tu espejo:
La laguna de Iberá.

José M. ZUVIRÍA. (Argentino.)

PAN INDÍGENA



Cuentan las historias, que los primeros conquistadores españoles que se internaron en el territorio hoy ocupado por la provincia de Corrientes y la gobernación de Misiones, quedaron muy sorprendidos de ciertas costumbres de los indios de esos lugares, sobre todo en lo relativo a la alimentación. En efecto, era la cosa más natural para ellos comer la carne y los huevos del *yacaré*, las larvas que ciertos insectos depositan en las cañas del bambú, la carne del *aqualí* y muchos frutos silvestres como son los de las *palmeras*, *ñangapirú*, *tunas* y piñas de las *araucarias*.

Penosa fué en un principio, para los europeos, la vida en aquellos lugares donde no podían procurarse los alimentos a que estaban habituados. Verdad es que abundaban ricos peces en los ríos y animales como el *jabalí* o *cerdo del monte*, el *ciervo*, y muchas aves de carne sabrosa, pero una cosa indispensable faltaba, sin la cual los alimentos parecen insípidos: el pan.

Como es natural, no se había introducido todavía en América la siembra y cultivo del trigo; y si bien se traía harina del extranjero para elaborar pan, éste resultaba muy escaso y a menudo no llegaba a las poblaciones apartadas.

Fué, pues, con verdadero placer que los primeros colonizadores de Corrientes descubrieron un día una planta muy usada por los indígenas, a la que llamaban *mandioca*. Es

ésta una raíz, o mejor un *tubérculo*, como lo son la papa y la *remolacha*, pero de dimensiones mucho mayores, pues alcanza a veces un metro de longitud y puede pesar hasta 5 kilos. Su carne es algo fibrosa, pareciéndose un tanto a la de la batata llamada *morada*, y su sabor, aunque no dulce, es en extremo agradable. No será difícil que ustedes la hayan comido hervida y menos aún que conozcan la *fariña*, que no es sino mandioca raspada y secada, con la cual se hace un plato muy sabroso; o la *tapioca*, con que se prepara la sopa, y que no es otra cosa que harina de mandioca.

Pero los indígenas no utilizaban en esa forma el sabroso tubérculo; lo comían simplemente asado o más bien secado al sol, después de haberlo cortado en trozos pequeños; también solían rasparlo y con la gruesa harina resultante hacían unas tortas que llamaban *cazabe*, con las que suplían muy bien al pan. Los europeos se habituaron pronto a emplear la mandioca asada o cocida de los diversos modos ya mencionados, reconociendo que se trataba de una planta valiosísima para el hombre, pues proporciona un alimento muy sano y nutritivo.

He ahí por qué la mandioca puede considerarse como el *pan indígena*, si bien no son ya los indios quienes la aprovechan como valioso alimento vegetal, sino gran número de habitantes de la provincia de Corrientes y de los territorios de Misiones, Chaco y Formosa, regiones que por su clima cálido la producen muy bien; allí se han establecido algunas fábricas de fariña, tapioca y almidón que harán innecesaria, con el tiempo, la introducción de esos productos del Brasil, país donde se produce en abundancia la mandioca.



LAS FLORES DEL GUAYACÁN

Cuenta la vieja leyenda
De una raza desgraciada,
Que fué en los pasados siglos
De esta tierra, soberana;

Raza que tuvo su historia,
Pero una historia de lágrimas,
Copiosa como los ríos
Que bajan de la montaña.

Historia que yo he leído,
Con el alma desgarrada,
En las rocas y en los árboles
De los valles de mi patria,

Que allá en los lejanos bosques,
Donde florece la caña
Y confunden sus aromas
El *dátil* y la *guayaba*,

Bosques que guardan la cuna,
Como muralla sagrada,
Del Paraná, cuyas ondas
Besan y lavan su planta,

Hay un árbol gigantesco
De alto tronco y hojas anchas,
De que el *guaycurú* valiente
Fabrica flexibles lanzas.

Árbol que el rayo respeta
Y acarician las borrascas,
Que el sol del trópico quema
Con sus torrentes de lava;

Árbol que en la primavera
Se viste de flores pálidas
Que airoso lleva en la frente
Como guirnalda dorada.

Sabe el indio, de esas flores
Una leyenda fantástica
Que repite en el silencio
De las noches estrelladas.

Dice que en el rubio seno
De su corola gallarda
Se anida una mariposa
De fosforescentes alas.

Habitante misterioso
Que sólo han visto las auras
Cuando pasan, murmurando
De las ondas la inconstancia.

Mariposa que en un día
Rompe su cárcel dorada
Y va a confiar a otras flores
Los secretos de su alma.

¿Qué les dice? ¿Qué les cuenta?
Sólo lo saben las auras
Confidentes de las penas
De aquellas selvas sagradas.

Corto es su viaje, muy corto,
Apenas luce sus galas
Ya siente venir sobre ella
Las noches y las borrascas.

Y va a ocultarse de nuevo
Bajo las rastreras plantas
Dejando a la selva atónita
El recuerdo de sus gracias.

Muere o vive. No se sabe.
Tal vez ni las mismas auras
Con sus coloquios dulcísimos
Se atreven a despertarla.

Pero un día se alza erguido
El *guayacán* de hojas anchas,
Del polvo que aquel insecto
Fecundizó con sus alas.

Preciosa historia, a fe mía,
Historia de amor y lágrimas
Que merece acompañarse
Con los acordes del arpa.

Es la historia, hija querida,
Llena de inocente gracia,
De la mujer en el mundo
De mil peligros cercada.

Es su destino muy grande
Aunque se oculte ignorada,
Fecundar con sus virtudes
De la familia la planta.

OLEGARIO V. ANDRADE.
(Argentino.)

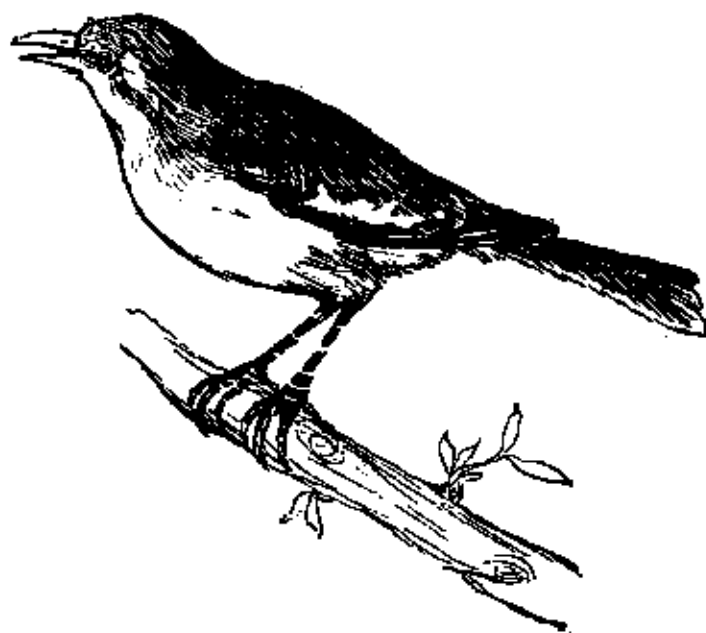
CALANDRIA, BLANDENGUE Y BENTEVEO

Si recuerdan el diálogo que sostuve con mi amiguita Sofía, respecto del sol y del clima, así como lo diferente del suelo que habitan Andrecito y Eduardo, comprenderán cuán variada es por tales causas la vegetación de nuestro país. Y quien dice variada vegetación, dice también variada fauna, pues sin aquélla no se explicaría la existencia de ésta.

Y si recuerdan también lo que han leído desde el primer grado, notarán que conocen ya algunos animales de nuestra fauna, aunque muy pocos, por cierto, en relación a la gran variedad de los que habitan nuestro territorio. Los más interesantes son, sin duda, los de la familia *ornitológica* (nombre con que se designa, en conjunto, a todas las aves, grandes y chicas, acuáticas y terrestres), ya sea por lo gracioso de sus formas y colores, por la melodía de sus cantos, o por sus ejemplares hábitos de laboriosidad y cariño para con los suyos.

Preséntoles ahora tres pajaritos argentinos, que ofrecen ya una u otra de esas cualidades.

He ahí la *calandria*, de apariencia insignificante, pero dotada del poder maravilloso de imitar a la perfección el canto de las otras aves. Como casi todos los pá-



jaros de climas templados, en invierno emigra a las regiones del norte, y al regresar a las pampas, al empezar la primavera, trae un variado repertorio de cantos, fiel reproducción del de los pájaros de las selvas chaqueñas o misioneras.

Así, no es extraño oír en nuestras campañas el canto del *urutaú*, que jamás las visita, imitado a perfección por la artística *calandria*. Pero lo curioso es que, así como reproduce el canto del *zorzal*, del *mirlo* y del *jilguero*, el silbido del *boyero* y el parloteo de la *urraca*, su canto propio es muy superior a todos esos, de suerte que es difícil decidir si es mayor su mérito como imitador que como cantor original.

Ahí está el *blandengue*, llamado también *federal*, acaso por el color rojo naranjado del plumaje que cubre su cabeza, cuello, parte del pecho y *tibias*, que contrasta con el resto, enteramente negro, y que hace destacar su presencia entre el follaje y los pajonales. Como vive en sitios donde existe agua, construye muy ingeniosamente su nido entre los juncos, a un metro más o menos del nivel del agua, entretegiendo, con tiras de junco, una especie de ovillo hueco con una abertura lateral, forrado interiormente con paja.

Otro pájaro curioso es el *benteveo*, de cuerpo grueso, alas cortas, cabeza grande y pico fuerte. Sobre la cabeza luce un copete negro mezclado de amarillo y blanco. El pecho es de color azufre y las alas y parte superior del cuerpo marrón grisáceo. Cuando canta, su fuerte voz parece modular las palabras *bien te veo*, que le han dado su nombre. Sin embargo, según el punto que habite, cambia de nombre; así, en las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy lo llaman *quetupí*; en Corrientes y Misiones, *pitogüé*; en Córdoba, *pitupí*,

nombres todos de origen indígena.

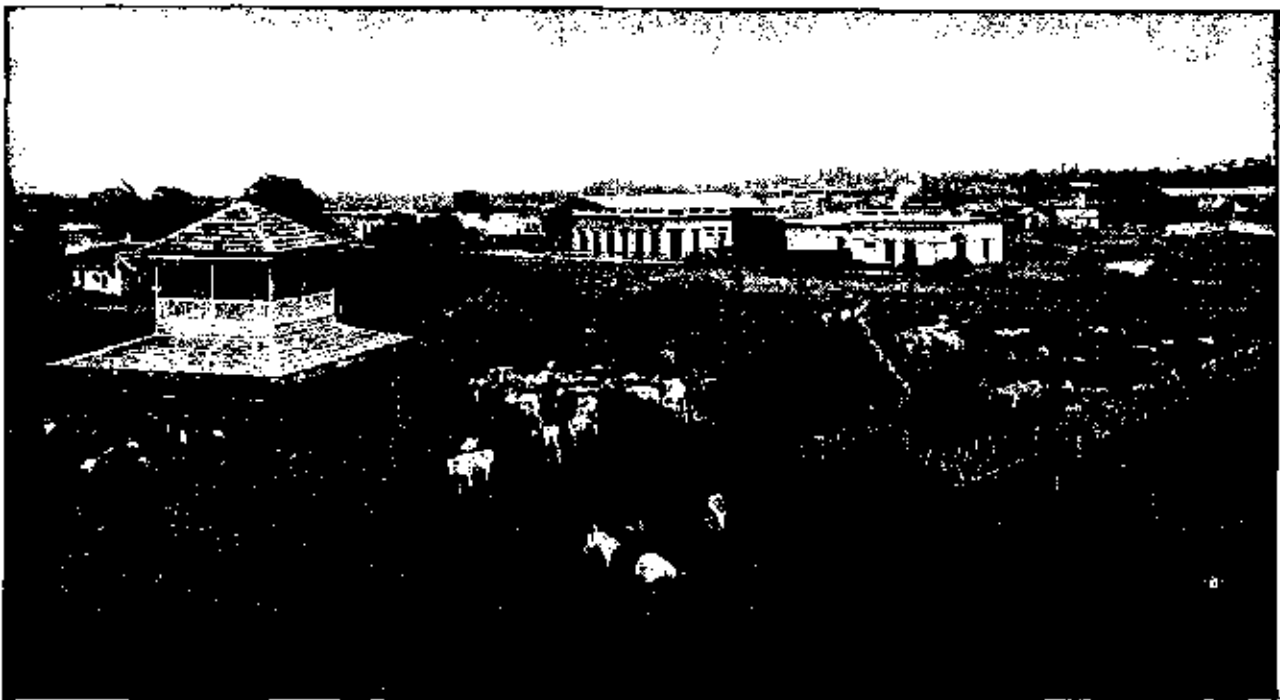
El benteveo es pájaro fuerte; no sólo se alimenta de gusanos y semillas sino también de langostas y restos de otros animales, por lo cual es frecuente verlo revolotear con el chimango donde quiera que se carnea una res. Su nido es de los más calientes y cómodos, aunque por fuera parezca desaliñado.

Los huevos del benteveo son de un lindo color crema, salpicados de manchas chocolate ligeramente púrpuras en una de las extremidades.



LO QUE DAMOS Y LO QUE PEDIMOS

No hay país en el mundo tan privilegiado por la naturaleza que produzca todo lo que sus habitantes necesitan; cual más, cual menos, todos los países piden a otros aquellos productos que no poseen. Así se produce un intercambio de objetos entre unos y otros, al cual se da el nombre



Los animales criados en las estancias son conducidos a los mataderos para sacrificarlos y proveer de carne a la población.

de *comercio*. Cuando el intercambio se efectúa entre pueblos y provincias de un mismo país, se le denomina *comercio interior*, y cuando se hace entre un país y otro se le llama *comercio exterior*.

Además de su activo comercio interior, la República Argentina mantiene también un vastísimo comercio exterior con la mayoría de las naciones. *Exporta*, es decir, envía a otros países, principalmente *materias primas*, o sea pro-

ductos y substancias que aún no han sido trabajadas, tales como trigo, maíz, lino, cebada, lana, cueros, sebo, carnes congeladas, frutas, yerba-mate, cerda, huesos, astas, cera, maderas, principalmente quebracho, y también algunos productos de la industria, como harina, manteca, galletitas, chocolate y azúcar.



Gran parte de los animales sacrificados en los frigoríficos son enviados en forma de carne congelada al extranjero.

En cambio, *importa*, esto es, compra a esos mismos países, principalmente a los de Europa, objetos manufacturados que, o no se fabrican todavía aquí o se fabrican en cantidad insuficiente para las necesidades de la población. Tales son las máquinas en general, las telas, las alfombras, conservas alimenticias, artículos de moda, perfumería, instrumentos de música, objetos de porcelana, y asimismo algunos artículos que no producimos sino en muy pequeña cantidad, como, por ejemplo, el café, el arroz y el algodón.

Es curioso ver cómo los países europeos nos devuelven elaboradas muchas materias que nosotros les mandamos en su estado natural. Un ejemplo: los cueros y las lanas que exportamos a esos países, vuelven a nosotros en forma de calzado, paños y telas, respectivamente.

Así, pues, el comercio permite a los pueblos obtener provecho de sus productos o de sus industrias y al



Preparando cueros para enviar al extranjero o a las curtiembres.

mismo tiempo satisfacer las necesidades de los demás. Es una fuente de riqueza para la nación, pues si por lo que recibe debe pagar, también le pagan por lo que envía.

Todos los países civilizados gozan de la más completa libertad de comerciar, es decir, que en ellos cualquier habitante puede ejercer el comercio sin que nadie tenga derecho de impedirselo, como que es uno de los tantos modos de trabajar.

Pero si hoy por hoy los países de Europa nos devuelven elaborados los cueros, las lanas, los metales, las maderas, el algodón y demás productos que les vendemos como *materias primas*, es porque en nuestro país no existen aún en número suficiente curtiembres, fábricas de tejidos, de máquinas, de joyas, de muebles y

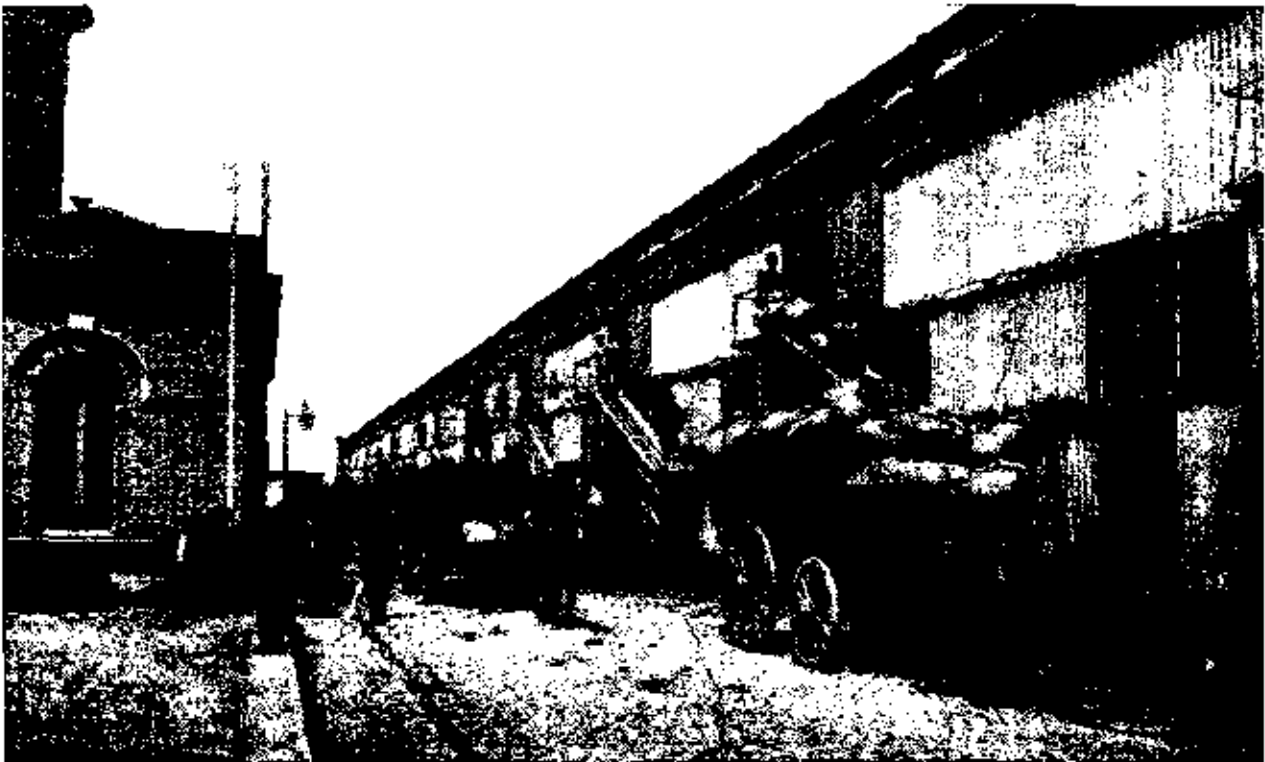


Viaje de un atado de lana desde el campo a la ciudad.

demás industrias transformadoras de nuestros productos naturales.

En todos los países jóvenes ocurre lo mismo. No pudiendo ocuparse de todo, sus habitantes se limitan a extraer los productos de la tierra que otros se encargarán de elaborar. Por esto, en sus primeros tiempos, nuestro país, escaso de población y dotado de inmensas praderas naturales, se ocupó en criar ganado vacuno, ovino y caballar, tarea relativamente fácil y que no requiere muchos brazos.

Más tarde, con el aumento de población, a la industria pastoril agregó la agrícola. Y ¡cómo será de feraz nuestro suelo! apenas hace veinticinco años que la Argentina comenzó a dedicarse seriamente al cultivo de los cereales, y ya es considerada uno de los mayores *graneros del mundo*.

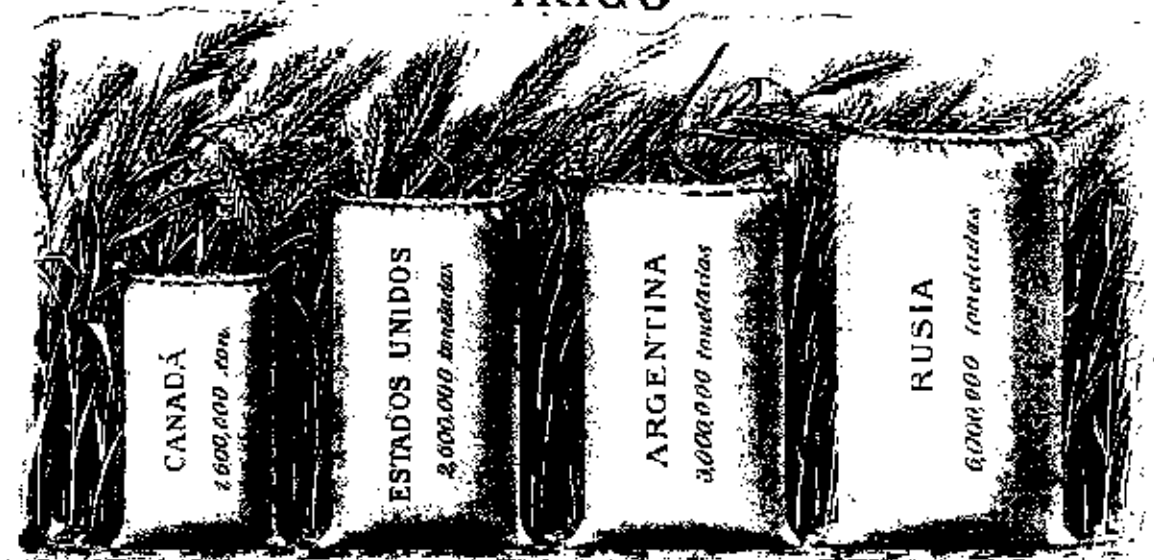


El mismo atado de lana camino a la barraca, donde la enfardan para enviarla al extranjero.

Siguiendo en esta vía de progreso, es natural que antes de mucho tiempo las industrias manufactureras, que ya empiezan a florecer entre nosotros, adquieran gran desarrollo. Entonces muchos de los objetos que hoy recibimos del exterior se fabricarán aquí, con materias que el país produce y en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de toda la población.

Ya ven, pues, mis queridos amiguitos, cuán infinita

TRIGO



MAIZ



LINO



Proporción en que los principales países productores exportan cereales a aquéllos cuya producción no alcanza a satisfacer las necesidades de su consumo interno.

variedad de trabajo productivo brinda a sus hijos nuestra tierra. Cada uno de ustedes podrá dentro de pocos años, con el auxilio de la inteligencia que cultiva ahora en la escuela, labrar su propio bienestar y el engrandecimiento de nuestra patria, dedicándose a alguna de las tantas industrias que faltan aún en ella.



La mayor parte del trigo y del maíz que se produce en nuestro suelo es llevada a los elevadores de granos para ser exportada.

INVESTIGACIONES. — *¿Podrían decirme qué productos de los tres reinos existen en la localidad en que viven, e indicar los que se producen espontáneamente y los que son resultado del trabajo o cuidado del hombre? ¿Cuáles son materia de comercio interior y cuáles de comercio exterior? ¿Hay algunos productos que no siendo aún materia de comercio podrían serlo, si los habitantes se dedicaran a ello? ¿Cuáles son los productos que más exporta nuestro país? ¿A qué países los envía?*

PROCEDENCIA DE LAS COSAS MÁS COMUNES

— Oye, Martín, ya tenemos un juego para esta noche.

— ¿Cuál? Armando.

— Lo que papá leía ayer me ha sugerido una idea. Si mal no recuerdo, decía que muchos, muchísimos objetos que usamos diariamente y en los que no paramos nuestra atención, han hecho hasta llegar a nosotros, un largo viaje desde los puntos más lejanos y opuestos de la Tierra. La cosa me pareció tan interesante y nueva que desde ese momento estoy procurando descubrir la procedencia de cuanto objeto veo en casa, en la escuela o en la calle. ¡Vieras qué entretenido resulta! Te invito, pues, a que juguemos a eso.

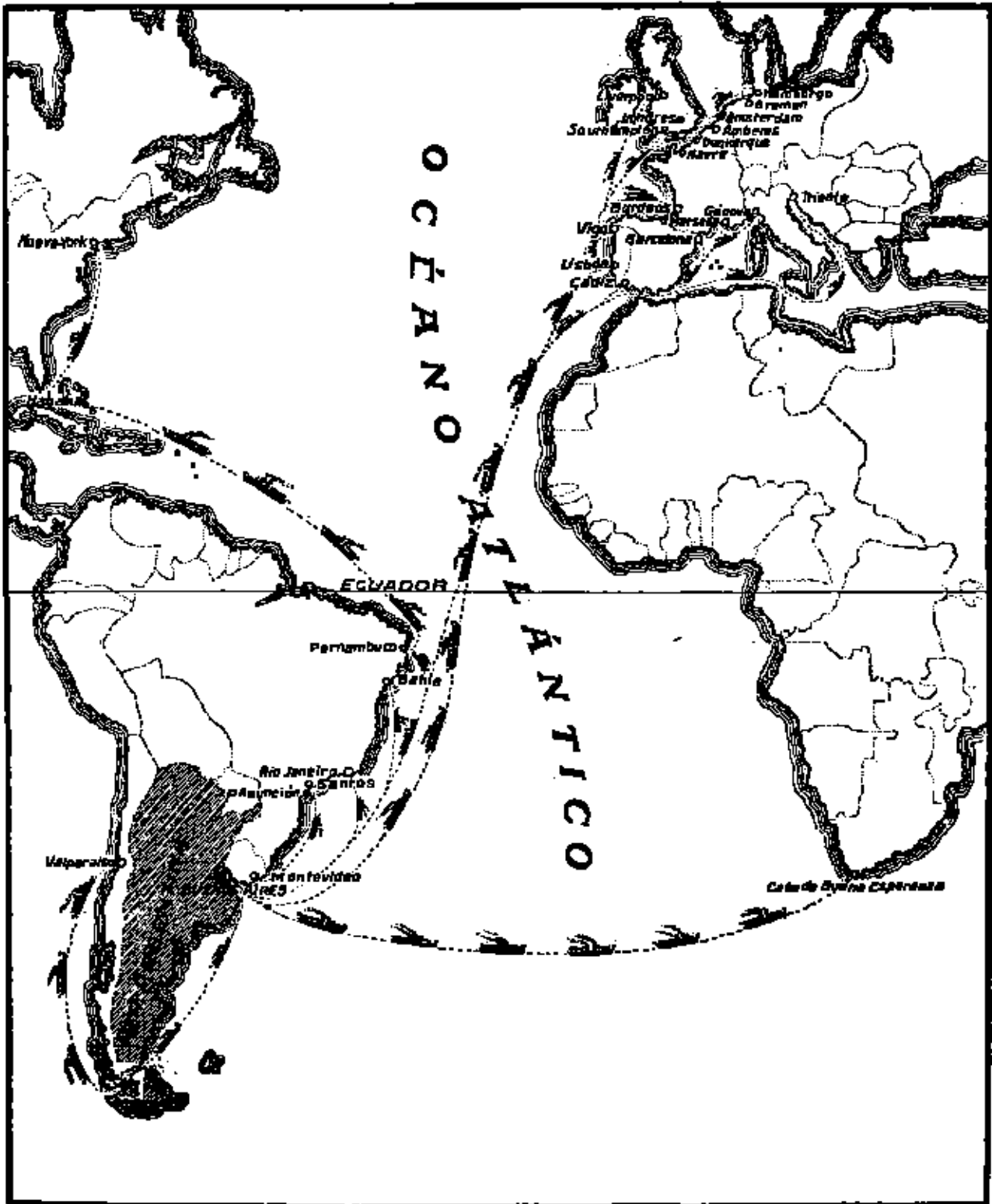
— Aceptado; me gusta tu idea.

— Aquí tengo unas hojas de papel; mientras tú apuntas los objetos yo buscaré su procedencia en los libros, y después alternaremos la tarea.

Empecemos por las cosas que comemos y bebemos todos los días. La carne y las legumbres frescas ya se sabe que proceden de nuestra campaña, tan rica en productos de la agricultura y la ganadería.

— Sí, pero las legumbres secas y en conserva vienen de Italia, España y Francia, lo mismo que los mariscos.

— No todas proceden de esos puntos, pues en casa sabemos comer julianas y conservas de legumbres muy buenas, fabricadas en uno de los pueblos del sur de la provincia de Buenos Aires, cuyo nombre no recuerdo en este momento.



La Argentina mantiene activo comercio de importación y exportación con las ciudades marítimas indicadas en este mapa, mediante numerosas líneas de vapores.

— El aceite con que se prepara las comidas nos viene, en latas o botellas, de los países que acabo de nombrar.

— Y los fideos también nos llegan de Italia.

— No, que aquí hay muchas fábricas.

— Sin embargo, oye lo que dice este libro: «Aunque en la República Argentina existen numerosas fábricas de fideos que proveen este artículo en buenas condiciones, el



Fábrica del cemento armado que se usa en las construcciones.

país importa gran cantidad de pastas alimenticias finas y delicadas, principalmente de Italia.»

— Entonces quiere decir que también comemos fideos italianos.

— Y comemos arroz del Piamonte, de la Carolina y de Bremen, pues el que se produce en Tucumán y en Misiones no basta para el consumo.

— Y el té, ¿verdad que es extranjero?

— Claro que sí; sólo se produce en China, India y Japón. Los ingleses lo llevan a Europa y de allí lo recibimos. El café también es extranjero.

— ¡Ah! sí, viene del Brasil, donde hay inmensas plantaciones.

— Este libro dice que no sólo consumimos café brasileño, sino también de Puerto Rico, Guatemala y Arabia. En nuestra tierra no se cultiva el café, a pesar de existir



Taller de ebanistería y carpintería.

regiones adecuadas para ello en la provincia de Salta y gobernaciones de Formosa y de Misiones.

— Ahora pasemos a los materiales de construcción.

— Eso es; será divertido ver de dónde vienen las cosas con que ha sido hecha nuestra casa.

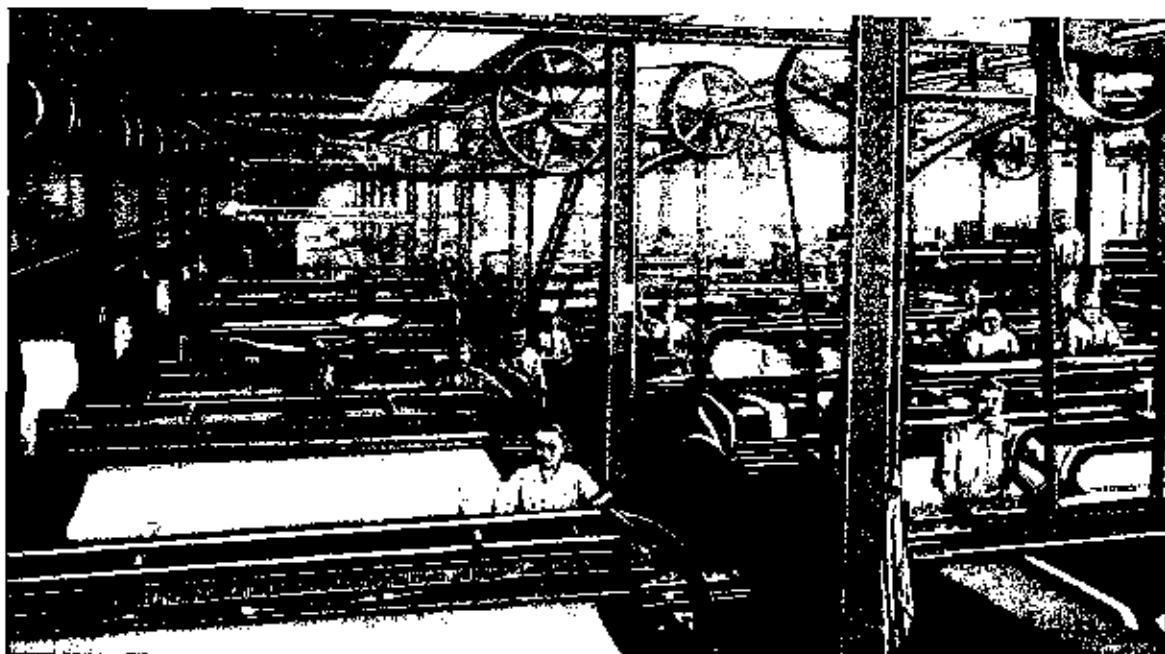
— Empecemos por la arena, la cal y la tierra romana.

— La arena abunda en nuestra tierra, pero la más buscada es la de la República Oriental; la cal existe igualmente

en nuestro país y las mejores clases son las del Azul y de Córdoba; la tierra romana la compramos a Francia e Inglaterra.

— Los mosaicos y baldosas son fabricados en el país, pero los mejores y más solicitados, así como la pizarra, vienen de Francia, Inglaterra y Alemania.

— ¿Y los tirantes?



Fábrica de tejidos: los telares.

— ¡Vaya con la pregunta! y ¿de dónde han de venir sino de los *quebrachales* del Chaco y Santiago del Estero?

— Eso ya lo sé; pero me refiero a los tirantes de acero.

— ¡Hombre!... no acierto...

— Busca entre los artículos de hierro.

— Tirantes, tirantes... Aquí está. Vienen de Bélgica y Estados Unidos, pero aquí se los fabrica también. Bélgica nos manda también los vidrios para las puertas y ventanas.

— En cuanto al pino blanco y de tea para pisos, he

oído decir que vienen de los Estados Unidos y de Noruega.

— Y los mármoles, de Italia; pero también son muy buscados nuestros hermosos ónix de San Luis.

— Y los adoquines, ¿de dónde vendrán?

— Los de *granito* los traen del Tandil y de la provincia de Córdoba. Pero ¿y los adoquines de madera?

— Ésos vienen de Santiago del Estero y del Chaco.



Preparando fruta para el comercio interior.

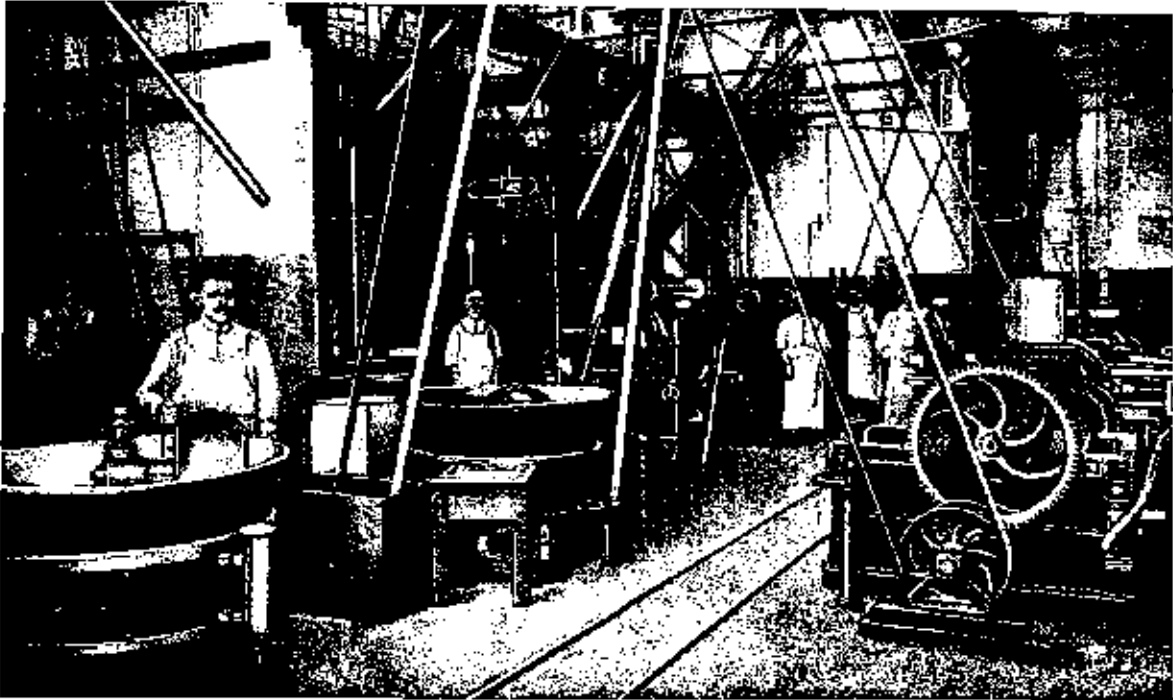
— Tendría curiosidad de saber de dónde viene el asfalto, que tan lindo aspecto da a las calles.

— Busquemos... Aquí está: «El asfalto o betún negro, no es un producto muy abundante; sólo en determinadas regiones del mundo se le encuentra. El *Lago de la pez*, en la isla de la Trinidad, es el depósito más considerable que existe. Nuestro país, como muchos otros, lo compra allí.»

— Esto sí que es enteramente nuevo para mí.

— Y para mí. Ocupémonos ahora de los vehículos, maquinarias e instrumentos de metal.

— Las locomotoras las compramos a Inglaterra, que nos vende también los buques y los rieles. Los Estados Unidos nos envían trilladoras, segadoras, máquinas para sembrar, instrumentos de labranza, máquinas de coser y tranvías.



Elaboración del chocolate.

— De Francia proceden los instrumentos científicos. En cambio, Alemania y Bélgica nos envían armas.

— Averigüemos ahora la procedencia de los artículos del traje.

— Las telas de algodón vienen mayormente de Inglaterra.

— Y las de seda y lana de Francia, que tiene fama de ser el país donde mejor se fabrica las cintas, los guantes, los artículos de punto, los sombreros de fieltro y los encajes.

— El calzado es fabricado aquí, pero lo traen también

de Suiza, Inglaterra y Francia. De Rusia y el Canadá nos envían hermosas pieles de abrigo.

— Ahora, uno de nosotros dirá un artículo y el otro buscará su procedencia, ¿quieres?

— Empecemos. ¿El hilo de coser?

— De Inglaterra. Ahora yo pregunto: ¿El papel secante?

— De Alemania. ¿El carbón de piedra?



Fabricación del almidón: las centrifugas.

— De Inglaterra. ¿El azufre?

— De Italia. ¿Los espejos finos?

— De Venecia. ¿Las alfombras?

— De Bélgica y Persia. ¿Las velas de estearina?

— La mayor parte son fabricadas aquí, pero las más finas vienen de Bélgica y Alemania. ¿Los pianos?

— De Alemania, Francia y Estados Unidos. ¿Y los fósforos?

— De la República Argentina. Pero basta por hoy; ya iremos enriqueciendo nuestra lista un poco más cada día.

TRABAJO Y PROPIEDAD

Si les digo a ustedes que todos sin excepción somos *propietarios*, tal vez me mirarán con cara de incredulidad o de sorpresa. Y sin embargo es así, y lo repito: todos sin exceptuar uno solo, somos propietarios.

¿O se imaginan ustedes que lo son únicamente los dueños de extensos campos, de casas, de fábricas o de dinero, cosas que los niños no pueden tener? Pues están equivocados; los que tales bienes poseen son el menor número y sin embargo no hay sér humano que no sea propietario de algo de que nadie puede despojarlo. ¿Qué es ese *algo*? La inteligencia, pues; esa inteligencia que están ustedes cultivando en la escuela y que en mayor o menor grado poseen todos: hombres y mujeres, chicos y grandes.

Y no vayan a creer, ni por un momento, que la inteligencia nos haga menos ricos que el dinero; al contrario, éste puede perderse o acabarse, mientras que aquélla, si ha sido bien cultivada procura mil medios de vida.

Si por el solo hecho de nacer somos dueños de un dón tan grande que nos permite alcanzar los mayores bienes y satisfacciones, se comprende que en nuestras manos está sacar el mayor provecho de él.

Así, cuando ustedes hayan hecho los estudios generales necesarios, lo natural será que cada uno se dedique al estudio o trabajo que prefiera o le sea más fácil. Y por tanto, a la vuelta de algunos años, del grupo que ustedes forman en su clase, saldrán ingenieros, agrónomos, dibu-

jantes, médicos, profesores, industriales, comerciantes y demás individuos útiles; porque, seguramente, no habrá uno solo de ustedes que prefiera la holganza a la vida digna del que se gana el propio sustento y contribuye al bienestar de los demás.

Todos los pueblos civilizados reconocen que los individuos son dueños del dinero que ganan trabajando, de los



Plaza del Congreso en la Capital federal.

inventos que hacen, de los libros que escriben, de los cuadros que pintan, y de todo aquello, en fin, que sea obra de su inteligencia y de su trabajo.

Por eso las leyes de todos los países castigan a los que se apoderan de lo ajeno, por insignificante que sea el valor de la cosa robada, reconociéndose en todo el mundo que la *propiedad es un derecho sagrado* que el hombre adquiere por el solo hecho de nacer dotado de inteligencia y capaz de trabajar.

Pero si un individuo no puede privar a otro de su propiedad, en cambio hay casos en que el gobierno puede y debe hacerlo; un ejemplo: cuando con motivo de las fiestas del Centenario argentino, y para dar mejor perspectiva al Congreso nacional, los legisladores resolvieron abrir una plaza en el sitio ocupado por dos manzanas de casas situa-



Avenida de Mayo: para abrir esta vía se expropiaron muchas casas y terrenos.

das frente a aquél, ¿cómo consiguieron el espacio necesario, que era de propiedad particular? Haciendo lo que tan sólo el gobierno está autorizado a hacer: *expropiando* ambas manzanas, demoliendo sus edificios y abriendo la plaza.

Expropiar es comprar su propiedad a un individuo aun contra su voluntad; no es despojarle injustamente, ante todo porque el gobierno le paga no sólo el valor de la

finca, sino también los gastos y perjuicios que le origina; y en segundo lugar, porque si bien es cierto que se priva de su propiedad a *uno* o a *unos cuantos individuos*, se hace tal cosa en beneficio de *toda la población*, y siempre debe preferirse el bien *general* al *particular*.

Del mismo modo que en el caso citado, puede proceder el gobierno cuando se trate de la apertura de una calle, de la construcción de una vía férrea o de un edificio público (hospital, escuela, asilo, teatro, biblioteca).

No sólo se expropian *bienes raíces* sino también documentos y cuadros célebres, muebles y objetos pertenecientes a grandes hombres y otras cosas de valor histórico de propiedad de particulares y que el Estado considere que debe conservar en sus museos.

Cuando una persona inventa un remedio, por ejemplo, y quiere aprovechar de su invento, se dirige al gobierno, quien le acuerda una *patente*, reconociéndolo dueño exclusivo de tal invento por un número variable de años, según los casos; transcurrido ese tiempo, el invento pasa a ser propiedad del Estado.

En resumen, la propiedad, en sus diversas formas, es un derecho asegurado a todo habitante del país, sin más restricciones que las que imponen las conveniencias generales. Fuera de este caso, ni los particulares ni el Estado tienen derecho para privar a nadie de su propiedad.

BIENES COMUNALES

(Reflexiones de un niño)

Mi casa está situada en la sección 3^a; en la misma sección viven muchísimas familias, de las cuales conozco algunas solamente. Mientras unas familias poseen lujosos palacetes, otras habitan modestas casitas, y no faltan las que sólo disponen de una pieza en una gran casa de vecindad.

Aunque los habitantes de la sección poseamos bienes particulares de muy diverso valor, todos tenemos igual derecho a ciertas cosas que existen en aquélla. Cuando por las tardes voy a jugar con mis hermanos a la plaza, encontramos allí muchos otros niños que juegan también, y personas mayores que pasean por los jardines u ocupan los bancos. A ninguno se le ocurre que haya entre los concurrentes quien tenga más derecho a frecuentar la plaza, ni nos sentimos molestos porque otros jueguen o paseen en ella a la par nuestra.

En la parroquia hay varias escuelas, cuyos edificios no han sido construidos ni amueblados por tal o cual vecino, sino por el Consejo de Educación, que es una rama del gobierno encargada de que todos los niños reciban la instrucción primaria. Mi hermano Manuel y yo concurrimos a una escuela de varones. Tanto a la que concurrimos nosotros como a la que frecuentan mis otros amigos, van muchísimos niños. A la mía concurren cerca de cuatrocientos, y entre ellos los hay que pertenecen a familias pudientes y a familias obreras. Todos llaman a la escuela

su escuela y yo la llamo *mía* cuando hablo de ella; y ¡cosa extraña! nunca disputamos por eso. Sin embargo, si un niño estuviera remontando su barrilete y otro le dijera: «préstame *mi* barrilete un momento», es casi seguro que el primero le diría: «perdona, pero el barrilete es *mío* porque yo lo he comprado».

Las veredas por las cuales transitamos son propiedad de

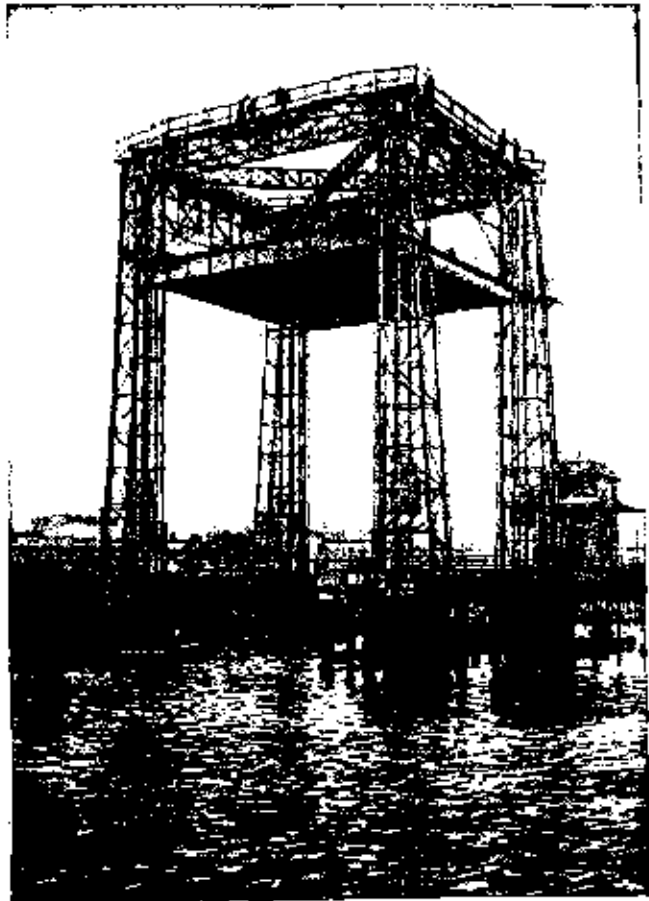


Plaza de Mayo (Paraná). En todas las ciudades y pueblos hay plazas que pertenecen al público.

todos; las bibliotecas sostenidas por el Estado pueden ser frecuentadas por cualquiera que desee leer e instruirse; los hospitales y asilos reciben sin distinción a los enfermos pobres o sin familia, a los huérfanos abandonados y a los ancianos que carecen de medios. Los árboles que adornan las calles y los faroles que las alumbran pertenecen a todos y no al dueño de la casa en cuyo frente se hallan colocados. Los paseos públicos están abiertos para todos los que quieran concurrir a ellos a recrearse o respirar aire puro.

Existen, pues, muchas cosas que pertenecen a todos los habitantes del país, sean nacionales o extranjeros, ricos o pobres, grandes o pequeños, pero de las cuales nadie puede disponer en su exclusivo beneficio particular, privando de ellas a los demás. Así, el más respetado vecino no tendría derecho para oponerse a que concurran a una escuela pública otros niños que los suyos o los que él indicara, ni para sacar un árbol de la calle y ponerlo en su quinta.

Esos bienes de que todos podemos disfrutar, pero de los que nadie puede apropiarse impidiendo que los disfruten los demás, llámanse *bienes comunales* y se diferencian de los *bienes privados* o particulares, en que éstos pertenecen a los individuos por haberlos adquirido mediante



Puente levadizo sobre el Riachuelo (Capital federal). Todos los habitantes pueden transitar libremente por él.

compra o donación, mientras que aquéllos pertenecen a todo el pueblo por igual, por haber sido costeados con el dinero de todos, entregado en forma de impuestos al gobierno.

LAS MUÑECAS DE MATILDE



Señora en traje de paseo
año 1821.

Mi amiguita Matilde, que cursa el cuarto grado, tiene particular afición por el estudio de la historia. Ha reunido ya una gran cantidad de libros y grabados, y los juegos que más la entretienen consisten en la reproducción de cuadros históricos por medio del trabajo manual. No conozco



Un elegante
en 1834.

niña más hábil que ella en esa tarea. El año pasado hizo una reproducción en barro de la ciudad de Buenos Aires tal como la fundó Mendoza, basándose para ello en un planito que trae uno de sus libros.



El peinetón en 1832.

Hace pocos meses, fuí a visitarla y me mostró una nueva obra de sus manos; era una miniatura del antiguo Cabildo, hecha con tiritas de cartulina que había cosido y pegado entre sí, pintando después los balcones, las puertas y el reloj. Daba gusto verlo.

Pues ¿qué se les ocurre que ha hecho ahora? Ha vestido una porción de muñecas, siguiendo las modas que se han usado en nuestro país en diversas épo-

cas. ¡Vieran qué colección más curiosa resulta!

La verdad es que después de verla, se le ocurre a uno que Matilde tiene mucha razón cuando dice que su manera de estudiar la historia es la más divertida y hace que no se olvide lo leído.

Por eso le pedí que me dejara tomar una fotografía de cada muñeca y anotar al pie el año en que se llevó el respectivo traje, pues estoy segura de que mis amiguitas me lo agradecerán y más de una imitará a Matilde en su manera de estudiar la historia patria.



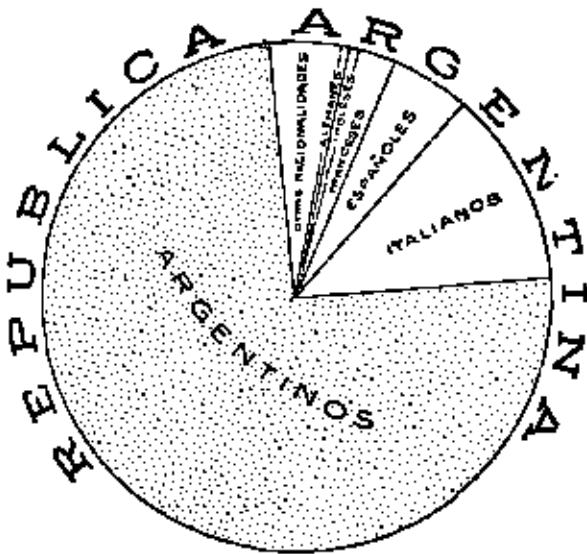
Una de nuestras abuelitas
en 1847.



Reunión de damas en 1852.

PARA TODOS LOS HOMBRES DEL MUNDO

— Tío Carlos, ¿quieres que te cuente una cosa?



Composición de la población de la Argentina.

— Veamos de qué se trata.

— Antes prométeme no decir nada a nadie, porque ¿sabes? se trata de un secreto.

— Convenido.

— ¿Conoces a Luisa, mi compañera de clase?

— La conozco.

— Su papá es italiano.

— Y ¿qué hay con eso?

— ¿Te parece poco?

— ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con tu secreto!

— ¿De qué te ríes? ¿Lo sabías ya?

— Lo había sospechado por el apellido de la niña; pero me río porque lo dices con tanta reserva y exiges que no lo cuente a nadie.

— Es que ella no quiere que se sepa la nacionalidad de su padre.

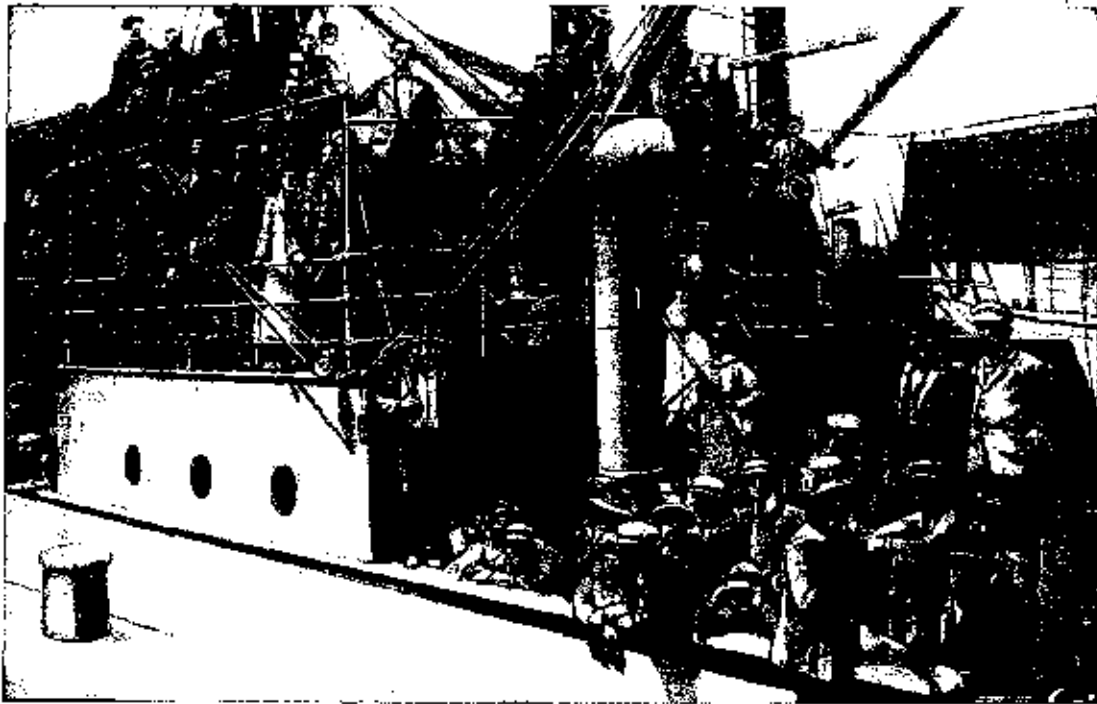
— No veo el motivo, mi buena Josefina.

— Dice que quizá las otras niñas del colegio dejen de quererla por eso.

— Pero, ¿está loca tu amiguita? ¿Acaso ha oído alguna vez que los argentinos tengamos otra cosa sino cariño a los extra jeros que lo merecen, se entiende?

— Ella dice que como todas las chicas de la escuela son tan patriotas...

— ¡Patriotas! ¡patriotas! Y ¿quien le ha dicho que son buenos patriotas los que sólo reconocen méritos en aquellos que han nacido en su tierra? Mira, cuando te vuelva a decir semejante tontería, dile que no tema que un verdadero argentino deje de amar y respetar a su padre por el mero hecho de ser extranjero.



Vapor que trae inmigrantes, atracando a la Dársena Norte.

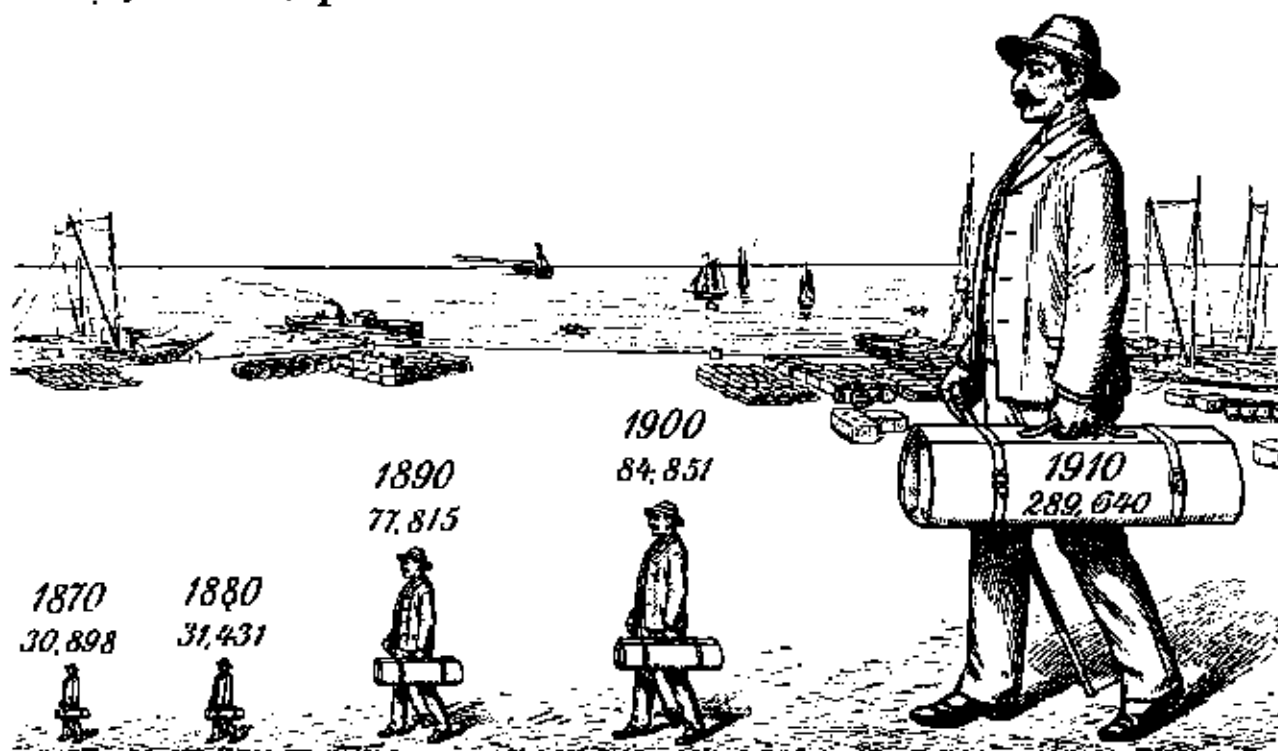
— Algo así le había dicho yo, pues me parecía que hubiera sido injusto hacerla a un lado por ser hija de extranjeros; pero a decir verdad no se me ocurrió jamás que tanto favor nos hicieran los hombres de otros países con venir al nuestro.

— Sin embargo, así es. La República Argentina posee un inmenso territorio, gran parte del cual todavía puede considerarse desierto.

— No lo parece; lo que es por la tarde apenas se puede caminar por las calles; y para conseguir un asiento en el tranvía ¡ya hay que esperar!

— Es que tú te refieres a la ciudad capital que habitas; pero, dime, ¿hallas tan concurridas las calles de San Antonio de Areco en los meses de verano que pasamos allá?

— ¡Ah! no, por cierto.



Aumento progresivo de la inmigración en la Argentina.

— Y sin embargo, ese pueblo está como si dijéramos a la vuelta de la esquina, respecto de otros puntos de la República, para llegar a los cuales hay que viajar días y días. Figúrate cuánto menos habitantes habrá en esos villorrios de la Patagonia o del Chaco. Los viajeros cuentan que se recorre leguas y leguas sin encontrar un rancho y mucho menos una persona.

— ¿Es posible? ¡Cuánto peligro se correrá!

— Mucho. Un viajero puede perecer de sed o de hambre, o ser asaltado por los indios que todavía tienen sus madrigueras en algunos lugares, sin esperanza de recibir socorro humano alguno. Fíjate ahora en esto. Tú habrás oído decir más de una vez que nuestro país es muy rico, ¿no es así?

— Así es.

— Si estando tan despoblado puede ser rico, ¿cuánto más lo sería si hasta el más remoto rincón de su suelo estuviera completamente habitado por hombres civilizados y laboriosos? Hay zonas excelentes para el cultivo de muchas plantas útiles o para la cría de ganado; hay regiones mineras que nadie explota porque se hallan muy distantes de las pobla-



Monumento obsequiado a la Argentina por los residentes franceses, que contribuyen con su trabajo al progreso de ella.

ciones y sería penosísimo vivir allí e imposible exportar los productos por falta de medios de transporte; hay bosques de maderas preciosas que no se las aprovecha por falta de personas que efectúen ese trabajo; hay, en fin, mil veces más riquezas que las que nuestra población actual puede explotar. Ya ves, pues, cuánta falta nos hace que cada año

vengan millares de europeos, unos para poblar los desiertos y transformarlos en ciudades y pueblitos llenos de vida y seguridad, otros para labrar la tierra o establecer industrias que utilicen nuestros productos naturales.

Muchos hombres como el papá de Luisa hacen falta todavía y ojalá vengan cada vez en mayor número, seguros de que los recibiremos con los brazos abiertos.

Reconociendo esa necesidad, que se ha hecho sentir desde que nació la Argentina, nuestra Constitución acuerda el mayor número de seguridades y ventajas a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino. Así, pues, los extranjeros gozan, a la par de los argentinos, del derecho de ser propietarios, de trabajar, de comerciar, de entrar y salir del territorio, de tener escuelas y profesar la religión que quieran y hasta de participar en el gobierno municipal.

¿Comprendes ahora, por qué me han sorprendido las ideas de tu amiguita?

— Sí, tío Carlos; te aseguro que Luisa va a quedar convencida con lo que le diré mañana.

— Dile, querida sobrina (y con ello le dirás una gran verdad), que todo argentino que ama sinceramente a su patria, agradece a los extranjeros que vengan a trabajar por su progreso; y dile también que nuestro corazón estará siempre abierto, como lo está nuestra tierra, para todos los hombres del mundo, honrados y laboriosos, que quieran venir a habitar el suelo argentino.



EL «DOCTOR BUENO»

La pobre Chichí, la rubita de cabellos ensortijados y larga carita pálida, había quedado esa mañana en el hospital de niños. Su madre, modesta obrera, sin más recursos que los que le proporcionaba su trabajo, se veía en la imposibilidad de atender en su propio domicilio a la enfermita, y la pobre niña estaba muy enferma.

¡Pobrecita Chichí! ¡Con qué ojos de angustia miró a su madre, cuando ésta, acariciándola tiernamente, la puso en brazos de la enfermera, diciendo que volvería por ella en seguida! La chica tenía un miedo terrible a los médicos, pues ya una vez la habían hecho sufrir curándola con una substancia muy fuerte la dolorida garganta; a me-

nudo le recetaban bebidas muy amargas que debía tomar varias veces en el día. ¿Qué irían a hacer con ella ahora, en ese inmenso hospital donde siempre se sentía fuerte olor de drogas y donde había tantos médicos de cara seria y muchas enfermeras de delantal blanco? ¡Pobre Chichí! ¡Con qué desconsuelo lloraba, hundiéndose los puñitos en sus lindos ojos azules que se ponían rojos; y con qué desesperación llamaba en medio de sus sollozos: «¡mamá! ¡mamá!» La enfermera trataba de consolarla hablándola cariñosamente, pero Chichí no quería ser razonable, y acabó por pegarla para escapar de sus brazos.

Pero todo fué inútil; la enfermita quedó en el hospital. La acostaron en una cama, en un gran salón donde había muchos otros niños que no lloraban y se estaban quietecitos. Chichí tuvo vergüenza de ser la única que llorara, y calló; pero no por eso quedó más conforme. Se metió bajo las cobijas, ocultando su carita con el brazo hecho un arco y no quiso saber nada de nadie. En vano la enfermera y el practicante la hablaban, preguntándole qué le dolía; en vano le ofrecieron una bebida y hasta pastillas dulces. Chichí meneaba su rubia cabecita dando a entender que nada quería, pero sin pronunciar palabra.

Al fin el practicante, después de examinarla muy ligeramente, pues la rebelde chiquilla no permitía siquiera que le tomaran el pulso, volvióse a la enfermera y le dijo: «Dejémosla; cuando venga el doctor la examinará como se debe.» Y se retiraron.

«La examinará como se debe», quedó repitiendo la enfermita. ¿Qué habían querido decir con eso? ¿La ha-

rían daño? ¿Volverían a quemarle la garganta? ¡Ah, pobre Chichí! ¡Y su mamá que no estaba ahí para defenderla de esos hombres tan malos! ¿Por qué no volvía como le prometiera al dejarla? Un sollozo salió de la camita blanca, y, bajo los cobertores, el delgado cuerpecito se estremeció de miedo y de pena...

De pronto, Chichí se incorporó en la cama y miró asustada abriendo tamaños ojos y sacudiendo su melenita leonada. Se había dormido llorando y he aquí que, en sueño, había oído la voz de la enfermera que decía: «Daré mucho trabajo, señor doctor; es una chica muy nerviosa que no quiere tomar los remedios ni dejarse tocar.» Entonces, ¿había llegado el doctor, que la examinaría a la fuerza? Sí, ahí estaba; era un señor alto, de larga pera gris y de cara seria. Chichí no vió más; se echó de bruces sobre la almohada y empezó a gritar desesperadamente: «¡Mamá! ¡mamá! ¡No quiero que me curen! ¡No quiero!»

La enfermera trató de calmarla, pero en vano; su voz no se oía siquiera, tales eran los gritos de la chica. Los demás niños asomaban sus cabecitas sobre la baranda de las camas y miraban ansiosamente. Una chica de unos diez años, le decía desde su lecho: «No tengas miedo, el doctor es muy bueno». Pero la pobre no podía hacerse oír de la chillona; sólo el doctor la oyó y, sonriendo, la acarició con su manaza de buen papá grande.

Chichí continuaba gritando; y lo que es peor pataleando y mordiéndose las manos; sin duda iba a ser presa de un ataque de nervios. El doctor inclinóse en tanto sobre la cama y, acercando su cabeza a la de la niña, le dijo algunas

palabras al oído. Luego apoyó la mano en la espalda de la chiquilla y, tomando con la otra las cobijas, la arropó bien y la besó.

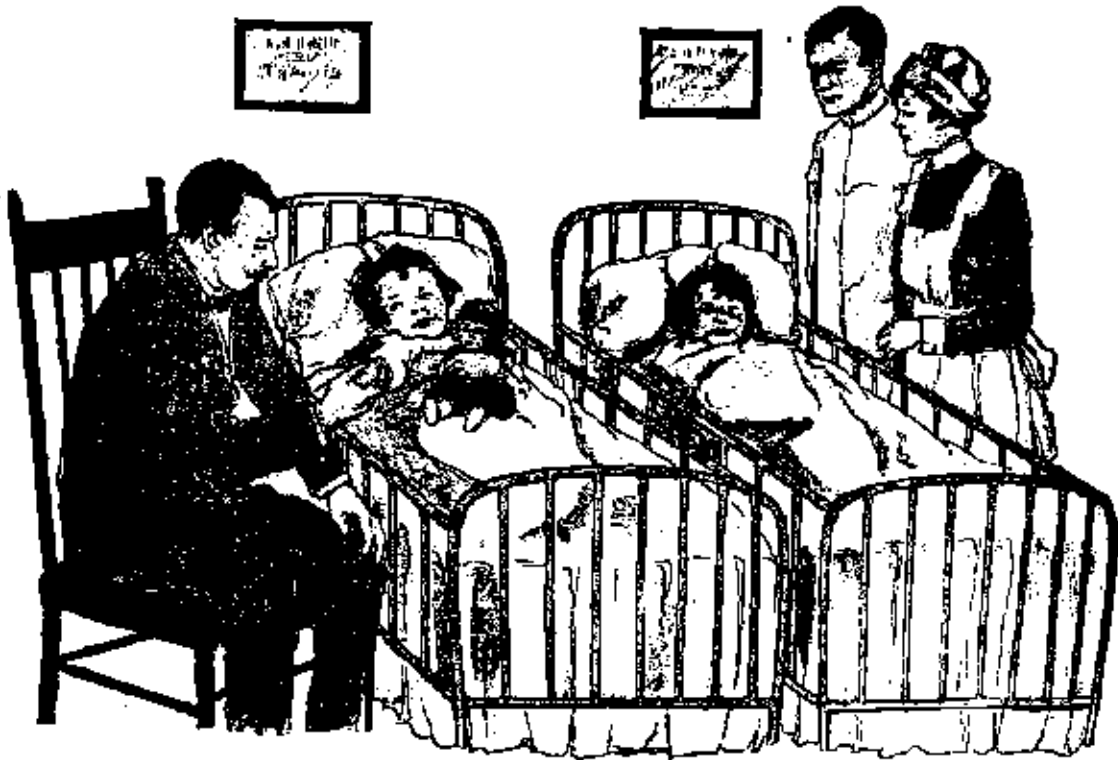
La enfermera y el practicante sonreían; los chicos seguían mirando. ¿Qué era aquello? Lo de siempre, una enfermita rebelde que cedía ante el buen doctor. Chichí ya no chillaba; verdad es que seguía llamando a su mamá, pero no ya con la desesperación de momentos antes. Ladeando la cabeza sobre su almohada, miró por entre los dedos de la mano con que, a modo de pantalla, cubría su carita. El doctor proseguía inclinado hablándola; luego se sentó junto a la cama y extendiendo su mano abierta, con la palma hacia arriba, consiguió que Chichí dejara en ella la suya diminuta. El bonito rostro pálido quedó al descubierto, y los antes azorados ojos empezaron a mirar sin desconfianza al temido doctor.

«Hijita mía —le decía éste entre tanto, —yo no vengo a curarte, porque lo que tú tienes se te pasará con dos días que guardes cama y con un jarabe muy rico que te voy a mandar de la confitería. Vengo solamente a hacerte una visita de parte de tu mamá, que no puede venir hoy porque tiene mucho que hacer en casa; y te traigo esta muñeca.»

Al decir esto, el buen doctor sacó del bolsillo de su sobretodo un paquete que dejó sobre la cama. Chichí no lloraba ya; su carita expresaba curiosidad e interés. Al ver el paquete se incorporó a medias, y entonces el doctor la sostuvo en sus brazos, pues la enfermita estaba muy débil. La ayudó a desenvolver el paquete y ¡era cierto! una

linda muñeca con traje y sombrero rojos, apareció ante la vista de la pequeñuela. ¡Oh! ¡Qué grito de placer dejó escapar! ¡Con qué alegría estrechó la muñeca contra su corazoncito y la cubrió de besos! Ya no recordaba que tenía a su lado enfermeras y médico.

Todo su interés se concentró en la muñeca; una mu-



ñeca como nunca había tenido, pues la mamá de Chichí era muy pobre. ¡Qué bueno era ese señor! Y dominada por este pensamiento apoyó confiadamente su afebrada cabecita en el hombro del médico, y cuando éste le dió un beso en los rizos, Chichí se volvió y lo besó cual habría hecho con su abuelito.

— Te quiero mucho, ¿sabes? — le dijo sin mayores ce-

remonias. — Te quiero porque eres bueno conmigo. Y tú, ¿por qué me quieres?

— Porque eres chiquita — le contestó el buen doctor.

— Entonces — continuó la niña, — quédate conmigo; porque si te vas el médico querrá curarme la garganta, y me duele cuando me la curan, ¿sabes?

— Pero, ¿tienes tú algo en la garganta? — preguntó su amigo, fingiendo asombro.

— Creo que sí — respondió Chichí; — mira.

Y al decir esto abrió la boca haciendo un gran esfuerzo para que resultara grande, y el doctor pudo examinar a su gusto la garganta de la niña, sin que ésta opusiera la menor resistencia.

— ¡Oh! no es nada — díjole al terminar. — Dentro de tres días estarás curada si eres ju-



Doctor Ricardo Gutiérrez.

ciosa y tomas la bebida que te dará la enfermera.

Chichí sacudió afirmativamente la cabeza y preguntó con la mayor seriedad:

— ¿Podré darle un poco a la muñeca?

— ¡Cómo no! — repuso el médico. — Así no habrá peligro que se enferme mientras la mamá sana.

Momento después, el doctor se despedía de su amiguita, quien, acariciándole la barba gris, le dijo cariñosa:

— Pero vuelve pronto, ¿eh? Vuelve.

Chichí estuvo, no tres días, sino tres semanas en el Hospital de niños; y sin embargo, su humor cambió totalmente, tanto que la pobre madre no sentía ya esa pena horrible cada vez que, después de una corta visita, debía retirarse; porque Chichí era feliz en su camita, donde casi todos los días iba a verla su gran amigo, con el que se dejaba curar casi sin llorar, porque sabía decirle palabras muy dulces y le llevaba siempre alguna sorpresa en los bolsillos. La chica acabó por llamarlo el *doctor Bueno* y el nombre pareció agradar a los demás niños del hospital, quienes así que lo veían cruzar el jardín en dirección a la sala, exclamaban con júbilo: «¡Ahí está! ¡Ahí viene el *doctor Bueno!* Chichí.»

Quien sabía conquistar así el corazón de los niños, era el doctor Ricardo Gutiérrez, fundador del hospital en que Chichí se asistía. Amaba tanto a la infancia que concluyó por dedicarse exclusivamente y con sin igual cariño a aliviar los sufrimientos de millares de niños.

Muchas madres, a cuyos hijos salvó la vida, recordarán siempre con cariño al gran médico argentino de alma grande y corazón sencillo que supo, a la vez que curar los males de esos débiles cuerpecitos, alegrar sus almas hablándoles el lenguaje que ellos pueden comprender y presentándose como su mejor amigo.

Ricardo Gutiérrez fué también poeta, y sus obras están llenas de sentimiento y amor hacia la humanidad.

LOS HUÉRFANOS

(FRAGMENTO)

Cuando el estruendo del festín resuena
En torno de tu mesa regalada
Y entre las ondas del quemado aroma
El rumor de los brindis se levanta,
 ¡ Acuérdate de aquéllos
Que a los umbrales de la puerta llaman !

Cuando en el día de tus padres, gires
En el salón de la revuelta danza
Y dejes, al pasar enternecido,
El beso de tu amor, sobre sus canas,
 ¡ Acuérdate de aquéllos
Que sólo al borde de su tumba pasan !

.

Cuando en las horas de la noche negra
Contra tus muros la tormenta brama
Mientras en lecho de mullida ropa
Junto a los hijos de tu amor descansas,
 ¡ Acuérdate de aquéllos
Que al solo amparo de los cielos andan !

Y cuando el rayo del albor primero
Entre por el cristal de tu ventana
A encender bajo el párpado que duerme
El fuego de la vida en tu mirada,
 ¡ Acuérdate de aquéllos
Que no despiertan más en la mañana !

¡ Ah ! piensa que el Señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma
Y sobre el cielo de la tierra triste
El sempiterno hogar de la esperanza !

RICARDO GUTIÉRREZ.
(Argentino.)

COMERCIO LIBRE Y MONOPOLIO

Irene tiene especial predilección por los juegos que imitan lo que hacen los grandes.

Ayer imaginó organizar una casa de modas en un rincón de la pieza de estudio. Era de ver con cuánta habilidad la arregló, empleando como maniquíes, muñecas enteras o



De los buques las mercaderías extranjeras pasan a los depósitos de Aduana, y de éstos a las casas de comercio.

rotas, vestidas con los trajes y sombreros que ella misma había confeccionado. Pero como ha oído decir que las grandes tiendas traen vestidos y otras prendas de París, ha organizado también un departamento de su casa de modas, donde exhibe artículos extranjeros, que dice recibir directamente de grandes casas en el ramo.

Interesado en el juego de su hermanita, que encontraba muy ingenioso, Arturo determinó tomar parte en él, des-

empeñando el papel de *despachante*; consiste este trabajo en hacer despachar los artículos en la aduana y ponerlos en la casa de modas de Irene.

Para dar al juego las mayores apariencias de verdad, se ingeniaron lo mejor posible. En cajas de útiles o de pinturas fuera de uso, habían colocado vestidos completos, gorras y otros artículos que usan las señoras. Después clava-



Y nuestros productos, a su vez, pasan de las barracas y casas de comercio a los buques.

ron y ataron fuertemente con piolín las cajas, poniéndoles diversas etiquetas que indicaran la procedencia y destino de los envíos.

No podría describirles el gozo de Irene, cuando Arturo, entrando muy serio a la pieza, colocó en el suelo (pues también hacía de changador) varios bultos de los ya mencionados.

Acto continuo procedieron a desatar y abrir las cajas,

de las que Irene sacaba cuidadosamente los objetos, elogiándolos como si los viera por primera vez en su vida.

No queriendo desempeñar menos bien su cargo, Arturo sacó entonces un papel del bolsillo y después de mirarlo, dijo a Irene con el aire más serio del mundo:

— Señora, debo manifestarle que los *derechos de importación* sobre los artículos de modas han aumentado. Por estos cuatro bultos he pagado ochenta pesos.

— ¡Ochenta pesos! — exclamó Irene muy asombrada.

— Eso es demasiado.

— De veras que lo es — respondió Arturo; — pero usted sabe que ninguna mercadería entra al país sin pagar su correspondiente derecho; y como es natural, a los artículos de lujo debe imponerse un derecho mayor que a los de primera necesidad. Sería injusto que pagaran lo mismo los fideos que los sombreros, o un traje de percal que otro de seda o terciopelo.

— Se entiende: los fideos son indispensables; pero los trajes lo son también.

— Sí, pero no los de lujo.

— Tiene razón — concluyó Irene. — Lo que tendré que hacer es cobrar un poco más por estos artículos, y así el que los compre pagará el derecho en el precio.

— Eso es, y puede estar segura de que sus clientes se lo pagarán con gusto, pues obtendrán artículos extranjeros legítimos que no en todas las casas de modas se les encuentra.

— Queridos míos — les dijo la tía Elena, entrando en aquel momento, — no podrían ustedes jugar a ese entre-

tenido juego si hubieran vivido en la época de la colonia.

— ¿Por qué? ¿por qué? — preguntaron a un mismo tiempo los dos niños.

— Porque entonces — explicó la tía — España nos imponía sus leyes. Entre ellas había una que prohibía a los habitantes de América enviar artículo alguno a otro país



Si no hubiera libertad de comercio no podríamos comer las ricas bananas del Brasil.

que no fuera la madre patria, y a las naciones de Europa introducir mercaderías en América. Sólo España podía proveer a las colonias de las cosas que necesitaran y retirar de sus puertos los productos del país que en él sobraban. Se decía por eso que España había establecido el *monopolio*, palabra que significa lo contrario de *libertad de comercio*, de la que gozamos desde nuestra emancipación.

LA VIDA EN EL EXTREMO SUR

A los que vivimos en las regiones templadas o cálidas, nos cuesta trabajo imaginarnos cómo se vive en la extremidad sur de nuestro territorio. Los datos que al respecto nos hacen conocer los que recorren aquellas regiones, resultan en extremo curiosos, y parecen referirse a un país que no fuera el nuestro.

Lo que imprime carácter tan particular a las tierras del extremo sur es principalmente el clima, circunstancia que por otra parte da su fisonomía a toda región geográfica.

Les hablé antes de la rica vegetación del Chaco y de Misiones, y les dije que ella se debe sobre todo al calor y a la humedad propios de esa región; tan rica y variada como la vegetación es allí la fauna, representada por animales de todas las especies y en tal número que los hombres de ciencia no acaban de conocerlas.

Pues bien, en el sur, donde el clima es frío y seco, la naturaleza vegetal y animal se manifiesta pobre.

Es cierto que en la Tierra del Fuego existen bosques de árboles gigantescos que, aunque de follaje ralo y duro, procuran excelente madera. La vegetación menor, o sea las plantas y hierbas, presentan pocas variedades útiles, pero asimismo no faltan *pastizales* que permiten la cría de animales, si bien en limitado número. Aun en las costas mismas hay muchos parajes cubiertos de plantas marinas y musgos que, vistos de lejos, dan la impresión de tierras cultivadas. Y en algunos sitios donde hoy no crece planta alguna, existen restos de antiguos bosques de pinos,

cuyos troncos se han *petrificado* por la acción constante de las aguas.

En cuanto a la vida animal, sólo está representada por algunas familias. No obstante, en la gobernación de Santa Cruz, que es un poco menos fría que la de Tierra del Fuego, la oveja se cría de un modo admirable, por lo cual la ganadería es la ocupación preferente de sus habitantes.

¿Han visto *pengüines* alguna vez? ustedes. Si no los han



Una colonia de pájaros-bobos.

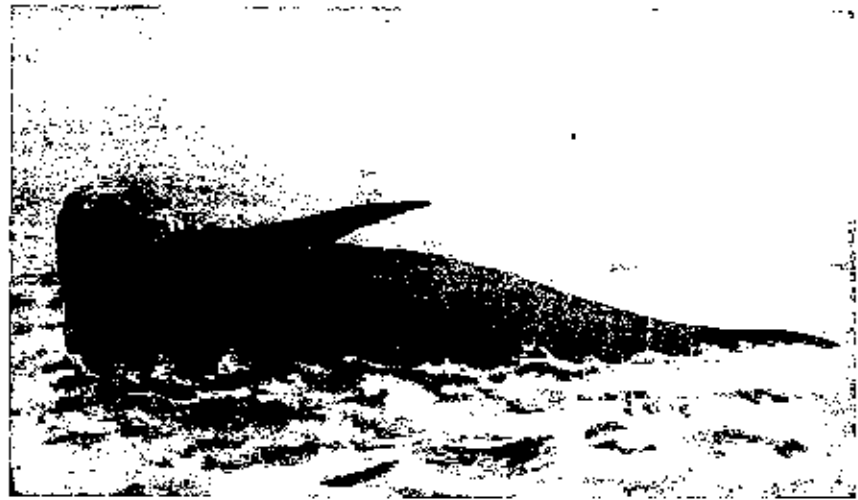
visto, cuando menos habrán oído hablar de estos muy curiosos animales de la costa patagónica. Suele llamárseles también *pájaros-bobos*, sin duda por

la apariencia que les da la manera de sostenerse sobre sus patas, manteniendo el cuerpo en posición vertical y dejando colgar pesadamente a ambos lados sus cortas alas sin gracia.

Un célebre viajero de las regiones *antárticas*, los describe así: «Imagínese un ser pequeño y derecho, de poco más de un pie de altura, con dos patas que sostienen un cuerpo mal proporcionado, cabeza redonda y dos alas estrechas y pequeñas que, cuando anda en tierra, pueden tomarse por dos brazos con las manos metidas en los bol-

sillos de un saco blanco. Su dorso oscuro y luciente está terminado por una cola que recuerda los faldones de un frac. Su pecho es blanco con una raya negra en el cuello, y su estómago algo saliente.»

Con tales datos se comprende que cuando los navegantes ven por primera vez los penguines desde lejos, los tomen por seres humanos o más bien por enanos algo ridículos. Contribuye a ese error, la costumbre que tienen esas aves de agruparse en largas filas a orillas del mar y permanecer así horas enteras, cual si contemplaran a los viajeros que se acercan.



Elefante marino de los mares del sur.

Los penguines son pájaros, pero no pueden volar; en cambio, no sólo caminan en tierra, manteniéndose siempre derechos, sino que nadan perfectamente, siguiéndose en largas hileras. Los pequeñuelos ofrecen un aspecto muy distinto del de sus padres: están envueltos como en un gran abrigo de plumón color chocolate que les da una apariencia muy extraña.

Los penguines se alimentan de cangrejos y otros animales análogos que pescan en el mar. Conservan en el buche una parte de su pesca para alimentar a sus hijuelos.

El plumaje de estos singulares pájaros es espeso, suave y aceitoso, lo que les permite mantenerse a nado y zambullir sin riesgo hasta grandes profundidades.

Otros animales disputan a estos el dominio de las regiones del extremo sur. Entre ellos cuéntase la *foca*, mamífero que, como aquellas aves, puede vivir indistintamente en el mar y en tierra. Muy feos animales son las focas, con su piel lustrosa, su cuerpo pesado, que arrastran sirviéndose de las aletas y la cola, su cabeza de ojitos



Cómo cazan focas los indios fueguinos.

chicos y su bigote cerdoso. Más feos los hace todavía su grito ronco y el fuerte olor que despiden; pero los navegantes de las *frías* regiones del sur los con-

sideran muy buena caza, pues su carne es comestible y la grasa sirve para alimentar el fuego o la luz de las lámparas. En cuanto a la piel es un excelente abrigo.

Aunque en la Tierra del Fuego pueden vivir algunos animales propios de las zonas templadas, se encuentra muy poco ganado, pues la población, en general, sólo se dedica a la pesca, al corte de maderas en los bosques, y a extraer el oro que en forma de pepitas arrastran algunos cursos de agua.

En cambio, en las costas abundan animales marinos lo más curiosos. Los hay temibles, como el *leopardo* o el

elefante de mar; los hay útiles como el *coral* o la *esponja*; y los hay también de formas y colores que llaman la atención, como la *estrella de mar* y los gusanos rojos y amarillos.

En los bosques de la Tierra del Fuego habita todavía una raza de indios que, como las demás del continente, va desapareciendo poco a poco. Se les conoce con el nombre de *onas*. Viven de la pesca y de la caza de guanacos, con cuyas pieles se cubren el cuerpo; manejan hábilmente la flecha y viven en tiendas de ramas y cueros, que transportan de un lugar a otro. En general, son todavía salvajes y hablan una lengua primitiva.



Roald Amundsen, explorador que descubrió el Polo Sur, el 16 de diciembre de 1911.

TRABAJOS FÁCILES. — *La vida en el extremo sur de nuestro territorio da asunto para una ilustración manual muy interesante que se hace sobre una mesa o una tabla. Dejo librada a la iniciativa de ustedes cómo pueden imitarse las rocas, los pinos, el hielo y demás elementos del paisaje. En cuanto a los animales, nada más fácil que modelarlos con un poco de arcilla que luego se pinta. Y por último, algunas tablitas, trozos de pieles y ramas les bastarán para construir moradas y trineos. Si quieren dar más realidad al cuadro, bastará que pongan en él un grupo de onas con sus trajes y sus armas, todo muy fácil de fabricar, y alguna embarcación que marche por el océano rumbo al polo sur.*

EL DÍA DE LOS SERVIDORES DE LA PATRIA

¿Saben ustedes qué día es hoy? Es el 31 de octubre, destinado en todas las escuelas a honrar la memoria de los argentinos ilustres que de una u otra manera hayan servido a la patria.

Seguramente ustedes todos, cualquiera que sea la escuela a que concurren, tendrán hoy un programa preparado de antemano en unión de su maestra o maestro, y que consistirá en tributar homenaje a tal o cual hombre esclarecido que con su valor, su talento, su desinterés o su trabajo, ha prestado servicios al país. Unos irán al cementerio para depositar flores en las tumbas de nuestros guerreros, *estadistas* o poetas; otros se reunirán con el mismo fin, en torno de las estatuas que la gratitud popular les ha levantado en los sitios y paseos públicos; no faltará quienes vayan a visitar un sitio histórico o a arrojar flores al río que pasa por el lugar, si ese río ha sido teatro de hechos gloriosos para nuestra patria, o si en él perecieron, en cumplimiento de su deber, marinos esforzados.

Las escuelas ofrecerán aspecto de fiesta, engalanadas con los colores nacionales y los retratos o *efigies* de nuestros grandes hombres, que con su presencia parecen recordar a los niños que deben imitar sus virtudes.

Los acordes del himno patrio sonarán en la vasta sala de música o en el amplio patio de la escuela, y las voces de centenares de niños reunidos entonarán sus bellas estrofas, poniendo en ese canto el entusiasmo todo de sus corazones juveniles y buenos.

Sí, amiguitos, hacen ustedes muy bien en refrescar sus almas con el recuerdo de nuestros gloriosos antepasados y honrar la memoria de esos valientes que nos dieron un pedazo de tierra libre.



Visitando el monumento erigido en el campo de Castaños, donde Belgrano libró la batalla de Salta (20 de febrero de 1813).

Pero sería altamente injusto que al honrar a los servidores de la patria recordaran solamente a los que por defenderla han muerto en el campo de batalla. Grandes héroes son éstos, sin duda, y la patria jamás los olvidará, pues gracias a ellos existe como nación independiente.

Mas al lado de esos abnegados y sublimes servidores hay millares de otros que, sin haber formado jamás en los campos de batalla, han consagrado su vida al servicio del país. No pelearon con el enemigo, sencillamente porque pasados los primeros años, la Argentina ya no los tuvo.

Però, entendámonos: aunque no tuvo enemigos en los pueblos extranjeros, que reconocieron su derecho a la libertad, los tuvo y muy serios dentro del país mismo. ¿Se sorprenden ustedes? Voy a explicarme. Esos enemigos, o mejor dicho algunos de ellos, eran los siguientes: la ignorancia, que dominaba en gran parte del pueblo; el desierto, que era necesario conquistar y transformar en campiñas florecientes, donde, en lugar de fieras terribles, pastaran rebaños de ganado, y en cuyo suelo el trigo reemplazara a la paja brava y a la ortiga. Tenía aún otros enemigos más: la pobreza, que impide progresar a un país y sigue siempre a las guerras; la escasez de buenos libros y periódicos en los que el pueblo pudiera seguir los adelantos del propio país y del mundo entero; el atraso material de las ciudades y pueblos que carecían hasta de las cosas más indispensables; y otros no menos terribles contra los que era menester combatir.

Es claro que en esos combates no se derrama sangre, pero los soldados que los sostienen deben a menudo hacer a un lado sus propios intereses para ocuparse de los de la patria.

De algunos de esos servidores les he hablado en este libro; he querido mostrarles aunque fuera unos pocos ejem-

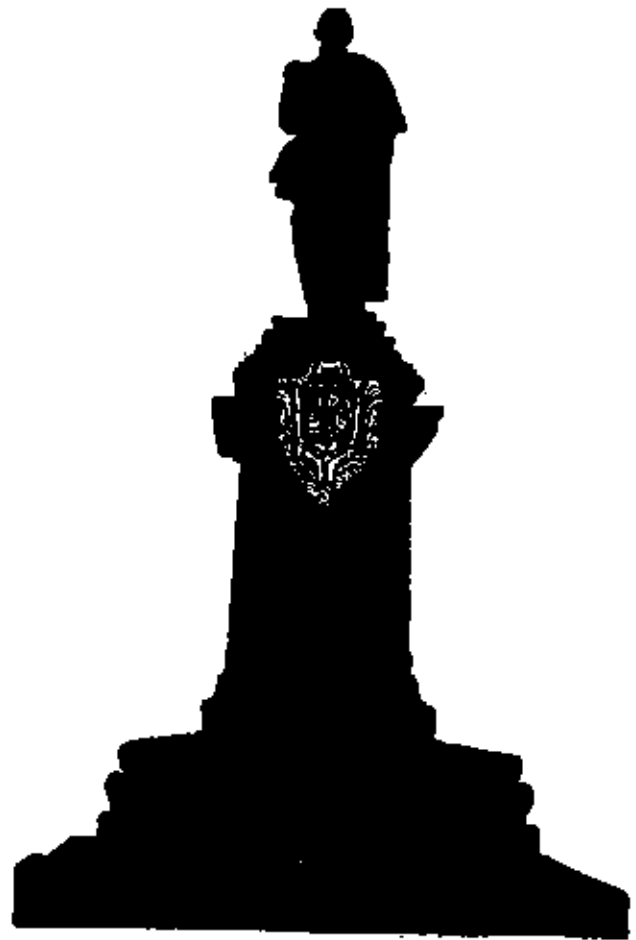
plos de argentinos que han hecho obra patriótica, divulgando la instrucción, escribiendo buenos libros y periódicos, estudiando las ciencias para servir a sus semejantes, dando altos ejemplos de heroísmo y de abnegación, desempeñando los cargos públicos no sólo con honradez, lo que es un simple deber, sino con el mayor celo por el bien del país;



Depositando flores al pie de la estatua de Sarmiento.

estudiando su historia, produciendo obras de arte cuya contemplación eleva los sentimientos y hace estimar el país en el extranjero; cultivando la tierra, y fomentando diferentes industrias útiles.

Muchos, muchísimos quedan por enumerar; pero confío en que ustedes, con ayuda de su maestro, les harán justicia en esta fecha consagrada a recordar el recuerdo de los grandes servidores de la patria en la guerra y en la paz, sean ellos argentinos o extranjeros.



¿A quién o a quienes está dedicado cada uno de estos monumentos, dónde están situados y en reconocimiento de qué servicios fueron erigidos?

EL TESORO NACIONAL

— Dime, papá, ¿es cierto lo que dice este periódico?

— ¿Qué dice? hijo mío.

— Dice que nuestro país es riquísimo y que como este año las cosechas han sido abundantes, el *tesoro público* recibirá un considerable aumento.

— No veo por qué lo pones en duda.

— Porque me parece raro esto de que haya un tesoro que pertenezca a todo el pueblo, ya que la palabra *público* no significa otra cosa.

— Sin embargo, nada más exacto.

— Y ¿es muy grande ese tesoro?

— Se calcula que para los gastos del año que va a comenzar, se`dispondrá de trescientos millones de pesos.

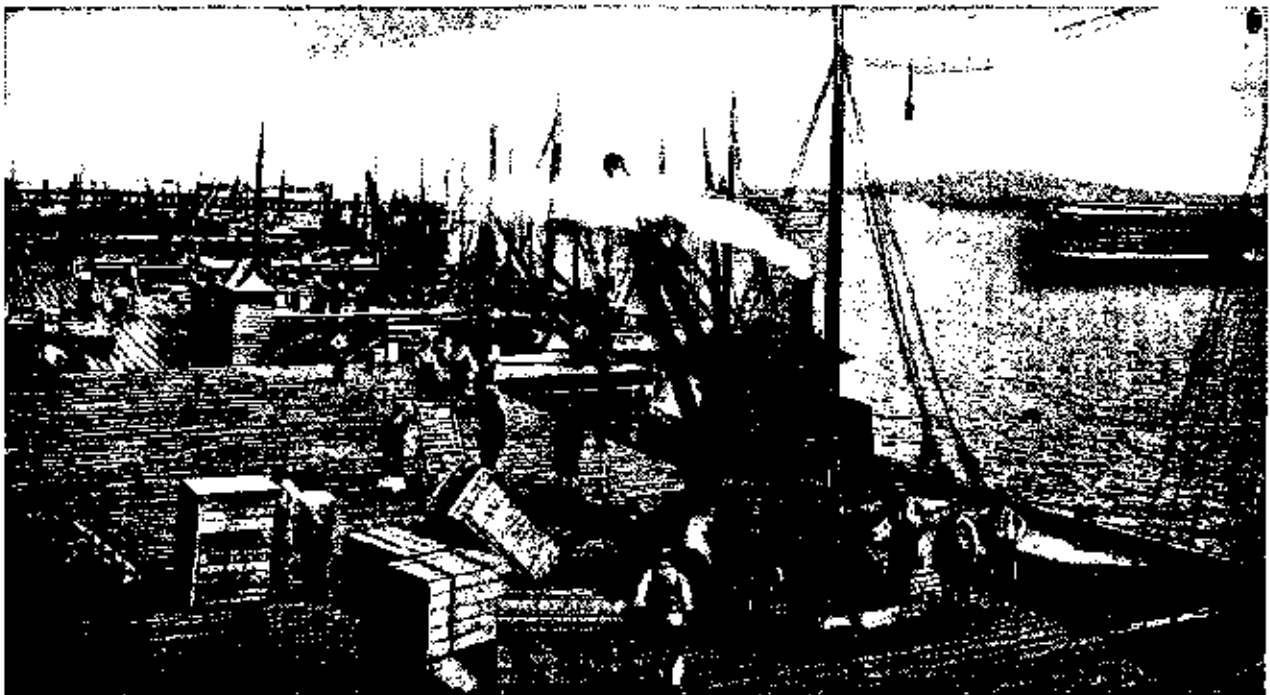
— ¡Trescientos millones! Mucho es. Y dime, papá, ¿quién es el hombre generoso que ha dejado a nuestro país tan magnífica herencia? ¿Algún gran patriota?

— Te equivocas, Felipe; el tesoro nacional no lo constituye herencia alguna; se forma y se gasta anualmente, y todos contribuimos a lo uno y a lo otro.

— No comprendo.

— Voy a explicártelo más claramente. Nuestro gobierno, como todos, posee grandes extensiones de tierra en distintos puntos del país. Esas tierras estaban antes en poder de los indígenas, primitivos habitantes del suelo; pero las autoridades las fueron conquistando poco a poco, con el fin de civilizar el país y dar seguridad a sus habitantes. Además, el gobierno compra continuamente nuevas

tierras a particulares, aumentando así sus propiedades. Entre ellas, las hay que son buenas para el cultivo o la ganadería, hay salinas y bosques explotables, así como regiones mineras muy ricas. El gobierno las arrienda o vende a compañías o particulares para que las exploten, recibiendo en cambio fuertes sumas. Por último, en muchos de esos terrenos levanta edificios de utilidad general



Todas las telas y demás artículos que venden las tiendas han pagado derecho de importación.

cuyos servicios paga el público, o construye vías férreas que cede a empresas particulares. El producto que de una u otra manera le dan sus tierras, va a las *arcas nacionales* o sea al Tesoro nacional.

Todo artículo que entra al país debe pagar un derecho, llamado de *importación*. Los comerciantes o particulares que introducen géneros, muebles, alhajas, comestibles o cualquier otra mercadería, están obligados a pagar a la

Aduana ese derecho, que no siempre es el mismo, pues se fija de acuerdo con la clase y cantidad del artículo introducido. Los *derechos de importación* concurren, pues, a enriquecer también el Tesoro nacional.

Cuando un habitante del país desea enviar una carta, un libro o un paquete pequeño de un punto a otro, puede emplear para ello el correo, que es un medio rápido y se-



Los propietarios de esas casas pagan una contribución, así como ese corhero, ese carrero, este aguatero y este vendedor ambulante pagan su respectiva patente.

guro; pero no podrá utilizarlo sin antes colocar, en el sobre o envío, una o más estampillas según el caso. Esas estampillas son vendidas por las oficinas de correo, que dependen del gobierno, de modo que éste o sea el tesoro de la nación percibe el producto de su venta en toda la república.

Los propietarios de terrenos y casas pagan una *contribución* que está de acuerdo con el valor de los mismos;

los que quieren tener en su casa obras de salubridad y agua corriente, pagan un *impuesto* por estos servicios; todos los comerciantes e industriales y hasta los vendedores ambulantes deben sacar una *patente*, por la cual abonan una suma; los vehículos, las empresas de teatros y otros sitios de diversión pública, los que expenden fósforos, licores, cerveza y tabaco están obligados a pagar también un derecho; y, finalmente, los inventores o descubridores de alguna cosa pueden explotar su invento si antes obtienen una *patente* por la cual el gobierno cobra, como es natural, cierta cantidad. Y todos esos impuestos, contribuciones y patentes aumentan el tesoro de la nación año tras año.

Ya ves, pues, Felipe, de qué modo se forma y sostiene el tesoro nacional; todos contribuimos a ello, con sumas grandes o pequeñas, según nuestros recursos, pero ninguno deja de poner su parte. Por eso se llama *tesoro nacional*, pues siendo de todo el pueblo, es en beneficio de éste que debe emplearse y no en el enriquecimiento de las personas que ocupan los cargos públicos.

— Debe dar mucho trabajo el manejo de ese tesoro, ¿no? papá.

— Seguramente; pero hay funcionarios encargados de ello. Al fin de cada año el Congreso dicta para el siguiente una ley llamada de *presupuesto*. En ella se determina las cantidades que se cobrarán por los diversos impuestos, y de qué modo será gastado el producto de ellos, indicándose cuánto se ha de pagar a cada funcionario o empleado, desde el presidente de la Nación hasta los ordenanzas de las oficinas. Ningún gobernante tiene derecho de hacer un

pago o gasto no autorizado en el presupuesto, ni de invertir mayores sumas que las indicadas en éste. Si no se hiciera así, se correría el riesgo de que, antes de terminar el año, no hubiera más dinero en las arcas nacionales.

Si oyes decir alguna vez que un gobernante o empleado maneja indebidamente, o en provecho propio, los fondos públicos a él confiados, ocupe el puesto que ocupe, debes



Córdoba tiene agua abundante gracias al dique San Roque, obra pública que el pueblo ha costado.

considerarlo mil veces más despreciable que el último ladrón, pues mientras éste roba a uno o más individuos, aquél roba a todo el país y aprovecha del trabajo y privaciones de millones de hombres, muchos de los cuales tal vez carecen de lo más indispensable.

Todos los ciudadanos honrados debieran hacer sentir a tales gobernantes su más profundo desprecio e inscribirlos en la lista de los traidores a la patria.

DECÁLOGO CÍVICO

Todo argentino que desee servir a su país debe conocer desde niño estas diez obligaciones:

- 1ª Honrarlo con su buena conducta y saber;
- 2ª Trabajar para sí mismo y para los demás;
- 3ª Acatar las leyes;
- 4ª Pagar las contribuciones que le corresponda;
- 5ª Defenderlo de agresiones extrañas;
- 6ª Ejercer conscientemente su deber de elegir los gobernantes;
- 7ª Desempeñar con honradez y dedicación los cargos públicos que se le confíen;
- 8ª Respetar la libertad y derechos de los demás;
- 9ª Sostener la forma republicana de gobierno;
- 10ª Protestar enérgicamente contra los que deshonren al país con su mala conducta.

Estos diez principios pueden condensarse en dos:

- 1º Trabajar constantemente por el progreso y buen nombre del país;
 - 2º Anteponer el bienestar general al propio.
-

A LOS MAESTROS

Llevo el quinto lugar en la serie de mis libros de lectura primaria, con el que presento hoy a los señores maestros bajo el título de NUESTRA TIERRA.

Sin duda que el nombre promete mucho más de lo que en sí encierra el libro, pero sárvame de excusa el poder de receptividad que revelan por lo general nuestros alumnos de cuarto grado, para quienes esta obrita ha sido concebida y está destinada.

El propósito que me ha guiado en la preparación de esta serie de libros, es ir ensanchando por grados el círculo en que el niño se mueve, o, para expresarme con más claridad, hacer de cada libro el reflejo de lo que, a medida que el niño avanza en el tiempo, constituye su mayor atractivo. Así, partiendo del niño mismo y sus primeras impresiones recibidas de los objetos más usuales, cuya observación, aunque superficial, va dando forma a sus ideas y palabras a su lenguaje, pasamos al hogar y a las personas que lo forman, con quienes el niño está en íntimo contacto; y luego a la escuela, donde la sociedad se hace más numerosa y las relaciones más variadas. En el momento actual, el círculo se ensancha y el niño es puesto en relación con otro medio más complejo: la tierra en que vive.

Es indudable que la enseñanza elemental no puede considerarse suficiente si no proporciona al niño un conocimiento sumario, pero claro, de lo que constituye el medio en que ha de vivir y actuar como individuo. Por lo general, no es así; muchos jóvenes, aun los que han cursado el sexto grado de la instrucción primaria, ignoran, no diré la historia patria, sino los deberes y derechos que les incumben como habitantes del país, los elementos que nuestra tierra ofrece para el trabajo, los recursos que posee, la parte práctica del mecanismo administrativo y, en una palabra, los resortes de la vida nacional, en la cual debe necesariamente tomar parte.

Considero que inculcar esas nociones es hacer verdadera enseñanza cívica, más eficaz que la que se inspira en un estigio desmedido de nuestras glorias, y en la apoteosis, a menudo inconsciente, de los héroes militares. No quiere decir esto que se guarde silencio sobre unas y otros; hágaseles conocer de los niños en buena hora, pero a condición de que a tal enseñanza no se le infunda un espíritu de contemplación retrospectiva que anule la actividad de que tanto necesitamos en nuestro estado actual.

Este libro quiere ser una tentativa de fusión de diversas enseñanzas concurrentes al mejor conocimiento de nuestra patria, lo que debe traer consigo una conciencia más perfecta en la manera de servirla.

Naturalmente, una obrita de 350 páginas no puede pretender sino rozar de paso algunos de los innumerables tópicos que concurren a tal fin. A los maestros corresponde hacer un desarrollo más completo, tomándolos simplemente como puntos de partida para interesantes y fecundas lecciones de civismo práctico.

Los ejercicios que en forma de problemas he colocado al pie de diversos capítulos, así como los profusos grabados que acompañan al texto, les facilitarán tal vez la tarea de hacer del libro de lectura lo que en realidad debe ser: un elemento para encauzar al niño, mediante las sugerencias que procuran, a la investigación propia y a la observación de las cosas que lo rodean.

Ha robustecido más aún en mi espíritu la convicción de que era necesario dar a este libro una tendencia práctica, el hecho de que todavía resulta muy crecido el número de niños que abandonan la escuela después del cuarto grado, lo que hace indispensable infundir en éstos, aunque sea en forma elemental, un concepto del organismo social de que forman parte, para que puedan actuar en él conscientemente.

EN NUESTRA A. LÓPEZ DE NELSON.

ÍNDICE

NUESTRA TIERRA. A los niños.....	3	Historia de las montañas.....	165
Su retrato.....	7	San Martín (poesía).....	171
Patria (poesía).....	8	Una misión a través de los Andes.....	172
Arcilla, arena y humus.....	9	El Potosí argentino.....	177
Una familia numerosa.....	17	Justicia y guerra.....	181
La Pampa (poesía).....	22	El nido de cóndores (poesía).....	187
Nuestros abuelos patrios.....	24	Nuestra patria en los mares.....	190
En los toldos tehuelches.....	28	El ejército de la paz.....	193
Los primitivos dueños de nuestra tierra.....	32	Una nueva y gloriosa nación.....	198
El desierto (poesía).....	38	Tucumán (poesía).....	203
El sol y el clima.....	39	Corazón blando y entraña dulce.....	207
La Reconquista.....	46	De un escolar de San Juan a otro de Santa Cruz.....	211
La calle del Empedrado.....	49	Respuesta a la carta anterior.....	215
Nacimiento de la Argentina.....	54	La vida de un río.....	219
La sombra de la bandera (poesía).....	59	Carapachay (poesía).....	229
Un pozo célebre.....	60	Las plantas y el clima.....	230
Nuestros gauchos.....	63	Una asociación infantil.....	238
El himno del payador (poesía).....	66	La ley de las leyes.....	244
El por qué del nombre <i>República</i>	68	Como carreta tucumana.....	251
Un gran repúblico argentino.....	70	La Porteña.....	258
Los propósitos de Moreno (poesía).....	72	Una fortuna en Misiones.....	264
Apellido nacional.....	73	Aguas tranquilas y aguas turbulentas.....	271
La canción de un pueblo libre.....	75	Nuestros bosques.....	277
San Lorenzo (poesía).....	81	Una joya de nuestra flora.....	283
Tareas de gobierno.....	82	Corrientes (poesía).....	286
Nuestros gobernantes.....	87	Pan indígena.....	287
Don Juan de las casas blancas.....	90	Las flores del Guayacán (poesía).....	289
El cuento de don Juan.....	96	Calandria, Blandengue y Benteveo.....	291
Libertad y represión.....	103	Lo que damos y lo que pedimos.....	294
La plaza de Mayo a través de un siglo.....	108	Procedencia de las cosas más comunes.....	301
Buenos Aires (poesía).....	113	Trabajo y propiedad.....	309
Si no hubiera leyes.....	114	Bienes comunales (Reflexiones de un niño).....	313
El primer abanderado argentino.....	120	Las muñecas de Matilde.....	316
Faenas de estancia.....	123	Para todos los hombres del mundo.....	318
El derecho al trabajo lícito.....	127	El « Doctor Bueno ».....	323
Día de lluvia aprovechado.....	130	Los huérfanos (poesía).....	330
El trabajo del agua.....	135	Comercio libre y monopolio.....	331
Los hijos del gigante Aerns.....	138	La vida en el extremo sur.....	335
Tipos de antaño.....	141	El día de los servidores de la Patria.....	340
Las quintas de mi tiempo (poesía).....	146	El tesoro nacional.....	345
Tres grandes intendentes.....	148	Decálogo cívico.....	350
Deber de humanidad.....	153	A LOS MAESTROS.....	351
De las pampas a las altas cimas.....	156		

